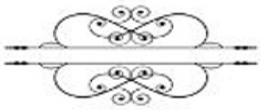


LOLES LÓPEZ

UNA *irresistible* EXCEPCIÓN

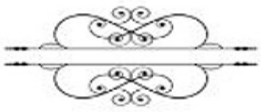
zafiro



Una irresistible excepción

Loles López

(2018)



SINOPSIS

Laura, una mujer de ciudad, se refugia en un pequeño pueblo de Soria huyendo de un pasado traumático. Una mala experiencia hizo que dejara la medicina, pero cuando Ángel, el alcalde, se entera de que hay una doctora entre ellos, tratará de convencerla para que se quede a ejercer en aquel remoto lugar.

Laura deberá acostumbrarse a la vida en el campo, a mantener a raya aquel pasado que la hizo desviarse de su camino, a aprender a convivir con unos vecinos demasiado entrometidos y a lidiar con Ángel, un hombre salvajemente seductor con la norma de renegar de novias y ataduras, que le hará olvidar la razón por la que huyó al pueblo.

Lo que ella pensaba que iba a ser una estancia sin muchas complicaciones, acaba convirtiéndose en una vorágine de sensaciones, situaciones graciosas y tórridos encuentros.

¿Conseguirá Laura llevar a cabo su plan en aquel pueblo? ¿Podrá Ángel negarse a la irresistible tentación que ella le supone?



Primera edición en libro electrónico : marzo de 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

ISBN: 978-84-08-18270-2 (epub)



PRÓLOGO

¿Vaqueros con deportivas o vestido y tacones? Ésa era la pregunta que llevaba dándole vueltas en la cabeza más tiempo del que le hubiese gustado admitir, ya que no era una mujer que estuviera demasiado pendiente de la ropa ni de la imagen que proyectaba, pero en aquella ocasión quería causar una buena primera impresión y dejar un poco de lado su vena práctica y cómoda, que sin duda le gritaba que eligiera la opción más acorde a su personalidad. Al final, después de analizar los pros y los contras de ambos conjuntos, optó por el que creyó que sería un acierto, pues le atribuiría en el acto un aire respetable y serio, aunque esa apariencia estuviera bastante alejada de lo que en verdad era: una bocazas atrevida a la que le tocaba morderse la lengua en más de una ocasión. Se cepilló el cabello concienzudamente, intentando darle el aspecto de recién salido de la peluquería, aunque llevara muchísimo tiempo sin pisar una. Luego se maquilló sutilmente, dándole protagonismo a sus ojos, concentrados e impenetrables, y añadiéndole un toque de color a sus labios. Se miró por última vez en el espejo y quedó conforme al comprobar que daba con el perfil que deseaba para afrontar aquella importante decisión, así que, con resolución, cogió su bolso, las maletas y cerró el diminuto piso donde vivía para ir a buscar su práctico coche. Antes de arrancar el motor de su Citroën, se miró por última vez en el pequeño espejo del parasol, llenó de aire sus pulmones y se deseó suerte a sí

misma, porque sabía que la necesitaría, ya que no iba a disfrutar de unas dulces vacaciones, sino a cumplir una misión.

Las más de dos horas que pasó al volante le dieron para reflexionar sobre muchas cosas... Revivió aquella situación que provocó que recondujera su vida y que la volvió mucho más fuerte de lo que había sido hasta ese momento. Pensó en su madre y en su padre, en sus compañeros de trabajo... Reprimió un suspiro al cerciorarse de que no había muchas más personas en su vida; un pequeño círculo, sí, y dentro del mismo no había ningún hombre, no después de *él*...

Habían transcurrido ocho años desde entonces y, aunque no había cerrado las puertas al amor, tras aquella relación se centró en redirigir su existencia, en volcar todas sus energías a ser mejor desempeñando su trabajo y desprenderse del sentimiento de culpabilidad que, era consciente de ello, la perseguiría hasta la tumba. Aunque a cualquiera que la hubiese conocido años atrás la ausencia de una pareja le parecería extraño, para ella había dejado de ser tan importante contar con alguien que la quisiera, alguien que siempre estuviera a su lado, a quien amar, a quien cuidar y con quien compartir su día a día... Esa fantasía que había albergado desde pequeña se había hecho trizas al darse cuenta de la triste realidad que había vivido cuando él irrumpió en su vida y le hizo modificar su rumbo para siempre...

Todo lo que había conseguido durante ese tiempo que había transcurrido después de aquella relación que marcó un antes y un después en su existencia, lo dejó aparcado, a la espera; tomar aquella decisión no le había resultado sencillo, pero era consciente de que sin duda merecería la pena. Ella era así, una luchadora nata, una mujer capaz de hacer cualquier cosa por una causa; era muy tenaz y no se rendía fácilmente...

Un cartel blanco la avisó de que había llegado a su destino. Con un cosquilleo latente en el estómago, detuvo el coche al lado de un hombre de unos ochenta años.

Buenos días saludó risueña. ¿Me podría decir cómo se llega a la Albada?

Claro, joven. Tienes que salir del pueblo y coger un camino no asfaltado que cruza los campos de cultivo. Si no te sales de esa pista, llegarás a la Albada sin problemas señaló el anciano mientras se apoyaba en la ventanilla abierta y no disimulaba el interés que había despertado su pregunta, además de examinar, concienzudamente, su indumentaria, el automóvil que usaba e incluso el interior del vehículo.

Muchísimas gracias dijo poniendo de nuevo el Citroën en marcha cuando el lugareño se incorporó.

Joven, ten cuidado, que con ese coche no llegarás muy lejos soltó el octogenario, pero su advertencia resultó inútil, pues ella ya estaba demasiado lejos como para oírla.

Laura tomó la rústica vía que le acababa de señalar el buen vecino y avanzó por ella a la vez que se planteaba lo bonito que podría ser residir allí, rodeada de tantos árboles, de tanta tranquilidad; era un lugar muy distinto de todos aquellos en los que había vivido, y se prometió aprovechar la ocasión que le habían brindado para descansar y valorar todo lo que había logrado en esos últimos años...

Lo que ella todavía no sabía era que aquella aparente tranquilidad que había percibido en un primer momento, se vería alterada inesperadamente, y también ignoraba que descubriría, durante su estancia allí, que el fin de una circunstancia puede llegar a ser el principio de algo asombroso.

1

Ser ganadero y agricultor en los tiempos que corrían era algo poco común entre la juventud, que huía del campo a la menor oportunidad para irse a trabajar a las grandes ciudades, dentro de oscuras oficinas y con un horario cómodo que les permitiera compaginarlo con su vida personal o con cualquier actividad de ocio que se les antojase. No podía negar que su estilo de vida era estoico y sólo apto para personas a las que no les importase echar horas de más, pero también le aportaba el sosiego y la paz que necesitaba.

Aquella mañana se levantó como siempre, con una sonrisa en los labios y dispuesto a dar el máximo, como era costumbre en él. Se dirigió a sus tierras en una camioneta Toyota Hilux de color azul, su último capricho después de vender a muy buen precio las cosechas de ese año. Mientras conducía, observó el cielo anaranjado que avecinaba un nuevo día; las pocas nubes grises que quedaban, pues se había descargado una fuerte lluvia la noche anterior, conferían un precioso paisaje desde allí.

Detuvo el vehículo cerca de la gran construcción hecha en madera con forma alargada, de una sola planta, que ocupaba casi todo el ancho de aquella llanura elevada desde donde se podían divisar todas las hectáreas que poseía su familia desde hacía décadas. Aquel edificio estaba dividido en dos sectores: uno era el establo, donde se resguardaban los animales de las inclemencias climatológicas y de las inhóspitas noches, y el otro era utilizado como almacén para guardar las herramientas y los vehículos que

necesitaba para trabajar la tierra. Se dirigió a una de las tres puertas de acceso y entró con paso seguro.

Buenos días, *Avispado* saludó mientras se acercaba al precioso alazán que resoplaba de júbilo al ver a su dueño. Vamos a dar un paseo, chico.

Ángel le colocó las riendas y lo guio hacia la explanada situada frente a aquella casa. Mientras el animal comía algún matojo de hierba de los que hallaba a sus pies, abrió la puerta del establo, donde dormitaban las ovejas.

Venga, chicas, ¡a desayunar! exclamó, para luego observar cómo sus ovejas salían de allí dispuestas a zamparse todo lo que se encontrasen por el camino. ¿Dónde está *Lana*? preguntó al darse cuenta de que le faltaba aquel apreciado animal. *¡Lana!* llamó con presura.

De repente, un precioso perro labrador de color canela se le acercó moviendo el rabo con alegría. Ángel se agachó y le acarició la cabeza con cariño, mientras éste se deshacía por los mimos recibidos de su amo.

Vamos, *Lana,* hay que trabajar dijo dándole una pequeña palmada en el lomo, haciendo que el can se pusiera cerca de las ovejas para así vigilarlas.

Cuando vio que su perro ya estaba atento al rebaño, cogió las riendas de su caballo y se subió a lomos de éste en un movimiento rápido y preciso. Recorrió sus tierras para comprobar cómo iban las siembras de ese año y controlar que todo estuviese en orden, como él quería. Aquél era un trabajo de nunca acabar, pero, lejos de molestarle, a Ángel le encantaba todo aquello.

Después de un largo paseo con *Avispado,* se puso a cortar leña mientras de vez en cuando observaba cómo seguía pastando su rebaño, tranquilo al saber que sus hombres estaban cuidando de sus tierras con el mimo que él exigía para aquella tarea. Las horas pasaban de una manera veloz cuando trabajaba y tuvo que hacer una pausa a media mañana para comer algo, avisado por el rugido

alarmante de su estómago, que reclamaba el suculento bocadillo de jamón que se había preparado antes de salir de su casa.

Entre mordisco y mordisco, pensó en lo feliz que se sentía estando allí, vigilando sus tierras, cuidando a sus animales y trabajando su cuerpo sin casi darse cuenta, sin tener que machacarse en el gimnasio ni pagar ninguna matrícula para pertenecer a uno, simplemente haciendo lo que le gustaba, al aire libre, acompañado de sus bestias y rodeado de aquel paraje sin igual. ¡Qué sencillo sería todo si no necesitase nada más!, sólo eso... Pero, claro, él era un hombre con ciertas necesidades que no se aliviaban exclusivamente con el trabajo en el campo... Sabía que entre los vecinos tenía cierta fama de mujeriego, aunque él creyese que no había para tanto..., más bien, todo lo contrario. No era el más atractivo del lugar, debía ser sincero en ese aspecto; era un chico normalito, pero que poseía algo que gustaba a las féminas...; no a todas, por supuesto, pero tampoco pretendía ser un donjuán. Era un joven más, con una serie de reglas, sí, pero al que no le gustaba engañar a nadie con falsas promesas.

Debía reconocer que no todo habían sido ligues esporádicos y que había tenido una relación seria hacía un tiempo, una que estuvo a punto de llevarlo lejos de esas tierras que tanto amaba, abandonando todo lo que era, su propio sello, su identidad... Lo cierto era que, hoy por hoy, se encontraba de maravilla en ese estado civil: haciendo y deshaciendo sin dar ninguna explicación a nadie. Él quería divertirse, ¿acaso era malo hacerlo si la otra persona también lo deseaba?

Además, se consideraba un tipo sincero, legal, y, cuando quería estar con alguna chica de manera más íntima, le explicaba antes de entrar en acción que no pasarían de una noche de pasión y sexo. Por tanto, nadie le podría reprochar nada en el futuro. ¿Y dónde dejaba el amor? Pues apartado, enterrado y rodeado con multitud de candados y alambre de espino, ya que su experiencia en ese ámbito lo había dejado tocado y casi hundido. Por ello se prometió que nunca volvería a pasar por algo así, y dejaba las historias amorosas

para los demás. Él era feliz con lo que tenía, no aspiraba a nada más, no requería nada más.

Después de finiquitar su bocadillo, siguió partiendo leña. El sol comenzó a calentar su piel y le tocó despojarse de la camiseta para proseguir con aquella tarea tan necesaria para cuando llegara el frío, ya que con esos troncos cortados podría calentar su casa y la de algunos vecinos. Él siempre tenía leña de más, por si éstos le pedían...

¿Qué pasa, *Avispado*? preguntó al rato, cuando vio que su caballo alzaba la cabeza y movía las orejas, intentando captar ese sonido que le había llegado segundos atrás, pero que él no había percibido.

En ese mismo instante *Lana* comenzó a ladrar mirando en dirección a la pista que llevaba al pueblo, así que supuso que alguien se acercaba a visitarlo. Los minutos trascurrieron y nadie llegó, pero sus animales seguían alterados. Sin pensárselo demasiado, dejó clavada el hacha en el gran tronco que hacía de soporte para partir los trozos de leña, cogió las riendas de su caballo y se subió a su lomo de un grácil salto; quería averiguar qué había ocurrido para que su perro y su caballo estuviesen así de nerviosos.

Lana, quédate con las ovejas ordenó Ángel a su perro, que movió las orejas al captar el mensaje, para luego dar media vuelta y hacer lo que le había ordenado su dueño.

Salió al camino sin asfaltar que llevaba al pueblo y avanzó a trote medio.

Después de una pronunciada curva, vio un automóvil parado en mitad de la pista, un coche pequeño con las ruedas semienterradas en el fango, más indicado para transitar por la ciudad que por mitad del campo. El capó estaba levantado y de él salía un denso humo gris que presagiaba una importante avería, pero no vio a nadie cerca. Tensó las riendas para que *Avispado* anduviese más despacio a medida que se acercaban; al poco, cuando estaba a escasos metros de aquel Citroën Saxo rojo, emergió del interior una mujer de estatura media, con curvas marcadas y muy femeninas; el cabello

rubio liso le caía por la espalda como una cascada, y lo miró con tanta alegría como si le hubiese salvado la vida. Ángel no entendía qué hacía una chica como aquélla allí, ataviada como si pasease por la capital, con un vestido verde que le llegaba hasta las rodillas, holgado pero que se ceñía a la cintura con un cinturón marrón de piel, que hacía juego con los zapatos de tacón que calzaba y que le impedía andar por aquel terreno fangoso, pues el barro se adhería a sus pies con cada pisada que daba.

¡Ay, menos mal! Creía que me iba a tocar andar hasta el pueblo a por ayuda exclamó la mujer con alivio, mostrándole una dulce sonrisa que le suavizó todavía más el rostro e intentando no mancharse demasiado con aquel terreno encharcado.

Ese coche no es el indicado para andar por estos caminos comentó Ángel sin apearse del caballo y aproximándose a ella; ésta, de pie cerca del vehículo, le recorría con la mirada su torso desnudo sin ningún disimulo.

Ya; me he dado cuenta... Chasqueó la lengua mientras apoyaba una mano en la cadera y ladeaba un poco la cabeza, haciendo que su larga melena se meciese en esa dirección.

Tú no eres de aquí... susurró procurando encontrarle lógica a esa escena, ya que no entendía qué hacía esa chica en mitad de esas tierras.

¡Anda! Veo que eres un chico avispado soltó haciendo que Ángel sonriese por el adjetivo que le había otorgado.

Avispado es él indicó mientras le acariciaba la cabeza a su caballo sin perder la sonrisa y provocando que ella lo mirase sin comprender nada de lo que decía.

Ésta comenzó a avanzar hacia él, con paso inseguro, haciendo de ese paso natural algo casi imposible. De repente, uno de sus zapatos se quedó adherido al suelo, provocando que esa pierna no acompañase a la otra, desestabilizara su cuerpo y perdiese el equilibrio, por lo que cayó de manera ridícula ante Ángel.

Éste aguantó estoicamente las ganas que tenía de reírse de aquella situación tan cómica, pensando que la gente de ciudad no

tenía ni idea de moverse por el campo...

¡Oh, lo que me faltaba! refunfuñó la mujer mientras sacaba el pie del lodo y conseguía desclavar sus rodillas de aquel terreno tan fangoso. Luego observó con disgusto su vestido manchado de barro e intentó limpiarse sobre él las manos, dispuesta a ensuciarlo un poco más si eso era posible, para poder desprenderse del que tenía adherido a las palmas.

¿Estás bien? preguntó él avanzando un poco hacia ella.

Sí, tranquilo, vaquero, no hace falta que bajes tan rápido del caballo para ayudarme, no vaya a ser que te caigas y se te estropeen las botas... soltó con ironía, molesta por lo que le había ocurrido delante de ese muchacho que ni siquiera se había dignado a bajar del animal para socorrerla, como si disfrutase viéndola pasar un mal rato...

Con esos zapatitos de princesa es normal que te caigas... Dime, ¿te has perdido o andas buscando a alguien por aquí?

Ni una cosa ni otra. Voy, o por lo menos iba susurró echando un vistazo a su Citroën con una mueca de disgusto, a la Albada. Me han indicado que debía tomar esta vía hasta el final...

Sí, en efecto, está al final de este camino... ¿Eres la nueva inquilina? preguntó con curiosidad, al recordar que todo el pueblo estaba expectante por saber quién había alquilado la cabaña del Redondo.

Sí, soy Laura. ¿Eres el propietario?

No, no lo soy. Pero aquí todos sabemos de todos. ¿Vienes sola? inquirió, extrañado de que una mujer como ella hubiese alquilado sola una casa en mitad del campo. No tenía mucha pinta de que le gustara la naturaleza, juzgó Ángel mientras la veía moverse torpemente, como si el terreno que pisara fueran arenas movedizas para ella; además, parecía estar atemorizada por hallarse en medio de la nada...

Sí dijo irguiéndose con coraje y mirándolo con seriedad. Bueno, ¿vas a ayudarme de una vez o te vas a quedar montado en el caballo mientras me bombardeas a preguntas? le espetó, cansada de

ver que aquel tipo no se ofrecía a echarle una mano y harta de notar cómo sus pies estaban llenos de barro, sintiendo aquel contacto gelatinoso y frío que la estremecía desde la cabeza hasta los pies.

Claro, mujer... dijo acercándose con el caballo un poco más a ella.

Sube, que te llevo a la casa.

¿No podrías llamar para que viniese alguien a recoger el coche y, ya de paso, a mí? susurró estudiando la altura de aquel alazán que resoplaba aburrido y cerciorándose del aspecto que tenía ella en esos momentos: vestido embarrado y piernas a juego, el *look* campesino ideal para montar a caballo...

Me he dejado el teléfono en mis tierras; como ves, no llevo nada encima replicó, señalando su pecho descubierto con tal descaro que Laura no dudó en darle otro repaso a ese formidable torso mientras Ángel también se palpaba los bolsillos vacíos de aquel pantalón que se le ceñía a causa de la postura, sin dejar de mirarla fijamente, para demostrarle que no mentía al afirmar que no tenía manera de comunicarse con nadie en esos momentos. Si lo prefieres, te dejo aquí y me voy a llamar para que vengan a recogerte... pero tendrás que esperar sola hasta que puedan acercarse.

¿Sola? balbuceó Laura mirando alrededor, temiendo que algún animal salvaje le hiciese una visita. Vale, llévame, pero ten cuidado. Nunca he subido a un bicho de éstos y me dan pavor comentó mirando al caballo con cara de miedo y titubeando en sus movimientos para acercarse a éste por si le daba alguna coz. ¿Y cómo subo? preguntó calibrando la altura del alazán, temiendo que aquel vestido le impidiese ejecutar los movimientos indispensables para hacerlo.

Ángel negó con la cabeza, exasperado por la conducta refinada y asustadiza de aquella mujer mientras él le tendía una mano para ayudarla.

Apoya el pie izquierdo en el estribo e impúlsate, yo haré el resto le señaló.

Laura cogió su mano dubitativa, temiendo cometer un error al fiarse de ese tipo al que le había costado ofrecerle ayuda, puso el pie donde le había indicado y dio un pequeño salto para poder subir encima del caballo, que volvía a resoplar, hastiado. Como el chico tiró de ella con energía, ella ahogó un grito al notar que su peso caía irremediablemente hacia el otro lado del animal, ya que entre los dos habían impulsado con demasiada fuerza; menos mal que Ángel la frenó y la ayudó a estabilizarse, salvándola de una situación todavía más embarazosa que cuando había caído de bruces en el barro; luego se aseguró de que se encontraba bien sentada justo detrás de él.

Gracias musitó nerviosa mientras intentaba bajarse el largo del vestido, ya que en esa postura se le había subido notablemente, provocando que mostrase más de lo que le hubiese gustado.

Agárrate bien le ordenó Ángel, procurando no mirar esas largas y moldeadas piernas que tenía pegadas a las suyas, para luego dirigir a *Avispado* por el camino que llevaba a la Albada.

¿Dónde? inquirió asustada, mirando a su alrededor por si encontraba algo donde poder cogerse, como un asa o un saliente o cualquier cosa que no fuera esa musculada espalda que tenía delante...

Donde puedas contestó con una divertida sonrisa; de inmediato notó que ella le tocaba la cintura con vergüenza, como si quemase, hasta que un movimiento brusco del caballo hizo que se aferrase a él con fuerza, abrazándolo con ambas manos y acercando su cuerpo al de él. Ángel sintió la suavidad de sus palmas e intentó no prestarle mayor atención, ya que era una fémina demasiado delicada para su gusto.

Laura cerró los ojos para no ver lo rápido que avanzaba aquel animal; sentía que, en cada trote, en cada salto que daba por culpa de los movimientos del caballo, se acercaba inevitablemente más a ese hombre que iba semidesnudo y del que ella se aferraba como si no hubiese un mañana. Notaba el calor que emanaba de esa trabajada y espectacular espalda y percibía su respiración tranquila,

tan alejada de la que ella tenía en esos momentos, debido al pánico que le daban los animales y a la proximidad de aquel atractivo joven. Además, estaba tan pegada a él que los vaivenes del galope hacían que su sexo rozase de una manera gloriosa con el trasero de su salvador, provocando que su corazón corriese más que ese alazán sobre el que se había montado. Maldijo por dentro al caer en la cuenta de que ni siquiera sabía cómo se llamaba ese chico, pues se había aferrado con uñas y dientes a la primera persona que había pasado por ahí, sin pensar en nada más que en salir de aquel lugar donde se había detenido su automóvil, tan alejado del pueblo y tan inhóspito que temió cualquier cosa.

Había permanecido en el interior del vehículo casi media hora, asustada por la multitud de posibilidades, siempre tenebrosas y bastante inverosímiles, que se le pasaron por la cabeza sin duda tenía una imaginación desbordante para ese tipo de asuntos, temiendo que la única escapatoria sería cruzar aquellos campos, que no conocía y que se le antojaban demasiado peligrosos, a pie hasta llegar al casco urbano, ya que su teléfono móvil se había apagado justo en aquel momento, dejándola incomunicada. Afortunadamente, al cabo del rato, lo vio llegar, subido en ese deslumbrante alazán, con el pecho descubierto, mirándola extrañado, como juzgándola por haber osado pasar alguna línea invisible de su propiedad. La primera impresión que tuvo fue la de estar frente a un sexy *cowboy* americano que se hubiese despistado y hubiera ido a parar a tierras sorianas, luciendo sus músculos sin pudor alguno, sin importarle que su cabello, de color castaño y un poco largo por la parte delantera, se moviese libremente con cada salto que daba el caballo, reflejando en su postura, erguido y con la cabeza en alto, que confiaba en sí mismo y en el poder que irradiaba por cada poro de su piel.

¿Cómo te llamas? preguntó en un susurro, intentando obtener más información de su salvador y desviando sus calenturientos pensamientos, que se acrecentaban con cada nuevo roce con el joven.

Ángel... y esas de ahí añadió señalando hacia la derecha con orgullo son mis tierras. Están bastante próximas a donde tú vas a vivir...

Laura abrió los ojos para poder ver lo que le había indicado y descubrió una extensión de cultivos, además de una preciosa edificación hecha en madera que le encantó.

Es precioso declaró volviendo la cabeza para observar las ovejas que pastaban por la llanura y asimilaba aquella información.

Sí que lo es, y más si estás acostumbrada a paisajes de cemento gris insinuó mirando de reojo a Laura.

¿Tanto se me nota que no soy de campo? planteó enarcando una ceja, divertida por su veredicto.

Llevas tatuado «chica de ciudad» en la frente. Luego anunció con una sonrisa: Ya hemos llegado, ésta es la Albada le comunicó mientras el caballo aminoraba su carrera al llegar a una maravillosa explanada rodeada de frondosos árboles.

Laura miró por encima del hombro de Ángel y divisó una hermosa casita hecha de madera, con un tejado inclinado y una chimenea que sobresalía. Era una casita de ensueño en medio de una típica estampa rural, con un manto de diversos matices de colores, donde reinaba la naturaleza por excelencia.

Es bonita, ¿verdad? planteó Ángel al percatarse de que ésta no hablaba.

Espectacular susurró emocionada al ver dónde viviría a partir de entonces.

Espera, primero voy a bajar yo y así te ayudo a descender explicó mientras le daba suaves golpecitos al caballo, que movía la cabeza con gusto.

Se apeó de un salto, haciendo que se le tensionaran las piernas bajo ese pantalón vaquero desgastado, que había vivido tiempos mejores pero que le quedaban como un guante, haciendo de aquello algo muy sencillo y sensual a partes iguales. Laura tragó saliva al ver a qué altura estaba y observando sus zapatos de tacón sucios y el vestido que no se había estado quieto ni un instante desde que

había subido a ese alazán. Miró de nuevo a Ángel, quien le tendía la mano para ayudarla, suspiró y se la aceptó para luego hacer lo que le iba indicando: el pie sobre el estribo y, con cuidado, dejar caer el peso. Sí, la teoría estaba muy bien, pero Laura jamás se había subido a un caballo y su nerviosismo y, sobre todo, su temor le jugaron una mala pasada y cayó en brazos de Ángel, que la sostuvo con cuidado para que no se lastimase.

Perdón, no soy muy buena en estas cosas se disculpó mientras se apartaba de él como si su contacto quemase, ya que había tenido demasiado roce íntimo con aquel chico y no quería que pensase cosas extrañas de ella...

Ya veo, ya farfulló Ángel mirándola extrañado, sin entender su comportamiento, ya que había estado pegada a él durante todo el trayecto y eso no parecía haberle disgustado tanto como ese último contacto. El Redondo, el dueño de esta casa, vive allí la informó a la vez que señalaba una pequeña cabaña que se hallaba a unos trescientos metros de distancia de donde ellos estaban.

Oh, genial dijo a la vez que se recomponía el vestido y el cabello, alborotado por la carrera, intentando no mirar hacia abajo, pues el barro se había adherido de una manera alarmante y ridícula a sus piernas.

Voy a llamar a Ernesto para que recoja tu coche; le pediré que te lo traiga hasta aquí y así podrás sacar tus cosas. Supongo que luego se lo tendrá que llevar a su taller y tardará en devolvértelo.

De acuerdo. Muchas gracias, Ángel dijo Laura con una sonrisa, agradecida de que ese hombre la hubiese socorrido.

Bienvenida al pueblo comentó él frunciendo el ceño, reflejando lo que sentía al saber quién iba a ocupar la casa de la Albada; una mujer, de ciudad para más señas. ¿Un problema? Esperaba que no. Si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme.

Claro, claro contestó con otra sonrisa mientras miraba la cabaña a la que tenía que ir a recoger las llaves. Gracias por traerme hasta aquí, has sido muy amable añadió con gratitud, haciendo que él asintiera con la cabeza al no saber qué responderle.

Laura avanzó vacilante por aquel camino sin asfaltar pensando en las ganas que tenía de tener ya consigo su equipaje y tirar esos zapatos que con tan mal atino había elegido esa misma mañana para marcharse hasta ese pueblito soriano.

Mientras tanto, Ángel la observó en silencio, asombrado por ver a una mujer como ella, que desentonaba tanto en aquel lugar y a la que parecían no gustarle demasiado los animales, dispuesta a vivir tan retirada del pueblo, en mitad del campo, sin aptitudes para afrontar esa vida. Cogió las riendas de *Avispado* y, de un salto, subió a lomos del alazán, que comenzó a andar a medida que él lo dirigía, sin dejar de contemplar la figura de esa chica, con el vestido sucio, el cabello alborotado y con la certeza de haber alquilado esa casa para una larga temporada. Se alejó de allí pensando en las razones que tendría Laura para mudarse allí; normalmente la gente joven se largaba a la ciudad a buscar mejores trabajos o una comodidad que en el campo no podía tener; al revés, nunca había pasado. Los pocos vecinos que había eran nacidos allí, ganaderos o agricultores, o ambas cosas, ya que esas tierras pasaban de padres a hijos. Todos se conocían, algo normal al ser poco más de cien habitantes, y, cuando llegaba alguien nuevo al villorrio, algo que sin duda era novedoso, se trataba de personas mayores que necesitaban la tranquilidad que daban esas tierras y no gente joven con pinta de estar más cómoda en un centro comercial que en un campo sembrado. Ángel negó con la cabeza al imaginarse que Laura no tardaría en volver por donde había venido. Era demasiado refinada como para vivir allí; aguantaría pocos días, se dijo mientras llegaba de nuevo a sus tierras para seguir cortando leña para el próximo invierno.

2

No había empezado con el mejor de los pies, eso lo sabía. La primera impresión que iba a causarle a su nuevo casero sería parecida a un cuadro de Dalí, por culpa de la multitud de manchas que poblaban su otrora precioso vestido y, para añadir más dramatismo a su deplorable aspecto, había que sumar el hecho de que su hermosa melena rubia se había convertido en una deforme maraña de pelo debido a la velocidad de aquella carrera a caballo y a los movimientos de éste...

En definitiva, que la apariencia que deseaba transmitir desde un principio, de mujer de fiar, seria y madura, se había quedado en una caricatura. Y, para redondear todavía más su llegada, había tenido que dejar todas sus pertenencias en el coche, que se encontraba parcialmente hundido en aquel fangoso camino.

Aun así, Laura no iba a dejar que aquel paso que había dado se torciese más; había llegado hasta allí con una finalidad muy concreta y haría todo lo que estuviera en sus manos para conseguirla. Por lo tanto, con la valentía que la caracterizaba, se desprendió de lo que había vivido para llegar hasta allí y tocó a la puerta de la pequeña cabaña de madera que le había señalado Ángel; tras una leve espera, le abrió un hombre de unos setenta años que la miraba con una tierna sonrisa en los labios.

¿Laura? preguntó frunciendo el ceño al ver su ropa y sus zapatos.

Sí. Hola, don Pedro contestó esbozando una sonrisa y tendiéndole la mano para estrechársela. Perdóneme por

presentarme así, pero he tenido un ligero contratiempo... susurró, avergonzada por su aspecto.

Ay, monina, no me llames «don» , que me haces más mayor de lo que soy le pidió a la vez que cogía una boina del perchero situado al lado de la puerta y agarraba unas llaves. Llámame Redondo o Pedro, como prefieras. ¿Qué te ha pasado?

Bueno, he tenido un pequeño incidente a mitad de camino; me he quedado atascada en la pista que conduce hasta aquí y me ha rescatado un vecino... le explicó mientras seguía a su casero, quien había comenzado a andar con paso tranquilo hacia la que iba a ser su casa.

Laura aprovechó para estudiarlo detenidamente; para tener como mote el Redondo, distaba bastante de serlo. Era un tipo delgado, con el cabello repleto de hebras plateadas, la tez morena por el sol y una mirada en la que se podía intuir toda la sabiduría que albergaba.

Vaya... ¿Qué vecino? inquirió con curiosidad, haciéndola sonreír al notar que aquella información, para él, era importante.

Ángel.

Ah, es un buen muchacho este alcalde nuestro.

¿Ese chico es el alcalde?

Sí, el mejor que hemos tenido en años, una buena persona que siempre mira por los lugareños afirmó con cariño en la voz. Mira, Laurita añadió mientras abría la puerta de la casa que había alquilado, como te conté por teléfono, tiene un salón comedor con chimenea, que da calor a toda la vivienda; al lado se encuentra la cocina, que mi nieto ordenó reformar hará un par de años explicó a medida que pasaban al interior. Por aquí se accede a los dos dormitorios y aquí está el cuarto de baño completo agregó a la vez que abría y cerraba las puertas, para mostrarle las estancias que iba mencionando.

Todo es precioso declaró Laura admirando la decoración rústica y sencilla que reinaba en aquel hogar.

Sí, es muy bonita susurró con una sonrisa enternecedora. Lo bueno de esta casa es que está muy bien distribuida; mi señora se

aseguró de que no hubiese pasillos inútiles ni rincones sin utilizar. Es una vivienda práctica, cómoda y, sobre todo, cálida en invierno y fresca en verano.

Su señora tiene un gusto exquisito.

Sí, lo tenía... murmuró a la vez que se quitaba la boina y se acariciaba la cabeza con frustración.

Lo siento mucho, Pedro.

Gracias, monina, son cosas que pasan... ¡Qué le vamos a hacer! Bueno, te dejo aquí las llaves. Cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde encontrarme concluyó tendiéndole el llavero para que ella lo cogiera.

La verdad es que me he quedado sin coche y no puedo ir al pueblo a comprar comida... intervino en voz baja, con timidez.

No te preocupes por eso. Mientras no ponemos remedio a eso, puedes venir a mi casa a comer y así me harás compañía.

Muchas gracias, Pedro.

Nada, nada, para eso estamos los vecinos replicó el hombre con alegría.

Laura sonrió mientras su casero se marchaba, tras levantar la mano a modo de despedida, con paso tranquilo, hasta su cabaña. Parecía un buen hombre; sus ojos reflejaban la bondad que poseía e intuyó que se llevaría muy bien con él.

Cerró la puerta para comenzar a inspeccionar el lugar con más detalle. La casa era una preciosidad, con grandes ventanales que daban luminosidad a las estancias. El olor a madera era algo reconfortante para una chica que jamás había pisado el campo, ni siquiera para hacer una excursión cuando era niña. Entró en la cocina, moderna, aunque no desentonaba en absoluto con la decoración imperante, y empezó a abrir los cajones y a probar los electrodomésticos. Tenía todos los utensilios necesarios para cocinar y, además, había conservas que podría utilizar. Pasó un buen rato indagando por la casa, observando todos los rincones que se convertirían en rutinarios para ella con el tiempo, hasta que de repente oyó un ruido que le heló la sangre por completo, seguido de

unos golpes fuertes que la hicieron palidecer y, por último, una voz llamándola. Laura sonrió negando con la cabeza y se dirigió a la puerta de entrada. Estaba paranoica, lo sabía; el contacto con la naturaleza no le estaba sentando especialmente bien. ¿O

habría sido la primera impresión que se había llevado de ella aquel muchacho, que había resultado ser el alcalde del pueblo? Lo desconocía, pero era obvio que estaba totalmente descentrada.

¿Laura? preguntó un hombre alto, moreno, robusto y con el cabello muy corto, cuando le abrió la puerta.

Sí.

Soy Ernesto. El alcalde me ha pedido que le trajera su coche para que pudiese recoger sus pertenencias.

¡Oh, gracias! exclamó entusiasmada al ver la grúa, que había remolcado hasta allí su pequeño automóvil.

Venga, que la ayudo le propuso Ernesto, y se acercaron a los vehículos.

Y, dígame, Ernesto, el alcalde, ¿lleva mucho tiempo ejerciendo como tal?

planteó con curiosidad mientras sacaba el equipaje del maletero de su Citroën, intentando averiguar algo más del hombre que la había ayudado.

Un par de años contestó él con seriedad, agarrando dos maletas grandes con total facilidad para llevarlas a continuación al interior de la casa. Sin duda, los mejores años de este pueblo, la verdad. Es un buen muchacho, por eso lo elegimos.

Claro... susurró pensativa, asimilando aquella información, que distaba bastante de la primera impresión que se había llevado de él.

Tras meter todos los bártulos en la casa, Ernesto se llevó el coche para el taller y Laura se dispuso a organizar toda la ropa que se había traído. Después de llenar el armario y varios cajones de la cómoda, se fue directamente a la ducha, para poder desprenderse de ese barro que se había adherido a sus pies como si de unos calcetines, incómodos y ásperos, se tratase. Bajo la cálida lluvia de la ducha, se imaginó viviendo allí sola, rodeada de naturaleza, y

empezó a divagar sobre cómo aprovecharía el tiempo del que dispondría: aprendería a hacer queso, que tanto le gustaba, y por supuesto cocinaría, preparando multitud de pasteles y delicias, de esas que siempre había querido hacer, pero que no había hecho por falta de tiempo... Un ruido la alertó mientras se enjabonaba el cabello.

Permaneció callada y aguzando el oído, sin hacer ningún sonido para asegurarse de que no eran imaginaciones suyas, ya que su mente estaba continuamente en alerta. Volvió a percibir aquel crujido y suspiró para tranquilizarse, puesto que le pareció que procedía de algún animal que vagaba por el exterior, y se dijo que eso era lo más probable. Se había acostumbrado tanto al sonido interminable del denso tráfico, de los cláxones o de los vecinos del mismo edificio en el que vivía, que aquel silencio sólo roto por los sonidos procedentes de la naturaleza resultaba demasiado nuevo para ella e incluso agónico... Siguió con su tarea hasta dar por concluida la ducha, se envolvió en su cálido albornoz amarillo y se observó en el espejo. Comenzó a aplicarse crema hidrante por el rostro, pensando en todo lo que había dejado aparcado para marcharse a ese pueblecito perdido de Soria: su apreciada y caótica rutina, su minúsculo piso del centro, la salida de los viernes con sus compañeros de trabajo, los sábados de chicas, los almuerzos de los domingos con su madre... en definitiva, su vida. Suspiró para calmar aquella ansiedad que amenazaba con inundarla y se desenredó el cabello con tranquilidad, manteniendo a raya sus emociones mediante esa acción, pues éstas se le desbordaban con una facilidad asombrosa en los últimos días, ya que sabía que ese destino formaba parte de su nueva vida, de su nueva misión, y debía demostrar de nuevo que valía para ello; estaba dispuesta a lograrlo, costara lo que costase... Dejó el cepillo sobre el mueble del aseo para dirigirse luego hacia el dormitorio principal, donde se colocó unos vaqueros de pitillo y una camiseta de media manga negra y se calzó unas deportivas del mismo color. Una vez lista, con decisión, salió de aquella casa para dirigirse a la de su casero.

¡Monina! exclamó Pedro al verla en el quicio de la puerta; éste pensó que, después de todo, debajo de todo aquel barro había una bella mujer. Has llegado a tiempo para el almuerzo. Entra, entra dijo mientras la hacía pasar a su hogar.

Laura sonrió al darse cuenta de que el anciano no paraba de llamarla por aquel apelativo, pero, lejos de molestarla, ese detalle la hacía sentirse cómoda, como en casa. Tras Pedro, pasó al interior de la pequeña cabaña; ésta también era de madera y, aunque era la mitad de grande que la que había alquilado, resultaba muy confortable.

Espero que te gusten las migas.

Nunca las he probado, pero seguro que están buenísimas comentó Laura sentándose en la silla que le estaba señalando su anfitrión, frente a una mesa cuadrada de madera maciza con un bonito mantel de tela en color blanco.

Mucha fe tienes en mí. No soy buen cocinero, pero no me toca otra que hacerme de comer contestó con una sonrisa mientras le tendía el plato. Ah, una cosa de la que me he acordado nada más volver de tu casa... Esto pasa cuando llevas tanto tiempo sin usar algo, te olvidas de que lo tienes... añadió negando con la cabeza, divertido por aquel despiste.Tengo un coche, lo digo por si lo necesitas hasta que te arreglen el tuyo. Es un poco viejo, pero te llevará y te traerá sin problemas.

Oh, muchas gracias, Pedro. No sé cómo agradecerte todo lo que estás haciendo por mí declaró visiblemente emocionada al apreciar la bondad y el buen hacer de aquel hombre.

Anda, Laurita, no tienes que agradecerme nada. He tenido suerte de que mi inquilina sea tan maja.

Entonces, si ya no conduces, ¿cómo te las arreglas para adquirir las cosas que te hacen falta? preguntó mientras cogía con el tenedor una porción de las migas que tenía servidas en su plato y se la acercaba a los labios, para después deleitarse con el delicioso sabor; no se había dado cuenta, pero estaba hambrienta.

Tengo buenos vecinos que me traen todas las semanas la compra y, además, vienen de vez en cuando para llevarme al pueblo, para que me tome un vinito con ellos...

¿Nunca te has planteado vivir más cerca de allí?

¿Y dejar esto solo? exclamó mientras negaba con la cabeza. Aquí está mi vida, mi memoria y todo lo que significo. Sería incapaz de marcharme a otro lado; no podría dejar de disfrutar de estas vistas tanto tiempo y no ver en cada rincón multitud de bellos recuerdos. Permaneceré aquí hasta que mi corazón se detenga y, cuando eso ocurra, quiero que mis cenizas se esparzan por estas tierras que me han visto crecer y convertirme en lo que soy.

Debe de ser especial vivir siempre en el mismo lugar.

Lo es. No me veo en ningún otro sitio, la verdad susurró con melancolía.

Pedro, ¿podría coger esta tarde tu coche?

Claro, monina.

Mañana prepararé yo la comida, para agradecerte todo lo que estás haciendo por mí propuso Laura con una sonrisa.

No hace falta, lo hago encantado. Pero mira, sabes lo que te digo, que me voy a aprovechar y bajaré contigo al pueblo esta tarde, así me tomo una copita con mis amigos dijo Pedro a la vez que vertía vino tinto en las copas.

Me parece una idea estupenda comentó Laura con una sonrisa, antes de pegar un trago de vino. Dime, Pedro, ¿cuántos hijos tienes?

Uno, y un nieto que va por el mismo camino que su padre.

¿Y eso? preguntó, extrañada por aquella rotunda afirmación.

Pues que no les gusta el campo. Fíjate que me tocó vender mis tierras a un vecino cuando ya no pude cuidarlas personalmente... susurró mientras cogía su copa y le daba vueltas, todavía entristecido por aquella circunstancia. Sé que los tiempos cambian y todo eso, pero esas tierras las heredé de mi padre, y éste del suyo... Me dio mucha pena que, teniendo dos jóvenes varones en la familia, tuviera que venderlas...

Me imagino que tuvo que ser duro para ti deshacerte de ellas... musitó Laura al percibir su tristeza. ¿Tu hijo y tu nieto viven en el pueblo?

No. Cuando mi hijo fue mayor de edad, se marchó de aquí; decía que se aburría en el campo, y mi nieto ha vivido toda la vida en la ciudad. En verano venían a pasar unos días con nosotros y cuando Fernando, mi nieto, se interesaba por las labores del campo, llegué a creer que él sería quien heredaría todo esto.

Pero no, cuando cumplió los dieciocho, me dijo que le gustaba la vida rural, pero no tanto como para vivir aquí para siempre...

¿Vienen a verte a menudo?

No tanto como quisiera, pero sí, aparecen de vez en cuando a visitarme...

Claro… Pedro, me gustaría que me explicaras una cosa… ¿Por qué te llaman Redondo?

Era el mote de mi padre dijo con una sonrisa melancólica. Cuando era pequeño me llamaban «El hijo del Redondo». Cuando falleció, directamente heredé su mote, aunque yo nunca he tenido el cuerpo fornido de mi padre explicó con gracia. Pero dejemos de hablar un ratito de mí. Cuéntame, ¿qué hace una chica como tú en un pueblecito como éste?

Desconectar del mundo sentenció con una sonrisa, mientras alzaba repetidamente las cejas, provocando que Pedro se riese por aquella mueca.

Entonces has venido al sitio apropiado comentó mientras levantaba la copa de vino y lo chocaba contra el de ella. Y, tu familia, ¿qué opina de tu decisión?

Nada, me comprenden... comentó en voz baja a la vez que levantaba los hombros con resignación.

¿Tienes hermanos?

No.

¿Y algún novio que hayas dejado con el corazón partido?

No, no dijo sonriendo mientras negaba con la cabeza, nerviosa. Nada de novios, ahora mismo no estoy en ese punto de mi vida.

¿En cuál, monina? preguntó extrañado Pedro.

En el de querer enamorarme o tener pareja... contestó Laura tocándose el corazón con la mano para dar a entender a qué se refería.

¡Ay, qué raras sois las mujeres de ciudad! exclamó entre risas el anciano . Tú no eliges cuándo te tienes que enamorar, es tu corazón el que manda y, cuando llega el momento, sólo puedes hacer una cosa: dejarte llevar. Como bien decía mi padre, la vida hay que desgastarla de vivirla y no de pensar en todo lo que deberías haber hecho rememoró antes de guiñarle un ojo. Mira, yo, cuando vi a mi Felisa, con su cabello negro recogido y su vestido de cuadros mientras iba a la fuente a por agua, me enamoré automáticamente de ella e hice todo lo que estuvo en mi mano para que ella me diese una oportunidad. Debo reconocer que me costó lo mío, pero no me arrepiento de nada de lo que hice para llegar a conquistar su corazón. Ay, monina, el amor es algo muy bonito que, cuando se acaba, te deja vacío por dentro, pero del que siempre mantendrás el dulce recuerdo de saber que tu vida fue tan importante para la otra persona como la suya propia susurró con melancolía al pensar en su difunta esposa.

Sí, por lo que me cuentas tiene que ser bonito, pero cuando uno está preparado, y yo ahora mismo no lo estoy insistió ella mientras depositaba el tenedor sobre el plato ya vacío y Pedro negaba con la cabeza con una sonrisa ante su afirmación, ya que consideraba que estaba equivocada al opinar tal cosa . Estaba muy bueno, Pedro.

Gracias, Laurita... dijo mientras se terminaba el vino. No me has dicho de dónde vienes.

Eh... titubeó a la vez que dejaba la servilleta sobre la mesa. De Cartagena, al sudeste de España. ¿Lo conoces?

Sí; de oídas, claro contestó risueño. Puedes traer a tu familia o amigos a la casa cuando quieras, has visto que cuenta con una habitación de sobra para invitados.

Sí, gracias, pero no creo que venga nadie.

Mujer, alguien vendrá, ¿no me dijiste por teléfono que tenías previsto quedarte un año aquí? replicó mientras se levantaba y comenzaba a recoger la mesa. Laura se apresuró a ayudarlo.

Sí, pero, como te he dicho, necesito desconectar.

¿Hasta de la gente?

Sobre todo de la gente concluyó mientras hacía una mueca nerviosa.

Qué raras sois las mujeres de ciudad masculló el anciano haciendo sonreír a Laura al volver a escuchar aquella afirmación de sus labios.

Ella insistió en fregar los cacharros mientras Pedro la estudiaba en silencio, como evaluándola. Laura era consciente de que desde fuera parecía un bicho raro, poco comunicativa cuando de su vida se trataba y con ideas un poco extravagantes, pero no podía ni explicar ni mostrar la realidad, era importante que nadie supiera el motivo que la había llevado hasta allí.

Decidieron mirar un rato la televisión para hacer tiempo hasta la hora de apertura de los negocios por la tarde. Al ver que Pedro se quedaba dormido en el sofá, Laura aprovechó para coger una hoja de papel y un bolígrafo que encontró cerca de la mesita central y anotar todo lo que necesitaba del pueblo para poder pasar unos días sin volver a bajar hasta allí.

Eres muy joven para escribir tus memorias susurró al cabo del rato el anciano, al descubrirla tan concentrada.

Estoy haciendo algo más importante: la lista de la compra le aclaró ella mostrándole la hoja con una amplia sonrisa.

Pues vámonos para allá, monina. Voy a presumir de chófer con mis paisanos añadió mientras se levantaba del sofá.

Laura sonrió a la vez que se levantaba también y luego lo siguió hacia la parte de atrás de la cabaña. Una vez allí, abrió una amplia puerta y apareció un todoterreno que sin duda había conocido tiempos mejores, pero que resultaba mucho más útil por esos parajes que su pequeño automóvil. Pedro le entregó las llaves y ésta

se subió al vehículo, puso la llave en el contacto e hizo rugir al motor.

Creía que te costaría arrancarlo. Lleva tiempo sin que nadie lo mueva dijo mientras entraba en el coche, justo después de cerrar la puerta del garaje.

Bueno, Pedro, guíame pidió Laura señalando la explanada.

Llegaron al pueblo sin problemas; tener a un lugareño de copiloto resultaba una gran ventaja para no perderse por esos caminos estrechos, sin asfaltar y sin ninguna señal que orientara un poco al conductor. Detuvo el todoterreno en la calle donde se encontraba el único bar de la localidad, y Pedro, antes de entrar a tomar una copita con sus amigos, le indicó dónde se hallaban las tiendas. Laura comenzó a andar por esas calles; todo aquel que se cruzaba con ella la saludaba y la inspeccionaba con la mirada, era la novedad de allí, y no podía hacer otra cosa que sonreír y saludar. Llegó a la tienda de comestibles y comenzó a meter en una pequeña cesta los productos que tenía anotados en la lista; al final necesitó dos cestas más para poder llevarlo todo a la única caja que había en aquel establecimiento. Conchita, la dueña, la bombardeó a preguntas mientras pasaba los artículos por la caja registradora. Laura aguantó estoicamente el interrogatorio sin dejar de sonreír por un momento; le parecía normal que esas personas se interesasen por ella, era la nueva.

Después de la tienda de comestibles, se fue al coche a dejar la compra y luego se acercó a la farmacia para adquirir lo necesario para sobrevivir al contacto con la naturaleza: crema solar, repelente de mosquitos, crema para las picaduras, tiritas y antiséptico... La farmacéutica, un poco más seria que la señora anterior, también quiso saber quién era y si había ido sola al pueblo y, sobre todo, cuánto tiempo pensaba quedarse en la Albada... Tras contestar con más o menos ganas a las preguntas, pagó la cuenta y anduvo hasta el bar; antes de entrar a tomarse un café con Pedro, dejó la compra de la farmacia también en el maletero del automóvil.

Monina, aquí dijo su casero al verla entrar en el local.

Laura sonrió a medida que se acercaba y todos los ojos de los vecinos allí presentes se posaron sobre ella. Tragó saliva para intentar tranquilizarse; nunca le había gustado ser el centro de atención y en ese pueblo no paraba de serlo allá donde fuera. Se animó diciéndose que aquel escrutinio se acabaría en un par de días, pero, aun así, le resultaba incómodo saber que todos los habitantes de aquel villorrio estaban pendientes de ella. El bar era el típico de un pueblo, con las paredes blancas y las mesas de madera; una gran barra presidía el establecimiento y los mayores se reunían a jugar a las cartas o al dominó mientras se tomaban alguna copita de licor.

¿A que no he exagerado? preguntó Pedro a los paisanos que se sentaban alrededor de su mesa.Y aún es más bonita por dentro que por fuera, os lo digo yo...

Laura sonrió con timidez, se sentó al lado de su casero y saludó a los hombres, que no apartaban la mirada de ella.

Sí que es guapa, sí... ¿Y estás soltera? quiso saber uno de ellos.

Eh, Evaristo, que nos conocemos intervino Pedro levantando un dedo a modo de advertencia.

Bueno, sólo quería saber si estaba soltera para decírselo a mi hijo. Se ve una mujer de bien.

Pues deja de contarle nada a tu hijo, que está solo porque le da la gana, que todos sabemos que dejó a Carmen sin motivo alguno replicó Pedro haciendo que Laura se aguantara las ganas de reír por la contestación tan rotunda y la cara de sorpresa del otro hombre.

Mientras estos dos discuten, dinos, ¿a qué te dedicas? inquirió otro de los allí presentes, el más joven de los cuatro, que debía de rondar los sesenta años.

Eh... Era teleoperadora contestó mientras observaba las cartas que sujetaba Pedro en una mano.

Anda, ¿de esas que cuenta mi hijo que no paran de molestar al mediodía para que se cambie de compañía de teléfono? preguntó el último vecino que había sentado en esa mesa.

Sí, en efecto respondió esbozando una sonrisa nerviosa. Nos llaman las *desvelasueños* añadió con guasa, haciendo reír a los

amigos de Pedro.

Observó a los cuatro hombres que estaban sentados a su lado, mirándola sin pestañear, analizando cada gesto que hacía, sintiendo que todo lo que dijese sería evaluado e inspeccionado después, cuando ella se marchara. Sabía que comenzar en un lugar nuevo mintiendo no era el mejor plan, pero no podía revelar a qué se dedicaba; tenía que ocultarlo, como fuera.

3

Había dormido como un lirón; el silencio era roto sólo por el ulular de las aves nocturnas y los chirríos de los grillos, que al final resultaron como una canción de cuna para Laura. Se levantó con energía, leyó un mensaje que tenía en su teléfono móvil para después dejarlo sobre la mesilla y se fue directamente a la ducha con una sonrisa pintada en la cara, dispuesta a exprimir el día. Después de un completo desayuno y de calzarse sus mejores deportivas, salió al exterior. El sol brillaba en el cielo libre de nubes y comenzó a caminar por el bosque, llenándose los pulmones de aire puro. Mientras avanzaba por aquellos caminos pedregosos y ligeramente embarrados, ya que el sol comenzaba a secarlos, pensó que no estaba tan mal eso de la naturaleza, que se podría acostumbrar a ella y podría aprovechar para hacer un poco de ejercicio todas las mañanas. Descubrió con alegría que había un sendero que flanqueaba el bosque y se dijo que podría utilizarlo para correr y descargar un poco la adrenalina acumulada por tanto exceso de tranquilidad. No era bueno parar de golpe y ella llevaba unos años que no sabía lo que significaba descansar... Después de una gran arbolada, divisó una gran edificación de madera, alargada, que daba a una llanura preciosa; desde allí se podían ver ovejas pastando despreocupadamente mientras un perro las vigilaba. Laura oteó por si veía a alguien cerca, pero no vio nada y prosiguió su paseo. Ésas eran las tierras del alcalde, el chico que la había rescatado el día anterior, el sexy *cowboy* que la llevó hasta la Albada...

Buenos días oyó cómo la saludaban al cabo de un rato de caminar por las tierras. Se giró y lo vio, tan deslumbrante como la víspera, pero esta vez con una camiseta blanca cubriéndole su magnífico torso y resaltando su broceado natural. Por poco no te reconozco comentó guasón, haciendo que ella sonriese.

Buenos días saludó contenta, dando un paso hacia atrás al ver de muy cerca el caballo que Ángel montaba. He dejado el *look* reina del barro para otra ocasión, no quiero que la gente piense que soy un bicho raro contestó de cachondeo, hoy me he puesto el disfraz de mujer casi normal.

¿Casi? preguntó aguantándose la risa por su contestación.

Sí, es que ser normal del todo resulta muy aburrido, incluso para un disfraz... comentó de manera ingeniosa mientras se ponía las manos en las caderas, haciendo que éste frenara las ganas de reírse ante la postura y la seriedad de sus palabras.

Ya veo, ya... Dime, ¿te has caído de la cama? inquirió Ángel, provocando que ésta enarcara una ceja, divertida.

Me ha faltado poco, no te creas. Es lo que tiene dormir a pierna suelta y no recordar dónde estás. Por lo que veo, tú también te has levantado pronto.

Sí, siempre madrugo mucho para venir a trabajar al campo contó señalando sus tierras. En cambio, tú estás de vacaciones o de año sabático, ¿no?

Sí, algo parecido... dijo con una sonrisa al ver que éste seguía sin hacer el ademán de bajarse del caballo; parecía que le gustaba hablar con la gente subido a ese precioso alazán. El caso es que debo de tener aún conectada la alarma del despertador en mi cabeza y, chico, a las siete ya estaba con los ojos como platos... explicó mientras gesticulaba con los brazos. Oye, que ayer me enteré de que eres el alcalde...

Sí, lo soy afirmó, dándole afectuosas palmadas a *Avispado* en el lomo .Ya ves, aquí uno no puede hacerse el interesante, enseguida le chafan el plan.

¿Te querías hacer el interesante conmigo? preguntó enarcando una ceja, extrañada por su respuesta. ¿Y eso?

Es una manera de hablar, mujer concretó negando con la cabeza al ver que no había cogido la broma. Aquí es lo normal, todo el mundo habla de todo el mundo, todos lo sabemos todo de todos y casi no hay secretos... Somos como una gran familia.

Vaya, qué curioso... pero hay una cosa que no entiendo... dijo dando un paso hacia atrás al ver que el caballo se acercaba a olfatearla. ¿Qué haces trabajando aquí en lugar de estar haciéndolo en el ayuntamiento?

Por las mañanas me dedico a esto, atiendo mis tierras, y por las tardes me marcho al pueblo a realizar las gestiones que haya en la alcaldía... Como ves, es un pueblo muy pequeño y, si uno se organiza bien, le da tiempo a todo. Además, tengo un gran equipo municipal que se encarga de que todo vaya como debe y así no descuido mis tierras.

Claro... susurró Laura analizando su porte confiado.

Bueno, si me disculpas, voy a seguir con lo mío, que, si me entretengo, el tiempo se me echará encima señaló al acordarse de todo lo que le quedaba por hacer.

Sí, por supuesto; yo también voy a continuar mi paseo. Hasta luego.

Ángel levantó la mano a modo de despedida mientras se alejaba de ella a trote ligero. Laura le observó la espalda; era curioso que un joven tuviera tantas responsabilidades, que se encargara del ayuntamiento y que, además, se dedicara a trabajar en sus tierras, y todo ello con el beneplácito de los vecinos, que hablaban siempre cosas buenas de él, como había podido comprobar desde que había puesto un pie en aquel lugar. Laura se dio media vuelta y, con aquellos pensamientos rondándole la cabeza, continuó su caminata.

Monina, esto lo tienen que probar los vecinos. ¡Qué manos tienes! exclamó Pedro dos tardes después, cuando fue a casa de Laura a merendar con ella, mientras se llevaba el segundo trozo de pastel de chocolate a la boca.

Me alegro de que te guste. Siempre me ha chiflado cocinar comentó dejando la cuchara sobre su plato vacío.

Estoy pensando que podrías venderle pasteles como éste a Conchita, la dueña de la tienda de comestibles, o a Rogelio, el propietario del bar. Seguro que les encantaría y los podrían añadir a sus productos, y así tú te podrías ganar un dinerillo... propuso el anciano mientras repelaba lo que había en su plato.

No me hace falta el dinero, Pedro. Tengo unos ahorrillos para ir tirando replicó Laura a la vez que recogía los platos y los llevaba al fregadero para lavarlos a continuación.

Bueno, pues, si no quieres dinero, regala las tartas que hagas. Seguro que nuestros paisanos estarán encantados de comer algo tan rico apuntó él, siguiéndola hasta la cocina y observando su trajín al limpiar la, ya de por sí, inmaculada encimera.

¿Ya te has cansado de mis postres y por eso pretendes deshacerte de ellos?

preguntó divertida.

¡Eso nunca! Pero podríamos acercarnos hoy al bar... Les caíste muy bien a todos; te lo digo yo, que de esto sé un poco declaró mientras le guiñaba un ojo.

Son gente muy simpática, pero he venido hasta aquí para desconectar del mundo, en busca de soledad... reiteró mientras se mordía el filo de la uña, nerviosa al imaginarse, de nuevo, bajo las miradas curiosas de los habitantes de esa diminuta localidad.

Muy sola no estás... la contradijo señalándose con el dedo en el pecho.

Ya, pero es diferente, tú eres distinto. No sé cómo explicártelo susurró angustiada por las múltiples mentiras que le tocaba contar a la única persona que la había ayudado y con la que le encantaba pasar el tiempo; para Laura, Pedro se estaba convirtiendo en el abuelo que nunca llegó a conocer.

Mira, monina, vamos a hacer una cosa: vas a meter el resto de esta rica tarta y la otra que hiciste ayer por la tarde en dos cacharros de esos de plástico, cogeremos el coche y nos iremos al

bar. Así veo a mis amigos, juego un rato con ellos a las cartas y tú hablas con más personas aparte de con este viejo solitario que está acaparando todos esos fantásticos pasteles que me haces para merendar.

Bueno, si te apetece bajar, te llevaré... musitó doblando el trapo que tenía sobre la encimera, para así no mirarlo a la cara y que no percibiese lo que realmente le pasaba por la cabeza.

Y a ti te vendrá bien hablar con la gente joven; eres una mujer muy simpática y presiento que vas a encajar enseguida con ellos. El caso es que me siento un poco egoísta por tenerte aquí recluida todo el día. Además, a esta hora comienzan a llegar al pueblo los jóvenes, después de trabajar duramente en el campo, y ya habrán oído hablar de ti. Seguro que están deseando conocerte en persona y ver con sus propios ojos cómo es la nueva inquilina del Redondo explicó con una sonrisa.

No me tienes recluida, Pedro. Me gusta todo esto objetó Laura.

Anda, anda...Que pasemos ratos juntos está muy bien, pero hay que ver a más personas. Si no, nos volveremos locos soltó entre risas.Venga, vámonos.

Espera, voy a cambiarme de ropa le pidió mientras señalaba el chándal que llevaba puesto; para andar por el campo le venía de fábula, pero prefería ponerse algo un poco más adecuado para bajar al pueblo.

Te espero en mi cabaña, no tardes le indicó el anciano antes de salir de la casa para dirigirse a la suya.

Laura entró en su dormitorio y se puso unos vaqueros negros ajustados y una camiseta de media manga en color rojo; luego se calzó unos botines planos negros, ya que había comprobado nada más llegar que los tacones no eran los mejores aliados para aquel lugar. A continuación se encaminó al cuarto de baño para desprenderse de la coleta que la había acompañado todo el día y se cepilló el cabello para dejarse la melena suelta. Estuvo tentada de maquillarse, pero después desechó la idea, pensando en que iba a un bar de pueblo; se dijo que sería excesivo maquillarse para

tomarse un café con los lugareños. Salió de allí rápidamente para coger el bolso y una chaqueta fina, ya que, cuando bajaba el sol, comenzaba a refrescar; se notaba que el otoño estaba próximo.

Durante el trayecto en coche hasta el pueblo, Pedro intentó que Laura se animara; iba a relacionarse con gente y no al matadero, aunque parecía que ella considerase que era incluso peor, por la cara que mostraba, seria, y por su estado de ánimo, pues estaba demasiado inquieta, percibió el buen hombre. La chica detuvo el todoterreno cerca del bar. Pedro sostenía los tápers con porciones de las últimas tartas que ella había preparado; Laura llenó los pulmones de aire para armarse de valor y traspasó la puerta del local... y sonrió al ver la misma reacción que cuando entró por primera vez: todas las miradas se dirigieron a ella y los presentes cuchicheaban mientras avanzaba por el establecimiento; debían de barajar multitud de hipótesis de por qué esa chica había decidido vivir un año tan alejada de todo. Siguió a su casero hasta la mesa que ocupaban sus amigos, la misma que habían utilizado la vez anterior; parecía que era la suya... Saludó a los vecinos a su paso mientras se sentaba al lado de Pedro.

Rogelio, pon estas tartas en platos para que todos las prueben. Laurita es una magnífica repostera anunció Pedro, dándole al dueño del bar los recipientes.

Menudo chollo de mujer: teleoperadora y repostera soltó mordazmente Rosa, la hija de Rogelio, cuando pasó cerca de la mesa para servir unas cervezas a unos lugareños situados al lado.

Laurita tiene muchas virtudes, sí reiteró Pedro en voz alta para que los presentes se enterasen de lo buena que era su nueva inquilina.

¡Venga, Rogelio, que ya estoy salivando sólo de pensar en esos pasteles!

exclamó uno de los vecinos, haciendo que todos se riesen.

No es para menos, amigo comentó Pedro con una sonrisa.

¡Pues a mí ponme dos trozos! soltó otro, provocando más risas.

Anda, anda, no seas egoísta, Carmelo, que nos conocemos se dirigió a él Pedro con sorna. Mira quién acaba de aparecer por la puerta. Señaló con la mano. Ángel, has llegado justo a tiempo dijo en voz alta para que éste lo oyese.

El susodicho se aproximó a la mesa a grandes zancadas. Laura se fijó en su aspecto; distaba bastante del que vio la primera vez, tan salvaje y presuntuoso.

Aquella tarde iba vestido con unos pantalones vaqueros oscuros y una camiseta azul clara de media manga que resaltaba con el tono de su piel morena; llevaba el cabello peinado hacia atrás fijado con gomina, lo que le daba un aspecto mucho más moderno. Se notaba que se había arreglado para ir al bar, pues, cuando lo había encontrado dos días antes por la mañana, iba más informal, pero estaba igual de arrebatador. Su sonrisa, abierta y sincera, iba dirigida directamente a ella, que sólo fue capaz de devolvérsela con timidez, escudándose en la proximidad de Pedro y de los demás integrantes de esa mesa. Laura supuso que él la veía como a una rubia tonta de ciudad, a la que encima le había tocado rescatar; era como un estorbo y poco más...

Buenas tardes, señores y señorita saludó con voz grave y segura. ¿Y

eso por qué, Redondo?

Laurita ha traído unas ricas tartas para que las probemos todos. Ya os digo que están para chuparse los dedos le aclaró el viejo con orgullo.

¿Sí? No soy muy goloso, pero las probaré aceptó Ángel mirándola de reojo, pero ésta estaba más pendiente de mirarse las uñas que de la conversación que giraba en torno a sus habilidades culinarias. Bueno, señores, señorita, me voy a tomar una cerveza a la barra anunció antes de darse media vuelta y marcharse hasta allí.

Ella levantó entonces la mirada y estudió con gran disimulo la fuerte espalda de Ángel, sabedora de cómo era al natural, de su tacto e incluso de su olor; aquel recuerdo le hizo estremecerse,

sorprendiéndose por aquel acto espontáneo de su cuerpo, que no se correspondía con lo que de verdad pensaba de aquel hombre.

Pero ¿qué le pasaba? Era un joven atractivo, sí. Y debía reconocer que, cuando se subió a lomos de su flamante caballo, detrás de él, se había excitado al sentir aquel roce acompasado que la acercaba más y más a él... Pero una cosa no quitaba la otra y debía ser consciente de que ella era mucho mayor que ese chico y que, además, él era el alcalde de aquella localidad. No podía pensar esas cosas, ella no era así; bueno, a lo mejor en el pasado sí lo había sido, pero con hombres mayores que ella, que le daban la estabilidad y la protección que siempre había necesitado. ¿Fijarse en uno menor que ella? Eso sí que era una novedad para Laura.

De repente un fuerte sonido, contundente, hizo que todos los presentes en aquel bar se giraran en busca del origen del mismo; un grito de dolor hizo que Laura se levantara de un salto en un acto reflejo, dejando apartados de golpe sus pensamientos. Lo que vio le hizo dudar un instante. Rosa, la camarera, esa bonita chica de cabello moreno y ojos negros, quien llevaba una pequeña minifalda negra y un top ajustado del mismo color que marcaban todas sus curvas, se había resbalado y su cabeza había dado contra el canto de una mesa, abriéndole a su paso una pequeña brecha que comenzaba a sangrar de manera escandalosa. Miró a su alrededor; todos los vecinos empezaron a acercarse a la muchacha, quien se quejaba lastimeramente.

Mierda, mierda, mierda gruñó Rosa intentando levantarse del suelo.

Putos zapatos...

Llamad al médico bramó Laura, nerviosa, mientras se acercaba.

No tenemos médico en el pueblo; la tenemos que llevar a Burgo de Osma para que la vean o, si no pueden hacer nada allí, al hospital de Aranda de Duero comentó uno de los hombres que se encontraba cerca de ella.

Laura se mordió el filo de la uña, vacilando, barajando las pocas posibilidades que tenía en esos momentos, debatiéndose en el

siguiente paso que podía dar o no, en los pros y en los contras, en todo lo que conllevaría si se equivocaba en su elección y en un sinfín de cosas que se le pasaron por la cabeza en décimas de segundos, haciéndola titubear sin dejar de mirar la escena que discurría frente a sus narices. Sabía que podía ayudar y, aún más, sabía que tenía que ayudar, pero, si lo hacía, todo podría descubrirse y eso era lo último que quería, ¿no?

Rosa, te vamos a llevar a que te vea el médico intervino Ángel con rotundidad cogiéndola en brazos; de repente, la camarera perdió la conciencia mientras se observaba, horrorizada, la palma de su mano manchada de sangre.

¡Mierda! exclamó Laura dando grandes zancadas hasta llegar a ella, aparcando su racionabilidad y dejándose guiar por su instinto, que le indicaba que debía ayudar, incluso sin haber encontrado la parte positiva de todo aquello . Vale, no os preocupéis. Déjala tumbada en el suelo, ponle algo bajo la cabeza para que esté cómoda. Necesito gasas, apósitos, suero fisiológico, antiséptico transparente, una aguja esterilizada e hilo de sutura; id a la farmacia a por ello.

¡Es urgente! ordenó mientras comprobaba que Ángel dejaba a la camarera en el suelo; entonces se arrodilló con presura para comprobar las constantes de Rosa, que seguía inconsciente. Mientras tanto, Ángel estaba pendiente de sus precisos y seguros movimientos. Dadme un trapo limpio, por favor. ¿No tendréis, por casualidad, una pequeña linterna?

¿Sabes lo que te haces, monina? susurró Pedro a su lado, sorprendido por la reacción de ésta, tras observar que varios hombres habían salido corriendo a por las cosas que había solicitado Laura.

Ella no contestó, sólo lo miró y cerró los ojos para armarse de valor por el paso que había dado, el cual intuía que lo modificaría todo... pero debía darlo, era preciso... Intentó no mirar un par de ojos en concreto, que se hallaban fijos en ella; no quería ponerse

más nerviosa de lo que ya estaba, debía intentar que no se notara que estaba temblando, e incluso sudando, por lo que iba a hacer.

Quería que creyeran que estaba segura de sí misma, aunque dudara hasta de su propia sombra. En esos momentos, se obligó a concentrarse en que la camarera recobrara la conciencia y cerrarle la brecha, pues ésta seguía sangrando sin control; lo demás lo afrontaría como pudiese más tarde. Improvisaría sobre la marcha; era lo que normalmente hacía y, en cierta forma, no podía quejarse con los resultados que había obtenido en el pasado con esa técnica. Esperaba que en aquella ocasión su intuición no fallara y la dejara mal.

Rosa, ¿me oyes? susurró Laura a la vez que le oprimía la brecha con el trapo que le habían entregado.

Sí, me he mareado por la sangre... farfulló angustiada, parpadeando con dificultad y buscando con la mirada a Ángel, que la observaba en silencio, con el rostro serio, reflejando la tensión que reinaba en aquellos instantes.

No te preocupes, ahora mismo cerraré la heridale explicó. Luego cogió la linterna que le acercaba uno de los vecinos y se dispuso a estudiar las pupilas de Rosa, para cerciorarse de que reaccionaban de manera normal.

¿Tú? preguntó asustada al ver a la forastera dispuesta a curarla.

Confía en mí pidió con una sonrisa, intentando transmitirle la confianza que ella, en esos instantes, estaba lejos de sentir.

¿Sabes lo que haces? preguntó Ángel con voz dura dando un paso hacia ella, temeroso de darle un voto de confianza a alguien que no conocían.

Ahora lo comprobarás murmuró Laura con arrojo, concentrándose para realizar esa tarea.

Enseguida llegaron los hombres que habían ido a la farmacia con todo lo que había solicitado. Laura empezó a prepararlo todo bajo las miradas atentas y curiosas de los paisanos que se agolpaban alrededor de ambas mujeres. Intentó imaginarse que se encontraba sola y no rodeada de tantas personas que no le quitaban el ojo de

encima, centrándose en lo que en aquel instante era importante y en los pasos que debía dar para cerrar aquella herida, sin pensar en nada más; eso era vital para que saliera bien.

Notarás unos pinchacitos; no te muevas, ¿vale? le explicó Laura con la aguja y el hijo enhebrado en una mano; la chica sólo asintió con la cabeza mientras se mordía los labios, aguantando el miedo y el dolor que sentía.

Le echó un poco de suero fisiológico por encima de la herida y comenzó a cosérsela, despacio, con tranquilidad, mientras percibía los cuchicheos de los presentes, que no les quitaban los ojos de encima, observando la seguridad aplastante de la forastera al cerrarle la pequeña brecha que se había hecho la camarera. Cuando la tuvo cosida del todo, desinfectó la zona con un antiséptico transparente para que los puntos pudieran verse sin dificultad y le colocó un apósito.

Ya está; en unos días habrá que quitarte esos puntos. Tendrás que ir al médico para eso. Una cosa muy importante, Rosa: si te encuentras extraña durante esta tarde o noche, no lo dejes pasar y ve al médico.

Pero ¿estaré bien? preguntó la camarera con un hilo de voz.

Sí, sí... Por suerte no ha sido un golpe muy fuerte; es más el susto de ver la sangre que lo que ha sido en realidad... explicó Laura, intentando tranquilizar a Rosa.

¿No dijiste que eras teleoperadora? preguntó uno de los hombres, haciendo que Ángel prestase mayor atención.

Eh... Sí, pero mi padre es médico y me enseñó a hacer algunas curas susurró a la vez que se levantaba del suelo y se ponía de pie, apartándose un poco de la muchacha y sin mirar a ningún sitio en concreto, temerosa de enfrentar la mirada del alcalde, que la examinaba con curiosidad y dureza.

Gracias musitó Rosa mientras era ayudada por Ángel y por otro lugareño a incorporarse del suelo.

De nada. Si tienes analgésicos aquí, tómate uno. Seguramente te dolerá...

Pero ¿la forastera no nos contó que trabajaba en algo de teléfonos? soltó con interés una anciana, provocando que todos la mirasen y le prestaran más atención, si eso era posible.

¡Eso dijo el otro día! exclamó otro hombre.

Pues me da a mí que esto no se enseña en ese trabajo... comentó otra mujer, haciendo que todos asintieran con la cabeza.

Pedro la cogió del brazo mientras decía: Bueno, nosotros nos vamos, que Laura tiene en el horno una tarta y no queremos que se queme.

Adiós, Redondo, y gracias, Laura los despidieron mientras se dirigían a la puerta.

Laura podía sentir los ojos de Ángel clavados en ella; éste no había emitido sonido alguno, pero había evaluado cada paso que había dado, cada gesto que había realizado y cada palabra que había escuchado.

Se metieron en el interior del coche, Laura arrancó el motor y, siguiendo las indicaciones de Pedro, enfilaron el camino a la Albada.

Y, ahora, dime la verdad exigió en una recta.

¿La verdad? titubeó Laura, aferrándose con fuerza al volante.

Sí, y no me vengas con eso de que eres teleoperadora, que ya me he dado cuenta de que no es cierto sentenció con seriedad el anciano, haciendo que Laura maldijera por dentro.

Eh...Ya lo he explicado antes: mi padre es médico y me enseñó un poco de primeros auxilios titubeó sin dejar de mirar la calzada.

Lo que he visto hace un momento no era a una chica que practicaba primeros auxilios. Lo que he presenciado es a una mujer decidida, acostumbrada a realizar esas tareas que a cualquiera lo harían temblarreplicó Pedro con seriedad.

Eh... Bueno, yo... vaciló, sin saber qué responder a aquella obviedad.

Sabía que ocultabas algo, pero no algo que pudiera ayudar tanto en el pueblo...

Yo, Pedro... empezó a decir Laura.

A ver, contesta: ¿enfermera o doctora?la cortó el casero con rapidez.

Eh...

No me vengas con los «eh...», que siempre aparecen cogidos de la mano de alguna mentira... Mira, monina, me caes estupendamente y me parece que eres una buena chica, pero creo que no te das cuenta del bien que nos podrías hacer. Como has podido comprobar, éste es un pueblo diminuto, de ganaderos y agricultores, de gente trabajadora que disfruta del campo, de los animales y de la compañía de sus vecinos. Somos gente humilde, sencilla y buena, y que tengamos con nosotros, tan cerca, a una persona que entiende de medicina es como un regalo caído del cielo.

Lo entiendo, pero he venido hasta aquí para desconectar de mi día a día, a reencontrarme conmigo misma, y no puedo hacer lo que me estás pidiendo susurró Laura, nerviosa, intentando dar con la respuesta que pudiera saciar la curiosidad de Pedro.

Ay, monina, eres muy simpática y muy buena cocinera, pero también un poco rara sentenció mirándola de reojo. Mira más allá de ti. Intuyo que ha habido algo que te ha hecho venir hasta aquí, algo que temo que no me vas a contar aunque te bombardee a preguntas... Pero, Laura, piénsalo un poco, mira por el bien común; es una pena malgastar todo lo que sabes cuando podrías ayudar muchísimo a los vecinos.

No puedo, Pedro... No puedo... musitó con apuro al ver lo que le estaba pidiendo.

Pues has podido hace un momento y, por lo que he visto, has disfrutado curando a Rosa.

No he pensado bien en las consecuencias de mis actos...

Anda, anda, no digas tonterías. Se nota que te ha nacido de dentro. Eres una buena chica... insistió él, observando cómo detenía el todoterreno cerca de su cabaña.

Ése siempre ha sido mi problema farfulló con pesar mientras salía del vehículo.

¿Ser buena es un problema? preguntó, sorprendido de esa afirmación.

La gente de ciudad no sabe lo que dice... Ahora préstame un poco de atención: escucha a tu corazón y deja a tu cabecita un poco quieta. Ayudar a la gente y ser útil no es nada malo, todo lo contrario.

De acuerdo, intentaré hacer lo que dices... Buenas noches, Pedro se despidió para dirigirse a su casa.

Buenas noches, Laura susurró el hombre, negando a la vez con la cabeza, al ver la confusión que reinaba en los ojos de la chica.

Laura entró en su casa pensando en todo lo que había pasado en el espacio de unos minutos, en cómo eso cambiaría las cosas y en cómo debería proceder en adelante para llevar a cabo su empresa; aunque sus planes habían variado ligeramente, no podía permitir que ese contratiempo la afectara más de lo estrictamente necesario... Suspiró inquieta mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba en el perchero de la entrada.

De pronto, oyó el «toc, toc, toc... toc, toc, toc...» procedente de la puerta de entrada.

Laura se dio la vuelta y miró la puerta, como si con ese gesto pudiera adivinar quién se había presentado allí a esas horas, y sonrió al imaginar que sería Pedro; seguramente querría que le diese algo para cenar esa noche.

¿Se te ha olvidado pedirme algo? preguntó Laura a la vez que abría, sorprendiéndose al ver quién había, en realidad, allí plantado.

Mira, pues sí soltó con decisión. Quiero que me expliques qué ha pasado hace un rato en el bar exigió Ángel con dureza, haciendo que Laura titubease mientras se aferraba al marco de la puerta.

4

Ángel cuadró los hombros, testigo de que Laura se había quedado sin palabras, mirando hacia los lados, como si estuviese buscando alguna escapatoria para no tener que hablar con él. Se notaba que la había cogido por sorpresa, que no esperaba verlo ante su puerta... En aquel instante parecía una muchacha frágil, incluso de menos edad de la que aparentaba, asustada y nerviosa por no saber qué decir, como si él fuera el profesor que hubiese pillado a la alumna copiando en un examen... Sus ojos, oscuros y en ese momento apagados, le decían más que sus palabras. Percibió que era una mujer lista, inteligente y muy fuerte, algo que no advirtió en su primer encuentro, en el cual se dejó llevar por las apariencias, sin ir un poco más allá de un vestido y un par de zapatos de tacón.

Su cabello se balanceaba a medida que giraba la cabeza, buscando las palabras que él le había pedido, pillándola desprevenida con aquella visita inesperada.

Ángel había ido a esa casa en pos de explicaciones, para saber qué podía hacer con el caos que había originado la ayuda que le había ofrecido a Rosa en un momento tan delicado, ya que, al marcharse del bar de forma tan repentina, casi a la fuga, provocó que todos los vecinos que habían presenciado la reacción de aquella mujer de ciudad algo introvertida empezaran a barajar todas las posibilidades que podía ofrecer esa forastera, que al final había resultado ser decidida y poseedora de mucho arrojo. Sabía que tenían razón; él había intentado en varias ocasiones que algún médico residiese en la localidad para poder atender el día a día de la

salud de los vecinos, pero la distancia que había hasta la capital y el hecho de vivir en el campo, alejado de las comodidades y de los adelantos tecnológicos, les mermaba las ganas de marcharse a vivir allí. En cambio, esa mujer que tenía delante, que debía de rondar los treinta y pocos años, había alquilado la casa, en principio, para todo un año... doce meses durante los que podría ser de gran utilidad para los vecinos, trescientos sesenta y cinco días solucionados gracias a la destreza de esa chica que se transformaba y mostraba una fuerza arrolladora cuando era necesario.

¿No me dejas pasar? preguntó Ángel, viendo que no hacía el amago de invitarlo a entrar en la casa.

Eh... sí, claro... susurró apartándose a un lado para que éste accediera a la vivienda.

Hace muchísimos años que no entro aquí, pero continúa teniendo ese duende que invita a quedarse... comentó mientras llegaba al salón y observaba a su alrededor, recordando cuando era un niño y acudía allí para jugar con el nieto del Redondo.

¿Quieres tomar algo? propuso con un hilo de voz, con la intención de ganar tiempo para responder a la cuestión que le había planteado nada más abrir la puerta.

No, estoy bien. ¿Puedo? preguntó señalando el sofá.

Claro dijo Laura, y luego se sentó en la esquina del mismo, lo más alejada de él que le fue posible, como si esa separación entre ambos valiese para sentirse segura consigo misma.

Antes de proseguir, quiero agradecerte lo que has hecho por Rosa.

No ha sido nada... farfulló mientras se mordía el filo de la uña, nerviosa, al imaginarse por qué se había presentado el alcalde en su casa.

Ha sido mucho, y lo sabes. También quiero saber a qué te dedicas de verdad. No me creo que seas teleoperadora, como han comentado los vecinos...

Uf... resopló mientras alzaba los ojos al techo, intentando encontrar las palabras correctas. ¿Qué más da a lo que me dedique?

He venido a este pueblo a descansar, a olvidarme del estrés que he padecido en la urbe respondió hastiada de dar falsas excusas para saciar el interés de los lugareños.

Pero tú podrías ser muy útil aquí.

¿Y si no quiero? soltó envalentonada, levantando la cara altivamente, como desafiándolo. Nadie puede obligarme a ello y, aunque seas el alcalde, no tienes derecho a venir hasta aquí a intentarlo.

Lo sé, estoy aquí para llegar a un acuerdo contigo... explicó mientras cruzaba las piernas y la miraba fijamente, procurando encontrar alguna lógica a lo que ella le decía.

Laura tragó saliva al darse cuenta del color de los ojos de ese hombre, de un verde pardo con motitas doradas que salpicaban sus iris; eran muy expresivos y con un ligero toque salvaje que le hizo acordarse de su primer encuentro, cuando lo vio montado sobre su caballo y sin camiseta. Ésa era una imagen que tardaría en olvidar, porque era el reflejo de algo que jamás había experimentado: pasión y morbo en estado puro. Ángel no tenía una belleza deslumbrante, de esas que poseían unos pocos y que haría callar de golpe a cualquier reunión de féminas, pero sus facciones, marcadas y varoniles, con aquellos rasgos sacados de un guapo *cowboy* de rodeo, le daban encanto, algo que invitaba a no apartar la mirada de su rostro; tenía un algo que no sabía qué era con exactitud, pero que le transmitía una fuerza y un magnetismo que resultaba arrebatador y hechizante.

Laura tragó saliva de nuevo, esta vez con dificultad. ¿Qué diablos le pasaba con aquel hombre? Cuando lo tenía delante, parecía una adolescente con las hormonas desatadas, y debía recordarse a cada segundo que era demasiado joven para ella, alguien inalcanzable, alguien del que jamás se habría fijado en una situación normal y que ese alguien era, nada más ni nada menos, que el alcalde de ese pequeño pueblo, algo que tenía que tener en mente para poder controlar su libido.

Lo que me puedas dar, no me interesa. Tengo dinero suficiente como para vivir aquí un año entero y lo único que deseo, y por eso he elegido este villorrio, es tranquilidad y, sobre todo, soledad explicó ella con una calma que no sentía, intentando que entendiera su postura, aunque estuviera bastante alejada de la realidad.

No tienes pinta de ermitaña replicó el alcalde frunciendo el ceño y estudiándola con atención.

Ni tú tienes pinta de obligar a nadie a hacer lo que no desea reiteró Laura cruzando los brazos, cerrándose en banda a más discusión sobre ese tema que todavía le hacía sentirse frágil.

Es posible, pero puedo ser muy persuasivo cuando sé que es para el bien de mis paisanos.

Ya te he dicho que no me interesa el dinero... comentó Laura con seriedad.

Bueno, no todo se acaba en el dinero; a lo mejor necesitas algo más.

¿Algo más? preguntó enarcando una ceja con intriga al no saber a qué se refería.

Sí, aceptación por parte de los lugareños, gratitud, sentirte realizada, ayudar al prójimo... ¡Ya sabes! Mira, respecto al sueldo, te voy a ser sincero: no voy a poder pagar como en una consulta privada de la ciudad, y cualquier cantidad que te proponga te parecerá poco, porque será muy inferior a lo que tú hayas podido cobrar con anterioridad… Pero aquí podrás desempeñar tu profesión con tranquilidad, estarás rodeada de personas que te valorarán enormemente... De una manera excepcional te haré un contrato como médica privada, por supuesto , te daré de alta en la Seguridad Social, pediré los permisos pertinentes para tal caso, por eso no te preocupes. Una cosa es que te pague poco y otra muy distinta que vaya en contra de la ley... Sólo te pido que pienses un poco en el bien común, en el bien del pueblo explicó Ángel.

Lo entiendo, de verdad, y en parte te lo agradezco, pero no me interesa ese puesto rechazó Laura con rotundidad, sintiendo un

nudo que le oprimía el estómago sólo con pensar en volver a ejercer...

¿Por qué?

Ya te lo he dicho: he venido aquí a descansar y a olvidarme de todo reiteró de manera tajante.

Entiendo... Entonces, y esperemos que no ocurra, si un vecino tiene un accidente arando o una vecina se cae por la escalera, ¿harás oídos sordos y no ayudarás?

Eh...titubeó al imaginar aquellas hipotéticas situaciones. Deberéis proceder como siempre lo habéis hecho.

Pero antes no teníamos en el pueblo a un profesional que pudiera echarnos una mano.

Pensad que seguís igual objetó con terquedad, cerrándose en banda ante otra alternativa, como si yo nunca hubiera pisado este pueblo.

¿Es tu última palabra? preguntó Ángel examinando sus nerviosos gestos y su inexpresiva mirada.

Lo es declaró con tozudez.

Una pena... declaró levantándose del sofá, dando por finalizada su visita . Cuando te conocí creí que eras la típica pija de ciudad que quería demostrar a su gente que podía vivir desenganchada de la tecnología, que alguna estúpida apuesta te había hecho tomar esta decisión, y pensé que no aguantarías aquí ni dos días cuando descubrieras que esto no era como imaginabas. Ahora me estás demostrando que eres incluso peor, carente de humanidad, que sólo miras por tu propio bien, y que te da exactamente igual lo que les pueda ocurrir a las personas que tienes alrededor. Ahora entiendo por qué has elegido vivir tan lejos del pueblo; no querías mezclarte con nosotros, no querías que supiéramos que no eres más que una simple mujer fría...

Tú no tienes ni idea de cómo soy de verdad, sólo te basas en los estereotipos. ¿Qué? ¿Ahora me dirás que creías que era tonta porque soy rubia?

Mira, no vas a conseguir nada dándole la vuelta a la tortilla, haciéndome creer que soy la mala, porque, Ángel, no tienes ni la más remota idea de las razones por las que estoy aquí, ni tampoco sabes por qué me niego a aceptar ese puesto que con tanto ahínco me ofreces. Por lo tanto, visto que no nos vamos a poner de acuerdo y que esta conversación ya se ha acabado, te pediría que salieses de esta casa y que me dejaras en paz, porque es lo que he venido a buscar aquí: paz y tranquilidad soltó con arrojo y determinación, levantándose para poder enfrentarse a él cara a cara.

Como quieras comentó cuadrándose de hombros al ser consciente de la determinación de Laura y ver que ésta no se achantaba con las adversidades, sino todo lo contrario. Que te vaya bien contando hormigas por el campo y viendo las nubes pasar. Mientras que tú perderás el tiempo jugando a las cocinillas y a mover las piedras de aquí para allá, los vecinos que viven a poca distancia de ti tendrán que desplazarse con sus coches unos buenos kilómetros para que los atienda un médico, teniéndote a ti a escasos metros.

Pero cómo queréis que os diga que no soy médica ni enfermera. ¡Nada de eso! Sé lo básico porque mi padre me lo enseñó soltó mientras se erguía con brío, intentando que sus emociones no le jugasen una mala pasada para no dar indicios de nada más, para no tener que explicar las verdaderas razones por las que no aceptaba aquel encargo.

Claro... y yo, en mis ratos libres, soy dentista porque mi padre me enseñó.

Mira, bonita, que tú seas una rubia espabilada no significa que los demás seamos unos cazurros. Se nota a la legua que entiendes de esto, aunque aún no sé si eres una cosa o la otra...

Contigo es imposible hablar bufó desesperada dando un paso hacia atrás, con la intención de alejarse de ese hombre que la provocaba sin parar para que aceptara aquel cargo.

Pues anda que contigo... replicó percibiendo sus inquietos gestos.

Ya que por fin estamos los dos de acuerdo en algo, por favor, sal de aquí, pues me apetece estar sola dijo señalando con la mano la puerta principal de la casa, provocando que Ángel se moviera despacio para salir del salón y se acercara donde se encontraba ella.

Ah, sí, no vaya a perturbar tu momento de paz interior. *Namaste*, hermana soltó Ángel inclinándose delante de Laura a modo de saludo oriental.

Adiós, señor alcalde.

Anda, ¿ahora me vienes con formalidades? comentó con ironía, haciéndole gracia su despedida. Adiós, señora... ¿enfermera o doctora? añadió arqueando una ceja y haciendo que Laura negase con la cabeza mientras abría la puerta de la casa para que saliese.

Buf... resopló levantando la mirada al techo, haciendo sonreír a Ángel, que la miraba divertido mientras salía de la vivienda.

En este pueblo somos muy tozudos y te puedo asegurar que el alcalde se lleva la palma de la cabezonería declaró mientras le guiñaba un ojo, de una manera tan deliciosa como desesperante para ella.

Laura cerró la puerta de malas maneras, descargando contra ella su frustración y su temor a ser descubierta. Se apoyó en la pared, procurando que su respiración volviese a ser normal y esperando percibir el sonido del coche alejándose de allí, pero no oyó nada... Con curiosidad, se asomó por la ventana y vio a Ángel dirigirse, dando grandes zancadas, hasta la casa de Pedro. Se quedó examinando su ancha espalda y el trasero que se intuía bajo esos vaqueros un poco holgados, intentando buscar una razón por la que Ángel iba a visitar también a su casero… Una vez que lo vio entrar en la cabaña de su vecino, regresó al sofá, sin dejar de dar vueltas a lo que ocurría a pocos metros de allí.

Una hora y media después, controlado al minuto por Laura, Ángel se fue de allí, dejándola todavía más intrigada por lo que habría conversado durante tanto tiempo con Pedro. Tuvo que obligarse a no ir a casa de éste para saber de primera mano lo que sucedía, por miedo de que el tiro le saliese por la culata y tuviese

que decir más de lo que deseaba. Por tanto, con la cabeza hecha un lío y una sensación extraña en el cuerpo, volvió al sofá a retomar la lectura, aunque, debido a sus divagaciones, le estaba costando horrores disfrutar de ella. Justo en aquel momento, un mensaje de texto apareció en su teléfono móvil. Sonrió al leerlo, ya que era crucial; bueno, a lo mejor no había sido tan mala idea dejarse llevar si así conseguía su propósito inicial…

Amaneció con densas nubes en el cielo presagiando una buena tormenta; aun así, Laura no dudó en seguir la rutina que se había marcado nada más llegar allí.

Después de desayunar, cogió el chubasquero rojo, se puso las botas de agua del mismo color y se fue a dar un paseo por los alrededores, puesto que correr le iba a resultar imposible con aquel calzado pesado y bastante más rígido que sus amadas deportivas... Había descubierto que estar en contacto con la naturaleza le estaba sentando de maravilla; hacía que conectase con una parte de sí misma que tenía olvidada, casi enterrada entre el duro trabajo que desempeñaba en la ciudad y las preocupaciones del día a día, y deseaba continuar descubriendo más; por otro lado, la ayudaba a apaciguar un poco esa voz cantarina que le reclamaba que se relacionara más con el resto de la gente y que les dejara ver cómo era en realidad. A esa voz se le sumaba otra, un poco más molesta y repelente, que le exigía que se esmerara más en su empresa para poder volver por donde había venido lo antes posible y olvidarse así de cierto alcalde que la hacía flaquear...

Pero esa última voz, a su vez, era acallada por la primera para que aprovechara ese parón en su desquiciante existencia y se relajara en ese pueblo. En resumen, Laura estaba hecha un completo lío y con esos paseos intentaba centrarse en lo que de verdad importaba en aquellos momentos...

El aire llegaba húmedo y le hacía tener más sensación de frío; unas pequeñas gotas comenzaron a caer, por lo que se detuvo a admirar ese fenómeno natural que siempre había detestado. Disfrutó como nunca lo había hecho de la lluvia, cerrando los ojos y

percibiendo las frías gotas resbalar por sus cálidas mejillas, sin importarle que se le apelmazara el cabello y dándole igual que su cara no llevara ni pizca de maquillaje, sólo sintiendo e imaginándose que era capaz de todo, incluso de salir victoriosa de esa tarea que le había sido encomendada y que esperaba resolver a la mayor brevedad posible, para poder salir indemne del influjo de cierto regidor...

La lluvia la obligó a acortar su paseo y volver a la casa; las finas gotas de agua que la fascinaban se habían convertido en una cortina de agua que le dificultaba andar e incluso ver más allá de sus ojos. Entró en la vivienda casi a la carrera y comenzó a desprenderse del chubasquero y de las botas mojadas, pero el sonido de alguien tocando a la puerta hizo que se detuviera cuando le faltaba aún una de las botas por quitar.

¡Laura, te necesitamos! exclamó un hombre empapado, con la cara desencajada por la preocupación y el aliento entrecortado.

¿Qué ha pasado? preguntó al ver el rostro de ese chico de poco más de treinta años.

Mi hermano se ha caído del tractor; ha quedado malherido y me da miedo moverlo por si empeoro su estado. Está aquí cerca; por favor, acompáñame soltó de carrerilla, señalando hacia el otro lado del camino.

¿Sangra? preguntó mientras se colocaba la otra bota y luego se ponía el chubasquero que se había quitado segundos antes.

Sí, y no puede moverse; dice que le duele mucho la pierna comentó apartándose el agua de la cara, realmente afligido por lo sucedido.

Dame un par de segundos masculló mientras salía a la carrera hacia el dormitorio; no podía marcharse con las manos vacías, aunque con ello terminaría de desvelar lo que todos hablaban a sus espaldas tras haber ayudado a Rosa, pero no era capaz de negarse a socorrer a ese hombre. Si alguien había ido hasta allí en su busca, seguro que era por una razón de peso. Rebuscó en el interior del armario y llegó a su maletín, que siempre llevaba consigo, sobre

todo cuando se ausentaba durante un tiempo de su hogar.... Vamos apremió Laura al muchacho, que sonrió satisfecho de haber convencido a la nueva inquilina de la Albada.

Corrieron con dificultad por aquellos senderos en los que la tierra se había transformado en lodo en poco rato, recubriéndolo todo y asemejándose a un riachuelo. La lluvia no les daba tregua y los hizo avanzar con más lentitud de lo normal por la gran cantidad de agua que caía. Lo que vio la dejó helada e hizo que se apresurase todavía más, maldiciendo la osadía de ese muchacho al trabajar con esas condiciones atmosféricas tan desfavorables. Aquel chico, de poco más de veinte años, estaba tumbado sobre el barrizal, empapado de la cabeza a los pies, solo y aguantando estoicamente el dolor mientras su rostro reflejaba sin mucho esfuerzo la gravedad del asunto. A pocos pasos de él estaba el tractor, tumbado lateralmente, con dos de sus ruedas en el aire, y las otras dos, hundidas en el lodo. Laura se acercó al joven, quien la miró esperanzado. Sabía que debía actuar con rapidez, pues el agua, el barro y el viento no la ayudaban y, todavía menos, a él. Miró alrededor en pos de un lugar en el que cobijarse, pero sólo con un primer vistazo tuvo claro que no había nada cerca, sólo campos y campos... Tragó saliva mientras comenzaba a estudiarle las heridas con la mirada; detectó un pequeño corte en el brazo, un rasguño en la cabeza y un desgarro de piel en la pierna izquierda.

¿Qué ha pasado? preguntó Laura intentando encontrarle lógica a todo eso.

Quería llevar el tractor al granero y ha empezado a llover con más intensidad, lo que ha provocado que no fuera capaz de ver por dónde iba; no sé cómo, pero no he detectado que el terreno era muy irregular y el tractor ha volcado y se me ha venido encima.

Ay, madre mía susurró Laura. ¿Cómo has conseguido salir de debajo?

Me ha ayudado mi hermano. Ha venido a recogerme con el coche para llevarme a casa; cuando no me ha visto en el granero, se ha preocupado y ha decidido buscarme por los alrededores.

La pierna, ¿te duele mucho? preguntó examinándola para saber en qué estado estaba ésta.

Depende de cómo la ponga, mucho...

Si hago esto, ¿te duele? inquirió girando la pierna hacia un lado y hacia el otro para asegurarse de que ningún hueso estuviese roto.

No, no demasiado. Sólo me duele cuando hago esto le explicó el chico moviéndola hacia arriba, con cara de sufrimiento.

Vale. No tiene pinta de ser una rotura, has tenido mucha suerte; si la tuvieras rota, no habrías podido hacer ese movimiento. ¿Tienes el coche en el granero? le preguntó al chico que la había ido a buscar a su casa.

Sí.

¿Puedes acercarlo hasta aquí? Debemos trasladarlo lo antes posible; el agua y el barro no son los mejores aliados de una herida... comentó.

Sí, creo que podré acercarlo. ¡Ahora mismo vengo! exclamó, para después ponerse a correr campo a través.

No te preocupes, enseguida te sacaremos de aquí tranquilizó Laura al joven, que la miraba asustado.

A los pocos minutos, un todoterreno se detuvo al lado de éstos y el chico bajó con rapidez para ayudar a su hermano a levantarse. Con mucho cuidado y con la ayuda de Laura, lo metieron en el interior del vehículo. Laura se desprendió del chubasquero para poder moverse más libremente en la parte de atrás del todoterreno. Terminó de romper la pernera del pantalón del muchacho, para poder examinar bien el gran corte, bastante profundo, que se había hecho con la caída. Hecho esto, abrió el maletín para poder coger el líquido desinfectante y una aguja e hilo para suturar esa herida abierta que no dejaba de sangrar profusamente. El chico aguantó estoicamente mientras le limpiaba la herida con una gasa y luego echaba el desinfectante sobre el tajo y, también cuando recibió las múltiples puntadas que Laura tuvo que dar para cerrar el corte; después se lo cubrió con un gran apósito e inmovilizó la pierna. A

continuación se dispuso a desinfectar y curar las otras dos heridas, de menor calibre y que no requerían un cuidado especial.

Entonces, es verdad lo que se dice en el pueblo... dijo el chico observando los movimientos seguros de Laura.

Eso parece comentó ésta con una tímida sonrisa. Si yo no hubiese estado por aquí, ¿qué hubieras hecho? le planteó al chico que la había ido a buscar a su casa.

No lo sé... Me he puesto muy nervioso al ver que mi hermano no podía moverse y que sangraba tanto; estaba solo y, de repente, me he acordado de ti.

Ayer estaba en el bar y vi cómo curaste a Rosa; me dejaste asombrado. Sabía que eras doctora.

¿Lo eres? preguntó el herido, que no perdía detalle de todo lo que le hacía para curarlo.

Sí, lo soy afirmó, consciente de que no podía mentir más en ese aspecto y dándole el titular de aquel día a esos jóvenes, que sin duda serían los encargados de difundirlo por toda la localidad. Aunque había venido aquí para descansar añadió mostrándoles una amable sonrisa, mientras terminaba de guardar todas sus cosas en el maletín.

Pero te has traído eso indicó éste señalando el gran maletín que contenía un sinfín de aparatos médicos, medicación y todo lo necesario para una urgencia...

Sí musitó mientras lo cerraba. Siempre va conmigo, y eso te ha salvado.

No, la que me ha salvado eres tú replicó el chico. Muchas gracias, Laura.

De nada. Sonrió con timidez. Ahora quiero que vayáis al ambulatorio o al hospital, lo que tengáis más a mano. Explícales lo que ha ocurrido y lo que he hecho para que dejaras de sangrar, y pídeles que te hagan una radiografía de esa pierna. Creo que no te la has roto, pero no te lo puedo asegurar y es mejor que salgamos de dudas con esa prueba.

De acuerdo aceptó con gratitud al ver que la forastera se preocupaba por el bienestar de su hermano pequeño. Te dejaremos en la Albada y nos iremos directamente a que le hagan la placa.

No, idos ya. Ahora casi no llueve, volveré a casa andando dijo con una sonrisa al observar por la ventanilla que la lluvia había amainado mucho.

Muchísimas gracias por todo, Laura susurró el chico, mucho más tranquilo al ver que ya no sangraba.

No ha sido nada. Venga, idos y ya me contaréis lo que os han dicho añadió mientras salía del coche y observaba a los dos hermanos, que la miraban con gratitud.

Mientras el todoterreno se alejaba de ella, ésta se despidió de ellos con la mano, sintiéndose un poco mejor consigo misma y desprendiéndose, poco a poco, de aquel temor a ejercer de nuevo, aquel que la había hecho abandonar su profesión...

Cuando llegó a la cabaña, dejó el maletín en la entrada, a mano, en un pequeño armario que había justo al lado de la puerta principal, imaginándose que no sería la última vez que tendría que usarlo, se desprendió de las botas y el chubasquero y se dirigió a la cocina; necesitaba un café calentito para poder recuperar un poco el calor de su cuerpo, aunque por dentro se sentía realizada.

Como bien decía su padre, ella había elegido la medicina por devoción y no por obligación, y eso era imposible de ocultar, aunque le había costado muchísimo enfrentarse al temor de volver a sanar a alguien, aunque estuviera a cientos de kilómetros de su hogar y por razones que no tuvieran nada que ver con la medicina...

5

Ángel sonrió al darse cuenta de que Pedro había dado en el clavo y que sólo era una cuestión de tiempo que Laura tuviera que volver a ayudar a algún paisano en apuros, aunque eso significara obviar su propia palabra de querer pasar desapercibida en aquel pueblo, ya que la mala fortuna hizo que los hermanos Carnicero fueran los elegidos para que ésta corriese a socorrerlos y ellos, los encargados de que todo el villorrio supiese, sin ninguna duda, que la nueva inquilina de la casa de la Albada era una doctora y, por lo que contaban, una muy buena.

¡Tienes que hablar con ella! dijo María entrando en el despacho que tenía en el pequeño ayuntamiento, sin llamar a la puerta e interrumpiendo la tranquilidad reinante.

Ya lo hice... susurró Ángel mientras estudiaba unos documentos con detenimiento.

Pero ahora sabes que ciertamente es una doctora, y nosotros necesitamos una volvió a la carga.

Ya sé que necesitamos tener un médico, María, pero también sé que no puedo obligar a nadie a que ejerza, si no quiere apuntó éste, mirándola.

¿Qué pretendes, que la obligue a punta de pistola para que ocupe el consultorio del pueblo? preguntó con sarcasmo negando con la cabeza, consciente de que aquello era algo inviable y, además, poco ortodoxo.

María chasqueó la lengua a la vez que se apartaba uno de sus rizos castaños y se lo colocaba detrás de la oreja, dándole la razón

interiormente.

¿Le has ofrecido dinero? inquirió de nuevo, sin darse por vencida en aquel tema.

Ni siquiera me escuchó, no quería oír hablar de dinero...

Bueno, pues ataca de nuevo y proponle una cantidad elevada, seguro que te dirá que sí.

A ver, María, esto es un ayuntamiento minúsculo; dudo de que podamos igualar un salario de ciudad. Lo que le ofrezca, estará a años luz de lo que ella gana en otro lugar...

Ya... eso es verdad... susurró dándose cuenta de a lo que se refería Ángel. Entonces, ¿qué sugieres que hagamos?

Pedro me comentó que lo mejor que podíamos hacer era que no se percatara de que, para nosotros, ya es nuestra doctora. Puedes comunicarles a los vecinos que, si la necesitan, si se trata de una urgencia de verdad, y no de una tontería que puedan solucionar otro día, se dirijan a la Albada... por lo menos hasta que la convenzamos de que se quede oficialmente con el puesto vacante de doctor y ocupe la consulta que tenemos en el centro del pueblo. Me da a mí que no se negará si realmente es precisa una intervención facultativa y, poco a poco, sin que ella se dé cuenta, la integraremos en la localidad.

Vale farfulló María, asimilando lo que le acababa de decir.

Pedro nos ayudará desde el otro lado; afirma que ella confía en él y, por su parte, intentará que acepte ser nuestra doctora, por lo menos hasta que decida marcharse de aquí y volver a la ciudad...

De acuerdo, se lo comentaré a todosaceptó María. Bueno, me voy, que he dejado a Julián vigilando mi puesto... comentó abandonando el despacho y volviendo a la recepción del ayuntamiento.

Ángel se quedó mirando la puerta cerrada y sonrió al recordar la primera vez que vio a Laura, cuando la encontró en medio del lodo... Parecía una mujer endeble, sofisticada, asustadiza y un poco torpe; sin embargo, había descubierto, poco a poco, que esa mujer escondía un carácter decidido y fuerte, justo lo que necesitaban en

ese pueblo, alguien que no se asustase de las heridas y caídas que se producían trabajando en el campo, alguien con el arrojo suficiente como para solucionar esos percances sin titubear ni palidecer a causa de la sangre. Estaba desperdiciando sus conocimientos encerrada en aquella casa, mientras los lugareños, nada más enterarse de a qué se dedicaba, no paraban de atosigarlo cuando se cruzaban con él casualmente y muchas veces de manera menos casual para que convenciese a Laura de aceptar ese puesto vacante. Él pensaba lograrlo, aunque aún no sabía cómo iba a hacerlo, ya que el primer intento había resultado fallido... Como Pedro le aconsejó, había que ser prudente y saber elegir el momento, ya que Laura era como una yegua indomable, que se asustaba fácilmente cuando la obligaban a hacer algo; en cambio, era fuerte y decidida si la dejaban en libertad. ¿Qué le habría pasado a esa mujer para querer huir de las comodidades de una ciudad y buscar la tranquilidad, e incluso la soledad, en un pueblo? ¿Tendría algún oscuro secreto que le habría hecho abandonarlo todo? ¿O

era otra la razón por la cual se había marchado de la urbe, dejándolo todo con ello? No tenía ni idea y eso lo carcomía por dentro. Sabía que algo había detrás de esa decisión, algo que escondía y que él quería averiguar, ya que detestaba las mentiras y no deseaba que los habitantes de ese pueblo, trabajador y humilde, se encariñasen de alguien tan poco transparente, aunque necesario.

Hizo un esfuerzo por concentrarse en su trabajo, para terminar pronto aquel papeleo y, así, acercarse a sus tierras antes de que anocheciese y comprobar el estado de sus animales tras el gran aguacero que había caído el día anterior y esa misma mañana, y que por fortuna a esas horas había remitido.

Cuando acabó, cogió su coche y se plantó en sus tierras. *Avispado, Lana* y las ovejas estaban bien, tenían alimento de sobra y los bebederos contenían agua suficiente hasta el día siguiente. Volvió a su vehículo, pero no condujo hasta la comodidad de su casa, ni tampoco en pos de la distracción que le podía ofrecer el bar, pues su mente lo llevó frente a la casa de la Albada, a observar la

cálida luz que se podía vislumbrar tras las ventanas del salón que daban al exterior. Lo hizo desde su camioneta, con las luces apagadas y la llave del contacto fuera del mismo, para que ella no supiese que se hallaba por allí curioseando y maldiciendo por no saber qué lo había llevado hasta allí. ¿Entraba y le decía que ya sabía que había curado a otro vecino? ¿Le volvía a sugerir que aceptara el puesto de doctora, aunque su salario sería muy inferior al que podía ganar en su ciudad? ¿Intentaba hacerse su amigo para sonsacarle las razones por las que se hallaba ahí? Sabía que no era buena idea hacer ninguna de esas cosas, Pedro se lo había repetido mil veces. Laura se había marchado de la ciudad por alguna razón importante; era algo que ni siquiera le había contado a su casero, y Ángel presentía que se trataba de un asunto serio, algo que le había hecho mostrarse como una mujer a la que le costaba relacionarse con los demás, algo que, según Pedro, distaba mucho de ser verdad, ya que el Redondo la había visto relajada y afirmaba que no era tal como se comportaba ante todo el mundo. Suspiró contrariado por esa fémina a la que no entendía y se marchó a su casa; ese día no le apetecía ir al bar, no tenía ánimos de escuchar a sus vecinos relatar las virtudes de esa mujer que le aseguró en su cara que no era ni médica ni enfermera, esa mujer que le mintió sin titubear y que le aseveró que se equivocaba al pensar tal cosa de ella, esa mujer que se había instalado en su mente, de donde no podía apartarla, incrementando las ganas de saber más y descubrir la verdadera cara de Laura.

El sonido inconfundible del despertador lo salvó, haciendo que respirase profundamente para desprenderse de aquel sabor amargo que se había alojado en su boca. Se encontraba así porque aquella noche había vuelto a soñar con ella; después de tanto tiempo enterrada en su interior, de nuevo volvió a rememorar aquel agrio y difícil pasado, reviviéndolo otra vez, sintiendo en la piel la quemazón de las mentiras y las heridas abiertas que aún conservaba en su corazón... Era posible que fuese debido a Laura; ésta, al igual que su ex, le había mentido en su cara, sin inmutarse siquiera... Su

expareja fue una mujer que lo marcó hasta el alma con su egoísmo y sus trolas, una mujer que le hizo abrir los ojos a la realidad que estaba viviendo y que pensaba que lo normal en una relación era acatar todo lo que ella convenía sin cuestionárselo siquiera, creyéndose, tontamente, que al comportarse así demostraría todo el amor que le profesaba.

Isabel había sido su primer amor, su primera novia y su primera amante. En ese tiempo, ella lo significaba todo para Ángel, y había sido el motivo de querer ser mejor persona, aunque eso significase dejar un poco apartada su forma de ser o sus ideales... pero en ese momento nada de eso le importaba, estaba ciegamente enamorado de ella. Hubiese hecho cualquier cosa, por absurda que ésta fuera, si Isabel se lo hubiese pedido, si Isabel se lo hubiera rogado... Le pidió matrimonio cuando cumplieron veinte años; llevaban toda la vida juntos, desde pequeños, y no quería esperar ni un segundo más para convertirla en su esposa; era lo que más ansiaba, compartir toda la vida junto a la persona que amaba. Ella aceptó encantada y, de repente, ante aquel compromiso formal, comenzó a pedirle cambios, muchos, demasiados. Uno de ellos fue irse del pueblo, trasladarse a la ciudad, para poder vivir más cómodamente, rodeada de todo lo que consideraba que era indispensable en la vida de una joven pareja, en un mundo totalmente distinto al que conocían... Aunque le costó mucho tomar la decisión, ya que el campo era su vida y su pasión, le dijo que sí, que se mudarían en cuanto se celebrase la boda; buscarían un pisito céntrico y vivirían de las rentas que les aportaba el campo. Isabel era el amor de su vida, no podía pensar siquiera en la posibilidad de negarle aquel deseo; ella lo era todo para él, era lo mínimo que podía hacer por su amor...

Pero una noche su perro *Lana* se escapó de casa por aquel entonces era un cachorrito bastante travieso y Ángel fue en su búsqueda, dirigiéndose hacia las afueras, pues sabía que al animal le gustaba corretear por allí cuando se marchaban de camino al campo. De pronto, oyó un ruido que provenía de detrás de unos árboles, cerca del acceso al pueblo, pero en una zona resguardada

de las miradas curiosas, gracias al denso follaje que había en aquel lugar. Lo que vio tras acercarse lo dejó helado, mudo y desconcertado al toparse de golpe con la realidad, sin paños calientes, como si una jarra de agua congelada se le cayera de improviso en la cabeza, haciéndolo reaccionar. Su Isabel estaba semidesnuda de cintura para arriba, mostrando sus dulces pechos, que tanto disfrutaba cuando intimaban, balanceándose al compás mientras le realizaba una felación a Fernando, el nieto del Redondo, que reía complacido mientras le soltaba palabras sucias y le acariciaba con destreza los pezones endurecidos por el placer. Ellos no se percataron de que él se hallaba allí, siendo testigo de aquel tórrido encuentro entre ambos, parcialmente oculto por el follaje y la penumbra.

Fernando, en ese momento, la avisó de que iba a eyacular en breve y ella, con todo el descaro que jamás había utilizado con él, le pidió que no parase, mientras se introducía con auténtico fervor su pene hasta lo más profundo de su garganta.

Isabel, su dulce y modosita novia, se relamió de gusto, pasando luego la lengua con desvergüenza desde la base del miembro hasta el glande con gran empeño, provocando que Fernando gimiera sin descanso al ver la fogosidad de su amante en esas artes amatorias; en ese instante Ángel supo que no conocía de verdad a su prometida, pues nunca la había visto de esa índole con él, ¡jamás! Por eso dio un paso hacia delante, por eso se envaró por primera vez en su vida y les dijo a Isabel y a Fernando todo lo que pensaba de ellos en aquel momento, maldiciendo y apretando los puños para frenar el impulso que sentía de poner fin a aquella escena. Lo que jamás hubiese imaginado fue la reacción que tuvieron ambos; creía que se sentirían abochornados o arrepentidos, pero nada más lejos de la realidad; éstos se pusieron a reír mientras lo incitaban a participar, ya que el deseo de Isabel era tenerlos a los dos dentro a la vez. Ángel sintió cómo su estómago se revolvía sólo de pensar siquiera en tal posibilidad; nunca había imaginado que la mujer a la que hasta entonces había amado con todo su ser fuese tan distinta a

como él creía. Debía reconocer que dudó un segundo sobre si complacer una vez más el deseo del amor de su vida, pero se dio cuenta, justo a tiempo, de que Isabel no era cómo él pensaba. ¿Dónde estaba la dulce Isa, la que siempre se sonrojaba, a la que siempre le costaba hacer cosas nuevas en la cama?

Esa chica descarada que lo miraba mientras se pellizcaba los pezones y lo provocaba invitándolo a participar, ésa, no era su Isabel, ésa no era la joven de la que se había enamorado perdidamente... Se marchó enfadado, mucho, mientras le decía que lo suyo había terminado. A ella le dio igual; tanto fue así que lo despidió con la mano mientras se levantaba la falda con la otra para hundirse en su interior el pene semierecto de Fernando, que sonreía divertido por todo lo que estaba sucediendo delante de él. Y Ángel los dejó allí, retozando, gimiendo como animales, mientras su corazón se convertía en cenizas...

Le costó mucho volver a ser quien era, rememorar cómo era él de verdad y no la versión que había perfilado de sí mismo, día tras día, al estar con Isabel.

Además, los recuerdos lo golpeaban a menudo..., sobre todo cada vez que veía a Fernando con una nueva chica entre los brazos y cuando oía hablar de Isabel, quien al poco de su ruptura formal se marchó sola a la capital, llevándose con ella su presencia, pero dejando todos los recuerdos de esos años compartidos en aquel pueblecito. Ángel, con el tiempo, los evaluó, dándose cuenta entonces de todas y cada una de las pistas que le había ido dejando ésta a lo largo del tiempo que duró su relación... Sí, él se equivocó con Isabel, creía que era de otra manera, se enamoró de ella tan perdidamente que no supo ver más allá del ideal de mujer que fabricó en su mente; por eso, por haber vivido aquel desamor que a punto estuvo de romperlo en pedazos, convirtiéndolo en alguien que ni siquiera reconocía, abandonó para siempre la idea de tener novia. Estaba bien así, solo, sabiendo que sus decisiones eran suyas y no basadas en la ceguera causada por el amor.

Salió de la cama, cabizbajo; recordarla siempre lo hacía sentirse mal, porque esa versión de sí mismo lo avergonzaba. ¿Cómo era posible que hubiese abandonado su personalidad por alguien? Se echó agua fría sobre el rostro y miró su reflejo en el gran espejo del aseo. Era un hombre llamativo, no tan guapo como Fernando, pero sí resultón; no podía quejarse, sabía que tenía a varias chicas detrás de él en el pueblo y, cuando visitaba la ciudad, no tardaba mucho tiempo en darse cuenta de que alguna nueva conquista era más que posible. Pero lo que más lo diferenciaba de ese innombrable que le mostró la verdadera cara de su ex era, sin duda alguna, la sinceridad. Ángel prefería decir la verdad, aunque doliese, porque había aprendido que las mentiras dolían mucho más. En cambio, Fernando era un embustero nato.

Después de desayunar se dirigió a sus tierras; el cielo había amanecido libre de nubes y quería comprobar cómo iban sus campos tras la gran tormenta del día anterior. Dejó el Toyota cerca del establo y sacó a sus animales a que paseasen bajo el sol.

Vamos, *Avispado* dijo Ángel subiéndose de un salto a éste. Hoy necesito centrarme.

Cabalgar sin pensar en nada resultaba una magnífica terapia para él; estar en contacto con la tierra, con la naturaleza, era una sensación inigualable que lo centraba y lo reconducía a lo que de verdad deseaba. Paseó entre sus cultivos, alegrándose al ver que todo andaba según lo previsto para que empezaran a sembrar los cereales para la nueva cosecha de ese año. Habló con sus jornaleros para darles instrucciones, pues quería aprovechar el agua que había caído, y después siguió su camino mientras sentía en su piel la calidez de los rayos del sol. En un momento dado, una melena rubia apareció a lo lejos, y eso hizo que sonriera y no pudiese evitar dirigirse hacia ella. Iba corriendo, haciendo balancear su coleta prieta al compás de sus movimientos; su ropa deportiva de marca reflejaba sin duda que era una asidua a esos gimnasios tan de moda y Ángel sonrió con sólo imaginársela en uno de ellos, tan recta y formal, con miedo a sudar en presencia de tanta gente...

Buenos días saludó Ángel cuando estuvo cerca de ella.

Buenos días dijo sin detener su carrera, sabedora de que él la seguiría a caballo.

¿Vas a algún sitio? preguntó aun conociendo la respuesta.

No.

Pues, para no ir a ningún sitio, tienes mucha prisa.

Me gusta correr así de rápido.

Ya veo... comentó aguantándose las ganas de reír por sus veloces contestaciones.

Y, por lo que veo, tú no tienes ninguna prisa susurró Laura al comprobar que Ángel la seguía sin bajarse de *Avispado*.

Lo normal... replicó mientras acariciaba las crines de su caballo, que aguantaba sin esfuerzo el ritmo de ésta. Estamos aprovechando que hace un buen día para pasear...

Claro susurró jocosa. Supongo que, además, te habrás acercado a mí para hablar de lo que hice ayer.

Ahora que sacas el tema, sí admitió guiñándole un ojo, lo que hizo que ella negase con la cabeza.

Ya conoces mi respuesta, Ángel. No hace falta que desperdicies tu tiempo conmigo declaró sin dejar de mirar hacia delante, concentrándose en su carrera.

Ven conmigo dijo cambiando el tono de la voz por uno más serio.

¿Cómo?

Ven, quiero mostrarte una cosa pidió tendiéndole la mano para que se subiera al caballo.

Laura detuvo su marcha y titubeó por un instante ante el ofrecimiento de Ángel, mientras miraba a su alrededor como buscando una señal para saber qué debía hacer en aquel caso. Luego levantó los hombros, considerando que no tenía nada que perder al aceptar, y cogió la mano que le tendía para poder montar en el caballo, esta vez con más estilo que la anterior, cuando se conocieron, agradeciendo esa ropa cómoda que llevaba puesta y no el vestido que se enfundó el primer día.

Venga, *Avispado,* vamos a enseñarle a la doctora lo que significa vivir en este rincón del planeta anunció mientras dirigía al animal hacia el lado contrario por el que estaban avanzando y sintió cómo Laura se agarraba a su cintura cuando el alazán comenzó a trotar, percibiendo cómo su cuerpo se pegaba al suyo. A nuestro pueblo lo llaman «el pueblo de las cien fuentes»; la gente viene hasta aquí sólo para verlas comenzó a explicar Ángel mientras se encaminaban hacia la ruta de las fuentes. Como ves, nuestra vida gira en torno al campo y a los animales, por eso los cuidamos tanto.

Es un villorrio precioso dijo observando el lugar por el que pasaban e intentando concentrarse en lo que él le contaba y no en lo que sentía al estar de nuevo abrazada a aquella espectacular espalda.

Sí, la verdad es que es maravilloso... Pero lo mejor de nuestro pueblo no es el hermoso palacio renacentista, ni que tengamos una calzada romana original, ni siquiera ser nombrada la primera localidad soriana que pisó el Cid Campeador camino a su destierro que lo llevaría de Burgos a Valencia, no... Lo mejor son los vecinos, personas trabajadoras, humildes, que cuidan al prójimo como si de su familia se tratase; gente buena de verdad, de esa que ya escasea y que debería ser patrimonio de la humanidad, porque, al fin y al cabo, los lugares que visitamos los hacen los residentes y no los edificios. Eso es lo que de verdad nos hace grandes sentenció antes de esperar una respuesta de Laura, pero ésta no soltó una palabra; sólo se sujetó con más fuerza a su cintura, al notar que el caballo aumentaba la velocidad, e intentó mantener un espacio entre los dos, aunque Ángel no supo por qué hacía tal cosa. ¿Por qué elegiste venir aquí?

El azar fue el culpable susurró Laura.

¿De dónde eres? preguntó con curiosidad.

Eso da igual... contestó, temiendo que él sabría que le mentía si mencionaba alguna ciudad.

No tienes un acento que pueda asociar a una comunidad autónoma... comentó Ángel tratando de que ella hablara.

Siempre he tenido un acento neutro, supongo que se deberá a que mi madre no es española y he estudiado en un colegio bilingüe… informó sin mucho ánimo de revelar más cosas de ella.

¿De qué te escondes, Laura? inquirió con seriedad.

Del mundo... soltó con dramatismo, haciendo que éste agarrara más fuerte las riendas de *Avispado,* más confuso si cabe por sus vagas contestaciones.

Entonces tendrías que haber elegido otro lugar y no Alcubilla de Avellaneda comentó pasando cerca de la casa que había alquilado. ¿Te ha contado Pedro por qué se llama la Albada?

No dijo observándola desde esa distancia.

La albada es una composición poética o musical que se ofrecía antiguamente a los recién casados, antes de la celebración de la cena de bodas.

Es una tradición muy soriana y Pedro quiso llamar así a este lugar en honor al gran amor que sentía por su esposa.

Qué bonito... susurró mientras asimilaba aquella información.

Sí murmuró Ángel alejándose de allí y encaminándose a sus tierras.

Eres una mujer de pocas palabras...

No te creas replicó escondiendo una sonrisa. Suelo ser muy habladora, pero no sé...

¿Qué no sabes?

No sé qué pretendes que diga... susurró admirando el paisaje que le ofrecían las tierras de Ángel. Me sorprendió mucho saber que eras el alcalde, ¿sabes? dijo cambiando de tema y centrando la conversación en él. Cuando me ayudaste aquel día, pensé que eras un chico más, aunque un poco presuntuoso, eso sí. No imaginé, ni por asomo, que tendrías un cargo tan importante en el pueblo. ¿No eres muy joven para serlo?

Tengo veintisiete años, Laura... dijo divertido al saber que, para ella, él era muy joven. A esta edad se puede ser alcalde si tus vecinos te eligen y, a mí, me eligieron comentó ya cerca del establo; allí detuvo a *Avispado,* a escasos pasos de la puerta.

Aparentas menos; aun así, soy mucho mayor que tú añadió con una tímida sonrisa, al sentirse, de pronto, demasiado vieja en comparación.

Tampoco debemos de llevarnos tantos años, mujer. Sonrió jovial por aquella afirmación tan exagerada, a la vez que se bajaba del caballo primero para, así, echarle una mano a Laura a la hora de bajar.

Este año he cumplido los treinta y cinco susurró haciendo una mueca divertida mientras desmontaba del lomo del caballo con ayuda de Ángel.

Aparentas treinta y cuatro y medio bromeó mientras le guiñaba un ojo, haciéndola reír con ganas.

Gracias, supongo... Se carcajeó divertida negando con la cabeza al mismo tiempo. No se debe de cobrar mucho siendo alcalde, ¿no? Te veo mucho por aquí y poco por el ayuntamiento... planteó en cuanto puso los pies en el suelo.

No cobro nada por cumplir mis funciones como alcalde. El salario que deberían pagarme por ello lo reutilizo en el consistorio para ayudar a los vecinos.

¿Ejerces gratis? preguntó, sorprendida ante aquella confesión.

Sí, no sé por qué te parece tan extraño comentó mientras le ponía agua a *Avispado* para que bebiese, ya que el animal estaba sediento por el largo paseo.

La gente no trabaja gratis apuntó Laura, observando sus movimientos seguros y tranquilos al cuidar a su montura.

Mis tierras me dan el dinero necesario para vivir; me pareció absurdo que el ayuntamiento me pagara por algo que hago encantado. Me gusta ayudar a mis vecinos y amigos, no veía justo cobrar por ello. Como te he dicho, el sueldo de alcalde, íntegro, lo empleo para acondicionar el pueblo, para alguna necesidad puntual de mis vecinos...

Vaya... musitó asombrada por el buen hacer de Ángel, algo muy raro en los tiempos que corrían, pues lo más común era

aprovecharse del prójimo y centrarse en llenarse los bolsillos con la pasta de los demás.

Dime, y tú, ¿por qué te hiciste doctora? preguntó desviando la conversación de él.

Siempre he querido ayudar a la gente... murmuró observando las ovejas que pastaban a lo lejos y, así, no enfrentarse a sus ojos, que la examinaban con interés.

Pero ahora te escondes de ella, ¿no?

Es complicado repuso la chica forzando una sonrisa.

Tengo todo el día para entenderlo dijo él mientras señalaba la soledad que le conferían sus tierras.

Laura sonrió y lo estudió detenidamente. Sus ojos eran sinceros, y sus gestos, relajados; parecía un buen tipo, altruista y buen vecino. Le parecía algo tan extraño en el mundo en el que vivía, acostumbrada a ver a personas avariciosas que sólo pensaban en sí mismas…, que hallar a alguien así era como encontrar una aguja en un pajar.

Pero yo no replicó mientras se subía la cremallera de la chaqueta hasta el cuello. Gracias por el paseo, señor alcalde se despidió mientras le guiñaba un ojo con gracia, haciéndole sonreír por su trato tan formal.

¿Ya te vas?

Sí, tengo que preparar la comida. A Pedro le gusta almorzar pronto informó, con la intención de comenzar a andar hacia la Albada.

Nos vemos, vecina dijo Ángel a modo de despedida.

Laura le sonrió antes de girarse y disponerse a salir de sus tierras. Él se quedó mirando sus pasos, esperando que aquel paseo lo hubiese acercado un poco más a esa doctora que portaba un escudo de acero que parecía infranqueable, anhelando que ésta recapacitase y les diese una oportunidad a todos los vecinos de aquel precioso pueblo.

6

Llegó a la casa casi a la carrera; se sentía un monstruo por engañar a todos los que la rodeaban. Cogió el móvil, que había dejado cargándose sobre la mesilla del dormitorio, y marcó velozmente el único teléfono que podía utilizar para ese tipo de casos, estuvo hablando durante media hora con su interlocutor y finalizó la llamada mucho más tranquila al cerciorarse de que, lo que estaba haciendo, lo estaba haciendo bien, que todo iba según lo previsto y que debía continuar por ese camino. Suspiró un poco más calmada. Ángel le había dejado ver un poco más allá de lo que mostraba a simple vista y lo que había descubierto le había gustado bastante, tanto que se asustó. ¿Había de verdad hombres así de buenos o era todo una farsa, una pantomima? Desconocía la respuesta, pero intentaría mantener las formas delante del joven, ya que su magnetismo la arrastraba hacia él, haciendo que se debilitasen sus fuerzas y su capacidad de razonar, olvidando los años que los separaban y la finalidad de su presencia allí. ¿Cómo era posible que hubiese un hombre como él en unas tierras tan alejadas y perdidas como ésas? Laura ahogó un suspiró e intentó no pensar más en aquello; era lo mejor para ella, debía apartarlo de su mente y no darle mayor importancia.

Se obligó a centrarse en su rutina, eso la mantendría ocupada y con los pensamientos a raya, y empezó a cocinar mientras tarareaba una canción de moda, exigiéndose no recordar la mirada ligeramente dorada y sincera que le había enseñado Ángel cuando le hablaba de los vecinos de Alcubilla de Avellaneda; de esa pasión que

había percibido en su voz cuando le explicaba cosas de ese lugar y de sus habitantes; de esa calidez que desprendían los poros de su piel cuando mencionaba esas tierras en las cuales había vivido siempre; de esa humildad que había vislumbrado al confesarle que no cobraba ni un euro por desempeñar el cargo de alcalde; de ese influjo que la arrastraba a él de una manera sorprendente y, a la vez, aterradora. Un hombre como ése no podía existir, era imposible, se repetía un millón de veces para controlar un poco las hormonas que se le revolucionaban nada más verlo y cada vez que descubría algo de él, algo que siempre resultaba ser excepcional y que incrementaba un poco más el valor de aquel chico. Ángel debía de tener algo malo, era irreal que fuera así de perfecto. ¡Imposible!

Cuando Pedro fue a su casa a comer con ella, la notó más rara de lo habitual, pero no le dijo nada. Sabía que Laura se encerraba más en sí misma si la obligaban a hablar de algo que no deseaba contar, eso lo había aprendido al poco de conocerla. Por tanto, la conversación que mantuvieron durante el almuerzo giró en torno a los buenos tiempos que había pasado Pedro en esa casa, haciéndola sonreír con las anécdotas de su hijo y también de su nieto.

Laura ya no quiso salir en todo lo que quedaba de día; no le apetecía volver a recorrer los campos, ni ver todos los lugares que le había nombrado Ángel durante su encuentro de esa mañana. Lo único que deseaba era estar tumbada en el sofá, leyendo e intentando lograr desprenderse de aquella sensación de culpabilidad, de excitación y de esperanza que le había hecho sentir ese chico con sus palabras y su intensa mirada. La noche llegó con demasiada rapidez para ella y, cuando sus ojos ya no eran capaces de mantenerse abiertos, se fue a la cama, con la sensación de que aquello se le estaba escapando de las manos.

Se despertó sobresaltada por culpa de una pesadilla, aquel funesto sueño que había vivido en su piel tiempo atrás y que la perseguía allá donde iba. Tragó saliva procurando controlar su corazón desbocado, pero le resultó imposible. Se levantó y se dirigió a la cocina a beber un poco de agua; vio la hora y por poco se echa

a llorar: ¡sólo era la una de la madrugada! Escuchó el agónico silencio de aquella casa, la inmensidad de esa quietud se le vino encima y, sin meditarlo mucho, se puso un chándal oscuro y unas deportivas, cogió las llaves del coche de Pedro que ya quedaba siempre estacionado frente a su puerta principal y se fue a dar un paseo; le daba igual la hora que era, sólo necesitaba sentirse en marcha, haciendo algo que controlara esos fantasmas que no la dejaban nunca en paz. Cruzó aquel camino que separaba las afueras del pueblo y llegó al centro del villorrio, que descansaba en calma, pues a esas horas todos los vecinos dormían para poder levantarse temprano y afrontar una larga jornada laboral.

Detuvo el todoterreno en la calle principal y se dispuso a dar un paseo, sin ser vista, sin ver a nadie, aprovechando que todos estaban en la cama para poder caminar a sus anchas por esas calles que habían sido testigo de tantísimas historias, buenas y malas, cómo no, así como de los fracasos y triunfos de sus habitantes. Las farolas alumbraban tenuemente las calzadas, y ella anduvo admirando las fachadas de esas viviendas unifamiliares, deleitándose con los detalles sin tener que lidiar con ningún vecino, sólo disfrutando de la soledad y la tranquilidad que le daba saber que no encontraría un alma. El silencio resultaba ensordecedor y sólo era roto por el canto de los grillos que se resguardaban cerca de los árboles, nada que ver con la capital, que casi nunca dormía. Se pasó un buen rato dando vueltas por esas callejuelas, divagando, y de repente oyó algo, aunque no supo muy bien de qué se trataba; miró a ambos lados de la calle, pero no vio a nadie. Siguió caminando, convenciéndose de que eran cosas suyas, pero, justo al doblar la esquina, descubrió una tenue luz, casi oscilante; eso le extrañó, ya que no eran horas para que nadie estuviese despierto. Con curiosidad y sin pensar en las posibles consecuencias de sus actos algo que era bastante habitual en ella, se acercó despacio y con cuidado a esa titilante luz y, cuando llegó, se dio cuenta de que se trataba del bar que había visitado con Pedro varias veces desde que arribó a aquel pueblo. Tras la cristalera pudo vislumbrar el interior,

que estaba iluminado por un par de velas; eso también le resultó raro, porque a las farolas del exterior llegaba perfectamente la electricidad... Aguzó más la vista porque le pareció percibir movimiento, y lo que vio la dejó paralizada y azorada. Sobre la barra del bar había una mujer sentada, semidesnuda, con las piernas abiertas y la cabeza echada hacia atrás, que gemía placenteramente mientras se acariciaba el clítoris con esmero. Justo detrás de ella, pero por la parte de dentro de la barra, había un hombre; éste comenzó a desabrocharle la blusa a su acompañante, a la vez que le daba morbosos mordisquitos en el cuello. En un instante, la chica se quedó casi desnuda ante los ojos de Laura, y ésta, aun queriendo dar media vuelta y marcharse a su casa, se quedó paralizada delante de esa cristalera, pues algo empezó a excitarla sin ni siquiera participar en aquella escena que presenciaba y que se le antojó muy estimulante y morbosa. Apretó los muslos en un acto reflejo para mitigar un poco la excitación que sentía al ser espectadora de aquel acto tan íntimo. El chico comenzó a sacar los pechos de esa mujer por encima del sujetador, sin ni siquiera dignarse quitárselo, haciendo que éstos se levantasen orgullosos mientras él se relamía con gusto ante el festín que se iba a dar. Sin dilatar más aquel deseo, se metió uno de esos turgentes pezones en la boca y lo succionó con deleite. La mujer aumentó las caricias que se estaba proporcionando en el clítoris; se notaba que estaba a punto de alcanzar el clímax, pues se retorcía con ganas y gemía como una loca, y Laura la envidió durante unos segundos, anhelando ser ella la que ocupase su lugar, para sentirse igual de deseada y complacida por ese tipo que la devorada sin titubeos. Laura tragó saliva y se mordisqueó el labio inferior; de repente, el hombre levantó los ojos un instante y sus miradas se cruzaron como en un destello. Laura se sintió avergonzada por haber sido descubierta y dio un paso hacia atrás, pero, a causa de la parcialidad de la penumbra que reinaba en aquel lugar, sólo rota por aquella luz tenue y oscilante, no consiguió apreciar los rasgos de aquel hombre y averiguar su identidad. De pronto éste giró de un solo movimiento a la mujer sobre la barra,

dejándola expuesta ante él y de espaldas a la cristalera. Comenzó a acariciarla de arriba abajo, desde los pechos hasta sus húmedos muslos, sin dejar de mirar a Laura, que no conseguía moverse de allí, aunque lo había intentado varias veces; era como si estuviera dentro de un encantamiento que le impidiese alejarse y dejar solos a ese par de amantes y, sobre todo, a ese hábil chico que estaba enloqueciendo a esa joven. Dedujo que se había bajado el pantalón por sus movimientos, aunque, como él estaba tras la barra, no pudo percibir su desnudez; también adivinó que se estaba colocando un preservativo y, sólo de pensarlo, un fuerte pinchazo de excitación le hizo apretar todavía más los muslos. Ese tipo sabía que ella estaba espiando y, aun así, lo iba a hacer delante de ella, sin importarle su intromisión, como si le gustase que Laura estuviese presenciando aquel acto tan íntimo. La mujer, excitada y con la cabeza colgando al otro lado de la barra, gimió de placer al sentir que él se adentraba en su humedad. Él la cogió con fuerza de las caderas y empezó a embestirla fuerte, acompasadamente, sin dejar de mirar a Laura, que ansiaba darse placer a sí misma, tocar ese punto de su anatomía que sentía caliente, latiendo y desesperadamente excitado. Se mordió el labio cuando su mano, sin que le hubiese dado siquiera permiso, se adentró por la cinturilla de su pantalón de chándal buscando su propia necesidad ante aquel espectáculo que estaba presenciando. Se acercó un poco a la cristalera mientras se rozaba con mimo su hinchado y humedecido clítoris, ahogando un gemido al ver que el hombre subía las piernas de esa chica y las apoyaba en sus hombros, haciendo que lo sintiese más en su interior. Desde allí podía oír sus gemidos y el chasquido producido por el impacto de la piel ante las continuas embestidas de ese hombre. Laura aceleró su contacto, el tipo también, la mujer gritó de júbilo al sentir un orgasmo devastador que la hizo arquearse todavía más y éste la cogió del trasero, amasándoselo, sin darle tregua, sin apartar la mirada de la cristalera desde donde Laura miraba, masturbándose mientras admiraba aquella tórrida escena sexual tan terriblemente excitante. En pocos segundos el hombre se vació en esa chica que

estaba ya totalmente satisfecha y Laura, al ver que él había llegado al orgasmo, gimió sin controlar su voz, notando cómo el placer le recorría todo el cuerpo y sintiéndose, al fin, complacida. Todavía con la mano en su interior y ante aquella pareja aún unida, el hombre siguió mirándola, como retándola, como intentando adivinar sus pensamientos... No sabía por qué no dejaba de observarla, parecía que a él también le había gustado esa intrusión, incrementando su excitación en aquel acto sexual. Sin querer tentar más a la suerte de lo que ya lo había hecho, Laura se recompuso y salió corriendo hasta su coche, sintiéndose un poco traviesa por lo que acababa de hacer y rogando que a aquel hombre le hubiese pasado como a ella, es decir, que no supiese quién era la mujer que se había quedado a mirar tras la cristalera...

Condujo rápidamente hasta la Albada, avergonzada por su osadía, y cuando llegó se puso el pijama y se metió en la cama, con una tonta sonrisa en los labios y completamente relajada. No duró mucho despierta, pues enseguida la venció el sueño, el cual fue una combinación de sentimientos e imágenes vividas durante ese día, entrelazadas entre sí; distaban mucho de la realidad, pero la hicieron disfrutar igualmente, olvidando aquella pesadilla que la había sacado de entre las sábanas a aquellas horas tan intempestivas de la noche, descansando, al fin.

De un salto se levantó de la cama, experimentando una vitalidad que creía perdida y pensando, seriamente, en que lo que necesitaba eran más desahogos físicos y menos problemas, ya que el causante de su buen humor era aquel hombre misterioso que apareció en sus sueños e hizo que durmiera plácidamente el resto de la noche. Desayunó y se vistió rápidamente; quería salir a correr como llevaba haciendo todas las mañanas, pues le estaba cogiendo gusto a eso del deporte en la naturaleza, aunque aún tuviese cierto temor a los insectos que se tropezaba en sus carreras y ni qué decir cuando atisbaba algún animal salvaje; ahí sí que lo pasaba mal, acelerando todavía más el paso...

Buenos días dijeron a su espalda.

Laura se giró y vio a Ángel caminando hacia ella; iba despeinado pero arrebatador con esa camisa a cuadros que le daba un toque tan varonil como atrayente, como si de un leñador o un vaquero de rodeos se tratase; no sabía muy bien a cuál de los dos se parecía más, pero lo que no dudó fue que no dejaba indiferente a nadie. Se sorprendió al repasar su formidable físico con la vista; el alcalde era muy apuesto..., poseía algo, una chispa que lo hacía un seductor nato, aunque a ella le hubiese costado aceptar que la atraía, ya que la diferencia de edad y su cargo había hecho que lo mirara con otros ojos, aunque en ese instante, sabiendo lo que sabía, aquello no le resultara tanto impedimento como antes; a lo mejor le había venido bien aquel desahogo sexual para verlo de otra manera, quizá no era tan mala aquella diferencia de años, a lo mejor él pensaba lo mismo... Ocho años no eran muchos, ¿no? Laura contuvo una carcajada, pues le hizo gracia aquel cambio de idea tan radical por su parte, mientras intentaba aparentar normalidad para que Ángel no adivinara sus ardientes pensamientos.

Buenos días respondió Laura, deteniendo su avance para devolverle la sonrisa.

¿Qué haces por aquí tan temprano? preguntó señalando sus tierras.

Correr. Creía que aún no estarías por aquí dijo Laura apretándose la coleta, que se le había deshecho por culpa de la carrera.

Me gusta aprovechar bien el tiempo comentó Ángel, despeinándose con la mano, en un gesto nervioso. ¿Qué tal ayer? ¿Pudiste visitar los lugares que te comenté?

No, no me apetecía salir... susurró recordando, de repente, lo que presenció en su escapada nocturna, la cual no iba a contar al primero que se encontrara y mucho menos al alcalde, quien la miraba fijamente como evaluando sus pensamientos.

Ya... murmuró aguantándose las ganas de reír al ver que sus mejillas se teñían de rosa e intentando adivinar lo que tendría en mente en esos instantes.

Voy a continuar con mi ejercicio. Nos vemos dijo Laura decidida, y luego empezó a correr para alejarse de aquella tentación tan suculenta que representaba el alcalde.

Ángel la despidió con la mano mientras la observaba marchar y le daba vueltas a las razones que podían haber llevado a esa mujer a deambular por las calles del pueblo a altas horas de la madrugada... Sonrió al recordar la noche anterior y su miembro viril se endureció nada más rememorar en cómo aquel caliente encuentro se transformó en algo que jamás olvidaría. Él estaba en el bar; se había quedado hasta el cierre, ya que Rosa, la camarera, le había rogado que la esperase porque, según ésta, le daba miedo andar a oscuras por el pueblo. En realidad aquello era una excusa para que él se quedara y dejarse llevar... Rosa y Ángel no eran pareja, sólo amigos que se acostaban cuando lo necesitaban; a los dos les venía bien, e intentaban mantenerlo en secreto a toda costa, algo bastante complicado en un villorrio tan pequeño, pero no imposible. Cuando la chica apagó todas las luces y encendió un par de velas, Ángel no tuvo dudas de las intenciones de Rosa. ¿Cómo iba a poner trabas a una proposición tan golosa como ésa? Aunque lo normal era que a esas horas no pasara nadie por la calle, podían ser vistos desde la cristalera; aun así, Rosa se quitó la falda que llevaba puesta, arrastrando a su paso el fino tanga de encaje blanco, se sentó en la barra de cara al exterior y se abrió delante de él, mientras se reía y jugaba con su clítoris, coqueteando con él y provocándolo con su ardiente mirada, dejándole claro lo que quería de él. Ángel se excitó al segundo de verla así, tan expuesta para él. Primero se quedó observando un poco cómo se masturbaba; siempre le había gustado ver cómo se ofrecía placer a sí misma una mujer; era tan delicado y sensual que lo ponía duro al instante. Cuando ya no pudo aguantar más, dio la vuelta a la barra, se metió por el acceso que tenía el personal y empezó a jugar con ella, como a Rosa le gustaba, besándola, diciéndole palabras obscenas al oído, mordisqueándola y, en definitiva, disfrutando de su cuerpo. Pero todo se tornó todavía más morboso de lo que era cuando la vio a ella, quieta, espiándolos

desde el otro lado de la cristalera, casi sin pestañear... Ángel se excitó como jamás creía que lo haría sólo con descubrirla allí mirando, con saber que era la doctora quien presenciaba aquella escena tan ardiente, y no pudo parar. Quiso darle la satisfacción de verlo en acción, sin saber muy bien los motivos que lo llevaron a culminar, como si algo le impidiese razonar ante aquella situación, sólo sintiendo que estaba terriblemente excitado por saber que ella, y nadie más que ella, miraba... No pudo despegar los ojos de Laura mientras se hundía en Rosa, mientras la hacía suya delante de esa mujer a la que no entendía, que sabía que escondía algo y que no permitía que nadie la conociese de verdad. Y cuando la vio morderse el labio, mover su mano dentro del pantalón de chándal, tuvo que hacer un esfuerzo monumental por no dejarse ir en dos empellones. Pero debía aguantar, debía dejar que se masturbara con la visión de ellos dos follando en aquella barra de bar. Levantó las piernas de Rosa y las apoyó en sus hombros, para llegar aún más profundo. Su pene estaba al máximo, duro y grueso, sintiendo lo que ocurría allí y también fuera. Nunca se había imaginado que se excitaría tanto al ser observado por una mujer, al saber que se masturbaba con lo que él estaba haciendo y, sin poder detenerlo más, llegó al clímax más bestial de su existencia, pero lo que más le gustó fue que la doctora, esa mujer que se empeñaba en decir lo contrario de lo que hacía, también llegó al orgasmo. Sin poder desviar la atención de Laura, la miró queriendo saber qué se le habría pasado por la cabeza para quedarse a observar y, también, queriendo saber si ella sabía quiénes eran... Enseguida, como si de repente se hubiese dado cuenta de lo que había hecho, salió corriendo, calle abajo. Ángel miró a Rosa, que mantenía los ojos cerrados mientras se recuperaba de la sesión de sexo que había mantenido, y salió de su interior, con cuidado, mientras se sujetaba el preservativo. Al poco se marchó a su casa para descansar, sin poder olvidar los ojos curiosos y lujuriosos de Laura e imaginándose cómo sería tenerla a ella entre sus brazos, sin aquel cristal de por medio y sin Rosa, sólo ellos dos...

Cuando la vio aparecer en sus tierras, creyó que le mencionaría algo de la noche pasada, que le reprocharía su poca consideración, que le rogaría que no dijera nada a nadie, pero no... Laura no tenía ni idea de que era a él a quien había visto, aunque le hubiese gustado que lo hubiera sabido, para poder descubrir las razones por las que se quedó hasta el final...

El día transcurrió como todos, trabajando de sol a sol, primero atendiendo sus tierras y a los animales, y después yéndose al ayuntamiento a comprobar que todo estuviese en regla, aunque sabía que, gracias a María y a Julián, los encargados de permanecer todo el día en el consistorio, todo marchaba de fábula.

Cuando salió de allí se dirigió, como todas las tardes, al bar. Al entrar notó algo distinto; los lugareños conversaban en torno a alguien. Se acercó más y vio que se trataba de la doctora, que seguramente habría tenido un día magnífico por la sonrisa que mostraba al conversar con ellos; la saludó con la cabeza y se acercó a la barra a la vez que saludaba a los demás vecinos; una vez allí, pidió una cerveza y se sentó en un taburete alto.

¿Por qué hay tanto revuelo hoy por aquí? le preguntó a Rosa.

La doctorcita ha salvado hoy a uno de los nuestros... contestó molesta al no ser ella el centro de atención. Antoñito ha tenido un amago de ataque al corazón y ella lo ha atendido.

Vaya, muy bien, ¿no? preguntó Ángel viendo la cara de apatía de ésta y sintiéndose orgulloso por el buen hacer de Laura, en el que veía un pasito más hacia los intereses comunes del pueblo.

Bueno, tampoco es para tanto indicó la camarera mientras levantaba los hombros en un gesto de indiferencia.

Ángel sonrió negando con la cabeza. Rosa era así, vanidosa y celosa; por eso y porque él deseaba continuar soltero a toda costa, sólo eran amigos con derecho a roce esporádicamente, sólo cuando les apetecía, sin nada pactado de antemano, ya que cada uno hacía su vida por separado, sin rendir cuentas al otro.

Volvió a girarse para mirar a Laura, que sonreía ante un comentario recibido por parte de uno de los presentes; se la veía, al

fin, en su salsa, complacida, realizada y resplandeciente... tan distinta de la Laura que había mostrado al principio.

Estuvo a punto de levantarse e ir a hablar con ella, saber de primera mano lo que había sucedido y cómo había ayudado en una situación tan delicada como ésa, pero Pedro, que aguardaba a su lado, le hizo un movimiento casi imperceptible; había adivinando sus intenciones y quería recordarle que lo mejor era dejarla así, a su aire, para que confiara poco a poco en la buena voluntad de los alcubillenses y se diera cuenta de que, para ellos, era imprescindible.

Parece que la doctora desata pasiones, ¿verdad? soltó Rosa al ver que Ángel le había dado de nuevo la espalda a la mesa que ocupaba ésta y medio bar, centrándose en la cerveza que descansaba sobre la barra.

Eso parece... musitó antes de beber, consciente de que se refería a los tres hombres jóvenes que se habían sentado al lado de la médica y que la miraban embelesados, deseando que ella les prestase la misma atención.

Bueno, le quedan tres días para que os hartéis de ella... susurró mientras se acercaba a él mostrando ostensiblemente su pronunciado escote. Cuando la tengáis bien vista, todo volverá a la normalidad y las demás seremos, de nuevo, visibles para todos vosotros.

Rosa sonrió con coquetería y se alejó de él para atender a un cliente que quería pedir algo. Ángel se quedó allí solo, consciente de que Laura estaba a escasos pasos de él; quería hablar con ella, comentarle lo orgulloso que estaba de su determinación y de lo importante que era para ese pueblo, pero tuvo que contener sus palabras, pagar la cerveza una vez acabada, despedirse de todos los presentes incluida una animada Laura que le mostró una gran sonrisa a modo de despedida y salir del local solo... Anduvo hasta la casa de sus padres; de camino se percató de que los días comenzaban a ser más cortos; el otoño estaba próximo y ya se percibía en la hora que se ponía el sol, mucho antes que en verano.

¡Hombre, si el hijo pródigo sabe dónde vivimos! exclamó María nada más verlo entrar por la puerta.

Qué graciosa estás últimamente, María. No sé qué haces aquí en lugar de apuntarte al «Club de la comedía» bromeó Ángel mientras se acercaba a saludar a sus padres, que estaban en el salón, y obviaba a su hermana, a la que tenía que ver a diario en el ayuntamiento, así como aguantar su continuo soniquete allá donde iba. ¿Cómo estás, papá?

Bien, bien... El tiempo comienza a cambiar y mis dolores a aparecer, pero por lo demás voy tirando.

Me alegro mucho dijo sentándose a su lado ¿Y tú, mamá?

Aquí, aguantando a tu padre… ¡que no es poco! soltó su madre con soniquete haciendo que sonriesen.

¡Tío Ángel, tío Ángel! gritaron al unísono los mellizos, un niño y una niña, de siete años, que eran un fiel reflejo del marido de María, Ernesto, que habían bajado a la carrera al oír la inconfundible voz de su tío.

¡Hombre, si están aquí mis dos aventureros! exclamó él mientras daba un abrazo a sus sobrinos.

Tío, ¿cuándo nos vas a enseñar a montar a caballo? Mamá dice que no te decides en poner fecha... dijo Ernesto hijo, que era un pelín más alto que su hermana María, mientras hacía una mueca de disgusto.

Vaya... murmuró cínicamente mientras le dirigía una mirada reprobatoria a su hermana. Mañana, cuando terminéis el cole y los deberes, decidle a vuestra madre que me llame y nos iremos al campo a practicar, ¿de acuerdo?

Los dos críos se miraron con entusiasmo e ilusión, y empezaron a saltar de alegría a la vez que gritaban eufóricos.

Venga, Ernesto y María, dejad al abuelo descansar. Id a recoger la habitación del tío, que en cinco minutos nos iremos a casa apremió María a sus hijos, que abandonaron rápidamente el salón para dirigirse a la habitación que había sido de Ángel cuando vivía allí.

¿Cómo va el campo? quiso saber su padre, que desde hacía años había delegado todo el trabajo en él.

Perfecto, todo va como queremos afirmó sonriente.

Eso es genial... respondió aliviado el patriarca de la familia.

¿Ves? inquirió su madre dándole un codazo a su marido: Ya te lo decía yo: no te preocupes, que Ángel lo tiene todo controlado… comentó negando con la cabeza por la testarudez de éste.

¿Dónde está mi cuñado? preguntó Ángel al percatarse de su ausencia.

Trabajando... contestó María mientras levantaba los hombros. Niños, ¡nos vamos! gritó para avisar a los chiquillos.

Llámame mañana cuando terminen sus tareas le recordó Ángel.

Sabes que no me hace ninguna gracia que les enseñes a montar a caballo siseó María, para que sus hijos no la oyesen.

¡Ellos quieren hacerlo! Además, es mejor que aprendan desde bien críos.

Papá nos enseñó con menos edad replicó Ángel.

¡Pues yo no quiero! Son muy pequeños y muy traviesos, y me da miedo, Ángel... susurró angustiada mientras observaba cómo sus hijos volvían a entrar al salón. Bueno, nos marchamos ya anunció a la vez que cogía el bolso y luego daba un par de besos a sus padres. Nos vemos mañana. Niños, dad besos.

Los mellizos se acercaron a sus abuelos y a su tío y se despidieron.

Cuando éstos se hubieron marchado, Ángel se quedó un rato más, hablando del campo, de los animales, de la próxima cosecha, que esperaba que fuera mejor que la anterior, y, cómo no, de la doctora, de todo lo que había hecho desde que estaba allí y de que él debía convencerla para que se quedara en la consulta, ya que era el deseo que tenían todos los vecinos, incluidos sus padres... Ángel intentó en vano que comprendieran que aquello no estaba en sus manos, sino que dependía de la voluntad de Laura, pero sus padres insistieron en que debía hacer algo para aligerar aquella decisión. Antes de que su madre se pusiera a hacer la cena, se despidió y se

encaminó a su casa, muy cercana a la de sus progenitores, sólo la separaban cinco viviendas. Pensando en lo rara que estaba su hermana, en ese temor por dejarle a sus sobrinos, a los que adoraba, anduvo con paso tranquilo por esa calle que tan bien conocía y, justo antes de entrar en su casa, vio el inconfundible coche de Pedro pilotado con decisión por Laura y sonrió al presentir que la doctora comenzaba a abrirse un poco más a los lugareños y, para ser sincero consigo mismo, también a abrirse paso en su mente, ya que, desde lo ocurrido, no había dejado de pensar en aquella noche que descubrió a una Laura muy distinta de la que mostraba en público, una que comenzaba a llamarle mucho la atención, una que deseaba conocer íntimamente...

7

El sonido de alguien tocando con efusividad la puerta de entrada la despertó; se levantó como pudo e intentó encontrar el reloj para saber qué hora era, sin éxito.

Había dormido bien, la verdad; el día anterior había sido bastante bueno, pues había atendido de urgencia a un vecino a quien había podido ayudar gracias a un medicamento que siempre llevaba consigo y, más tarde, había estado conversando con varios de ellos en el bar, casi obligada por Pedro, quien le sugirió que fuera para que vieran que no se escondía en la Albada después de su gran hazaña, una intervención que ella veía como algo normal y no para celebrar, pero su casero no quiso escuchar ninguna excusa y la azuzó para que saliese un poco de la casa.

¿Estás sola? preguntó María cuando Laura le abrió la puerta. Entró haciendo que ésta, extrañada ante aquella visita tan repentina, se apartara para que pasase.

Eh... sí dijo mientras cerraba. ¿Te ocurre algo?

Perdona que venga a estas horas, Laura susurró mirando el pijama y el cabello alborotado de la doctora, percatándose de que había ido demasiado pronto para ésta, pero no quiero que nadie se entere de esto comentó mientras cambiaba el peso de pierna, nerviosa por las razones que la habían llevado allí.

Vale, pasa al salón propuso Laura encendiendo las luces de camino hacia allí, mientras se decía que el asunto que había llevado a aquella mujer a su casa tan temprano debía de tratarse de alguna emergencia.

¡Ay, si ni siquiera me he presentado! exclamó al darse de cuenta de aquel terrible fallo. Soy María, la secretaria del ayuntamiento...

Encantada, María, me presentaría también, pero ya me ha quedado claro que sabes mi nombre comentó risueña. Tú me dirás apremió sentándose en el sofá, mirando por el rabillo del ojo el gran reloj de cuco colgado en la pared, que le indicó que eran las seis de la mañana.

No sé cómo decírtelo, Laura... titubeó mientras se sentaba enfrente de ésta. Llevo una temporada rara...

Rara, ¿en qué sentido? preguntó dándole pie a que explicase las razones de plantarse allí a esas tempranas horas.

Eres una mujer, yo sé que tú me vas a comprender. Por eso vi el cielo abierto cuando me enteré de que eras doctora le explicó a la vez que cogía aire para tranquilizarse y encontrar las palabras adecuadas para que ella supiese qué le ocurría. Resulta que, cuando mi marido y yo intentamos intimar, como que me duele...

Vale susurró Laura parpadeando varias veces al ser sorprendida por esa confesión, ya que se esperaba otro tipo de dolencia, una mucho más urgente como para despertarla tan temprano. ¿Has ido al ginecólogo?

¡Claro! Pero es un hombre y me da apuro hablar de estas cosas... murmuró avergonzada.

No te tiene que dar vergüenza, María. Es un profesional y, como tal, te dará algo indicado para tu problema.

Ya, pero no negó con timidez, reafirmándose en su proceder.

Lo comprendo, pero yo no soy ginecóloga...

¿Qué más da? Eres médica, debes de saber de todo un poco. Laura se mordió el labio inferior, preocupada al oír esa afirmación, ya que cada especialidad era un mundo. Necesito que me digas qué tengo que hacer para que no me duela. Tú eres mujer, ¡eres doctora!, tienes que saber algún remedio para que pueda mantener relaciones con mi marido, ¿no? Mira, veo que nos estamos distanciando debido a este tema y me da miedo perderlo... gimió angustiada. Necesito recuperar el fuego que sentíamos antes de que

nacieran los mellizos, volver a conectar de manera física, tú ya me entiendes...

Está bien, te ayudaré... o por lo menos lo intentaré aceptó Laura al ver la cara de preocupación de María. ¿Has probado con los lubricantes vaginales?

Seguramente te molesta porque la zona no está bien lubricada y la fricción te causa dolor.

No lo he hecho susurró mientras negaba con la cabeza.

Pues ve a la farmacia y compra uno indicó con una sonrisa, dándole la solución que pedía con tanto ahínco.

Bueno... verás... titubeó nerviosa. ¿Podrías comprarlo tú? demandó con rapidez. Mira, yo te daré el dinero, de eso no tienes que preocuparte, pero es que no quiero que nadie diga en el pueblo que tengo los bajos secos. Ya sabes cómo son las cosas aquí... soltó haciendo una mueca de disgusto.

De acuerdo, intentaré salir hoy mismo a comprártelo le comunicó mientras aguantaba las ganas de reírse a carcajadas ante su explicación y sabiendo, de primera mano, que en ese villorrio todos los pasos que se daban eran conocidos tarde o temprano por todos sus habitantes.

¡Muchas gracias, Laura! exclamó contenta mientras se levantaba del sofá. Eso sí, te pido que no se lo cuentes a nadie, y menos a mi hermano... masculló preocupada de que alguien se enterara de eso.

Tranquila, soy una profesional y no voy pregonando por ahí los problemas de los pacientes; además, no tengo ni idea de quién es tu hermano comentó Laura resuelta a la vez que se ponía de pie a su lado.

¡Anda, es verdad! Rio divertida ante aquel descuido por su parte.

Estoy tan acostumbrada a que la gente lo sepa que no me acordaba de que tú eres nueva en estos lares. Ángel es mi hermano.

Pues no os parecéis en nada... apuntó la doctora mientras observaba con mayor atención a María; ésta era más bajita que ella, morena, con el cabello rizado y con un corte muy moderno que

estilizaba su redonda tez. Le echaba unos cuarenta años, pero se percibía que era una mujer que cuidaba su físico.

Laura no encontró ningún parecido entre ella y el alcalde, ni siquiera en los ojos: los de María eran marrones y pequeños, y los de Ángel, grandes y con un tono pardo con motitas doradas.

Ya... Él ha sacado la belleza de mi madre y yo la testarudez de mi padre replicó ella mientras le guiñaba un ojo. Somos muy distintos, incluso en la personalidad; parece ser que los años que nos separan han sido determinantes para eso. Imagínate, cuando nació mi hermano yo ya tenía quince años. Mis padres habían perdido la esperanza de tener otro hijo, hasta que mi madre, creyendo que tenía los típicos desarreglos de la premenopausia, se dio cuenta, cuando su cuerpo comenzó a cambiar, de que lo que le ocurría era que estaba embarazada. Mamá siempre dice que Ángel ha sido como un milagro, pues, cuando ya no tenían esperanzas de tener un varón, llegó él.

Seguro que fue el juguete de la casa.

¡Ya te digo! exclamó María acordándose de aquellos días. Fue un niño muy querido y mimado. A veces pienso que nos pasamos en darle tanto...

Ahora no se contenta con nada... añadió mientras se colocaba un rizo detrás de la oreja.

Suele pasar con los pequeños de la casa, ¿no? dijo Laura con una sonrisa.

Es posible, pero creo que es un problema. Desde que le pasó lo que le pasó, no ha vuelto a encontrar a nadie especial y creo que es por culpa de no contentarse con algo normal y corriente, como si estuviese esperando algo extraordinario, algo fuera de lo común, no sé... explicó María, reflexiva, intentando hallar alguna lógica al cambio que había experimentado su hermano . ¡Bueno, no te entretengo más! exclamó cambiando de tema, cayendo en la cuenta de que estaba hablando demasiado. Gracias por ayudarme, Laura. Esta tarde vendré a recogerlo, ¿de acuerdo?

Vale dijo mientras la acompañaba hasta la puerta de entrada.

Hasta luego y gracias.

Laura cerró la puerta pensando en lo ilusa que había sido al creer que la vida allí sería aburrida y pausada. Se dirigió directamente a la ducha; sabía que no se volvería a dormir, ya quedaba poco para la alborada...

Cuando se secó el cabello y se vistió, se asomó a la ventana; ya había amanecido y el cielo estaba teñido de gris, pues estaba descargando una fuerte tormenta. Suspiró con tristeza, aquel día no podría salir a correr y debería quedarse allí, sola, hasta que llegase la hora de comer y apareciese Pedro con esa vitalidad que desprendía y que le hacía olvidar todas sus preocupaciones.

Voy, voy gritó al oír de nuevo el repiquetear insistente en la puerta.

Con decisión, la abrió y se topó con el alcalde, totalmente empapado, de los pies a la cabeza, y visiblemente nervioso, clavándole sus preciosos ojos, provocando que tragara saliva al verlo con aquel aspecto tan agreste y varonil.

¿Sabes algo de animales? preguntó de golpe, sin ni siquiera saludar.

Lo básico... susurró sin entender qué hacía ahí, sin paraguas ni chubasquero, planteándole esa cuestión.

Necesito que me ayudes: tengo una oveja que se ha puesto de parto y no puede expulsar a la cría... soltó de carrerilla. He llamado al veterinario, pero está en la ciudad y la oveja necesita ayuda ahora, no puede esperar más de treinta minutos para que él llegue.

¿Y tú no sabes qué debes hacer? inquirió asustada por el mero hecho de pensar en la posibilidad de asistir a una oveja.

Cuando el parto es normal, sé lo que hay que hacer, pero hay algo que impide que salga...

No sé si podré ayudarte, Ángel. No tengo ni idea de veterinaria murmuró con temor ante tal panorama.

Da igual: ven, echa una mirada, a ver si se te ocurre algo... por favor suplicó visiblemente angustiado.

Está bien... susurró Laura consciente de que no podía negarse. Dame dos segundos para que me ponga las botas de agua y el chubasquero.

No tardes rogó mientras se apartaba el cabello empapado de la frente y se lo echaba para atrás.

Laura corrió a por sus botas y el chubasquero, diciéndose mentalmente que estaba loca por aceptar aquel encargo, o los que estaban locos eran los miembros de esa familia que se empeñaban en que ella hiciera algo para lo que nunca se había formado, no lo sabía muy bien... Pero no podía decirle que no al alcalde; algo en su mirada provocaba que tuviera que ayudarlo, aunque eso conllevara improvisar sobre la marcha y hacer algo que no sabía hacer. Antes de salir de la casa, cogió su apreciado maletín y salió pitando hacia la camioneta de Ángel, estacionada al lado de la casa.

Subieron rápidamente al vehículo y él condujo a una velocidad excesiva para la climatología de ese día, haciendo que Laura se cogiese del asiento con fuerza, con temor de que el Toyota volcase o derrapase por el camino totalmente embarrado, pero se notaba que el alcalde se sabía el camino de memoria, con los ojos cerrados, y que estaba acostumbrado a esos días borrascosos, no como ella, que era más bien de secano... Cuando llegaron, Ángel descendió de un salto de la camioneta y ella lo siguió, aunque cada paso que daba lo diese con miedo a resbalarse o hundirse en ese terreno inestable que hacía que sus botas rojas se transformaran en marrones rápidamente. La lluvia seguía cayendo sin tregua, haciendo de aquel día un horror para pensar siquiera en salir de casa.

¡Rápido, Laura! oyó que la apremiaba mientras se dirigía a una de las puertas.

Laura intentó correr, sin nada de gracia, por lo que más pareció un hipopótamo que una mujer, pero ella no estaba acostumbrada a que lloviese tanto y, mucho menos, a tener que andar con botas y chubasquero en mitad del campo, luchando contra el fuerte viento que soplaba; tan mal día hacía que, a cada paso que daba, aquella prenda de ropa creada para que no se empapara se le movía

virulentamente, tanto por las ráfagas de aire como por la cantidad exagerada de agua que caía, por lo que no estaba cumpliendo su función y Laura notaba cómo su ropa se iba mojando, al despegársele el chubasquero del cuerpo cada dos por tres. Al entrar en aquel lado de la edificación, le sorprendió la limpieza que reinaba allí dentro; se había imaginado que, al tener que atender un animal, el lugar sería muy diferente, sucio. En una esquina, rodeada de paja seca y limpia, se encontraba la oveja, tumbada, respirando con dificultad y con una tripa que se le hinchaba y se le contraía a cada segundo. La doctora tragó saliva; no era muy amante de las bestias, pero le dio pena ver a aquella oveja sufrir de ese modo...

Lleva así varias horas; normalmente los partos duran menos, pues el animal dilata el cuello uterino y expulsa el feto, pero ella sigue ahí, padeciendo explicó a la vez que se acercaba a su oveja y le acariciaba con ternura la cabeza, intentando reconfortarla con aquel gesto que a ella le pareció adorable.

Laura se acercó con miedo y se agachó para ver si podía descubrir algo más desde allí.

Parece que está bastante dilatada y que quiere empujar informó al ver el orificio por donde debía salir la cría bastante abierto.

Te traeré unos guantes; me ha dicho el veterinario que hay que ayudarla metiendo los dedos y tirando de la cría dijo acercándose a una estantería y cogiendo una caja de guantes de látex. Lo he intentado hacer yo, pero me da miedo hacerle daño.

Laura se quedó mirando a Ángel mientras se quitaba el chubasquero para poder tener mayor libertad de movimiento. Éste, lejos de tener un aspecto deplorable al estar calado hasta los huesos, estaba... Ese mismo hecho le daba ese toque indómito al que ya se estaba acostumbrando, ese no sabía qué que la dejaba titubeando en su presencia y embelesada sin poder casi parpadear, para no perder detalle de ese hombre que tenía delante. La camiseta blanca se le había adherido a la piel morena, resaltando sus atléticos músculos, y sus vaqueros se pegaban sin discreción a sus fuertes piernas, haciendo una tarea bastante complicada el no mirarlo

fijamente para que él no se diera cuenta del efecto que ejercía sobre ella. El cabello le caía rebelde por la frente, haciendo que, en un gesto nervioso, se lo echase hacia atrás a cada segundo, como si con ello descargara su frustración. Se notaba que amaba a sus animales, por eso la había llamado, para que lo ayudase, y ella, aunque lo iba a pasar realmente mal realizando aquella tarea, por lo menos lo intentaría. Cogió los guantes que le ofrecía y comenzó a ponérselos animándose mentalmente para llevar a cabo ese trabajo que jamás había pensado que haría y procurando no mirar a ese adonis que tenía al lado que no apartaba la mirada de ella, expectante para que comenzara a examinar a la oveja.

Vale, espero que no sea tan difícil como creo que es dijo armándose de valor y acercándose de nuevo al animal, que seguía empujando instintivamente.

Laura comenzó a introducir sus dedos por la cavidad de la oveja, infundiéndose ánimos a cada milímetro que avanzaba, hasta dar con el feto; intentó imaginar que no se trataba de un animal, que era otra cosa, lo que fuera, para que las fuerzas no le flaquearan y se derrumbara allí mismo, delante de ese hombre que observaba atentamente todos sus movimientos, como si la estuviese evaluando para alguna prueba. Poco a poco fue explorando el feto, ayudándose de las contracciones y de los empellones de la oveja por expulsar a su cría.

Parecía que los minutos no avanzaban; en aquel lugar sólo se podía oír el crepitar de la lluvia golpeando las tejas y la fatiga que sentía la parturienta.

Ninguno de los dos hablaba, sólo estaban concentrados en aquel momento: Ángel, en todo lo que hacía Laura, y ella, en poder socorrer a esa oveja de una vez, para poder coger aire y, así, ser capaz de respirar con tranquilidad, ya que en esos instantes lo único que sentía era la necesidad de que el corderito estuviese vivo y no decaer ella allí mismo, quedando mal delante del alcalde, que había recurrido a ella para que lo ayudase.

Viene del revés maldijo la doctora al asegurarse de notar primero las patas antes que la cabeza.

Espera, voy a llamar al veterinario para decírselo propuso Ángel mientras cogía el móvil y marcaba velozmente el número.

Laura siguió tirando con cuidado de la cría; sabía que el tiempo estaba en su contra y, al estar al revés, el parto se podía complicar todavía más.

Mierda, mierda... ¡No me lo coge! exclamó angustiado.

Coge mi maletín y ábrelo indicó con decisión Laura. Saca un bisturí que tengo en un estuche negro.

¿Sabes lo que vas a hacer?

No, pero tengo que intentarlo anunció con una determinación que la sorprendió nada más pronunciar aquella frase, ya que estaba sumida en un mar de dudas y no sabía si podría ayudar al pobre animal.

Ángel le acercó el afilado bisturí y Laura le realizó dos pequeñas incisiones a la madre para ayudar a la cría a salir. La oveja baló molesta.

Vamos, amiga, necesito un empujón de esos fuertes la apremió ella, a la que comenzaban a abandonarle los ánimos después de tanto esfuerzo sin resultado. Tú puedes, bonita.

Como si el animal la hubiese entendido, o simplemente porque la naturaleza es muy sabia, Laura cogió al corderito por las patas y tiró enérgicamente mientras la oveja empujaba, lo que provocó que finalmente la cría resbalase hasta caer con cuidado sobre la paja. La oveja movió la cabeza hasta llegar donde había caído su bebé y empezó a limpiar su cuerpo, repleto de la fina capa que la había protegido durante la gestación. Laura suspiró aliviada en cuanto vio al cordero abrir los ojos y dirigirse, con paso torpe, hasta las ubres de su madre.

¡Lo has conseguido, Laura! exclamó Ángel entusiasmado, sin apartar la mirada de la oveja y de su cría, orgulloso de ver el feliz desenlace.

Eh... sí... gimió notando que la vista se le empezaba a nublar. Pásame la caja blanca que hay en mi maletín pidió como pudo, temiendo que iba a marearse en cualquier momento.

¿Qué vas a hacer ahora? preguntó confundido mientras buscaba lo que le había solicitado.

Cerrarle un poco los cortes que le he hecho, serán sólo dos puntos anunció para darse el último empujón para terminar lo que había empezado.

La oveja, más pendiente de su cría que de otra cosa, se dejó hacer sin ni siquiera quejarse. Laura supuso que lo había pasado tan mal que esa sutura no era nada para ella. Cuando finalizó, se levantó como pudo y salió hacia fuera, tropezándose con Ángel, haciendo que éste la mirase extrañado por aquella vacilación de su cuerpo hasta dar con la puerta que daba a la salida. La fría lluvia comenzó a devolverle un poco la visión que se le había nublado en el interior del establo; con los ojos cerrados, dirigió la cara al cielo, agradeciendo que la fuerte lluvia resbalase por su rostro, refrescándola y devolviéndola a la realidad. ¡Había asistido al parto de una oveja! ¡¡¡De una oveja!!! Ella, que se había desmayado el día de prácticas durante la disección de una rana. Comenzó a reír mientras negaba con la cabeza al recordar aquella prueba que le supuso un sufrimiento en el pasado. Aún sentía que le temblaban las piernas al rememorar lo que había hecho segundos antes; desconocía qué le había hecho tener esa sangre fría para hacerlo, pero lo había logrado.

Gracias, Laura expresó Ángel aproximándose a ella y observando cómo su cabello rubio se oscurecía a causa de la lluvia y cómo su ropa se le pegaba al cuerpo. Has salvado al corderito.

Laura lo miró, fundiéndose en su mirada con matices dorados y percibiendo aquella bondad que transmitía con su voz y sus acciones. Él se aproximó un paso más y le acarició el rostro, eliminando a su paso el exceso de agua y dejándole una calidez que extrañaba. Por un instante cerró los ojos, pensando en todo lo que estaba viviendo en aquel lugar, y sintió que no podía controlar más a

la verdadera Laura, esa que siempre ayudaba a los demás, esa a la que le encantaba vivir y divertirse, esa que era incapaz de no amar con cada poro de su piel; a aquella mujer que tuvo que dejar aparcada mucho tiempo atrás, aquella que tuvo que abandonar su caótica rutina para instalarse en ese pueblo... Abrió los ojos y estudió las facciones de Ángel, ese hombre que se había empeñado en que ella renunciara a sus planes previos para que se integrara en aquella comunidad, sin importarle las verdaderas razones por las cuales ella estaba allí... Sus ojos comenzaron a oscurecerse, avisando de lo que ocurriría en segundos. Laura tragó saliva intentando que no se notase mucho el temblor que sentía en las piernas, ya que su proximidad siempre la aturdía y, aunque sabía que debía detener aquel acercamiento por su parte, no era capaz, porque una parte de sí misma lo ansiaba como el aire que respiraba. Esos labios, definidos y ligeramente gruesos, comenzaron a antojársele suculentos, tentadores y magníficos, provocando que no pensara en nada más que en su proximidad y en sentirlos sobre su piel. La lluvia seguía sin darles tregua, mojándolos por completo, intentando apagar aquel fuego que se había encendido nada más salir del establo, como si toda la tensión vivida previamente tuviese que salir de una manera u otra... pero, lejos de apaciguar aquel calor que ascendía por sus cuerpos, éste se avivó todavía más. Parecía que el tiempo se había detenido a su alrededor; se quedaron mirando, bebiéndose uno al otro, observándose de una manera íntima, creando una burbuja de tensión sexual entre ambos. Ángel dio un paso más hacia ella, saboreando aquel momento, consciente de que Laura estaba expectante por lo que él iba a hacer, y le encantó sentir que ella también lo deseaba...Y quiso probarla, lamerla y secarle las gotas de lluvia con su lengua. Cuando Ángel acercó sus labios, Laura ahogó un gemido y entreabrió la boca, pero él no la besó, sino que, para su sorpresa, le recorrió los labios con la punta de su lengua, como dibujando su contorno, explorando su textura, percibiendo su calidez y notando cómo su respiración se agitaba por su osadía. Sintió, de repente, los brazos de Laura

rodeándole el cuello, atrayéndolo hacia ella, y aquello lo cegó por completo, haciendo que su boca buscase con urgencia la de ella para besarla, entrelazando sus lenguas, advirtiendo su sabor y su textura y excitándose de tal manera que le pareció un sueño, tórrido y dulce, del que no quería despertar jamás. Sin pensar, sólo dejándose llevar por esa pasión que lo nubló, comenzó a recorrer su cuerpo con las manos, percibiendo que ella temblaba a medida que él avanzaba; deseó que aquellas prendas mojadas desaparecieran con su contacto, para poder memorizar su piel y poder sentirla de verdad.

Si no quieres hacerlo, dime que pare... susurró con dificultad separándose un instante de aquella boca que lo llevaba a rozar el cielo, ansiando que ella no le dijera esas palabras y poder probar aquel fruto prohibido para él que era su cuerpo.

No pares, no pares gimió Laura metiendo las manos por debajo de la camiseta empapada de Ángel, dándole igual estar en mitad del campo, bajo la lluvia torrencial, cumpliendo un fin específico en aquel pueblo, y sólo deseando, ansiando con todas sus entrañas, apagar aquel fuego que la consumía por dentro, que sólo podía apagar ese hombre.

Joder, Laura gruñó mientras la cogía por el trasero y la ayudaba a tumbarse sobre la tierra mojada.

Sintió las manos de Ángel recorrer su cuerpo por debajo de la ropa; notar su calidez la incendió todavía más y empezó a pedir más y más, sin importarle el frío suelo y la incomodidad de aquel lugar elegido para saciar ese deseo que la consumía. Ángel la miró a los ojos, grabando en su mente ese instante, admirando a la mujer que le había hecho pasar de la indiferencia al deseo más primitivo y, sin dejar de mirarla, introdujo una de sus manos debajo del pantalón de chándal que ella llevaba. Laura abrió los ojos, asombrada por aquella intromisión, pero, lejos de apartarse, lo que hizo puso más cachondo a Ángel, que sintió cómo se abría ante él, demostrándole lo excitada que también estaba ella.

Ah... Laura ahogó un gemido cuando sintió un sutil roce en su cada vez más hinchado clítoris, mientras lo miraba con lujuria.

No sabes las ganas que tenía de tocarte, de tenerte así... murmuró él mientras le acariciaba primeros los muslos y luego los labios vaginales, advirtiendo su humedad, y después el clítoris.

Tócame, no dejes de hacerlo rogó extasiada y cegada por la pasión que la gobernaba, volviéndose loca por su contacto y por tenerlo tan cerca.

Ángel comenzó a jugar con el clítoris a la vez que le lamía el cuello y aspiraba su dulce perfume, mezclado con la lluvia y la tierra; captó que ella se movía al compás de sus roces, enloqueciendo sólo con pensar que la tenía debajo, excitada por lo que él le hacía.

No te corras aún, Laura le susurró al oído, provocando que se arqueara de placer. Quiero que te corras conmigo, como la primera vez...

Laura abrió los ojos sin entender nada y, de repente, lo vio claro, supo a qué se refería... Unió las pocas piezas de ese rompecabezas en su mente y se dio cuenta de lo que hablaba... Fue a él a quien espió en el bar, fue él quien la observó mientras ella se masturbaba y él se hundía en aquella mujer sobre la barra, y, en definitiva, fue él el causante de sus sueños calientes, esos que dejaban a un lado las pesadillas que aún la aturdían por las noches.

Eras tú... susurró Laura.

Sí... dijo lamiendo sus labios mientras introducía un dedo en su mojado sexo y provocaba que ella pusiera los ojos en blanco al sentir su descaro.

Desde ese día te has colado en mi mente, haciendo que reviviese tu mirada a cada minuto...

Pero esa chica... Rosa... murmuró como pudo, intentando que su razón no se dejara llevar por el placer que le estaba dando.

Sólo es una amiga...

¿Y tienes muchas amigas así? inquirió moviendo las caderas para sentir, aún más, aquel dedo que se introducía y salía de su sexo acompasadamente, volviéndose loca por la excitación.

No dijo mirándola a los ojos, para que se diese cuenta de que no mentía, de que él no era de esos hombres a quienes les gustaba jugar con las mujeres...

Estoy a punto, Ángel gimió mordiéndose el labio inferior al notar aquel dedo juguetón que había vuelto a darle atención a su clítoris de una manera desquiciante.

Espérame, Laura susurró mientras sacaba la mano y rebuscaba en los bolsillos de su pantalón su cartera. Mierda, mierda... maldijo a la vez que la observaba, tan resplandeciente, sobre la tierra mojada y expuesta para él, sin encontrar en su cartera aquel sobre plateadito que los haría rozar el cielo con los dedos a los dos.

¿Qué pasa?

No tengo preservativos anunció mientras miraba al cielo ahogando un grito de rabia por no ser más previsor.

Mira en mi maletín, hace tiempo que puse ahí dijo Laura señalando el interior del establo.

Ángel le regaló una sonrisa repleta de tentadoras intenciones, la cogió en brazos y se la llevó al establo casi a la carrera, sin importarle que estuviera empapada, sin dejar de besarla, sin dejar de tocarla, para que aquel fuego no se disipara por esa pausa tan inoportuna. Cogió el preservativo que estaba donde ella le había indicado, se alejaron un poco de la oveja, que se encontraba ocupada con su retoño, y se tumbaron sobre una montaña de paja seca y limpia.

Laura se rio al verse de aquella guisa, calada hasta los huesos de la cabeza a los pies, sobre aquel lecho tan campestre y, a pesar de su imagen deplorable, se sintió la mujer más sexy del mundo sólo con ver cómo la miraba Ángel.

Esto sobra comentó él tirando de los pantalones empapados y embarrados de Laura.

Ayudó a que Laura se incorporase y se desprendiese de lo poco que le quedaba encima, dejando que la mirase, totalmente desnuda, sin ningún pudor, mostrándose tal y como era, con esas maravillosas imperfecciones que la hacían única y terriblemente sensual, con una

sonrisa en los labios todavía más tentadora que su cuerpo y transmitiendo una fuerza arrebatadora que lo encandiló.

Eres increíble susurró Ángel observándola sin ningún reparo, haciendo que ella le mostrase una sonrisa descarada.

Nunca había estado con una mujer así, tan segura de su cuerpo, sin pudor por mostrarlo, por ser como era, y aquello lo excitó todavía más. Ángel no pudo contenerse al ver los pechos de Laura, redondos, manejables, que cabían en las palmas de sus manos y, sobre todo, naturales, y se acercó a éstos, dispuesto a saborearlos, a comérselos si hacía falta, porque lo que sí sabía era que lo deseaba todo con ella. Laura, al sentir la boca de éste sobre sus duros pezones, gimió mientras le cogía la cabeza y lo rodeaba con las piernas, dejándole claro cuánto lo deseaba. Ángel se desprendió de toda la ropa, sin dejar de atenderla, como si su piel lo llamara con tal fuerza que le fuera imposible mantenerse alejado ni un segundo. Se colocó el preservativo en un santiamén y disfrutó de ese momento previo tan dulce de sentirla a ella tan expuesta, y a él, tan duro. Se mordió el labio con fuerza cuando notó que su pene comenzaba a entrar en el sexo de Laura, sin dejar de observar la expresiva cara de ella, quien se contoneaba juguetona debajo, poniéndolo cardíaco, encendiéndolo como jamás lo había hecho otra fémina. Se notaba que ella era más madura que él, lo justo como para enloquecerlo de aquella manera tan maravillosa, excitándolo a cada paso que daban, al notar cómo ella no sólo se dejaba hacer, sino que también participaba.

Nunca había estado con una mujer mayor que él, ni siquiera un par de años más, pues siempre se había acostado con chicas más jóvenes, incluso inexpertas, que se sentían azoradas por lo que les decía o hacía. Por ello, tener a una mujer como Laura en aquella tesitura era un mundo nuevo para él, algo que iba a disfrutar al máximo. Se la introdujo despacio, haciendo de aquellos movimientos una auténtica tortura para él, pero disfrutando de la presión que hacía ésta sobre su miembro viril con las paredes de su sexo, bebiendo de su boca los gemidos y jadeos que le producía aquel

compás lento, notando que ella se desesperaba por sentirlo más y más. Laura, esa mujer que lo sorprendía con sus acciones, comenzó a moverse tan sensualmente que tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no eyacular con sus dulces y rítmicos movimientos. Lo volvía loco... Su boca, su ferviente mirada, sus ahogados gemidos y su desvergonzada iniciativa. De repente, ella tomó el control y él, asombrado, la dejó hacer, deleitándose ante aquella novedad. Se puso encima y él admiró gustoso el balanceo de sus pechos, su rostro reflejando el placer que sentía al ser ella la que dominaba aquel encuentro, sus gemidos cortos y tan sexuales que recordaría por siempre. Cerró los ojos un instante, empapándose de aquella sensación sin igual que estaba experimentando, acariciando los suaves muslos de Laura y llevando una de sus manos al centro de su sexo. Un pequeño roce hizo que Laura se arqueara hacia atrás, dejándole ver su esplendor; estaba bellísima así: tan abierta y húmeda, sin dejar de moverse, succionando su pene con una voracidad que lo llevaba al límite, notando en su dedo cómo aquel botoncito se endurecía más y más, y ella gemía con mayor avidez.

Me voy a correr, Ángel. Jadeó sin control, aumentando el ritmo y haciendo que Ángel frenase un poco su propio orgasmo para alcanzarlo juntos.

Córrete, Laura. Córrete conmigo dentro gruñó controlándose y aumentando el movimiento de su dedo sobre el clítoris de ésta.

Un grito bastó para que Ángel supiera que ella había alcanzado el clímax y siguió acariciándole el clítoris, moviéndose debajo de ella para que fuera devastador, algo difícil de olvidar para ella; al segundo, se dejó ir él, vaciándose por completo y sin dejar de mirar el rostro perfecto de la lujuria.

8

No había ningún manual que explicase de manera detallada cómo había que actuar después de saciar una pasión surgida de un momento tenso, y mucho menos había alguna aclaración destinada a describir los pasos que seguir tras practicar sexo con el joven alcalde del pueblo al que había sido destinada para desempeñar su trabajo. Por eso, Laura, con la respiración agitada, el cabello mojado repleto de briznas de paja y todavía encima de Ángel, sintiendo cómo su pene comenzaba a menguar, maldijo por dentro por no saber muy bien qué hacer en una situación como aquélla. Nunca se había considerado una mojigata ni una mujer excesivamente pudorosa en esos temas. En el pasado había tenido varias relaciones formales, a la vez que otras esporádicas..., pero esa tesitura se le escapaba de las manos y no sabía cómo proceder para no tener que dar demasiadas explicaciones y poder salir de allí como si no hubiese ocurrido nada, aunque tenía muy claro que había ocurrido mucho más que algo... Sonrió al sentir las manos de Ángel recorrerle los muslos desnudos; su mirada complacida la examinaba sin vergüenza, deteniéndose en sus pechos y sus duros pezones, que comenzaban a quejarse por el frío que hacía en aquel lugar desprovisto de calefacción. Hizo falta un carraspeo por parte de ella para que él tomase la iniciativa y fuera el encargado de que Laura se moviese, apoyándose de espaldas sobre la paja, para él poder salir de su interior sin mayor complicación.

Has superado mis altas expectativas informó Ángel mientras se desprendía del preservativo con cuidado, sin dejar de admirar a aquella mujer que lo había sorprendido gratamente.

Laura sonrió mientras se arrodillaba y comenzaba a recoger rápidamente su ropa, mojada y sucia, del suelo, ya que, después de saciar aquella tensión sexual, la realidad se había materializado y necesitaba poner distancia entre ella y el alcalde.

¿A dónde vas? preguntó él haciéndola caer de nuevo de espaldas sobre la paja y creando una nube de pequeñas briznas que se desprendieron de ese improvisado lecho por culpa del efusivo impacto.

Tengo cosas que hacer informó nerviosa, sin querer enfrentar esa intensa y pecaminosa mirada que la llamaban a gritos para volver a caer en sus redes de seducción. Pedro me ha pedido que lo lleve al pueblo y mira qué hora es ya... Seguramente se estará preguntando dónde estoy.

Dile que has estado conmigo comentó mientras le acariciaba con suavidad la mejilla, haciendo que ésta hiciese una mueca por no querer sucumbir otra vez al poder que comenzaba a tener sobre ella.

¡No! exclamó con rotundidad saliendo de debajo de él y poniéndose de pie de un salto. Mira, Ángel, esto ha estado muy bien, de verdad..., pero no voy a ir diciendo por ahí que he estado contigo, y espero que tú tampoco lo hagas soltó inquieta a la vez que se colocaba la ropa interior a una velocidad supersónica, centrándose en salir lo antes posible de allí.

No me has entendido bien: no quiero que le digas lo que hemos hecho sobre este montón de paja, pero sí puedes contarle que has ayudado a una oveja a tener un corderito aclaró él mientras observaba el vaivén de Laura al intentar ponerse la ropa a toda prisa, como si de ello dependiera su vida. No entendía qué le ocurría para no querer quedarse un poco más a su lado.

Bueno, eso sí se lo puedo decir indicó peleándose con el pantalón de chándal; el hecho de que estuviera mojado hacía bastante más difícil la tarea de colocarlo en su sitio adecuadamente.

Y no te preocupes, que nadie se enterará de lo que ha pasado aquí... añadió levantándose y dejando que Laura admirase su cuerpo desprovisto de ropa; ésta tragó saliva al ver sus formidables piernas, musculadas y sin vello; aquel trasero, pequeño pero duro, de pronto se le volvió muy apetecible, demasiado, y tuvo que hacer un esfuerzo casi inhumano para no tirarse, de nuevo, encima de él y volver a deleitarse con los placeres terrenales encima de aquel montón de paja que había sido testigo, probablemente, del mejor sexo de su vida.

Perfecto susurró con dificultad, intentando que no notase cómo le afectaba ver su esplendoroso cuerpo.

Eso sí, me gustaría que vinieses más días... declaró aproximándose a ella... para asegurarte de que la oveja y el corderito están bien, por supuesto añadió rápidamente al descubrir la mirada contrariada de ésta y levantando las manos en señal de paz.

Claro, claro... musitó como pudo mientras se calzaba las botas.

¿Dónde está mi chubasquero?

Cerca de la oveja... Apuntó con el dedo hacia donde lo había dejado nada más entrar en el establo.

Laura sonrió inquieta al ver que Ángel no tenía intenciones de vestirse y se encaminó hacia el chubasquero, se lo puso, cogió el maletín y se giró para volver a enfrentarse a ese alcalde, *barra*, ganadero, *barra*, vaquero (así lo llamaba ella),que, además, era un portento sexual y que había logrado con una mirada que se olvidase de todo y que se zambullera de lleno en aquella necesidad de sentir su cuerpo pegado al de él, sin importarle las inclemencias del tiempo, el lugar elegido ni las posibles consecuencias de sus actos.

Bueno, nos vemos... se despidió Laura abriendo la puerta con decisión para salir de allí.

Eso espero contestó burlón, apoyándose en el marco de la puerta, seguro de su espléndida anatomía.

Laura lo miró de arriba abajo, le guiñó un ojo al observar que su miembro viril comenzaba a izarse de manera gloriosa y salió

corriendo hacia su casa con una estúpida sonrisa en los labios. La lluvia caía con menos fuerza, pero le sirvió para poder apaciguar un poco el calentón que sentía en su interior y aquel cúmulo de sensaciones que había experimentado en brazos de ese formidable hombre que había hecho que rozara el cielo con las yemas de sus dedos. Pero ¿qué le había pasado por la cabeza? ¡Acababa de acostarse con el alcalde de Alcubilla de Avellaneda! Cruzó aquel bosque de encinas, robles y enebros enfadada consigo misma por no pensar bien las cosas antes de dar el paso, algo que siempre le había acarreado algún que otro problema, pero parecía que no aprendía de sus errores y seguía dejándose llevar alegremente, como si después no hubiese consecuencias, como si no pasara nada por hacerlo; eso era irremediable en ella... Sonrió al recordar que había averiguado quién era el misterioso hombre del bar, ese que había sido el encargado de desviar sus preocupaciones por las noches y dar paso a sueños más morbosos y húmedos donde la protagonista era ella. Aunque había resultado una sorpresa para Laura descubrir que fue a Ángel a quien vio y que, además, él sabía que era ella la *voyeur* que se quedó a presenciar lo que hacían, no la molestó, sino todo lo contrario, fue un chute de excitación y morbo saber que iba a hacer realidad sus sueños más calientes con un hombre como Ángel. Observó la casa que había alquilado desde la distancia y un cosquilleo en el estómago la invadió al ser consciente de que, sin ni siquiera quererlo, había comenzado a abrirse un hueco en aquel lugar, conectando con los vecinos de una manera natural y saciando su apetito sexual con aquel vaquero que la traía loca, con un chico más joven que ella, toda una inesperada novedad en su vida sexual...

Pero ¿dónde has estado, monina, en el campo o en una guerra? preguntó chistoso su casero, quien al verla acercarse de aquella guisa salió de la cabaña para saber qué le había pasado para aparecer empapada de la cabeza a los pies y llena de briznas de paja.

Peor que eso, Pedro... Menuda mañana he pasado susurró en tono cansado y un poco teatral, para no levantar sospechas ante su amigo y vecino.

Pero ¿qué ha sucedido para que vengas así, mujer?

Ángel me pidió que ayudase a una oveja a dar a luz y me ha tocado caminar por en medio del campo lloviendo a mares informó dramatizando un poco lo que había ocurrido en realidad.

¡Pero qué me estás contando, monina! ¿Y no te ha traído el alcalde en su coche hasta aquí? Ay que ver esta juventud... Aunque ese proceder no es del estilo de Ángel, él siempre piensa en los demás... Cuéntame, ¿ha salido todo bien? demandó, casi a la carrera, el buen hombre.

Sí, sí, el corderito ha nacido bien y la oveja se encuentra cansada, pero sana. Él se ha quedado con ella, para controlar que todo marchara como debe, por eso no me ha acompañado hasta aquíle aclaró, echándose un mechón de cabello dentro de la capucha del chubasquero, en un intento de hacer su versión más creíble.

Me alegro intervino Pedro, un poco más conforme con aquella explicación. Anda, ve a cambiarte ya; si no, te resfriarás.

Sí, voy. ¡Nos vemos a la hora de comer!

Allí estaré comentó contemplando cómo ésta lo saludaba con la mano y se alejaba.

Laura salió corriendo hasta la casa y se dirigió directamente a la ducha; el agua caliente la relajó por completo, haciendo que reviviese todo lo que había ocurrido instantes antes, recreando la mirada de Ángel sobre ella, el tacto de sus manos en su piel, su cálido aliento recorriéndole los pezones, su fibroso cuerpo...

Tuvo que apretar los muslos en la ducha, asombrándose por la excitación que sentía con sólo recordar lo que había pasado minutos antes en aquel establo, azorada al descubrirse con ganas de más, así que bajó una mano hacia su sexo y se dispuso a saciar aquel cosquilleo al revivir lo sucedido. Gimió sin control sólo con evocarlo, cerrando los ojos para empaparse de las sensaciones que había experimentado al tener a un hombre como él entre sus piernas, su

mirada salvaje recorriendo sin ningún pudor su cuerpo, sus fuertes manos delineando cada centímetro de su piel, su sexo entrando y saliendo del suyo, y, con un grito, alcanzó el orgasmo de una manera gloriosa rememorando la mirada de Ángel posada en ella... Un poco más calmada después de apagar aquel fuego que había sentido con sólo pensar en él, ansió que lo ocurrido no pasara de boca en boca, ya que no deseaba que nadie se enterara de que la doctora había tenido más que palabras con el alcalde de aquel tranquilo y apacible villorrio, algo que, se prometió mentalmente, no volvería a suceder, aunque se muriera de ganas por volver a gemir con él; pero no podía arriesgarse, no podía dejar que volviese a ocurrir, podía estropearlo todo...

Pedro y Laura comieron juntos, como ya era costumbre. Éste le preguntó cómo había asistido a la oveja y ella le relató cómo intervino, obviando la parte de después, claro... Charlaron animadamente mientras degustaban el delicioso potaje de garbanzos que ella había preparado y comentaron que estaría bien, por la tarde, acercarse a Alcubilla. Cuando terminaron de almorzar, el anciano se fue a su cabaña a descansar, ya que le gustaba dormir la siesta, y Laura aprovechó ese rato de soledad para preparar algún que otro rico pastel para endulzarles la tarde a los vecinos. A la hora acordada bajaron a la población y Laura detuvo el todoterreno al lado del bar.

Pedro, voy un momento a la farmacia y enseguida vengo dijo mientras sacaba dos tartas y se las entregaba.

¿Te ocurre algo, monina? inquirió preocupado.

No, nada; sólo tengo que comprar algunos medicamentos y un par de cosas más comentó con una sonrisa.

No tardes, que seguro que los jóvenes están deseando verte de nuevo apremió él, observando cómo Laura se alejaba.

La farmacia no se encontraba muy lejos, sólo a un par de calles; anduvo con paso ligero hasta allí mientras se ceñía su chaqueta de punto sobre el cuerpo; la lluvia de esa mañana había dejado el ambiente mucho más fresco.

Buenas tardes saludó mientras entraba en el establecimiento.

Buenas tardes, doctora. ¿En qué puedo ayudarla? preguntó amablemente la farmacéutica, haciendo que ésta sonriese al haberse referido a ella por su profesión y no por su nombre.

Necesito un bote de lubricante íntimo dijo intentando encontrarlo entre la multitud de cosas que había en las estanterías. ¿Tienes productos de Durex?

Sí, algo tengo, pero poquita cosa... Si necesita algo en concreto, puedo pedirlo contestó mientras cogía un catálogo y le mostraba lo que le había solicitado.

¿Sí? Oh, perfecto. De momento creo que me servirá también ese gel de masaje de fresa comentó a la vez que señalaba lo que quería.

Buenas tardes saludó una voz masculina al entrar en el establecimiento, haciendo que las dos mujeres se girasen para ver quién era.

Buenas tardes, Ángel respondió la dueña.

Laura le sonrió a modo de saludo, mientras un calor comenzaba a ascender desde su bajo vientre hasta su cara, con el mero hecho de pensar en todo lo que había vivido entre sus fuertes brazos horas antes.

¿Algo más, doctora? inquirió la farmacéutica mientras mantenía delante de ella el muestrario de los productos Durex que tenían.

De momento, me llevo esto concluyó con seguridad mientras le regalaba una amable sonrisa.

Maribel, dame una caja de condones soltó Ángel sin esperar a que terminara de atender a Laura.

Claro, ahora mismo aceptó ésta.

La farmacéutica metió las cosas de Laura en una bolsa, le indicó el coste del total de su compra y se fue a por los preservativos que le había pedido el alcalde.

Toma, creo que está bien anunció Ángel mientras le dejaba el dinero en el mostrador y cogía la caja de condones que la chica le tendía.

Muchas gracias, Maribel dijo Laura tras coger el tíquet y la bolsa, para luego pagar.

Adiós se despidió la dueña de la farmacia de ambos cuando éstos salían juntos del negocio, sin dejar de observarlos desde el mostrador blanco.

Vaya, creo que hoy no te ha hecho falta eso murmuró Ángel mientras le señalaba la bolsa que llevaba asida, cuando ya estaban en la calle.

Bueno, nunca se sabe cuándo será necesario replicó Laura con una sonrisa burlona. Pero a ti sí te ha hecho falta eso... Le indicó con un gesto de cabeza la caja de los condones.

Por eso he venido a comprarlos declaró con una sonrisa resplandeciente sin dejar de andar al lado de Laura, que se dirigía hacia el bar.

Claro, nunca se sabe si habrá otra oportunidad, ¿no? inquirió mordazmente al pensar que lo utilizaría con otra mujer, mucho más joven que ella, por supuesto.

Espero que haya muchas oportunidades... dijo guiñándole un ojo.

Cierto, tienes que estar preparado por si la camarera tiene un calentón masculló mientras miraba al frente, como si no le importase en absoluto la persona que caminaba a su lado, disimulando lo que su cuerpo no paraba de gritarle cuando éste se hallaba cerca.

Como te dije esta mañana, Rosa y yo sólo somos amigos y, además, no tenía pensado utilizarlos con ella informó bajando la voz y recorriéndola con los ojos, pero Laura no se dio cuenta de ello, ya que seguía mirando hacia delante.

Claro, nunca se sabe cuándo aparecerá otra conquista... soltó de malas maneras, arrepintiéndose al segundo de aquello. ¡Olvida lo que he dicho! A veces hablo sin pensar. Me parece muy bien que estés preparado; eres un chico joven y es lógico que tengas a mano más preservativos. Ya sabes, ¡viva el sexo seguro! comentó apurada, mirándolo de reojo y observando que estaba sonriendo de una manera tan dulce y pecaminosa que dudó por un instante de que su

nombre fuera Ángel y no otro más acorde a lo que le hacía sentir al estar junto a ella.

No estaba pensando en utilizarlos con otra persona... Quiero seguir conociéndote íntimamente le susurró al oído, provocando que se le erizase la piel. Además, puedes hablar conmigo sin pensar las veces que quieras, así me aseguro de que estás siendo sincera. Sonrió mientras le regalaba una mirada tan tentadora que hizo flaquear las piernas de Laura.

Siento mucho amargarte el plan, pero no vamos a seguir conociéndonos tan íntimamente objetó Laura irguiéndose con altivez, intentando hacer acopio de las pocas fuerzas que tenía para apartar esa tentación que estaba siendo Ángel para ella, mientras sacaba las llaves del coche de su bolso al ver que estaba a escasos pasos de donde lo tenía estacionado.

Y eso, ¿por qué? planteó Ángel aguantándose las ganas de reír al ver la dignidad que mostraba ella en esos instantes, como si estuvieran hablando del tiempo y no del fantástico polvo que habían pegado horas antes.

Porque no me interesa mantener ningún tipo de relación con nadie en el pueblo, y mucho menos con su alcalde afirmó con rotundidad deteniéndose delante del maletero del vehículo para meter la bolsa de la farmacia en él, a la vez que hacía un esfuerzo por frenar aquella parte de ella que siempre la hacía meterse donde no debía.

Entonces, lo que ha ocurrido esta mañana, ¿qué ha sido? demandó él en voz baja por si había algún vecino cerca, mientras procuraba comprender aquel drástico cambio de opinión.

Por lo que a mí respecta, esta mañana no ha ocurrido nada sentenció cerrando el maletero; luego se dirigió a la puerta que daba acceso al bar sin ni siquiera dirigirle una mirada, para que no viese lo que escondían sus palabras.

Vaya, entonces eso hay que arreglarlo, ya que creía una cosa y resulta que no ha sido así replicó entrando con ella en el bar y

hablando casi en clave para que los presentes no se enterasen de lo que decían.

Ése es tu problema replicó con seriedad mientras lo dejaba a un lado y se acercaba a Pedro, dando por finalizada aquella extraña conversación que le estaba afectando más de lo que deseaba.

A lo mejor no es tal volvió a la carga él, antes de que ella negara con la cabeza mientras se alejaba de él con rapidez.

Laurita, ¿qué te pasa? preguntó Pedro cuando la vio sentarse a su lado, con el rostro serio y mirando de malas maneras a Ángel, que se había sentado en un taburete frente a la barra.

Disparidad de opiniones, Pedro susurró a la vez que Rosa acudía casi corriendo al encuentro de Ángel; la doctora sintió cómo un ardor se le instalaba en la boca del estómago sólo con ver a esa joven cerca del alcalde.

Seguro que será algo que se podrá arreglar... Anda, monina, pídete algo y relájate después del día que has tenido hoy le propuso el anciano con cariño.

Laura le sonrió y se quedó observando a su casero mientras jugaba a las cartas con sus amigos en aquella mesa cuadrada, aunque tardó poco en no poder contener las ganas que tenía de mirar lo que hacía Ángel con cierta exuberante camarera que se lo comía con los ojos, y no era para menos, puesto que Laura ya había averiguado cómo era el alcalde al natural y en la intimidad... y podía decir, sin titubear, que era un portento en todos los sentidos.

¿Te puedo invitar a una cerveza? le preguntaron de pronto. Ésta miró al chico que acababa de hacerle la proposición y sonrió al reconocer su rostro; era uno de los hermanos a los que ayudó, en concreto el que resultó herido, el más joven de los dos.

Claro que sí contestó Pedro por ella. Anda, llévatela con la juventud, que es lo que necesita apremió a la vez que empujaba cariñosamente a Laura para que se levantara de su asiento y se marchara con él.

Voy, voy dijo divertida, y vio cómo Pedro le guiñaba un ojo antes de centrarse de nuevo en su partida de cartas. ¿Qué me cuentas?

¿Cómo estás? le preguntó al chico mientras caminaban juntos hacia la barra del bar.

Me encuentro muy bien, gracias. Cuando fuimos al hospital, me dijeron que no me había roto nada y que, además, la persona que me había curado las heridas había procedido de una manera impecable; eso es algo que siempre te agradeceré. La verdad es que la herida que me cosiste está cicatrizando de maravilla y prácticamente no me duele.

Me alegro muchísimo. Pero, ¡menudo susto le diste a tu hermano aquel día!

Sí rio divertido, sí que lo asusté, al pobre, pero te tengo que decir una cosa: menos mal que mi hermano fue a buscarme y se acordó de ti... si no, no sé qué hubiera pasado.

Bueno, no pienses esas cosas ahora. Lo importante es que te encuentras bien.

Sí, eso sí... Dentro de un rato vendrá mi hermano a tomarse algo con los amigos, así que también lo veráscomentó mientras se sentaba en un taburete de la barra, justo el que se encontraba pegado al que ocupaba Ángel, quien estaba callado y concentrado, tratando de escuchar de qué hablaban ellos dos.

Creo que no me presenté aquel día, me llamo Marcos, y quien te fue a buscar es Daniel.

Encantada, Marcos susurró mientras se sentaba a su lado y esperaba a que Marcos le pidiese las cervezas a Rosa.

No sabes lo agradecido que estoy de que accedieras a echarnos una mano, no sé qué hubiera pasado si tú no hubieses estado aquí reiteró después de pedirle las bebidas a la camarera.

De verdad que no fue nada murmuró Laura mientras cogía la cerveza que les acababan de servir, obligándose a no mirar esa espalda que la volvía loca.

Además de ser guapa, lista y buena gente, eres humilde declaró el chico acercándose un poco más a ella. Ahora entiendo por qué tienes a todos los hombres del pueblo detrás de ti.

¿Cómo? soltó sorprendida ante aquella afirmación. Creo que te confundes de persona.

No, es imposible. Eres la mujer más bella que he visto manifestó con voz aterciopelada, haciendo que Laura abriese los ojos, asombrada y aturdida por lo que le estaba ocurriendo. Me encantaría poder cenar un día contigo o dar un paseo bajo la luz de la luna... Sería inolvidable si quien me acompañara fueras tú susurró en tono muy romántico, haciendo que ésta titubease y buscase alguna cámara oculta que estuviera grabando aquella surrealista escena.

A ver, uf... Mira, Marcos, eres muy majo y todo eso, pero, dime, ¿cuántos años tienes? preguntó en un vano intento de no herir los sentimientos de ese muchacho.

Veintitrés respondió sin dejar de mirarla fijamente.

¡Ahí lo tienes! exclamó llena de energía al saber que tenía la excusa perfecta. Cariño, yo soy mucho mayor que tú...Tengo ya los treinta y cinco.

A mí la edad no me importa replicó con decisión.

Pero, a mí, sí; eres muy joven comentó con una sonrisa mientras le acariciaba el brazo con dulzura. Pero me siento muy halagada de que te hayas fijado en mí, y sé, con total seguridad, que hay otras mujeres en el pueblo de tu edad que estarían encantadas de hacer todo lo que me has dicho.

Ya, bueno, supongo, pero a mí me gustas tú volvió a la carga Marcos.

Lo siento, pero no puede ser rechazó en un susurro, tratando de no herir el orgullo de aquel muchacho que la miraba con ojillos dulces. Gracias por la cerveza añadió antes de cogerla, bebérsela entera de un trago y dejarla sobre la barra. Nos vemos por ahí se despidió, obligándose a no captar la mirada herida de aquel chico que había intentado ligar con ella.

La doctora se acercó a Pedro y le dijo que lo esperaría en la calle, pero éste le pidió que no lo hiciera, ya que un amigo lo había invitado a cenar a su casa y después éste lo acercaría a la cabaña. De camino a la salida del local, se despidió de todos; sin embargo,

Ángel ya no se encontraba en el taburete y no había rastro de él. Laura no le dio importancia, seguramente tendría que ocuparse de alguna de sus innumerables tareas.

Se acercó al todoterreno con paso tranquilo, observando cómo la luna creciente iluminaba parcialmente el cielo magníficamente estrellado, desprovisto, al fin, de nubes, dándoles un respiro tras ese día de lluvia. Abrió el vehículo y se dirigió a la Albada a la vez que meditaba en lo que le había dicho Marcos... Una sonrisa se dibujó en su rostro; una cosa era acostarse con un hombre que era ocho años más joven que ella y otra pasarse tres pueblos con un muchacho de veintitrés años.

Los grillos rompían el silencio con su cántico mientras Laura cogía las llaves para abrir la puerta. Giró dos veces la llave para poder abrirla y, de repente, notó un empujón, algo o alguien que la introducía al interior de la casa de un fuerte golpe, por lo que se asustó y temió un desenlace horrible, en mitad de la nada y sin vecinos que la pudieran auxiliar.

Te voy a llamar *asaltacunas* susurraron en su oído; ella se giró y descubrió al culpable de aquella acción, relajando de inmediato su postura de ataque, que había adquirido al creer que se hallaba en peligro.

¿Qué haces aquí, Ángel? ¡Me has dado un susto de muerte! lo regañó intentando recuperar la respiración y el ritmo normal de su corazón, que bombeaba frenético por aquella intrusión.

No quería asustarte, pero era la única manera de conseguir entrar en tu casa; no me hubieses dejado entrar dijo dando un paso más hacia ella, lo que provocó que Laura retrocediera un paso, para mantener el espacio de seguridad que necesitaba para no verse arrastrada por aquel influjo que sentía cuando él se encontraba cerca.

¿Para qué querías entrar en mi casa? preguntó colocando los brazos en jarras y retándolo con la mirada. No quería dar muestras de flaqueza y mucho menos delante de él.

Quiero conocerte más íntimamente, Laura... susurró acariciándole la mejilla con dulzura.

Ya te he dicho que no va a suceder más, ¿es que no te lo he dejado claro antes? le espetó embravecida.

Sí, lo he oído perfectamente, pero también he visto cómo me has mirado en la farmacia y después en el bar... replicó mientras volvía a dar un paso hacia ella.

Anda, no digas tonterías negó restando importancia a sus comentarios, ya que prefería pensar que lo que le decía no era cierto, porque así era mucho más sencillo mantener la mente despejada. Por favor, vete de mi casa; quiero descansar, hoy ha sido un día duro.

Es que no dejo de pensar en lo que ha ocurrido esta mañana, Laura... declaró con seriedad sin parar de mirarla, consciente de que aquello no era normal en él, pero sin poder frenar las ganas que sentía de volver a tenerla.

Me has dicho que para ti no había pasado nada y he venido a enmendar el error añadió guasón mientras le guiñaba un ojo, provocando que las piernas de Laura flaqueasen ante aquella insinuación tan tentadora.

De pronto unos golpes en la puerta los dejaron a ambos callados, mirándose sorprendidos por la presencia de aquel inesperado visitante.

Escóndete, sólo me faltaría que alguien supiera que estás aquí farfulló en voz baja señalando el interior de la vivienda, agradeciendo de alguna manera que alguien detuviese aquel manto irrefrenable de seducción al que estaba expuesta.

Ángel no habló, simplemente hizo lo que Laura acababa de pedirle. Ésta abrió la puerta y se encontró a María, quien entró casi a la carrera, haciendo que aquella situación se tornara todavía más surrealista, y de una tensión extrema: los dos hermanos estaban en el interior de su casa; uno, para saciar su pasión con ella, y la otra, para recoger el encargo que le había hecho para mejorar su vida sexual. Laura tragó saliva e intentó capear aquella situación lo mejor

posible, para que ninguno de los dos supiera qué hacía el otro en la Albada a esas horas.

9

¡Lo tengo en el coche! exclamó Laura cogiéndola por el brazo y llevándosela hacia fuera, sin darle opción de abrir siquiera la boca y arrastrándola al exterior para que Ángel no oyera la voz de su hermana.

¿Has podido ir? preguntó con alegría mientras observaba cómo ésta abría el maletero del todoterreno.

Sí. Mira: además del lubricante, te he comprado este gel; es para que juguéis juntos, ya sabes... susurró guiñándole un ojo y tendiéndole lo que le había comprado. Y es de fresa.

¡Muchas gracias, Laura! Eres un solete elogió María cogiendo la bolsa y mirando el tíquet para poder coger la cantidad exacta y dársela a la doctora.

Toma, aquí tienes el dinero. Me marcho ya, que tengo a mi Ernesto solo con los mellizos y no me fio de ninguno de los tres.

Adiós, María, y disfrútalo mucho dijo a la vez que sonreía por el ultimo comentario de ésta.

¡Eso espero, Laura! expresó María mientras se subía al coche y salía de allí rápidamente.

Laura se detuvo a mirar si la camioneta de Ángel se encontraba estacionada cerca, pero allí sólo se veía su todoterreno... Volvió a entrar, con un nudo instalado en el estómago al saber que él se hallaba en su casa y con una clara intención en mente; no sabía cómo hacerle entender que no podía acceder a aquel ruego, aunque deseara desesperadamente volver a fundirse entre sus brazos. Debía mantener la cabeza fría; era preciso que no se dejara llevar por esa

vena alocada que poseía y que le gritaba, de una manera casi ensordecedora, que aprovechara la ocasión y que dejara de pensar en el después.

¿Dónde estás? preguntó cerrando la puerta con llave para dirigirse luego al salón, que estaba vacío.

No imaginaba que te gustasen estas cosas dijo Ángel saliendo del dormitorio de ella sosteniendo en una mano un vibrador rojo. ¿Quién era? inquirió con curiosidad mientras señalaba con la cabeza la puerta de entrada de la vivienda.

No está bien registrar las cosas de los demás soltó cogiendo el vibrador para ir a devolverlo a su sitio. Era Pedro, que venía a decirme que ya había llegado a la Albada. Improvisó sobre la marcha, sin dejar de andar hacia su dormitorio.

Eres una caja de sorpresas, Laura declaró siguiéndola hacia su habitación, sin darle mayor importancia a que el Redondo fuera a avisar a la doctora de su llegada.

Y tú eres un poco cotilla, Ángel replicó. Luego dejó el vibrador dentro de un cajón de la mesilla de noche. Ya sabes lo que dicen: la curiosidad mató al gato.

Ángel se calló de golpe, recorriendo con la mirada su cuerpo cubierto por un vaquero claro y una camiseta naranja de manga larga; llevaba el cabello suelto y varios mechones le caían con gracia por los hombros. Laura enarcó una ceja sin comprender qué hacía allí sin pronunciar una palabra, pero aprovechó para estudiarlo detenidamente, apoyado sobre el marco de la puerta del dormitorio, con unos vaqueros azul oscuro, unas botas camperas y una camiseta blanca de manga corta; el cabello lo llevaba perfectamente peinado hacia atrás y la gomina ayudaba a que los mechones se fijaran con estilo; era un regalo para la vista y un pecado tenerlo allí, lejos de las miradas curiosas de los lugareños. Laura tragó saliva, consciente de que aquello comenzaba a escapársele de las manos; por otro lado, haciendo caso a la llamada de sus instintos primarios, se dijo que las mejores situaciones eran aquellas que se improvisaban sobre la marcha, ¿no?

¿Qué quieres de mí? susurró la doctora sin pensar, afectada por la intensidad de su mirada y la tensión que iba creciendo a cada segundo que trascurría.

Todo contestó con voz ronca, provocando que a ella le recorriera un escalofrío por todo el cuerpo al oír aquella contestación y, sobre todo, con aquel tentador tono.

No te lo puedo dar todo, Ángel. Es imposible murmuró con seriedad para que se diese cuenta de que lo que le pedía era inviable para ella, aunque en lo más profundo de su ser estuviera dispuesta a eso y mucho más.

Pues dame sólo esto, Laura pidió abriendo los brazos, dando a entender a qué se refería. Tú y yo, sin que nadie nos vea, sin que nadie se entere, me dan igual las condiciones anunció dando un paso hacia delante, dispuesto a acceder a lo que fuera con tal de volver a tenerla entre sus brazos.

No quiero nada serio, Ángel. No puedo tener nada serio ahora; dentro de un año, o incluso muchísimo menos, regresaré a mi vida y dejaré todo esto atrás, incluido a ti... advirtió categóricamente, siendo totalmente sincera con él.

Lo acepto dijo en un susurro, sin pensar en lo que conllevaba lo que estaba aceptando y sin dejar de mirarla ni un instante. Me enloqueces, Laura.

Creí que, una vez que me acostara contigo, esta fijación se acabaría, que volvería a mi vida normal, pero no puedo hacerlo. Desde que te has ido del cobertizo esta mañana, no he parado de recordar lo sucedido, deseando repetir, volver a estar dentro de ti, oír tus gemidos, saborear tus labios y fundirme contigo hasta que nuestros cuerpos no aguanten más. Te deseo, más incluso que antes; es algo ilógico y que nunca me había pasado con otra mujer. Te deseo como jamás pensé que desearía a alguien. Sólo pienso en comerte entera, lamerte de arriba abajo, hacerte jadear y disfrutar como nadie lo haya hecho antes declaró colocándose a escasos centímetros de ella, frenando las ganas locas que tenía de besar esos labios entreabiertos, dispuestos para que él posara su boca en

ellos. Sé que tú también lo sientes, por cómo me miras, por cómo respiras agitadamente cuando me acerco a ti; cuando te hablo de estas cosas, cuando te miro, tu rostro y tu cuerpo me dicen más de lo que me dicen tus palabras...

Laura se debatió internamente entre el deber y el deseo. Ángel estaba en lo cierto; desconocía las razones, pero, cuando estaba cerca de él, algo cambiaba en ella... Era una fuerza arrolladora que la cegaba y que le hacía pensar sólo en dejarse llevar y disfrutar. ¿Sería buena idea tener una relación así con él? ¿Debía hacer oídos sordos a lo que su razón le advertía? No lo sabía, pero temía que, si le decía que no, ella misma se estaría mintiendo, porque su cuerpo, su ser, ansiaba fundirse con él y hacer realidad todo lo que él había relatado antes.

Además, ¿quién se iba a enterar? Sería su secreto, uno muy caliente y morboso que le daría vida a esa estancia en un principio apacible. Sería una irresistible excepción en su cuadriculada vida, algo que la ayudaría a sentirse viva, a sentirse deseada...

Sólo sexo, Ángel, nada más sentenció Laura entrecortadamente, sintiendo un pinchazo de excitación en la parte más baja de su vientre, que la avisaba de que había hecho bien al tomar aquella decisión, ya que lo ansiaba con cada centímetro de su cuerpo.Y nadie puede saberlo, ni siquiera tu mejor amigo, ni tu familia, nadie en absoluto; si no, no volverá a ocurrir nunca más, aunque me muera de ganas de sentir tu cuerpo entrelazado con el mío, aunque ansíe cumplir todos y cada uno de nuestros deseos más ardientes, aunque sea un suplicio verte sin poder tocarte, aunque arda de deseo por ti... ¿Me has entendido?

Perfectamente contestó con una abierta sonrisa mientras le acariciaba un sedoso mechón del cabello, deleitándose con su suavidad y escuchando el bombeo frenético de sus corazones.

Vale, está bien, dame un par de segundos pidió mientras salía del dormitorio casi a la carrera, para cerrar las persianas de toda la casa, asegurándose de que nadie pudiese ver lo que iba a ocurrir en el interior y así poder mantener aquello en secreto.

Volvió a entrar en el dormitorio y encontró a Ángel observando las pocas cosas que tenía colocadas sobre la cómoda: un espejo y un libro, nada más; ni una triste foto, ni un recuerdo de su vida, ni de su familia. Tragó saliva para centrarse en el ahora, y lo que veía le encantaba. De pie, cerca de la cama, había un hombre impresionante, con un atractivo natural, casi salvaje, esa imagen de hombre de verdad que el cine no paraba de fijar como estereotipo. Su pose era la de un tipo confiado y seguro de sí mismo; su cuerpo era un regalo para las mujeres, y lo mejor de todo era su manera de ser. ¿Estaría soñando o realmente existía un hombre como él: bueno, guapo y una bomba sexual? Se relamió sólo con pensar en lo bien que lo iba a pasar esa noche, deseando desnudarse y cumplir todas sus fantasías con ese pedazo de monumento que se había fijado en ella, sin importarle que fuera bastante mayor que él y dándole igual que aquello debería permanecer oculto para siempre. Laura tuvo una idea mientras él se acercaba un poco más a ella, y Ángel aprovechó su cercanía para memorizar los rasgos dulces del rostro de ella, pensando en lo equivocado que estuvo en su primer encuentro, y cuando ésta le sonrió abiertamente, con ese simple gesto, su pene se endureció. ¿Cómo era posible que tuviese ese efecto sobre él? Era una mujer de ciudad, no tan refinada como creyó en un inicio, pero no del tipo que normalmente le gustaban. ¿Qué tenía esa fémina para que no dejara de pensar en ella? Laura se quitó el pantalón vaquero bajo la atenta mirada de Ángel, que no disimulaba las ganas que tenía de arrancarle cada prenda que llevaba encima, le guiñó un ojo con coquetería y se quitó el tanga azul de algodón, después la camiseta y, por último, el sujetador; luego dio una vuelta sobre sí misma para que la viese desde todos los ángulos. Ángel tragó saliva mientras se acomodaba el miembro, rígido, embutido en esos calzoncillos que, de repente, parecía que habían encogido. Dio un paso más hacia ella, deleitándose ante su cuerpo y su manera de provocarlo, pero Laura, sorprendiéndolo de nuevo, se tumbó en la cama, mostrándole una risa divertida y juguetona mientras buscaba en el interior del cajón ese vibrador que

él había descubierto en ese desquiciado impulso por saber más de ella. Pulsó el botón de encendido y se oyó el zumbido de aquel aparato rojo que llenó de pronto la estancia. Laura abrió las piernas ante la mirada masculina y comenzó a pasearse aquel juguetito por su endurecido clítoris, sin dejar de mirarlo, sin dejar de provocarlo con aquel gesto que lo pilló desprevenido y lo tentó a partes iguales. Ángel se quitó la ropa con rapidez, notando que iba a explotar de un momento a otro; jamás imaginó que ver a una mujer con un vibrador entre los muslos resultara tan excitante y morboso. Laura comenzó a gemir en voz baja, mordiéndose el labio inferior, contoneándose con sensualidad sobre la cama, provocándolo con sus eróticos movimientos mientras se acariciaba los pechos de una manera que a Ángel le pareció terriblemente tentadora, sin dejar de darse placer con aquel aparato que el alcalde estaba comenzando a envidiar por segundos, ya que lo que él deseaba era hacerla gemir con su lengua, con sus dedos, con su pene y con cualquier parte de su cuerpo...

Poco a poco se fue aproximando, dejándose como única prenda el calzoncillo negro, a través del cual se adivinaba sin dificultad la tremenda erección que le había provocado el descaro de Laura. Se arrodilló ante ella, entre sus piernas bien abiertas, donde se deleitó con la visión de su sexo depilado, de cómo jugaba acariciándose el clítoris con el vibrador, cada vez más rápido, moviendo las caderas de manera lujuriosa, y se le hizo la boca agua ante ese dulce espectáculo que le estaba mostrando esa diosa venida de la ciudad. Casi sin poder evitarlo, deseándolo al máximo, lamió con gusto el sexo de Laura, haciendo que ésta ahogase un gemido de placer y arquease la espalda al notar su atrevida caricia.

Qué bien sabes, Laura... susurró Ángel colocándose entre sus muslos, haciendo que Laura jadease ante aquella afirmación, enloqueciendo con el contacto de su caliente y audaz lengua.

Él la lamió, la tentó con su lengua, le recorrió todos sus pliegues e incluso se hizo hueco entre el vibrador y el clítoris, porque deseaba succionárselo, notarlo entre sus dientes, sentir que Laura gemía por

culpa de su boca y no debido a aquel aparato de silicona. Le agarró las nalgas, tirando hacia él, para hundir, aún más, su lengua en el interior de su sexo, sintiendo su excitación en sus papilas gustativas y sabiendo, con completa seguridad, que aquel trato que había hecho con ella le iba a proporcionar muchas dosis de placer sin igual.

Ángel, me voy a correr anunció como pudo Laura, percibiendo cómo comenzaba a llegar al clímax gracias a la hábil lengua de éste.

Él la miró sin detener su lengua, haciéndola llegar al orgasmo y sin perderse ese rostro expresivo que le decía cuánto estaba disfrutando con lo que él le estaba haciendo.

Ooooooooooohhhhhhh... gimió apagando el vibrador y dejándolo de cualquier manera sobre la cama, sintiendo que su cuerpo se relajaba gracias al orgasmo que había alcanzado.

Ángel comenzó a ascender sobre el cuerpo de Laura, lamiendo a su paso, hasta llegar a sus pechos. Se introdujo un pezón en la boca y se lo chupó de una manera suave, cariñosa y tan fascinadora que hizo que ella se volviese a excitar.

Me encantas, de arriba abajo soltó Ángel con voz ronca mientras sus manos exploraban todo el cuerpo de la doctora. Estoy deseando volver a hundirme en ti, sentir tu calor y notar cómo nuestros cuerpos encajan a la perfección.

Laura se mordió el labio inferior para no dejar salir un gemido de excitación al oír esas palabras tan impresionantemente tentadoras. Se volvió hacia él y lo besó fervientemente, jugando con su lengua, descubriendo su propio sabor y comenzando a notar cómo la excitación crecía de nuevo de una manera extraordinaria. Ángel la cogió del trasero, amasándolo mientras le devolvía el beso con ferocidad, deseando que aquella noche durase para siempre, para no tener que salir de esa cama jamás y poder descubrir con esa mujer lo que era el sexo sin restricciones ni vergüenzas, sólo dejándose llevar por lo que experimentaban, sin importar nada más que sus propios goces. Ésta le bajó los calzoncillos con prisa, profundizando más en el beso, mientras a Ángel se le nublaba la

razón por tenerla entre los brazos y se maravillaba al ver lo que podía hacer una mujer segura de sí misma, sin tabúes ni pautas marcadas. Cuando logró quitarle por completo la única prenda que llevaba, le agarró el pene mientras se mordía el labio y lo miraba con lascivia. Sabía lo que pretendía hacer y, aunque lo deseaba con todas sus fuerzas ya que sospechaba que Laura podía proporcionarle un placer sin límites con esa forma de proceder, tenía claro que, si se lo permitía, se correría en dos lametones. ¡Esa mujer lo excitaba como ninguna antes lo había hecho en su vida!

Otro día, Laura suplicó sintiendo los labios de ella rodeándole el miembro con sensualidad, como si degustara el mejor helado del mundo y no quisiera que jamás se le acabase.

¿Por qué? Quiero hacértelo ahora gimió con locura, provocando que éste la adorase por haber pronunciado esa frase que, a la mayoría de los hombres, les gusta escuchar en sus encuentros sexuales.

Si lo haces, no duraré mucho... susurró mientras se debatía entre el deber y el placer que le estaba proporcionando la preciosa boca de Laura, que no le daba tregua y lo lamía con una sensualidad no apta para cardíacos.

Tenemos toda la noche para resarcirnos replicó mientras le guiñaba un ojo y se introducía el pene en la boca, haciendo que a él se le nublase la mirada por el placer experimentado al notar cómo le recorría con la lengua la base del sexo.

Joder gimió Ángel sin control al sentir la lengua voraz de Laura recorrer sin pausa su endurecida masculinidad.

Ángel comenzó a pensar en cosas poco agradables mientras le realizaban la mejor felación de toda su vida, porque, si se centraba en lo que estaba ocurriendo, en esa sensual boca devorándole con gusto su pene, relamiendo su excitación y acariciando sus endurecidos testículos, llegaría al orgasmo en tres lametones más y quería que Laura volviese a experimentar un orgasmo; le encantaba verla fuera de sí, mostrando un atisbo de todo lo que podía ser en cada clímax que alcanzaba. Por eso se obligó a pensar en cosas que

lo mantuvieran excitado pero aguantando las ganas tremendas de dejarse ir... pensó en bichos, ríos, montañas y un largo etcétera para no vaciarse en los dulces y rosados labios de Laura, que no le daban tregua y lo estaban desquiciando con lo que la doctora le estaba haciendo. Cuando comprendió que no aguantaría mucho más y su mente no daba para evitar más tiempo el clímax, la cogió por la cintura y la tumbó sobre la cama, deleitándose con lo preciosa que estaba con las mejillas rosadas y los labios brillantes, mirándolo de una manera tan indecente que agradeció que ella hubiese elegido ese pueblo para poder desaparecer del mundo.

Espero que no se te hayan olvidado los preservativos se burló Laura sintiendo el pene muy cerca de su sexo.

No susurró Ángel besándola efusivamente y prometiéndole con ese beso una noche interminable de placer.

Se levantó con rapidez y fue hasta donde había dejado su pantalón vaquero, buscó en el bolsillo trasero y cogió los condones que había comprado. Mientras se acercaba de nuevo a la cama, se colocó uno a la vez que la observaba detenidamente, grabando en su memoria aquel momento tan glorioso: ella tumbada en la cama, maravillosamente desnuda, sonriéndole con picardía y expectación, consciente de que la haría suya en segundos. Tragó saliva, era un tío con suerte.

Ven aquí, preciosa dijo mientras la agarraba y la ayudaba a colocarse de rodillas, con las manos apoyadas sobre el cabezal de madera de la cama, expuesta para él, totalmente abierta y húmeda.

Ángel se puso detrás de ella y guio su hinchado y duro pene hacia el sexo empapado de Laura, percibiendo cómo se hundía con facilidad y oyendo el ronroneo de ésta al sentirlo en su interior. Sonrió al darse cuenta de que ella también disfrutaba de esa conexión que tenían cuando estaban así, juntos de una manera tan única como fabulosa, saciando aquel deseo carnal que sentían cuando se encontraban a solas. Empezó a moverse poco a poco, agarrando el trasero de Laura, el cual le otorgaba una fantástica panorámica de esa parte de su anatomía tan suculenta, para

adentrarse un poco más en su sexo. Le dio una suave palmada en una nalga, provocando que Laura gimiese un poco más fuerte, entre excitada y sorprendida ante aquella acción morbosa, tentadora. Ángel sintió cómo ella marcaba su propio ritmo, haciendo que su pene se deslizara de una manera deliciosa por su conducto, percibiendo cada terminación nerviosa de su miembro viril, el cual sentía hipersensible, pues notaba cada pliegue del sexo de Laura, que parecía succionar el pene con total descaro. Le lamió la espalda sin poder controlar más las ganas de sentir, de nuevo, su sabor, asegurándose de que estaba ocurriendo de verdad, que no era un sueño y que volvía a tener a Laura donde deseaba. Llevó una mano a su sexo, para acariciarle el clítoris, y sintió cómo éste se endurecía por su contacto, a la vez que ella comenzaba a ponerse más rígida, más acelerada y más excitada.

¡Más fuerte! le rogó ésta en un gemido que le supo a gloria. Dame más fuerte, mucho más.

Ángel se volvió loco, embistiéndola con potencia, sintiendo cómo rebotaban uno contra el otro, oyendo cómo chocaban los dos cuerpos, convirtiendo aquel sonido en uno de sus preferidos, empapándose de aquellas sensaciones para poder revivirlas después, porque con Laura los encuentros sexuales pasaban de ser algo normal a extraordinarios.

¡¡No pares!! jadeó entrecortadamente haciendo que Ángel se volviese frenético en sus movimientos .

Por favooooooooooooooooooooooooorrrrrrrrrrrrr gritó sintiendo cómo la recorría un orgasmo devastador por todo el cuerpo.

Ángel la besó con dulzura por la espalda, aminorando sus embistes para que ella comenzara a recuperarse del mismo.

Ven conmigo, vaquero apremió Laura moviéndose y poniéndose de pie, mostrándole una osada sonrisa que le ensanchó el alma y se la puso un poco más dura de cómo la tenía. Siéntate aquí dijo señalándole el borde de la cama.

¿Por qué me llamas «vaquero» *?* preguntó haciendo lo que le había pedido, sin saber qué pretendía esa mujer que lo miraba con una sensualidad desbordante.

Siempre que te veo montado en tu caballo, o con esas botas camperas que llevas o con la camisa a cuadros del otro día, me recuerdas a un vaquero de esos del Oeste que se ven en las películas. Sólo te falta el sombrero añadió antes de darle un morboso beso; él sonrió, complacido por la explicación, ya que nadie lo había llamado así y le gustaba que fuera ella la encargada de ponerle ese mote, que le pareció muy erótico viniendo de quien venía.

Laura se puso de espaldas a él, de pie, se metió el pene en aquella postura y empezó a imprimir su ritmo mientras él permanecía quieto, disfrutando de lo que ella le hacía, de esa sensualidad que desprendía y ese arrojo que tenía para hacer las cosas. Ángel amasó las juguetonas y redondeadas nalgas de Laura, que a cada movimiento chocaban contra sus muslos, sintiendo cómo se avecinaba el orgasmo, sabiendo que con esa mujer el sexo siempre sería llevado a otro nivel, lo que dejaría sus anteriores relaciones sexuales casi a la altura del betún. De repente percibió cómo un dedo de Laura buscaba, juguetón, su ano; al principio sintió incredulidad, pues a ninguna chica se le había ocurrido ir tan hacia el sur en sus encuentros sexuales, y no sabía que ese simple roce, suave y acompasado, que acariciaba sin adentrar, que lo tentaba sin igual, iba a ser el causante principal de un orgasmo tan bestial que incluso le sorprendió al notar que surgía de golpe, como una llamarada que lo incendió por completo.

Aaaaaaaaooooooooooooohhhhhh bramó Ángel extasiado dejándose ir, por fin, notando cómo Laura apretaba ligeramente su contacto en aquella sensible zona y le regalaba un orgasmo extraordinario con un componente añadido que nunca antes había experimentado.

Luego, tras coger el preservativo con cuidado para que al salir no se moviera, se tumbó al lado de Ángel con una sonrisa de

satisfacción en el rostro.

¿Dónde me has dicho que hay que firmar para tener esto durante todo el tiempo que estés en el pueblo? preguntó él con guasa haciendo reír con gusto a Laura.

Asegúrate de que nadie se entere y que esto siga siendo así siempre, sexo y nada más, y podrás tenerlo durante todo ese período informó Laura acariciándose el abdomen, sintiendo que esas cosquillas la tranquilizaban todavía más de lo que ya estaba. ¿Dónde has dejado la camioneta? preguntó al acordarse de repente de que no había visto el vehículo fuera.

En mis tierras. He venido andando hasta aquí para que crean que me he quedado allí explicó Ángel, sintiendo cómo se le cerraban los ojos por culpa de la sesión de sexo tan alucinante que había tenido.

¿Lo haces normalmente? preguntó mirándolo y sonriendo al ver que se estaba quedando dormido.

Sí, algunas veces me quedo aquí...

Mejor. No quiero que nadie sospeche. Me he dado cuenta de que aquí se le cae un alfiler a un vecino y se enteran todos de su pérdida.

Sí, por estos lares es complicado guardar un secreto, pero no imposible murmuró con una pequeña sonrisa. Laura...

Dime.

No me gustaría compartirte con nadie más, mientras tengamos este pacto, claro... susurró medio adormilado, sintiendo que aquellas palabras surgían de manera inconsciente, sin haberlas procesado previamente, sólo diciendo lo que sentía en esos momentos.

Me parece una buena idea, siempre y cuando tú también lo cumplas declaró Laura con sinceridad, al parecerle perfecta aquella cláusula en su acuerdo sexual.

Ya me irás conociendo y comprenderás que soy un tío de fiar. No me gusta jugar con nadie comentó con dificultad por culpa del sueño, que le estaba venciendo.

Ni a mí tampoco... reveló Laura comprobando cómo Ángel se quedaba profundamente dormido y sintiendo que, en cierto modo,

estaba jugando con él.

Se levantó despacio y lo ayudó a colocarse bien sobre la cama, apagó las luces del dormitorio y se metieron debajo de la cálida manta. Antes de dormirse, puso el despertador muy temprano, antes de que Pedro se levantara, ya que el alcalde debería salir de su cama sin ser visto por nadie. Con una tranquilidad que creía perdida en los últimos tiempos y un asombroso hombre a su lado, se quedó dormida rápidamente, sólo el dulce recuerdo de lo vivido horas atrás y la sensación de tener un pacto peligroso casi kamikaze, si aquello llegaba a oídos de sus superiores, pero muy placentero con un hombre tan especial como Ángel.

10

El persistente sonido del despertador hizo que abriera un ojo para acallarlo de un manotazo, haciendo de aquel simple movimiento algo arduo y complicado. Su cuerpo se resentía de tanto trajín y lo único que deseaba era continuar durmiendo placenteramente al lado del hombre del que había conseguido que tuviera agujetas hasta en las pestañas. Se giró y buscó con la mirada adormilada a Ángel, pero éste ya no se hallaba en la cama. Suspiró mostrando una sonrisa en la cara, complacida por aquella determinación tan poco masculina, sabiendo que era mejor así para ambos, sobre todo para ella; aquel desliz no podía ser descubierto por nadie, era de vital importancia. Ángel había desaparecido de la casa antes de lo que ella había planeado y se alegró de no haber sido ella la encargada de echarlo de allí, y también de que fuera lo suficientemente considerado como para hacerlo por voluntad propia, para así no llamar la atención de los lugareños... Aún no se había acostumbrado a ser el centro de las miradas en aquel pequeño pueblo, ser la comidilla en todos los corrillos vecinales, ni tampoco de ser extraoficialmente la doctora del lugar, porque desde que curó a la camarera de aquella aparatosa caída, poco a poco, de una manera sutil pero efectiva, había ido aceptando cada vez más visitas, que en ocasiones se presentaban sin previo aviso en la cabaña de Laura o bien llamaban a Pedro para que ésta fuera a alguna casa cercana... Se levantó de la cama y se dirigió directamente a la ducha; las piernas se resentían a medida que avanzaba y aquello se debía a la escasez de sexo en el pasado.

Ahora tanto ejercicio seguido le estaba pasando factura. Sin embargo, no quería que nada rompiese aquella rutina que se había marcado, necesitaba sentirse activa; estaba acostumbrada a jornadas maratonianas de mucho estrés y no podía parar todo el ritmo de golpe; sino se volvería loca. Cerró los ojos al sentir el agua cálida cayéndole como una cascada sobre la cabeza, relajando sus músculos y pensando en que aquel desvío en sus planes no tenía por qué salir mal. Ángel era un hombre muy atractivo, con un poder de seducción innato; seguramente estaba acostumbrado a tener ese tipo de relaciones y a ella le vendría muy bien gozar de alguna distracción para así poder mantener a raya sus pensamientos; además, así el tiempo que debía permanecer allí pasaría de una manera mucho más placentera. Se había dado cuenta, en todo ese tiempo que llevaba en aquel pueblecito, de que los días podían ser muy largos y las noches todavía más. Además, ella no era de piedra y, si podía ahogar sus frustraciones en los fuertes brazos de Ángel, pues mejor que mejor. «Nadie tiene por qué enterarse y así ganamos los dos, ¿no?», pensó tratando de autoconvencerse de que no había nada de malo en aquel atrevido trato que había hecho con el alcalde de esa minúscula localidad.

Después de ducharse y vestirse, se fue a dar su apreciado paseo; el tiempo había dado una tregua y lucía el sol, lo que calentaba su piel y la animaba a cada zancada que daba.

Buenos días, monina saludó Pedro saliendo de la cabaña mientras se colocaba la boina y la observaba acercarse corriendo. Tienes buena cara hoy, se nota que has dormido bien.

Sí, como un tronco afirmó Laura deteniéndose a su lado. ¿Qué tal la cena con tu amigo?

Muy bien. Ya sabes cómo son estas cosas, uno se lía a hablar y se nos hicieron las tantas contó con alegría. ¡Ah! Antes de que se me olvide, me ha llamado María hace un momento y me ha dicho que a ver si puedes acercarte hasta el ayuntamiento.

¿Y eso? inquirió extrañada, ya que la noche anterior había estado en la Albada y no le había comentado nada al respecto.

Creo que necesita hablar contigo dedujo Pedro. He estado a punto de darle tu número de teléfono, pero luego lo he pensado mejor y he preferido coger el recado y que seas tú la que decida si quieres dárselo o no… Ya sé que estás aquí para desconectar de todo y de todos, pero no estaría mal que comenzases a abrirte un poco más a nosotros, sobre todo, sabiendo lo necesaria que eres para nuestra comunidad.

Lo sé, Pedro… Además ya sabes que utilizo muy poco el móvil, ya que necesito desconectar totalmente y sería absurdo darles mi número de teléfono cuando prácticamente no reparo en él… Por eso si me necesitan pueden venir a mi casa o llamarte a ti replicó Laura esbozando una sonrisa mientras le guiñaba un ojo, dando con la solución perfecta a ese problema.

¡Anda! ¿Ahora soy tu secretario? soltó con gracia haciendo sonreír a Laura.

¿Te ha dicho María a qué hora quiere que vaya a verla? preguntó Laura cambiando de tema, ya que no quería mentir demasiado a su casero y amigo.

No, sólo que, cuando puedas, te pases por allí porque quiere hablar contigo.

Vale, voy a dar una vuelta; en media hora, más o menos, volveré. Si quieres, cuando regrese, te bajo al pueblo.

No, monina, hoy me quedo. Me ha llamado mi nieto y me ha dicho que en unos días vendrá a hacerme una visita. Quiero preparar su dormitorio y hacer una lista de todo lo que necesitaré para cuando esté aquí.

Ah, ¡qué bien! Me alegro de que tu nieto venga a visitarte. Cuando lo necesites, te bajo al pueblo y te ayudo a comprar lo necesario, ¿de acuerdo? propuso Laura, sintiéndose un poco culpable por cómo le había contestado antes e intentando normalizar su cordial relación, mientras observaba cómo asentía éste con una tímida sonrisa. Bueno, ahora, en un ratito, vuelvo.

Muy bien, Laurita se despidió su casero mientras la saludaba con la mano y la veía marcharse, sin dejar de pensar en el cambio de

actitud que había experimentado ella...

Laura se subió más el cuello de la chaqueta y se adentró en el bosque. Oyó el sonido de las aves, que cantaban alegremente volando de árbol en árbol; sintió sobre su rostro el viento fresco de la mañana, llenándole por completo los pulmones con el aire limpio y el olor inconfundible de la vegetación, mientras sus piernas se esforzaban con la carrera, para sentirse en forma y obligarse a no perder el norte, ya que le estaba costando bastante acordarse de las verdaderas razones por las que había alquilado una casa en aquel precioso lugar. Aquella mañana no escogió el paseo que la llevaba directa a Ángel, no quería tentar demasiado la suerte ya que había aceptado que no podía controlar su cuerpo cuando él estaba cerca, y optó por el camino contrario; por allí encontró una de las preciosas fuentes que el alcalde le había relatado el día que se toparon en el bosque. Observó el cielo limpio de nubes y, acariciando el agua helada con las yemas de sus dedos, supo que debía ir con cuidado con aquel amante que se había echado; no quería que su calentón afectara a su futuro y que le saliera el tiro por la culata, desbaratando todo lo que había logrado hasta entonces y por lo que había tenido que luchar tanto hasta alcanzar lo que tenía en esos momentos.

No debía olvidar que ella era casi una vikinga, como siempre le había dicho su padre, una luchadora nata, incapaz de hundirse, aunque lo vivido así lo augurase, que podía con todo y que había sido capaz de resurgir de un mal momento plantándole cara de una de las maneras más valientes: combatiéndolo. Cuando se dio cuenta de que se había alejado demasiado, deshizo sus pasos, notando cómo sus piernas se resentían de tanto esfuerzo. Tenía que acercarse al ayuntamiento y quería hacerlo por la mañana, ya que por la tarde era muy probable que se encontrara allí con Ángel y no quería verlo con más gente presente. ¿Y si alguien intuía que estaban liados? Era lo que le faltaba a Laura, ser protagonista de otro escándalo...

Al llegar a la Albada, se dirigió directamente al todoterreno, lo arrancó y se plantó en el ayuntamiento, no quería que se le hiciera tarde.

Hola, María saludó al entrar en el edificio; éste era espacioso y blanco y, justo enfrente de la puerta de acceso, estaba la mesa de la recepción, donde halló a la secretaria.

¡Ay, Laura! exclamó con alegría al verla. Ven, ven... pidió levantándose de su mesa y dirigiéndose a una puerta que había cerca. Julián, si me necesitas, estoy en el despacho de Ángel le comentó al conserje, un hombre orondo de unos cincuenta y cinco años con el pelo canoso; éste asintió con la cabeza sonriendo con amabilidad sin apartar la mirada afable de ambas.

Laura tragó saliva al saber que entraría en el despacho de él, pero tampoco se podía negar a hacerlo, ya que, si lo hacía, María podría sospechar algo y eso era lo último que deseaba la doctora. Al pasar a aquella estancia, observó el orden y la pulcritud que reinaba allí; se notaba que Ángel cuidaba mucho ese espacio, y le había dado su toque personal con un par de fotografía: en una aparecía él con *Avispado* y, en la otra, con dos niños, que supuso que eran sus sobrinos.

Siéntate indicó María señalándole una silla situada enfrente del sillón que debía de utilizar el alcalde cuando estaba trabajando, así que imaginó que su hermana utilizaba el asiento que acababa de ofrecerle.

Tú me dirás intervino Laura intentando aparentar normalidad, aunque se sintiera terriblemente incómoda al verse en aquel lugar donde Ángel lo llenaba todo sin ni siquiera estar en aquellos momentos.

Sólo te quería dar las gracias comentó con una espléndida sonrisa. No sabía yo que con un poquito de eso pudiese ser tan fácil e indoloro.

Me alegro de que te haya funcionado contestó Laura, pensando que aquello podía habérselo dicho en cualquier momento y no hacerla ir adrede hasta el ayuntamiento.

Sí, muy bien. Aunque me cuesta, ya sabes, ponerme a tono añadió en voz baja, temerosa de que alguien las estuviera escuchando a través de la puerta . Ay, Laura, es que son muchos años con mi Ernesto y nos tenemos más que requetevistos...

¿Has probado a introducir algún juguetito sexual?

Ay, no soltó con los ojos muy abiertos, al sorprenderse ante aquella pregunta. Cuenta, cuenta, ¿qué es eso?

Me da a mí que ahora entiendo por qué querías que viniese comentó entre risas. ¿Puedo? preguntó señalando el ordenador que había sobre la mesa.

Claro, claro afirmó mientras se levantaba del sillón y la dejaba sentarse a ella.

Espero que no venga tu hermano ahora susurró mirando la puerta cerrada del despacho.

No creo. Suele aparecer por la tarde, por las mañanas se dedica a trabajar en el campo dijo mientras cogía la otra silla y la ponía al lado de Laura. Tú asesórame, doctora la animó sonriente, como si se tratara de una niña a la que fueran a mostrarle un catálogo de juguetes, que, si viene mi hermano, ya me encargaré yo de él.

Pero estas cosas no son médicas, María. Yo te puedo dar ideas, pero como amiga, no como profesional objetó Laura mientras tecleaba en el buscador del navegador, usando la función de navegación de incógnito, para evitar dejar rastro de las búsquedas y que Ángel no descubriese lo que habían estado haciendo allí.

¿Cómo que no? Mira: si mi Ernesto no cata, se pone de mal humor y eso hace que su tensión se dispare. Si yo no disfruto, hace que me frustre y me sienta depresiva... ¿Ves como sí es un tema médico?

Mirándolo desde ese punto de vista, no te puedo decir que no aceptó, negando con la cabeza ante las originales respuestas de María mientras buscaba lo que quería. Mira, de esto te estaba hablando.

Ay, Laura, ¿qué es eso? ¡Parece un pirulo tropical de chocolate! soltó asustada a la vez que analizaba la imagen en la pantalla del

ordenador.

Es un consolador, María informó entre risas al hacerle gracia la comparación que había hecho.

Ay, no, para consolador lo que tiene mi Ernesto en el pantalón soltó con determinación.

Lo que te quería mostrar no es eso, sino esto continuó a la vez que señalaba la pantalla y sin dejar de reírse por las contestaciones de esa mujer.

Es un vibrador.

Ajá... susurró mirando el pequeño falo de color fucsia. Y... ¿eso me ayudará a ponerme a tono? preguntó, escéptica ante la idea de que algo tan pequeño le sirviera de algo.

Claro. Esto lo que hace es estimular el clítoris para que te excites antes explicó mientras le señalaba la imagen que le mostraba la pantalla.

Ah... Si tú lo dices murmuró María sin estar muy convencida de que aquello la hiciera excitarse.

¿No sabías lo que era un vibrador?

Lo había oído de pasada, pero no sabía exactamente cómo era. ¡Calla!, que aún estoy conmocionada al ver ese pirulo. ¡Chica, que cosa más fea! Veo eso y salgo pitando soltó con gracia. Pero si tú me dices que esa cosita pequeñita me irá bien, cómpramelo. Quiero darle una sorpresa a mi Ernesto; dentro de poco es nuestro aniversario y quiero que me vea desatada le aclaró con entusiasmo.

Vale, hecho. Dime tu dirección para que te lo envíen a tu casa pidió cogiendo un papel y un bolígrafo de encima de la mesa para poder más tarde rellenar los datos del envío en aquella página web.

No, no... Prefiero ir a tu casa a recogerloreplicó con rapidez negando enérgicamente con la cabeza. Sé que me estoy aprovechando de ti, pero, Laura, compréndeme... No quiero que sepan que he pedido nada que me ayude a, ya sabes, a alegrarme el cuerpo y, claro, el cartero es vecino mío, puerta con puerta que vivimos... Imagínate el apuro cuando me diga: «Mira, María, aquí tienes un pirulí de fresa para darte *gustirrinín*» . ¡Ay, qué vergüenza!

exclamó tapándose la cara con ambas manos, como si sintiera pavor sólo de imaginarlo.

No te tiene que dar vergüenza, María. Es algo normal y corriente, pero, de acuerdo. No me mires así... Cuando me llegue, te avisaré dijo mientras sonreía divertida por las contestaciones y miradas que le dedicaba; éstas eran todo un poema y ante ellas no pudo negarse a ser de nuevo su tapadera para conseguir ese tipo de productos que avivaran un poco la relación con su pareja.

Muchas gracias, Laura. Eres un amor declaró con alegría al saber que la doctora había accedido otra vez a echarle una mano.

¿Quieres que te pida algo más? preguntó señalando de nuevo la pantalla del ordenador.

No sé... Lo que tú veas, yo no entiendo nada de eso. Sólo quiero darle una sorpresa a mi marido y ponerle un poco de pimienta a nuestra relación.

Bueno, ahora le echaré un vistazo y, si veo algo interesante, te lo compraré también.

Sí, sí, con libertad. Cuando te llegue, me avisas, lo recojo y te pago susurró encantada. Bueno, te dejo un momento aquí; le diré a Julián que necesitas buscar algo sobre medicina en el ordenador. Tú tranquila, que no entrará nadie. Cuando acabes, apágalo todo.

Anda que no sabes tú ni nada comentó entre risas al verse con aquel encargo especial que le había hecho.

Ay, Laura, que una tiene una edad, pero no es tonta soltó con alegría abriendo la puerta del despacho. Tú busca lo que creas que es bueno para lo mío.

Laura sonrió mientras observaba cómo María salía del despacho y la dejaba sola. Colocó el vibrador en la cesta de compra de la web y pensó en mirar algo para ella. Podía darle una sorpresa a Ángel y que descubriera un poco más su vena juguetona, esa que con el paso de los años había estado dormitando debido al exceso de trabajo y aquel terrible desengaño amoroso del pasado, pero que había despertado con mucha más fuerza por culpa de cierto vaquero sexualmente muy activo. Con una sonrisa en los labios y la

sensación de estar haciendo algo a hurtadillas, siguió navegando por aquella página de juguetes eróticos.

Pasó más de media hora buscando y añadiendo cosas a la cesta virtual, cogió su tarjeta y formalizó el pedido. Le dio a «Aceptar» y se quedó mirando la pantalla consciente de que tenía la oportunidad de hacer algo que no debía, pero que era preciso hacer. Se mordió el filo de la uña mientras se debatía entre hacerlo o no, consciente de las consecuencias... pero no podía dejar escapar una oportunidad como ésa. Por tanto, con determinación, se dispuso a indagar, dirigiendo la mirada a la puerta de vez en cuando, por si a alguien se le ocurría entrar y la pillaba haciendo algo que pudiera desenmascararla por completo.

Hola dijeron al cabo de un buen rato, mientras abrían la puerta del despacho sin llamar, de golpe, provocando que pegase un salto en el sillón que ocupaba. Laura se sonrojó al ver quién entraba, con su pose segura y la mirada clavada en ella, y, con gran disimulo, salió de las ventanas que tenía abiertas.

Eh... yo... Bueno, tu hermana quería que la ayudara en algo y... titubeó mientras se levantaba del sillón y apagaba el ordenador con celeridad para que no descubriese qué estaba haciendo segundos antes.

Ya me lo ha explicado comentó mientras cerraba con pestillo la puerta y se dirigía hasta ella con seguridad. ¿Qué estabas mirando? añadió mientras observaba la pantalla negra del ordenador.

Nada, cosas aburridas de médicos respondió con una amplia sonrisa a la vez que se colocaba el cabello hacia atrás en un gesto muy coqueto, disimulando el temblor que sentía al saber que podría haber sido descubierta si hubiera entrado unos minutos antes.

Ángel le sonrió con tal picardía que a Laura le flaquearon las piernas y aquello le hizo olvidar todo lo que había hecho en aquel despacho a solas. Sus ojos eran puro pecado, su mirada estaba cargada de tanto erotismo que era imposible no sentir aquella atracción que la arrastraba hacia él. La joven tragó saliva mientras era repasada con la mirada; aquella mañana había dejado a un lado

el chándal para ponerse unas mallas de lycra negras, consciente de que aquella prenda dejaba poco para la imaginación, y supo, sin lugar a dudas, que a Ángel le había encantado aquel estilismo deportivo cuando le recorrió despacio los muslos con las manos, traspasando el calor de su piel por la fina tela.

¿Qué haces aquí? No tenías que haberte acercado hasta la tarde susurró ella como pudo, sintiendo cómo la excitación la envolvía tan sólo con esa caricia y esa mirada repleta de oscuras y morbosas tentaciones.

Ayer se me olvidó firmar unos papeles que deben salir esta mañana, son urgentes explicó mientras posaba sus labios, calientes y jugosos, sobre el cuello de Laura, provocando que ella cerrase los ojos para deleitarse con aquel contacto tan íntimo. Ahora agradezco mi mala cabeza; si no hubiese venido, no te hubiera vuelto a ver tan pronto. Esta mañana ha sido un suplicio dejarte en la cama... Estabas tan adorable durmiendo... murmuró mientras seguía proporcionándole sensuales besos y caricias que la enloquecían.

Ángel, tu hermana está fuera indicó como pudo, sintiendo cómo su sexo se contraía por la excitación.

La puerta está cerrada con pestillo; no te preocupes, nadie puede entrar si yo no quiero le aclaró mientras comenzaba a introducir sus manos por dentro del pantalón, para sentir con la yema de los dedos la textura sin igual del cuerpo de Laura. Te quedan muy bien estos pantalones susurró en su oído arrastrando las palabras en un dulce suspiro, pero estás mucho mejor sin ellos.

Entonces comenzó a bajárselos con suavidad, arrastrando con ellos el tanga de algodón que llevaba esa mañana, dejando su trasero libre. Laura se debatía entre hacer lo correcto o dejarse llevar una vez más por ese portento sexual que había conocido en aquel recóndito pueblo de Soria. Lo miró antes de devorarle la boca; sabía que no valdría la pena hacerse la mojigata con él, lo deseaba, él la deseaba, estaban en su despacho, pero eso incluso le añadía un aliciente a aquello, pues sería más peligroso, más morboso y estimulante. Algo que era imposible de detener, como un tren fuera

de control, era lo que sentía cuando se hallaba a solas con él. No perdía nada por intentarlo; por el contrario, ganaría un maravilloso orgasmo, y ése era un precio que podría pagar llegado el caso.

Empezó a desabrocharle el pantalón con urgencia, experimentando unas prisas y una necesidad sorprendente por sentirlo en su interior; sus bocas no se daban tregua, como si hubiesen pasado días o incluso semanas desde la última vez que se habían visto. En un movimiento rápido pero preciso, él le dio la vuelta y luego, con una mano, le acarició con parsimonia las nalgas para luego jugar a tentar su clítoris con sus caricias, para humedecerla... aunque sabía que ya estaba empapada, así como él estaba totalmente empalmado por tenerla, de nuevo, entre sus brazos. Mientras tanto, rebuscaba con la otra mano un preservativo. Cuando dio con él, lo rasgó con los dientes, se lo puso con rapidez y le introdujo el pene en su vagina de una manera vertiginosa y deliciosa que por poco hizo gritar a Laura de gusto y de júbilo al sentirse llena. Ángel comenzó a embestirla desde atrás, mientras le masajeaba el clítoris, sabiendo que en aquella postura, con los pantalones a mitad de las rodillas, ella no podía moverse mucho, algo que le hizo excitarse aún más si eso era posible. Oyeron voces procedentes del exterior, pero, lejos de asustarse por la proximidad de esas personas, se encendieron todavía más. El alcalde aumentó los empellones y ambos disfrutaron de aquel encuentro sexual prohibido, saciando su pasión sobre la mesa del despacho, mientras ella se apoyaba con las manos, deslizándose poco a poco sobre la superficie, abriéndose más a ese hombre que sexualmente la volvía loca. Sentir las fuertes manos de Ángel sobre sus caderas mientras entraba y salía de ella era como rozar el paraíso. Laura estaba fuera de sí, totalmente empapada, terriblemente cachonda, a punto de gritar de satisfacción al sentirse tan completa cuando lo sentía tan adentro, cada vez un poco más, abriéndose más a medida que él la embestía con energía y rapidez, haciendo de aquello una vorágine de sensaciones placenteras que era incapaz de describir. Cerró los ojos cuando sintió cómo crecía el éxtasis en su interior, y cuatro

empellones más bastaron para alcanzar un orgasmo fulminante y devastador, que provocó que los dos se mordieran sus respectivos labios para no gritar de gozo al sentir aquella culminación tan deliciosamente espectacular. Fue un encuentro veloz y salvaje, un deleite para todos los sentidos, que los hizo disfrutar de cada segundo empleado en él.

¿Ángel? preguntó María desde fuera. ¿Por qué has cerrado?

Laura se incorporó sobresaltada al oír la voz de la hermana de su amante. Él salió lentamente del interior de ella, se quitó el preservativo para después hacerle un nudo y comenzó a colocarse el pantalón vaquero.

Sígueme el juego le susurró en el oído mientras le daba un suave y tentador beso en los labios, mientras Laura se vestía en un santiamén, procurando controlar su respiración y aparentar normalidad delante de María.

Quería hablar seriamente con la doctorcita declaró con gravedad mientras se aproximaba a la puerta para abrirla; antes de hacerlo comprobó que Laura estuviese visible.

¿Todo bien? preguntó María asomándose por el quicio de la puerta y mirando a Laura, que estaba ligeramente azorada.

No, nada bien anunció Laura dando un paso hacia delante, para aproximarse donde estaba ésta. De verdad, no sé cómo soportáis a este hombre. Es...Uf... Mira, me marcho porque no quiero decirle lo que pienso de ti a tu hermana soltó envalentonada mientras señalaba con el dedo a Ángel, el cual aguantaba como podía una sonrisa divertida al verla en aquella actitud estirada.

No te marches y dilo a la cara. Luego no quiero que vayas hablando mal de mí a mis espaldas intervino Ángel, siguiendo el hilo de aquella farsa a la vez que la retaba con la mirada ante una asombrada María, que no entendía las razones que habían llevado a su hermano a comportarse de esa manera tan hosca con la doctora.

Pero ¿por qué demonios estáis así? preguntó en un hilo de voz sin comprender qué había ocurrido entre ellos para que se comportaran de esa manera.

Disparidad de opiniones, María. Aquí, el amigo, cree que todas las mujeres de ciudad somos iguales comentó acercándose un poco más a la puerta para poder salir de allí y dejar de mentir, ya que lo único que tenía en mente era el maravilloso orgasmo que le había proporcionado el habilidoso alcalde y no tenía la agilidad suficiente como para inventarse razones para odiarlo.

Ángel, ¿qué has dicho? lo regañó María enarcando una ceja y encarándose a su hermano, defendiendo a capa y espada a la forastera que la había ayudado en varias ocasiones.

Déjalo, María, que de donde no hay no se puede sacar soltó Laura abandonando el despacho. Aunque te moleste, señor alcalde, me quedaré en Alcubilla de Avellaneda el tiempo que me dé la gana reiteró para que no cupiese duda de la supuesta enemistad que tenían, a la vez que se decía que podría optar al Oscar a mejor actriz poscoital de la historia.

Entonces espero que empieces a pensar un poco más en los demás replicó Ángel desde el interior del despacho. Ya que nos toca aguantarte, por lo menos que seas útil aquí bramó acercándose al quicio de la puerta para poder observar la reacción de la doctora; aquello se estaba convirtiendo en un juego muy divertido.

Haya paz, haya paz pidió María mientras cogía a Laura del brazo, que miraba con cara de pocos amigos al alcalde, y se la llevaba lejos de éste, acompañándola hacia la puerta que daba a la calle, todavía asombrada por aquel choque entre ellos.

Laura se despidió de Julián con la mano; éste observaba callado, en el vestíbulo del ayuntamiento, cómo María se llevaba casi a rastras a la doctora fuera del consistorio municipal.

Ya te he hecho el pedido; cuando me llegue, te avisaré susurró Laura en la calle, dispuesta a subirse al coche y marcharse.

Perdona a Ángel; no suele ser así, no sé qué le ha pasado para que te trate de esa forma indicó contrariada por la actitud de su hermano.

No te preocupes, no me va a quitar el sueño lo que piense de mí afirmó sonriente, despidiéndose con la mano para luego montarse

en el todoterreno con intención de volver a la Albada.

Laura condujo hacia su casa mientras negaba insistentemente con la cabeza; estaba chiflada por acceder a algo así, por haber mantenido relaciones sexuales en el despacho del alcalde, con el mismísimo alcalde y a escasos pasos de la hermana de éste... pero Ángel se estaba convirtiendo en una debilidad para ella y, si para continuar con esos encuentros tenía que hacer creer a todos los vecinos que se caían mal, lo haría sin titubear, porque, después, los dos podrían volver a fundirse bajo ese fuego que provocaban sus cuerpos cuando estaban cerca.

11

No hay de qué preocuparse, Estrella la tranquilizó Laura a la vez que plegaba el estetoscopio tras auscultarle el pecho, pero sí que tendrá que tomar un mucolítico para que esos mocos no pasen al pecho.

Ay, hija, menos mal que te tenemos aquí. Ya estaba asustada al notar que este resfriado no se me iba dijo la mujer recolocándose la ropa.

Pero ¿qué se tomaba para quitarse el catarro?

Una cucharadita de miel con limón todas las mañanas informó Estrella con convicción.

La miel es muy buena, pero, cuando tenemos mucha mucosidad, es mejor tratarla con algún jarabe que ayude a expulsarla.

Ponme el nombre del jarabe en el papel y ahora iré donde Maribel a comprarlo pidió mientras se volvía a sentar tras la mesa del salón de su casa . Y, dime, Laura, ¿es cierto que el alcalde y tú no os lleváis bien?

Laura sonrió al oír esa pregunta, ya que desde ese caliente encuentro en el interior del despacho del alcalde, del cual ya habían transcurrido tres días, el rumor de su enemistad comenzó a viajar de casa en casa, llegando incluso a la cabaña de Pedro, donde la misma noche de lo sucedido éste le preguntó las razones de sus desavenencias, ya que nadie en todo el pueblo daba crédito a aquello. No concebían que Ángel, un hombre bueno y amable, y la doctora, que había empezado a ganarse a los vecinos al no negarse a visitarlos, tuviesen tan mala relación, y barajaban mil y una

hipótesis de las verdaderas razones por las cuales esas dos personas tan importantes en la localidad casi no podían ni verse.

Es que... no nos llevamos, Estrella... pero eso no quiere decir que sea malo o me haya hecho algo horrible, simplemente que nuestras personalidades no son afines explicó Laura, casi de memoria, ya que no era la primera vez que lo decía.

Pues, chica, no lo entiendo. Con lo remajo que es nuestro alcalde, y más guapo y limpio imposible, la verdad. Es lo que le digo siempre a su madre, que está muy bien parido soltó con rotundidad, haciendo sonreír a Laura.

Bueno, Estrella, me marcho ya. Compre el jarabe, ¿de acuerdo? le recordó Laura tras anotarle el nombre de la medicina y luego ponerse de pie.

¿No quieres una tacita de café, niña? preguntó levantándose también de su asiento.

Se lo agradezco, pero tengo muchas cosas que hacer... se excusó a sabiendas de que lo que pretendía la buena mujer era sonsacarle más información para después distribuirla inmediatamente por el pueblo.

Como quieras comentó acompañándola a la puerta. Muchas gracias por venir, Laura.

De nada, Estrella. Cuídese.

Laura salió de la casa y se dirigió al coche. Desde el día anterior no había vuelto a ver a Ángel, después de un fortuito y placentero encuentro entre los frondosos árboles de aquellos preciosos bosques que separaban la Albada de sus tierras. Recordó con una sonrisa en los labios aquella coincidencia; cuando éste se topó con ella, que corría por ahí, no hicieron falta palabras para que él desmontara de *Avispado* de un salto, mirándola de una manera casi lobuna y excitándola sólo con verlo acercarse a ella, con ese porte de seguridad y erotismo que transmitía con todo su ser, para llevarla a una zona donde la vegetación los puso a salvo de miradas indiscretas y se dejaron llevar por aquel deseo que los consumía. Después del maravilloso polvo campestre con el alcalde, gracias al

cual pudieron cerciorarse de que practicar sexo al aire libre era muy estimulante pero también un poco incómodo por culpa de los insectos que pululaban por ahí, volvió a la Albada como si nada, se metió en la casa y no salió de allí hasta esa misma mañana, pues doña Estrella llamó al Redondo para que la doctora fuera a su casa a visitarla. Pedro la había acompañado aquella vez al pueblo; quería aprovechar el viaje para poder adquirir víveres para cuando su nieto llegara a la Albada. Se notaba que estaba deseando verlo; no paraba de hablar de él y de todo lo que quería hacer cuando éste llegara al día siguiente. Laura se dirigió a la tienda de Conchita, donde había dejado a Pedro para que hiciera la compra, lo ayudó con las bolsas y las metieron en el coche, para después dirigirse juntos hasta la Albada.

Anda, monina, el alcalde y tú sois el tema en el pueblo reveló el anciano mientras Laura le echaba una mano para meter la compra en la cabaña.

Ya me he dado cuenta comentó mientras le mostraba una sonrisa de resignación.

Mira, ya sabes que no me gusta meterme en asuntos ajenos comenzó a decir su casero mientras sacaba las cosas de las bolsas y las dejaba sobre la encimera de su cocina; eso hizo sonreír a Laura, que ya esperaba el comentario de Pedro al respecto, pero estas cosas es mejor hablarlas. A lo mejor ha sido un malentendido lo que ha provocado que os enfadarais y estáis los dos de morros tontamente, cuando se podría solucionar con una conversación y un vinito en la mano...

No te preocupes, Pedro. Que yo sepa, no es obligado llevarse bien con el alcalde.

No, monina, obligado no es..., pero, vamos, que yo no voy a decirte lo que tienes o no que hacer, pues ya eres mayorcita... susurró con seriedad.

Además, más bien te diría que tuvieras cuidado, ya que del odio al amor sólo hay un paso soltó categóricamente.

¡Qué va, qué va! exclamó Laura rápidamente para ahuyentar aquel presagio que le hizo ponerse a la defensiva. Pedro, lo siento, pero ni pasos, ni amor, ni nada de nada..., sólo disparidad de opiniones y poco másañadió con convicción mientras su mente la traicionaba al imaginarse que aquello ocurriese de verdad... y un escalofrío le cruzó la espalda, temiendo un desenlace tan temido para ella.

Yo ya he dicho lo que tenía que decir anunció el anciano levantando las manos en señal de rendición ante aquel tema.

Bueno, dime, ¿a qué hora llegará mañana tu nieto? planteó para cambiar de tema, ya que ése la había puesto muy nerviosa y sólo deseaba convencerse a sí misma de que aquello era imposible. ¡Habían hecho un trato! Y los tratos se cumplen.

Me ha dicho que a primera hora. Cuando venga, pasaremos a verte, ¿te parece bien?

Claro, tengo ganas de ponerle cara contestó Laura, contenta al ver tan ilusionado a su querido casero. ¿Necesitas que te ayude en algo más? inquirió observando que la compra estaba prácticamente guardada.

No, tranquila, vete si quieres. Nos vemos a la hora de comer.

Sí. Ahora me voy a dar una vuelta, hasta dentro de un rato aceptó antes de salir de la cocina.

Laura abandonó la casa y decidió dar un paseo fuera de la Albada, cruzando los bosques que ya se estaban convirtiendo en algo casi familiar, oyendo la vida del campo sin alarmarse tanto como cuando llegó y disfrutando del fresco aroma de la naturaleza y del suave viento que mecía su cabello atado en una alta coleta.

Aquella mañana se había puesto unos vaqueros y una sudadera calentita, y calzaba unas cómodas deportivas; esa ropa estaba tan lejos de su vestimenta habitual en la ciudad que parecía que aquello estuviese a años luz de lo que en ese momento vivía. Podía decir que no extrañaba aquella vida, el trajín, el estrés, el continuo ir y venir, las jornadas laborales maratonianas... Todo aquello había sido sustituido por apacibles caminatas por el campo, horas encerrada en

la cocina preparando platos que jamás había pensado hacer y charlas con el que se estaba convirtiendo en el soporte vital para ella: Pedro. Ese hombre se estaba haciendo un hueco en su vida, sin obligarla a contar más de lo que ella deseaba; su casero y amigo hacía que los días pasasen de forma más amena y divertida.

También era el culpable de que bajara más al pueblo y de que aceptara visitar a todos los lugareños, pero a ella no le importaba hacerlo, ya no... aunque al principio le había costado bastante, pues había tenido que luchar contra sus propios fantasmas, pero su vocación le había ganado la partida al miedo y, además, se estaba convirtiendo en una bonita rutina que calmaba la frustración de hallarse en aquel pueblo hasta que sus superiores le dijeran lo contrario.

Hola, *Lana* dijo Laura agachándose a acariciar al perro que había salido a su encuentro. ¿Qué pasa, bonito? Le acarició detrás de las orejas, provocando que el can cerrase los ojos del gusto.

Laura buscó con la mirada a Ángel, pero no se lo veía por los alrededores. Se acercó más a la gran construcción de madera y comprobó que *Avispado* no estaba en el establo; por tanto, supuso que el alcalde estaría dando una vuelta con él. Se sentó sobre la hierba, observando desde allí cómo las ovejas pastaban tranquilamente y comprobando que *Lana* se había marchado hasta donde éstas estaban para vigilarlas. Cerró los ojos y sonrió: ella en contacto con animales, sentada en el suelo y sola en mitad del campo; viéndose así podía afirmar, sin temor a equivocarse, que su vida había cambiado drásticamente. Podía decir que se sentía bien consigo misma, algo que había anhelado desde hacía tiempo y que hasta entonces no había logrado... y sabía que gran culpa de aquello era de aquel alcalde que la arrastraba hasta la lujuria con sólo una mirada. Suspiró con una sonrisa en los labios mientras disfrutaba de aquel paisaje tan bonito y esperaba a su amante. Unos pasos le avisaron de que *Avispado* se acercaba a gran velocidad hacia ella; se giró y lo observó, tan resplandeciente, masculino y sexy. Era un placer verlo encima de aquel alazán, con el cabello alborotado, la

mirada puesta en ella, aquella pose tan arrebatadora, reflejando la seguridad que tenía en sí mismo. Laura lo estudió al detalle, dándose cuenta de que podría tener a cualquier mujer rendida a sus pies, sólo debía permitir que supieran cómo era, porque Ángel era un bombón relleno del más cremoso de los chocolates, era un dulce tan tentador por fuera como por dentro, un maravilloso regalo por todos aquellos años que había vivido alejada de las pasiones terrenales, alguien con quien resarcir sus tremendas ganas de vivir y sentir.

Hola, Laura la saludó mientras desmontaba del caballo.

Hola... respondió poniéndose de pie sin dejar de observar al tremendo hombre que se aproximaba a ella.

¿A qué debo el honor de esta visita? preguntó con una de esas sonrisas que sería capaz de provocar que un volcán entrara en erupción.

Quería saber cómo está la oveja que ayudé... susurró mientras intentaba frenar las ganas locas de besar esos labios tan jugosos que se tensaron para sonreír.

Está muy bien. ¿Quieres verla? propuso enarcando una ceja, en un gesto tan picarón que a Laura se le erizó todo el cuerpo, a la vez que señalaba hacia el cobertizo que tantas veces había recordado cuando se quedaba sola en su casa.

Sí aceptó para luego comenzar a andar hacia la edificación de madera, sintiendo cómo Ángel le miraba el trasero y la seguía muy de cerca.

Laura percibió cómo su cuerpo empezaba a prepararse para lo que ocurriría cuando estuviesen solos: sus pezones ya estaban duros como guijarros, su sexo comenzaba a palpitar por la excitación del momento previo y sólo ansiaba llegar lo antes posible a la construcción de madera.

Al traspasar la puerta, al sentir que ésta se cerraba, sobraron las palabras en aquel lugar. Laura se giró para mirarlo y, cuando vio que éste la recorría con los ojos con auténtica gula, se acercó a él y lo besó con ansias, sed y hambre; se sentía famélica y lo único que

podía calmarla era Ángel. Sus masculinas manos se dedicaron a acariciarla por encima de la ropa, atrayéndola más hacia él. Laura ahogó un gemido cuando sintió una de sus manos por el interior del pantalón, agarrándole bien el trasero, estrujándoselo con ardor y descolocando con sus dedos el fino tanga que llevaba puesto. Pero ella no se quedó quieta, pues empezó a acariciar el tonificado torso de Ángel, sin rastro de vello, sintiendo en las yemas de los dedos cómo se intuían los músculos de su abdomen, y excitándose al sentir los oblicuos que señalaban de una manera pecaminosa hacia la tremenda erección de Ángel, consciente de que en breves instantes la atravesaría un orgasmo devastador, porque, con él, el sexo era siempre algo increíble. La ropa comenzó a desaparecer a medida que se iban acercando al montón de paja que se había convertido en un lecho improvisado, sintiendo mayor excitación al notar la urgencia del otro, al oír los gemidos y percibir la respiración acelerada y aquellas ganas de fundirse en un solo cuerpo. Ángel liberó uno de sus pechos y se dispuso a lamerlo con gusto, haciendo que Laura se cogiese de su espalda y lo envolviese con una pierna, sin poder dejar de moverse, rozando su sexo con el fuerte cuerpo de Ángel, sin parar de tocar cada centímetro de ese hombre que se estaba convirtiendo en lo mejor que le había pasado en años: algo divertido y tan morboso que la enganchaba con cada encuentro, como si de una droga se tratase.

Joder, qué bien sabes masculló él relamiendo el otro pezón y provocando que Laura gimiese sin control al oír su afirmación.

Excitada y sintiendo que su sexo suplicaba atenciones, le quitó el pantalón vaquero a Ángel, arrastrando a su paso el calzoncillo que encarcelaba aquel tremendo bulto que era su magnífico pene ya erguido. Laura se dedicó a acariciarlo con delicadeza, rodeándolo con una mano y moviéndolo de atrás hacia delante, percibiendo cómo éste palpitaba en su palma, cómo crecía todavía más y se humedecía gracias a la excitación por lo que le estaba haciendo. Ángel se separó un segundo de ella para acariciarle el rostro, como si quisiera cerciorarse de que ella no era un producto de su

imaginación, que la tenía allí, a su lado, que lo miraba sin pestañear con esos preciosos ojos tan expresivos que le reclamaban que siguiera hasta el final... y él no pudo resistirse a darle un apasionado beso en el que sus lenguas se entrelazaron en el baile más seductor que había existido, sellando así la promesa de un encuentro ardiente y placentero.

Ángel, me gustaría hacerte un análisis de sangre susurró como pudo Laura al sentir que éste le bajaba del todo los pantalones, llevándose con ellos el fino tanga, para dejarla expuesta y latente para él.

Creo que no es el mejor momento para hablar de esas cosas, preciosa... respondió sin dejar de acariciar el suave cuerpo de Laura.

No, no me entiendes. Llevo muchísimo tiempo tomando la píldora y, si tú estás sano, ya que hemos acordado que no nos acostaríamos con nadie más y que esto va a más... podríamos prescindir del preservativo... explicó ella mimosa, mientras movía con más brío la mano que sujetaba el miembro de Ángel.

Estoy sano, te lo aseguro aseveró mientras la tumbaba sobre el montón de paja.

No te molestes, pero me gustaría comprobarlo por mí misma... añadió mientras le chupaba el labio inferior con lascivia.

Laura, nunca te mentiría y mucho menos en esas cosas susurró llevando uno de sus dedos al hinchado y húmedo clítoris, mirando fijamente aquellos ojos que no dejaban de observarlo.

Pero eso yo aún no lo sé murmuró sintiendo muchísimo placer con aquellos roces, suaves y rápidos, que le proporcionaba la estimulación de aquel punto tan sensible de su anatomía.

¡Ángel! Muchacho, ¿dónde estás?

Los dos se quedaron quietos, como paralizados, y mirándose con los ojos como platos al oír aquella voz que provenía del exterior, casi sin respirar... como creyendo que al hacerlo desvelarían lo que estaban haciendo dentro de aquel cobertizo destinado a resguardar a las ovejas preñadas o enfermas.

Mierda protestó ella mientras salía de debajo de Ángel y comenzaba a vestirse con movimientos rápidos.

Voy, Anselmo gritó el alcalde vistiéndose y maldiciendo interiormente ser interrumpidos justo en aquel instante. Un segundo añadió mientras se despeinaba con ambas manos, procurando aplacar así la frustración que sentía e intentando que la erección cupiese en sus vaqueros, una tarea bastante complicada, ya que el pantalón era estrecho y su pene no quería menguar tan rápido. No te muevas de aquí, ahora mismo se irá le susurró a Laura, ya totalmente vestida y sonrojada por la intromisión, temiendo que los descubrieran.

La doctora se quedó quieta al lado de la oveja y el corderito mientras Ángel salía al encuentro de aquel inoportuno que lo había visitado en el peor momento de todos. Se mordió el filo de la uña a la vez que se quitaba alguna que otra brizna de paja que se le había quedado enganchada en el cabello y pensaba en las posibilidades que tenía. No podía quedarse allí...; el tal Anselmo podía entrar y, por tanto, sería descubierta, y entonces aquella aventura sería conocida por todos y se convertiría en un lastre para su vida y no lo que era: algo divertido que la hacía sentirse bien, sentirse viva. Analizó todo aquel cobertizo, fijándose en las paredes que lo limitaban, y se dio cuenta de que había otra puerta, una que daba justo al otro lado. Tras cerciorarse de que los dos hombres estaban en la parte delantera, se encaminó hacia allí para alejarse de las tierras del alcalde con paso rápido a la vez que suplicaba no ser vista por nadie. Cuando llegó a su casa, suspiró tranquila; lo había logrado, había escapado de cualquier mirada indiscreta, o al menos eso quería creer. Si era así, podría seguir viéndose con él sin miedo al qué dirán vecinal; eso sí, con un poco más de cabeza, pues no podía dejarse llevar por esa lujuria que nublaba su razón, tenía que ser lista.

A Pedro le gustaba bajar al pueblo a tomarse una copita y jugar a las cartas con sus amigos; por eso, Laura no pudo negarse a su petición cuando fue a verla después de su acostumbrada siesta.

Además, se dijo que le vendría bien un poco de distracción, ya que desde ese enfriamiento repentino, había estado nerviosa y rara durante todas esas horas, y esperaba que aquel paseo calmara un poco aquellas ansias de volver a ver a Ángel para poder acabar lo que habían dejado a medias...

Como todas las tardes a esas horas, el bar era un hervidero de gente que hablaba, reía y disfrutaba del fin de la jornada laboral. Laura había sido aceptada más o menos por todos los lugareños y lo que más le gustaba era no sentirse ya el centro de todas las miradas. Pedro se dirigió hacia su acostumbrada mesa y ella se fue a tomar una cerveza con los jóvenes, apelativo cariñoso que los mayores del pueblo utilizaban para referirse a sus hijos o nietos. Aquel grupo lo formaban hombres y mujeres con edades entre los veinte y los treinta y nueve.

¿Es muy diferente la vida en la ciudad? le preguntó una de las chicas, la más jovencita del grupo.

Se vive más deprisa y se disfruta menos, la verdad. Los horarios son caóticos y, el poco tiempo libre que tenemos, lo malgastamos en tonterías contestó Laura en un susurro, al no ser uno de sus temas preferidos en ese preciso momento, ya que no quería contar más de lo necesario.

Parece que no te gusta nada vivir allí. ¿Por eso viniste a Alcubilla de Abellaneda? inquirió Luis, el más fortachón de los presentes.

Sí; necesitaba romper con mi rutina, alejarme de todo lo que me afectaba negativamente, y pensé que lo mejor era instalarme una temporada en un pueblecito respondió Laura.

El que está para romperse es Ángel soltó Rosa de repente, que pasaba cerca de ellos mientras era testigo de cómo el alcalde entraba en el local.

Te tiene pillada, Rosita dijo Mamen en tono jocoso guiñándole un ojo.

Totalmente. A ver si lo convenzo y me lo llevo al huerto esta noche anunció la camarera mientras se acercaba a él contoneando las caderas de una manera sensual, coqueteando con total

descarado con el alcalde delante de todos los presentes, sin importarle que varios de esa misma mesa no perdieran detalle de aquella escena.

Esta Rosa no aprenderá nunca comentó Roberto negando con la cabeza, sin dejar de mirar cómo la susodicha hablaba con Ángel.

¿Por qué dices eso? preguntó Laura con curiosidad, intentando sosegar las ganas que tenía de levantarse y ahuyentar a la camarera.

Rosa lleva enamorada de Ángel desde hace muchísimos años, pero él, desde la incomprensible ruptura con Isabel, bueno, no ha querido sentar la cabeza con nadie explicó Luis mientras levantaba la mano a modo de saludo y miraba hacia el alcalde, que se acercaba al grupo y dejaba a Rosa embobada mirándole la retaguardia.

Laura tragó saliva al verlo; era normal que Rosa afirmase que Ángel estaba para romperse... La culpable, en aquella ocasión, era esa camiseta blanca de manga corta parecía que aquel hombre nunca tuviera frío, combinada con unos tejanos negros que le ajustaban como un guante, además de su mirada, salpicaba con esos brillos dorados, que la volvía tan loca y esa sinceridad que emanaba del interior de sus ojos. Se dirigió a cada uno de los que integraban aquel grupo, incluida Laura, que bajó los ojos hasta su regazo entre nerviosa, avergonzada y terriblemente atraída por ese apuesto hombre, que se estaba convirtiendo en un imán para ella, tan potente que resultaba realmente difícil separarse de él con facilidad.

Buenas tardes, chicos dijo Ángel mientras se sentaba al lado de Luis y era saludado por todos. ¿De qué habláis?

Del amor soltó Mamen, conocida en el pueblo por sus entremetimientos en la vida de los demás.

Uf, calla, calla, que, sólo de pensarlo, me produce urticaria replicó él haciendo sonreír a todas las personas del grupo excepto a Mamen y a Laura; la primera, porque no le gustó su respuesta, y la segunda, porque no quiso dar muestras de mucho interés.

Anda, bribón, no te hagas ahora el comedido. Ya se sabe aquello de la erótica del poder, del efecto que tiene sobre algunas mujeres, y tú, desde que eres alcalde, has triunfado más que la San Miguel intervino Roberto.

Qué va; eso es un mito, Roberto contestó sonriente mientras negaba con la cabeza, divertido por aquella comparación tan alejada de la realidad.

Si encima el tío es humilde, normal que las mujeres de los pueblos de alrededor se dejen ver por aquí de vez en cuando volvió a la carga Roberto.

No hagas caso de las habladurías, Rober; la mayoría de las veces son mentiras... ya te digo yo que no me como un colín desde hace tiempo añadió Ángel con aplomo, provocando que Laura tuviera que morderse el labio inferior para no carcajearse con ese comentario. Si ellos supieran...

¡Eso es porque tú no quieres! soltó Luis dándole una palmada en la espalda que por poco lo hizo caer de la silla.

Tanto como que yo no quiero... insinuó intentando recomponerse de aquella efusividad por parte de su amigo.

Si me disculpáis susurró Laura levantándose de la mesa.

¿Ya te vas, doctorcita? se dirigió a ella Ángel con socarronería, por lo que todos estuvieron atentos a la respuesta de ella.

No, alcaldito, me voy un segundo al aseo. ¿Debo rellenar una instancia para eso o puedo ir sin más? replicó con retintín en la voz, haciendo que todos los presentes aguantaran las ganas de reírse ante aquel comentario afilado por parte de la doctora.

No, por favor, puedes ir si quieres, no vaya a ser que me pongas una querella criminal por no dejar que vayas a empolvarte la nariz retrucó intentando mantener la seriedad y siguiéndole el juego, aunque estuviese deseando reírse a carcajadas por la contestación ocurrente que le había dado.

¡Qué gracioso eres, señor alcalde! No sé qué haces ejerciendo como tal y no yendo a donde verdaderamente serías feliz sugirió con ocurrencia, pensando seriamente en que deberían darle ya aquella

estatuilla de oro por lo bien que enmascaraba su atracción por ese hombre que la excitaba sólo con una mirada, simulando animadversión.

¿Y dónde crees que debería trabajar? preguntó procurando aparentar que lo ofendían sus palabras, aunque la verdad era que le hacían mucha gracia y aún más aquella pose de mujer frívola y estirada, algo que ya sabía que no concordaba con la realidad.

En un circo, por supuesto y, por si te lo estás preguntando, de payaso, para ser más exactos. Chico, te va ni que pintado le espetó, haciendo reír a todos por aquello mientras Ángel la miraba con orgullo.

Laura se dirigió al aseo, situado bastante apartado de la sala; debía cruzar un pasillo donde se ubicaban la cocina y el almacén para llegar hasta allí. Al entrar se miró en el espejo y se sintió absurda e idiota. Ángel era más joven que ella, guapo y, como bien había dicho Roberto, podía tener a cualquiera... Se mordió el labio inferior intentando frenar sus emociones. ¿Por qué se había encaprichado de él? Sí, era atractivo y un portento en la cama, pero no había ido a ese pueblo a retozar con el primero que se le cruzara, había ido para un fin concreto y no para tontear con alguien como Ángel, alguien que estaba acostumbrado a mujeres más jóvenes y más hermosas que ella... Se mojó la cara con agua fría, para despejar así sus ideas y afrontar aquella conversación entre amigos, la cual giraba en torno a Ángel y el sexo, dos temas que la afectaban demasiado, ya que para ella estaban ligeramente unidos...

Salió de allí cuando se hubo calmado, caminando despacio por aquel pasillo, intentando relegar todavía más aquel inevitable encuentro que la hacía sentirse insegura, ¡a ella!, que pensaba que había aprendido a no sentirse de aquella manera. Pero sabía que era lógico que se sintiera así... Ángel era más joven, guapo y con un atractivo capaz de enamorar a cualquiera; era normal que se sintiera inferior y que temiese que en cualquier momento se fijaría en otra.

¿Cómo podía luchar contra una mujer diez años menor que ella? Era absurdo el mero hecho de planteárselo. Lo que debía hacer era

disfrutar el tiempo que pudiera y no darle más vueltas de las necesarias a ese tema. «¿El trato que hicimos no es simplemente sexual?», se dijo a sí misma mientras se erguía con aplomo. De repente, haciendo que ella se sobresaltase, la puerta del almacén se abrió y una mano salió de allí, arrastrándola con fuerza y rapidez al oscuro interior.

No te asustes... susurró la voz inconfundible de Ángel en su oído, haciendo que se relajara de inmediato al saber quién había sido el causante de aquella acción.

¿Qué haces? preguntó con la respiración entrecortada causada por el susto y, sobre todo, por su proximidad.

Acabar con lo que empezamos esta mañana afirmó mientras la besaba sensualmente en el cuello. No he dejado de pensar en ti en todo el día, Laura...

Ángel, ahora no podemos, están todos los vecinos fuera. Podrían pillarnos, podrían imaginarse lo que estamos haciendo aquí alegó aferrándose con uñas y dientes a la cordura, aunque su cuerpo estuviese pegado al de él, anhelando que cumpliera su palabra y volverse loca entre sus brazos, en ese oscuro almacén o en la luna, eso a ella le daba completamente igual. Porque, sólo con saber que la deseaba, le bastaba para que su razón dejase de discurrir y todos sus miedos se evaporaran de golpe.

No se van a enterar, Laura, te lo juro... Pero necesito hundirme en ti, necesito sentirte y hacer que te corras... Uf, cuando te he visto sentada, enfrente de mí, no he podido dejar de imaginar esto murmuró amasando su cuerpo con pasión y desenfreno.

Ángel... gimió en un vano intento de detener lo que fervientemente deseaba nada más verlo entrar por la puerta del bar.

Sus bocas se buscaron con ardor, mientras sus manos intentaban liberar aquella tensión sexual que sentían. Ángel le bajó el pantalón vaquero a Laura , arrastrando a su paso la sexy braguita que llevaba, la puso de cara a la puerta a la vez que liberaba su erecto miembro, con las piernas un poco entreabiertas, y deslizó su erección por su húmedo sexo, sintiendo que podría morir así, del

gusto, un millón de veces, al notar el cálido sexo de Laura sobre su pene desnudo, sentir su humedad con cada terminación nerviosa de su erecto miembro, notar como éste se empapaba cada vez más sin ningún tipo de impedimento, pudiendo disfrutar plenamente de aquel contacto que se estaba convirtiendo en algo que no podía ni quería que acabara jamás. Laura se mordió el labio inferior para intentar no emitir ningún sonido; desde allí se oía el murmullo de los vecinos conversando en el salón, mientras ellos comenzaban a saciar el apetito que sentían nada más verse, aquella atracción que no podían controlar, aquella necesidad por entrelazar sus cuerpos. Ángel la cogió por las caderas mientras se hundía en ella una y otra vez, sintiéndola cada vez más empapada y excitada y comprobando cómo Laura se apoyaba sobre la puerta, cada vez más abierta, cada vez más fuera de sí. Sabía que lo que estaba haciendo era una insensatez, algo que jamás había hecho con nadie, pero, desde que la vio sentada con sus amigos, cuando se percató de cómo la miraban los hombres y ésta se levantó para ir al baño, dejando un reguero de miradas a su paso, no pudo evitar forzar aquel encuentro. Era una locura, pero la deseaba cada vez más.

Además, aquello de hacerlo en lugares públicos tenía un componente que le daba al sexo un extra de morbo añadido que le estaba empezando a gustar. Tuvo que hacer un esfuerzo para no dejarse ir tan rápidamente, ya que quería que ella alcanzara el orgasmo; por eso, deslizó un dedo sobre el hinchado clítoris mientras la embestía enérgicamente, y le acarició con mimo aquella parte de su anatomía tan endurecida y caliente. Laura dejó de pensar por completo, centrándose en aquel acto que la desquiciaba, sonriendo por aquel cosquilleo que comenzaba a avisarle de que el clímax se hallaba cerca, muy cerca, tan cerca que tuvo que morderse todavía más los labios para no gritar cuando la recorrió de golpe un orgasmo atronador que incluso le hizo flaquear las piernas. Ángel se dio cuenta de que ella había llegado al clímax y, tras dos empellones más, se vació en ella, agradeciendo con los ojos cerrados que esa mujer hubiese elegido ese pueblo y no otro,

maravillado por lo que sentía cada vez que sus cuerpos se unían, sin cansarse de aquello que tenían a escondidas y sin querer imaginarse que pudiera tener algún día un final.

12

Se despertó cuando el sol iluminó el dormitorio; había dormido muy bien, dejando atrás las pesadillas y aquel temor continuo que la apartaba de lo que ella era en realidad, de todo lo que había luchado para estar donde se encontraba en aquellos instantes, por todo lo que había pasado para estar donde se hallaba. Se dirigió al baño rememorando lo sucedido la tarde anterior con una sonrisa complacida en la cara. Después del polvo exprés y ardiente que echaron en el almacén del bar, salieron como si nada, primero Laura y después Ángel, se sentaron a la mesa que antes habían ocupado y prosiguieron la conversación, aunque la doctora no pudo concentrarse mucho en ella, ya que los ojos penetrantes de Ángel la buscaban a cada instante, causando que su interior se revolucionase al acordarse de lo sucedido a escasos metros de allí.

Se lavó la cara con agua fría calculando cuánto tiempo llevaba viviendo en el pueblo; le parecían meses e incluso años, tanto que casi había olvidado cómo había sido ella fuera de aquel entorno, pero en realidad habían transcurrido poco más de dos semanas, aunque tan intensas y tan reales que valían por más. Se cepilló el cabello con parsimonia sin dejar de pensar en Ángel, en lo que tenían a espaldas de todos, en lo que hacían cuando nadie miraba, y volvió a sonreír sin poder evitarlo, sintiendo una dicha que creía que jamás experimentaría, como si alguien le hubiese vetado aquel maravilloso sentimiento.

Ay, Laurita se dijo mientras observaba su reflejo en el espejo; su aspecto mejoraba cada día que pasaba, gracias a las

despreocupaciones y a la tranquilidad que allí reinaba, tú que siempre presumías de que preferías mil veces el queso curado a los yogurines y, al final, sin querer, has topado con alguien que te hace dudar de tus propios gustos...Sonrió ante aquella metáfora culinaria referida a la edad de los hombres con los que había mantenido algún tipo de relación.

Se plantó otra vez en el dormitorio con ganas de empezar un nuevo día y se colocó delante del armario para elegir la ropa que iba a ponerse. Aquel día le apetecía darle una sorpresa a Ángel, algo que lo enloqueciera todavía más; con aquella determinación en mente, se puso un vestido de manga larga, unas medias con liguero y unas botas de caña alta. Cuando se miró en el espejo supo que, en cuanto la viera, Ángel no tardaría mucho en introducir sus manos debajo del vestido, algo que ya estaba deseando que ocurriese. El sonido inconfundible de alguien repiqueteando en la puerta hizo que saliese de sus tórridos pensamientos y se dirigiera hacia la entrada para saber de quién se trataba.

Buenos días, monina saludó Pedro con una fantástica sonrisa. Pero ¡qué reguapa te has puesto hoy! exclamó haciendo que ésta sonriese ante aquel cumplido. Te presento a mi nieto añadió señalando a un hombre alto, muy guapo, moreno y con ojos negros que le repasaba sin ningún pudor el cuerpo. Fernando, ella es Laura, la nueva inquilina de la Albada.

Hola, encantada de conocerte por fin. Tu abuelo me ha hablado mucho de ti saludó Laura avanzando un paso para darle dos besos, uno en cada mejilla.

Yo no puedo decir lo mismo... susurró con voz profunda sin apartar los ojos de ella.

No he desayunado todavía, ¿queréis acompañarme? propuso Laura mirando al anciano, que parecía muy feliz de tener, al fin, a su nieto consigo.

Claro aceptó Pedro entrando en la casa; ya verás qué bien cocina Laura indicó a su nieto, que pasó detrás de éste mientras ella se quedaba la última para cerrar la puerta.

Laura enarcó las cejas, sorprendida por la apariencia del tal Fernando. Era guapísimo, de una manera casi intimidante, uno de esos hombres que haría babear a cualquier mujer sólo por el hecho de estar en la misma habitación. Con paso seguro, se dirigió a la cocina, y nieto y abuelo se giraron para mirarla. Ella sonrió mientras sacaba los bizcochos que había horneado el día anterior, uno de leche condensada y otro de limón.

¿Cómo te gusta el café, Fernando? preguntó la anfitriona mientras colocaba las tazas sobre la encimera.

Fuerte y muy caliente comentó con un tono de voz que a Laura le extrañó, como si no estuviese hablando de aquel líquido negro, como si quisiera decirle algo prohibido, algo que en un primer momento la desconcertó, aunque no supo por qué.

Laurita, ¿te he contado a qué se dedica mi nieto? preguntó el anciano, haciendo que aquella tensión extraña que sentía se disipara un poco, sólo lo justo para atender a su querido vecino.

No, Pedro respondió vertiendo el café en las tazas.

Soy abogado intervino con rapidez Fernando, cortando a su abuelo, que lo miraba con admiración mientras se apoyaba en la encimera, muy cerca de donde ella estaba preparando el desayuno.

El mejor abogado que hay en Soria anunció Pedro con orgullo, haciendo que Laura sonriese ante aquella afirmación.

Bueno, no me puedo quejar añadió el susodicho, quien observaba todos los movimientos de Laura con suma atención. Mi abuelo me ha comentado que eres doctora. ¿De qué especialidad?

Laura sonrió a la vez que llevaba una bandeja con las tazas a la mesa que había dispuesta en la cocina y se sentaba en un extremo de ésta; Pedro y Fernando la imitaron, sentándose delante de ella.

Medicina general respondió, y se dispuso a cortar los bizcochos para que se sirviesen.

¿Demasiado estrés? volvió a la carga el chico, mientras echaba azúcar al café.

Sí, demasiado susurró Laura, sintiendo que ya comenzaba a mentir sin dificultad, como si le saliese solo, casi sin pensar.

Prueba el de leche condensada, Fernando lo apremió Pedro, llevándose luego un buen trozo a la boca; está para chuparse los dedos.

El abogado cogió un pedazo sin dejar de mirarla fijamente, como evaluándola, como si quisiera que ella se diese cuenta de algo, aunque lo único que conseguía con esa actitud era que estuviera a la defensiva, como esperando a que éste la atacara y poder defenderse al primer movimiento... Casi sin parpadear, le pegó un mordisco al jugoso bizcocho, saboreándolo con gusto, y Laura frunció el ceño procurando encontrar lógica a todo eso... ¿Serían imaginaciones suyas o el nieto de Pedro era un depredador nato que había fijado su mirada en ella?

Tenías razón, abuelo, está para chuparse los dedos soltó con voz penetrante, provocando que Laura se irguiera en la silla y saliera de dudas ante su hipótesis. Me imagino que tendrás una cola enorme de hombres aguardando en la puerta de tu casa, ya que eres una mujer muy bella, inteligente y, además, buena cocinera... Vamos, un diez, la novia perfecta.

Bueno, no te creas... Ni soy perfecta ni pretendo serlo replicó con seriedad, colocando delante de sí un escudo para protegerse de aquel hombre del que empezaba a intuir sus intenciones.

Mejor me lo pones proclamó sonriente, dando a entender que la respuesta que acababa de darle era la indicada para hacerla más atractiva para él . Abuelo, no te has equivocado en nada agregó con seguridad mientras el anciano sonreía complacido al ver que a su nieto también le gustaba la nueva inquilina de la Albada.

Ya te dije que Laura era una mujer maravillosa comentó el anciano guiñándole un ojo a ésta.

Gracias al don de palabra de Pedro y a la habilidad de Laura para ignorar a los tipos como Fernando, a los que les encantaba observar a las mujeres de una manera intimidatoria, como si éstas fueran ovejas y ellos, lobos a punto de asaltar a su presa, el desayuno transcurrió mejor de lo que comenzó, y pudo disfrutar de las familiares anécdotas del Redondo, obviando las continuas miraditas

que le echaba su famoso nieto y las frases con doble sentido que no dejaba de utilizar para que ella se sintiera atraída por él, aunque lo único que provocaba en Laura eran arcadas por su manera prepotente de comportarse ante una fémina.

¿Tienes que hacer algo ahora? Habíamos pensado en bajar al pueblo; quizá podrías acompañarnospropuso Fernando mientras veía el ir y venir de Laura dejando los platos y las tazas en el fregadero, después de terminar de desayunar.

Te lo agradezco, pero por las mañanas me gusta quedarme por aquí rechazó el ofrecimiento antes de abrir el grifo y disponerse a fregar lo utilizado . Además, vosotros necesitáis compartir tiempo juntos y os estorbaría.

Anda, monina, no digas eso; para mí ya eres de la familia objetó Pedro haciendo una mueca de disgusto al oír que ella era podía ser una carga para él, cuando en realidad era todo lo contrario; la doctora se había hecho un hueco en el corazoncito del Redondo.

Lo sé, Pedro, y tú también lo eres para mí, pero necesitas pasar rato con tu nieto a solas, poneros al día... Además, sabes que por las mañanas me gusta pasear por el bosque y preparar ricas tartas le contestó Laura con cariño, para que su casero no se ofendiera con sus palabras.

Eso es verdad. Bueno, no te molestamos más. Vamos, Fernando, los vecinos estarán deseando verte dijo cogiendo del brazo a su nieto y separándolo del lado de Laura. Vente a comer a casa, voy a hacer su plato preferido agregó con una sonrisa.

De acuerdo murmuró secándose las manos para acompañarlos a la entrada, sabiendo que no podía negarse a aquella invitación por parte del buen hombre. Nos vemos luego.

Ya estoy contando los segundos declaró Fernando en tono zalamero, lo que provocó que a Laura se le petrificara la sonrisa y se le revolviese el estómago ante aquella entonación sacada de la peor película erótica de la historia.

Cerró la puerta negando con la cabeza. Fernando era la antítesis de su abuelo, nada que ver con la gran persona que era Pedro... Sí,

era posible que el chico fuera uno de los hombres más guapos que había visto en su vida, pero había algo en su manera de expresarse, en su forma de mirarla, en su modo de arrastrar as palabras ..que la intimidaba le hacia retroceder inconscientemente... No era la primera vez que conocía a un espécimen como él, pues en su pasado había tenido que lidiar con tipos de esa misma calaña y se había dado cuenta de que eran aún peores cuando se los conocía más en profundidad... Desde entonces, huía de los hombres así: prepotentes, petulantes, arrogantes y para nada claros. Y algo le decía a Laura que Fernando era un claro ejemplo de todo ello...

El repiquetear en la puerta hizo que dejara de limpiar la encimera; se acercó a la entrada, miró por la mirilla y abrió.

Buenos días, doctora; ha llegado este paquete para ti anunció el cartero con un envío en las manos.

Muchas gracias respondió cogiendo el paquete. Vio que el cartero reprimía una sonrisa, seguramente causada por leer el nombre del remitente.

Fírmame aquí, por favor señaló tendiéndole una hoja de papel. Que pases un buen día, Laura.

Igualmente contestó antes de cerrar la puerta.

Se dirigió al salón, cogió unas tijeras y, con ayuda de éstas, abrió el paquete firmemente embalado. Comprobó que estuviera completo, sobre todo los juguetitos que había pedido para María, y cuando ya hubo guardado en su bolso los artículos que había adquirido para la hermana de Ángel, se dirigió a la cocina a terminar de limpiarla. Aquella mañana su paseo se vería postergado unas horas, pues quería preparar un postre para ese mediodía; ya que Pedro la había invitado a almorzar, lo menos que podía hacer para agradecérselo era elaborar uno de sus postres preferidos... Pasó en la cocina más de una hora y, cuando acabó, se fue al salón, buscó su teléfono móvil, mandó un escueto e informativo mensaje y lo devolvió a su sitio. Miró el reloj; ya era tarde para darle una sorpresa a Ángel, seguramente estaría paseando con *Avispado* o partiendo leña a pecho descubierto. Tragó saliva nada más imaginárselo de

aquella guisa, tan masculino, tan atractivo, como un potente imán de neodimio, sin que él mismo fuera consciente del poder de seducción que poseía; un diamante en bruto, ése era Ángel... De repente, se le ocurrió probar uno de esos artículos que acababa de recibir y que había encargado para su uso y disfrute. No sabía si era por la falta de tareas o por la seductora influencia de Ángel, que revolucionaba sus hormonas, pero desde el primer encuentro apasionado que mantuvieron no podía dejar de pensar en el sexo, hecho que la sorprendió bastante, ya que cuando vivía en la ciudad, se podía pasar meses sin practicarlo... Sonrió al coger el arnés que se había comprado con la idea de que Ángel se volviese loco cuando lo viese y que estaba segura de que se lo arrancaría nada más comenzar. Le dio varias vueltas, observándolo, mientras sonreía al imaginar la reacción del alcalde. Era de color rosa brillante, parecía más una gran mariposa con un prominente falo, una figura bastante complicada de describir. En el centro de aquella surrealista figura había un pene del mismo color brillante; por arriba salían una especie de antenas cuya misión era la de estimular el clítoris y por debajo del pene, una protuberancia dirigida a estimular el resto de la zona genital. En sus extremos había unas tiras negras que se fijaban en las caderas de la mujer. Encogiendo los hombros y considerando que era el mejor momento para probar aquel juguetito, se quitó el tanguita y lubricó el pene para poder introducírselo con suavidad en la vagina; después se lo fijó en las caderas y bajó el largo del vestido, sintiéndose un poco traviesa al hacerlo, ya que nunca había sido tan atrevida como lo estaba siendo allí, en la actualidad; se sentía desinhibida, libre y sensual, y sabía que todo era por culpa de cierto vaquero sexy que se había instalado en su rutina. El arnés iba acompañado de un mando a distancia y, mientras comprobaba cómo iba, se tumbó sobre el sofá a saciar un poco la necesidad que sentía debido a aquel calentamiento continuo que experimentaba desde que Ángel irrumpió en su vida o, mejor dicho, en su cama o, mejor dicho, entre sus muslos, se dijo mientras se acomodaba. Cerró los ojos cuando aquel aparatito empezó a funcionar; la vibración era

muy estimulante, tanto en el clítoris como en el interior de su sexo. Instintivamente abrió las piernas para dejar que aquel juguetito se moviese a placer y pensó en Ángel. Un placer recorrió su cuerpo al imaginárselo delante de ella, semidesnudo, observando cómo se masturbaba, sintiendo su aliento cerca, notando que él también estaba cachondo, totalmente empalmado al verla de aquella guisa, oyéndola jadear y retorcerse de placer.

Laura se mordió el labio inferior mientras introducía una de sus manos por dentro del sujetador para poder pellizcarse el pezón derecho y con la otra mano se apretaba contra el sexo aquel juguete que la encendía cada vez más. Su cuerpo comenzó a mecerse al ritmo de aquellas vibraciones, fabulando que tenía entre sus piernas a Ángel, que la hacía vibrar y humedecerse con sólo posar una mirada en ella, lo que provocó que, con aquel pensamiento, la excitación se extendiera por todos sus poros, recorriéndola como una corriente eléctrica, jadeando entrecortadamente al notar que pronto alcanzaría el clímax. Sin embargo, unos fuertes golpes en la puerta hicieron que se incorporase como un rayo del sofá, jadeante, con los ojos brillantes por el placer y ruborizada ante aquella intromisión que la había dejado desorientada por unos segundos, al volver tan de repente a la realidad.

Voy anunció como pudo, a punto de alcanzar el orgasmo e intentando que aquel aparatito dejara de funcionar, pero con poco atino, ya que le costó darle al pequeño botón que lo detenía para poder atender a la persona que se había aproximado a su casa en tal mal momento.

Con el arnés todavía puesto pero ya sin vibrar, se dirigió a la puerta, acalorada, nerviosa y sintiéndose llena por dentro, algo que la excitaba a cada paso que daba. Al abrir y encontrarse con él, sonrió con picardía.

Hola... susurró Laura viéndolo entrar con paso rápido mientras ella cerraba la puerta como si de una leona se tratara, acechando a su presa y observando el banquete que se iba a dar tras cazarla.

¿Lo has visto? indagó inquieto.

¿A quién? preguntó más por inercia que por preocupación, porque su mente se hallaba en ese instante más ocupada en la imagen de éste, quien llevaba una camiseta azul marino de manga corta, de la que sus fuertes brazos se asomaban orgullosos, y esos vaqueros desgastados que ansiaba romper a mordiscos, para poder deleitarse con el gran obelisco que escondía en su interior.

Al nieto del Redondo... Me han dicho que ha desayunado aquí esta mañana aclaró apretando la mandíbula por la rabia que sentía, aunque no pretendía sacarla delante de ella.

Sí, han venido a desayunar. Pedro estaba deseando presentármelo... dijo entrecortadamente mientras se acercaba a él, haciendo de aquellos pasos algo tortuoso y terriblemente excitante, ya que su sexo estaba sensibilizado por el juguetito que todavía llevaba entre sus piernas y sólo pensaba en ese hombre que había irrumpido en su casa en el mejor de los momentos.

Te noto acalorada, ¿estás bien? inquirió dándose cuenta, al fin, del estado en el que se hallaba Laura y avanzando un paso hacia ella, preocupado por el aspecto alterado y casi febril de la doctora.

Estaba pensando en ti, Ángel confesó casi en un jadeo mientras acercaba sus labios a los de él y lo besaba de una manera tan tentadora que hizo que éste se aferrara con uñas y dientes a la poca lucidez que tenía en esos instantes.

Joder, Laura, ahora no podemos... He dejado a *Avispado* fuera; sabrán que estoy aquí, que estoy contigo... dijo entrecortadamente sin dejar de besarla, jugando con su lengua, envolviéndola con sus brazos y sintiendo que aquella rabia que lo había arrastrado hasta allí se convertía en auténtico deseo y frenesí.

Entonces, ¿para qué has venido? preguntó mimosa mientras introducía una mano por debajo de su camiseta, acariciando con picardía su musculado estómago y relamiéndose de gusto por lo que iba encontrando a su paso: un maravilloso regalo de los dioses.

Quería hablarte de Fernando, quería que supieses cómo es... susurró con dificultad al sentir el tacto suave de Laura, que cada vez lo excitaba más.

No te preocupes por él, Ángel suspiró seductora mientras introducía una mano en el interior del pantalón de éste.

Me estás volviendo loco, Laura jadeó al notar cómo su mano encontraba la erección y se la envolvía juguetona, mientras se mordía el labio con lascivia, sin dejar de mirarlo y tentarlo con los movimientos sensuales de su cuerpo pegado al de él.

Más loca me estás volviendo tú, Ángel... declaró pasando su lengua por el firme cuello de éste y moviéndole el pene con ardor, maravillándose por el sabor del alcalde y por cómo se endurecía su miembro a medida que ella lo manipulaba.

A la mierda, ¡que piensen lo que quieran! exclamó encendido mientras la cogía y la besaba con fervor, sin reparar en las consecuencias de que alguien pudiera ver a *Avispado* en la puerta y dejándose arrastrar al placer. ¿Qué es esto? preguntó al notar con su mano algo que tapaba el sexo de Laura.

Ésta sonrió con pillería levantándose el vestido para dejarle ver el juguetito que llevaba entre sus muslos. Ángel parpadeó varias veces al no creerse lo que estaba viendo, ya que, jamás, una mujer lo había sorprendido de aquella manera.

Ya te he dicho que estaba pensando en ti le recordó coqueta a la vez que daba una sensual vuelta sobre sí misma para que admirase con detalle lo que tenía puesto, aquel aparato que había comprado pensando exclusivamente en él.

Jo...der... logró articular Ángel, terriblemente excitado al verla de aquella guisa.

¿Te gusta? preguntó seductora, ya que lo que más la excitaba a ella era provocarlo.

Más me gustas tú declaró acercándose a ella para acariciarle los glúteos desnudos, besándola fervientemente, olvidándose de todo y de todos, centrándose en esa mujer de la cual no se cansaba.

Vamos a volvernos locos, Ángel propuso Laura de una forma tentadora, dando un paso atrás para coger el mando a distancia y poner de nuevo en funcionamiento el juguete. Cerró los ojos de gusto al notar otra vez la estimulación en su húmedo sexo. Parece

que has escuchado mis plegarias cuando estaba utilizando este aparatito; sólo deseaba que estuvieras aquí conmigo confesó desprendiéndose del todo del vestido y quedándose exclusivamente con el sujetador y el arnés puesto.

Ángel la miró embelesado y terriblemente cachondo, dándole igual Fernando y lo que pensaran los vecinos si lo descubrían allí... sin importarle nada más que esa fémina que se había introducido bajo su piel, llenándolo todo y haciendo de su vida una aventura divertida y terriblemente excitante. Se bajó el pantalón y los bóxers, se quitó la camiseta y se quedó totalmente desnudo ante la lujuriosa mirada de Laura, que lo observaba relamiéndose de placer al saber lo que se avecinaba.

Ven aquí, preciosa dijo mientras la ponía de rodillas sobre el sofá.

Hummm, eres tan sexy... comentó mientras pasaba su lengua por la espalda de Laura, haciendo que gimiese sin control. Me encanta que seas así de loquita...

susurró acariciando sus glúteos y disfrutando de los movimientos sensuales de ésta.

¿Qué vas a hacerme? inquirió fuera de sí, tan caliente que sólo ansiaba el contacto de éste.

Lo que estás deseando que te haga anunció con voz ronca, como una promesa, una que a Laura le pareció tan seductora que tuvo que cerrar las piernas en un acto reflejo para no dejarse ir con sus palabras.

Ángel cogió el bote de lubricante que había en la mesilla, se puso un poco sobre las manos y comenzó a calentarla mientras observaba los movimientos sensuales de Laura; luego se puso el lubricante por todo el pene y después le estimuló el ano con aquel líquido resbaloso, causando que Laura gimiese al notar su dedo sobre aquella parte de su cuerpo.

Dame ese mando, preciosa. Quiero controlar tu orgasmo reclamó, en un tono tan tentador y embriagador que hizo que Laura apretase todavía más las piernas.

Ángel se colocó detrás de Laura y comenzó a guiar su erección por aquel estrecho orificio; poco a poco, despacio, comenzó a introducirse, haciendo que Laura gimiese entrecortadamente ante la excitación de aquella intrusión tan placentera. Éste le dio un poco más de potencia al vibrador que ella tenía puesto, provocando que Laura cerrara los ojos por el placer, e introdujo a la vez todo su miembro en el ano. Laura jamás se había sentido tan llena, tan excitada y tan fuera de sí como aquella mañana. Ángel fue moviéndose poco a poco, deleitándose con la estrechez de Laura, sintiendo cómo ella disfrutaba con aquella doble penetración que ambos practicaban por primera vez. Cogió de nuevo el mando y volvió a subir la intensidad; aquel aparato rosa vibraba cada vez más, Ángel se introducía con mayor soltura en su cuerpo y Laura estaba perdiendo el juicio por lo que le hacía. Una, dos, tres y hasta cuatro veces entró y salió de ella, haciendo que rozase el cielo con las yemas de sus dedos; cinco, seis, siete y hasta ocho veces gimió Laura fuera de sí, creyendo que moriría del gusto y del placer que sentía, percibiendo que aquello era mucho más que cuerpo, gemidos y sexo; era mucho más, aunque no supiera darle nombre a lo que sentía en esos momentos, porque todas las sensaciones la embriagaban y la dejaban con la mente en blanco, sólo sintiendo todo lo que él le hacía.

Cómo me pones, Laura declaró Ángel sin dejar de moverse, percibiendo que se avecinaba un orgasmo extraordinario, de esos que jamás olvidaría.

Más fuerte, Ángel lo apremió en un gemido, haciendo que todo se volviese frenético y casi irreal.

Ángel la embistió con fuerza, provocando que ella gritara su nombre en cuanto un arrollador y maravilloso orgasmo le recorría todo el cuerpo, una convulsión que le duró más que nunca, haciendo que sus manos y sus piernas temblaran por el placer, como si cada extremo de su cuerpo absorbiese ese tremendo goce, haciéndolo especial y único, algo difícil de olvidar.

Eso, muy bien, córrete para mí le dijo sensual Ángel consciente de que él no duraría mucho más. Joderrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrr gritó cuando llegó al clímax más brutal de su existencia.

Ángel apagó el juguete de Laura y, con la respiración entrecortada, salió de ella con cuidado y muy despacio, sin dejar de observarla, deleitándose con la imagen que tenía en aquellos momentos de ella. Laura se tumbó boca arriba, relajando, al fin, todos los músculos y regalándole una fantástica sonrisa.

Eres perfecta susurró él antes de darle un beso en los labios, lo que la hizo reír por aquel adjetivo que había utilizado esa misma mañana Fernando.

No te creas... susurró sin energía. Vete ya, Ángel... Pedro y Fernando estarán al llegar a la Albada comentó recobrando un poco la razón.

Parece que únicamente me quiera por el sexo, doctorcita soltó en broma antes de darle un sensual beso en los labios y acariciarle todo el cuerpo con las yemas de los dedos, haciendo que a ésta se le erizara el vello, hipersensibilizada por el polvo que habían echado.

Uf... ¡Y menudo sexo! exclamó con una sonrisa, haciendo que Ángel le devolviese el gesto y se quedara mirándola fijamente; de pronto su rostro se tornó más preocupado, más serio de lo acostumbrado.

Ten cuidado, ¿vale? reiteró mientras se vestía con rapidez al recordar lo que lo había llevado hasta allí.

Tranquilo, sé defenderme sola confesó mientras empezaba a quitarse el arnés.

Joder, me voy ya, porque te veo así y... dijo antes de morderse el labio inferior, observando su desnudez y sintiendo que se volvía a endurecer.

Nos veremos pronto, alcalde anunció mientras le lanzaba un sonoro beso y le guiñaba un ojo, para después comprobar cómo salía del salón y de su casa.

Laura se quedó allí, desnuda, sobre el sofá, pensando en que su nueva vida a lo mejor no era perfecta, pero sí muy placentera y divertida.

13

Desmontó de un salto y llevó a *Avispado* a su cuadra a la vez que aceptaba mentalmente que Laura comenzaba a llenarlo todo. Sonrió como un niño mientras cepillaba a su apreciado animal, sin poder evitar pensar en ella, en cómo había cambiado su vida desde que llegó al pueblo y lo bien que se sentía, dejando atrás aquella desconfianza que había albergado a causa de lo sucedido con Isabel... pero, como bien decían los lugareños, el pasado siempre vuelve, y en aquella ocasión no podía ser diferente... Esa misma mañana, cuando realizaba con *Avispado* su acostumbrado paseo para supervisar sus tierras, uno de sus labriegos, tras saludarle, le comentó la noticia que empezaba a extenderse por el villorrio a una velocidad sorprendente, ya que la visita del nieto del Redondo siempre había sido motivo de habladurías, y entonces todavía más, porque ya comenzaban a preguntarse cuánto tiempo tardaría la joven doctora en caer rendida a los pies del niño bonito del pueblo... Oír aquella comidilla hizo que algo en el interior de Ángel se contrajera con violencia, lo que provocó que saliese rápidamente de sus propiedades para ir a verla, para hablar con ella y poder advertirla de cómo era Fernando en realidad. Era cierto que no se había parado a pensar en las consecuencias de sus actos, pues lo único que había ansiado era ponerla sobre aviso, para no tener que pasar de nuevo por aquella dramática situación que le hizo abrir los ojos y volver a empezar con el corazón malherido y el orgullo por los suelos. Lo que jamás hubiese imaginado era que, al ir a prevenirla sobre Fernando, se la encontraría de aquella manera, con ese

juguetito entre las piernas, terriblemente excitada y anhelando que él la tocara.

Ángel cerró los ojos para calmar su cuerpo, que comenzaba a revolucionarse nada más recordar la imagen de Laura desnuda, de rodillas y gimiendo como una deidad, mientras él la penetraba de una forma tan exquisita y deliciosa que le hizo estremecerse desde la cabeza hasta los pies. Le dio una cariñosa palmada a su caballo en el lomo y salió de la cuadra para proseguir con sus tareas y así evitar que su pene se izase más de lo debido al rememorar lo sucedido un rato antes... Podía decir que había tenido suerte, porque, al salir de casa de Laura, no vio a nadie cerca de ésta, algo que permitiría que su relación siguiese como hasta entonces, aunque, con la presencia del nieto del Redondo, aquello se volvería más en su contra que a su favor... Ángel conocía a Fernando, lo conocía demasiado bien, y sabía que no perdería el tiempo con Laura e intentaría seducirla de todas las maneras posibles. ¿Cómo se iba a resistir a conquistar a la nueva vecina de Alcubilla de Avellaneda? Él siempre había sido así... Le daba igual permanecer pocas semanas en el pueblo a lo largo del año, pues, cuando veía a alguna mujer que lo atraía, no se lo pensaba dos veces y hacía todo lo necesario para acostarse con ella, sin importarle que ésta tuviera pareja, que no le interesara una relación esporádica o cualquier circunstancia que derivase en una negativa. Ángel no sabía muy bien cómo lo lograba, ni tampoco qué artes utilizaba para finalmente salirse con la suya, pero Fernando era famoso en el pueblo por eso, por ser un conquistador nato, el hombre más guapo de aquella población e incluso de los alrededores..., el hombre que nunca había oído un «no» como respuesta. Pero para Ángel era un ser despreciable que no deseaba volver a ver en la vida.

Después de poner comida a sus animales, cambiarles el agua y quitar los hierbajos de alrededor de su propiedad, se fue a casa de sus padres a comer; aquel día se juntaba toda la familia para festejar el cumpleaños del patriarca del clan.

¡Al fin llegas! Empezaba a creer que tendría que pedirle a Ernesto que fuera a por ti comentó María nada más verlo entrar por la puerta.

No le hagas caso a tu hermana intervino su madre acercándose a él para darle un beso en la mejilla. Te veo muy bien, Ángel; estás muy guapo añadió estudiando su rostro, mucho más relajado y resplandeciente que en otras ocasiones.

Gracias, mamá. Eso es el campo, que me activa la guapura dijo guiñándole un ojo y sonriéndole a la vez que ésta lo acompañaba a la mesa.

¡Tío Ángel, tío Ángel! gritaron los niños al unísono al verlo, levantándose de la mesa para darle un gran abrazo.

Hola, campeones. ¿Cómo estáis?

Muy bien, pero mamá sigue sin querer que vayamos contigo al campo refunfuñó la pequeña María.

Es que a vuestra mamá le da miedo que os caigáis del caballo... confesó Ángel en voz baja.

¡Pero no nos vamos a caer, mamá! exclamó Ernesto hijo haciendo un mohín; con la cara que puso hizo reír a todos los presentes, a la vez que María dedicaba una mirada fulminante a su hermano, quien se acercaba veloz a su padre.

¡Feliz cumpleaños, papá! lo felicitó antes de darle un afectuoso beso en la mejilla. ¿Cómo te encuentras?

Gracias, hijo. Bien, bien... Hoy me he levantado más animado. Venga, siéntate, que te estábamos esperando para almorzar. ¿Mucho trabajo hoy?

Me alegro de que te encuentres mejor, papá comentó con cariño agarrándole el hombro. Trabajo hay lo normal en estas fechas contestó mientras se sentaba en la gran mesa alargada.

En la mesa no se habla de trabajo avisó Marieta, la madre de Ángel, con voz autoritaria, sentándose y dando pie a que todos empezaran a comer.

¿Te has enterado de quién ha vuelto al pueblo? preguntó María a su hermano.

Sí... Hizo un gesto de disgusto junto antes de meterse en la boca un buen trozo del delicioso asado de carne que había preparado su madre. ¿Lo has visto?

No; me lo ha contado Julián, que ha ido a media mañana al bar a tomar un café. Dice que no paraba de hablar de la doctora, como si él fuera el responsable de que ella estuviese aquí y de que ejerciera cuando los vecinos la necesitaban...

Menudo soplagaitas está hecho sentenció Ángel de malas maneras.

A mí Laura me cae muy bien dijo Marieta al oír hablar de ella. El otro día, a tu padre, le dio una bajada de tensión; llamamos a Pedro para que la doctora viniese y fue muy amable con nosotros.

No sabía que habías tenido otra bajada de tensión... intervino Ángel con preocupación mirando al patriarca de la familia.

No te lo dijimos porque no quisimos preocuparte, cariño. Fue un ligero mareo, pero ya sabes cómo es tu padre de alarmista... Ya que teníamos aquí a una profesional, queríamos cerciorarnos de que no era algo más grave y, la verdad, la muchacha vino enseguida a casa, al poquito de llamar a Pedro para avisarlo de lo que le ocurría a tu padre.

Pero ¿estás bien, papá? insistió Ángel con inquietud, al no haberse enterado de aquel incidente.

Sí, sí... Laura es una buena médica; me tomó la tensión varias veces durante ese día. A la pobre la tuvimos de aquí para allá, y, al final, me recetó unas pastillitas para controlarla comentó tranquilizando a su hijo. Ahora me siento mucho mejor; no te angusties, Ángel.

Laura nos está conquistando a todos anunció María con una sonrisa dirigida a su marido, que se la devolvió divertido, al pensar en cómo había cambiado su relación sexual desde que la doctora arribó al pueblo y que, gracias a ésta, su mujer estaba más desinhibida y disfrutaban mucho más en la intimidad.

Pues esperemos que Fernando se esté quietecito y no nos la quite. Aquí nos hace mucha falta y sólo faltaría que el nieto del

Redondo la convenciera de volver a la ciudad refunfuñó Marieta mientras negaba con la cabeza al considerar aquella opción. Lo que tienes que hacer, hijo, es convencerla de que trabaje en la vieja consulta; podemos acondicionarla entre todos para que trabaje allí y no tenga que estar yendo y viniendo cuando la necesitamos, que parece una unidad móvil, la muchacha...

Mamá, ella no quiere ese puesto... Ha venido hasta aquí para desconectar, pero os atiende cuando se trata de algo urgente... Creo que debemos esperar un poco más hasta que se asiente; además, dudo mucho de que Fernando sea el tipo de hombre que le vaya a Laura.

Anda, ¿y tú qué sabrás? Es una mujer joven y guapa, no se va a quedar toda la vida haciendo postres en la Albada... Sería normal que se fijase en algún hombre del pueblo y, ahora mismo, Fernando es el más atractivo de por aquí afirmó Marieta tajantemente.

Vaya, mamá, gracias por la parte que me toca. Ángel chasqueó la lengua al verse desplazado de aquel título incluso por su propia madre.

Mira, no me vengas ahora con tonterías, hijo... Tú eres guapo, pero Fernando tiene algo más. A las cosas hay que llamarlas por su nombre y no maquillarlas para que suenen mejor sentenció Marieta, ignorante de lo sucedido en el pasado entre su hijo y el nieto del Redondo. ¡Otra cosa de la que te quería hablar! Mira, porque, de verdad, no lo entiendo... Lo señaló con el cuchillo al recordar aquel tema que deseaba abordar a toda costa... Todo el pueblo habla de la enemistad que hay entre tú y Laura, no paran de comentar cómo os tratáis en público, que vuestros caracteres no son afines y mil sandeces que se me escapan... Pero ¿qué os pasa para estar así? preguntó disgustada mientras negaba con la cabeza, sin entender por qué su hijo no se llevaba bien con la simpática forastera.

No me gusta cómo es, simplemente eso, y supongo que a ella le sucede lo mismo conmigo... susurró con indiferencia mientras se concentraba en el delicioso plato que tenía delante.

Pues bien guapa y maja que es... En fin, que sé que no me tengo que meter en esas cosas, pero no comparto lo que dices. Eso sí, también te digo algo: si al final Fernando la sedujese, me alegraría por ella, aunque nos fastidiase a los demás. El nieto del Redondo es un buen chico, tiene un buen trabajo y seguro que la haría feliz, aunque corriese peligro su estancia en el pueblo...

¿Y por qué piensas que sería feliz con él? planteó de repente, dejando los cubiertos de malas maneras sobre el plato, haciendo un molesto ruido que provocó que todos los integrantes de esa mesa se lo quedaran mirando. De verdad, es que no entiendo ese pedestal donde tenéis subido a Fernando. Es un arrogante, un déspota y la peor persona que he conocido en toda mi vida, pero, aun así, todos le reís las gracias y a todas os parece terriblemente guapo, aunque todos sepamos que es un picaflor, que ha destrozado más corazones que un actor de telenovela y que es un tipo que deja mucho que desear... A pesar de todo esto, ¿me dices y me aseguras que Laura se sentirá atraída por él y que, además, sería feliz con semejante personaje? le espetó visiblemente cabreado, sorprendiendo a toda la familia por aquel arranque de furia, tan poco común en él y más aún cuando el tema tratado era una mujer.

¿Por qué te molesta tanto que la doctora pueda fijarse en Fernando? preguntó María con curiosidad, haciendo que Ángel se mordiera la lengua por su falta de control cuando de Laura se trataba.

¿A mí? exclamó con sarcasmo, obligándose a relajar aquella furia que había sentido al oír aquella hipótesis de su madre. A mí me da igual lo que haga la doctorcita...

Uyy, uy, uyyyyyyyyyy siseó Marieta sin dejar de mirar a su hijo, que estaba visiblemente nervioso.

¿Qué? replicó Ángel mirando a su madre, quien alzaba las cejas mientras asentía con la cabeza.

Nada, hijo, nada... susurró bajando la mirada hasta su plato e intuyendo un poco las razones del cambio que había experimentado Ángel.

Mami, ¿por qué el tío se ha enfadado? intervino la pequeña María, que había estado al quite de lo que ocurría en la mesa.

No se ha enfadado, lo que le pasa es que se le han olvidado ciertas cosas...

contestó María en voz baja, pero no lo suficiente como para que Ángel no la oyera.

¿Qué cosas, María? soltó éste cada vez más serio.

No quieres oírlo, créeme.

Créeme que sí que quiero hacerlo, te escucho.

Luego no te quejes si no te gusta lo que voy a deciradvirtió antes de dejar los cubiertos apoyados en el plato.

Uy, se me olvidaba que estoy ante María *la Fantástica*, la que jamás se equivoca y a la que debemos ovacionar cuando habla.

No seas idiota protestó ésta.

Y tú no enmarañes tanto las cosas.

Te estás comportando como un crío, Ángel lo riñó mientras fruncía el ceño por aquel comportamiento tan extraño de su hermano.

¿Por qué? ¿Porque soy el único que piensa que Fernando es una mala persona, porque no me da la gana de reírle las gracias a ese imbécil o porque no le veo el lado positivo a que Laura o cualquier otra se fije en él?

No, ¡porque crees que todas las mujeres son como Isabel! le espetó María levantando la voz y haciendo que todos bajaran la mirada al plato, a sabiendas de que aquel tema era casi un tabú en esa casa.

Tú no sabes nada de eso, María. ¡Ni tú ni nadie! gruñó mientras apretaba los puños, sintiendo la rabia que comenzaba a dominar, de nuevo, su cuerpo.

¡Ya está bien los dos! exigió visiblemente molesto el patriarca de la familia al ver la trifulca entre los dos hermanos. En la mesa no se discute y menos por cosas del pasado...

Tranquilo, papá, sólo voy a aclararle una cosa a Ángel... susurró, bajando el tono de voz a uno más apacible para que su padre no se

disgustara.

No lo sabemos porque tú no has dejado nunca que lo supiéramos, pero intuimos que algo debió de hacer mal Isabel para que acabase como acabó, porque tú estabas muy enamorado de ella, más bien diría que estabas cegado por la hija de la farmacéutica... especificó María con tacto, al saber que aquel asunto seguía siendo delicado para su hermano.

¿Y qué más da ahora? Ese tema está pasado y, como tal, zanjado está... susurró cogiendo la copa de vino tinto y ahogando un poco el mal gusto que se le había instalado en la garganta.

Cariño, eso es lo que crees, pero no está superado... comentó Marieta mientras le acariciaba el brazo con afecto. Desde que rompiste con esa chica, no has vuelto a fijarte en otra mujer... y eso nos preocupa.

No os preocupéis por mí. No me hace falta ninguna mujer para ser feliz afirmó categóricamente.

Nadie necesita a nadie para serlo, cariño, pero sí que es preciso superar las cosas que nos dejan anclados al pasado, las que hacen que cambiemos irremediablemente y las que impiden que seamos plenamente felices replicó Marieta con dulzura. Siempre os he inculcado que, para alcanzar la felicidad, primero hay que aceptarse a uno mismo, ser feliz con lo que uno es, con nuestras cosas buenas y nuestras cosas malas, porque el ser humano es imperfecto por naturaleza y por eso es tan maravilloso. Cuando al fin alcanzas ese momento en el que te aceptas y te quieres tal y como eres, entonces, y sólo entonces, podrás ser feliz con otra persona.

No sé por qué estamos hablando de esto farfulló Ángel, confuso ante el giro que había dado la conversación; yo estoy bien, mamá.

Ay, cielo, espero que te des cuenta pronto de algo que he visto hace unos segundos en tus ojos añadió esbozando una inteligente sonrisa mientras le volvía a acariciar el brazo con ternura. Ahora comamos y riamos, que hoy vuestro padre hace sesenta y seis años.

Comieron y bebieron sin volver a sacar aquel tema que había hecho saltar a Ángel, aunque éste no paraba de darle vueltas a la

última frase de su madre.

¿Qué había visto en sus ojos? Nunca pensó que sus ojos reflejaran más allá del color heredado y aquello lo inquietó, y más aún aquel chisme que corría de casa en casa, según el cual todos aseguraban que Laura, *su* Laura, aquella mujer que se le había introducido en la piel y en la mente de una manera tan natural como asombrosa, sucumbiría a los encantos de Fernando... Ángel se quedó quieto, como si tuviera miedo de que algún movimiento de su cuerpo hiciera desaparecer aquel pensamiento que acababa de cristalizar en su mente. No podía ser, era imposible aquello que había considerado, se decía una y otra vez intentando encontrar alguna lógica a aquella sospecha. Ángel sabía lo que era estar enamorado, lo había sentido con Isabel, y lo que tenía con Laura no era para nada parecido a eso; entonces, ¿por qué se le había pasado aquello por la mente? ¡¿Amor?! No, no y mil veces no. Ángel no estaba enamorado de Laura, no... ¿no? Negó con la cabeza mientras bebía un poco más de vino para recobrar algo la cordura, para poder discernir con claridad y poner en orden sus pensamientos. No podía estar enamorado de ella porque, simplemente, no la conocía tan bien. Sí, era atractiva y en la cama eran dos fuera de serie, pero de eso al amor había un abismo. Sí, aquella respuesta le valió para volver a respirar con tranquilidad. No deseaba pasar por el mismo infierno. Ya había aprendido la lección, nunca jamás dejaría su vida y su corazón en manos de una mujer; había estado a punto de perder las dos cosas por culpa de amar demasiado y no deseaba repetir la experiencia. Él no era de esos hombres que se tropezaban dos veces con la misma piedra. Laura era una diversión que duraría un año con mucha suerte, trescientos sesenta y cinco días que disfrutaría plenamente, pero, cuando todo acabase, volvería a su apacible vida, sin rastro de sentimientos ni rencores. Era lo mejor, era lo que quería.

No seas así, María reiteró Ángel por segunda vez, después de terminar el café, cantar el *Cumpleaños feliz* a su padre y comer la

deliciosa tarta de chocolate que había preparado su madre, quien ya descansaba en su cómodo sofá.

Que me da mucho miedo, Ángel.

No les va a pasar nada; además, la doctora vive a pocos metros de allí volvió a la carga mientras sus sobrinos miraban esperanzados a su madre, deseosos de que ésta accediera al fin a sus deseos.

Mujer, déjalos, van a estar con su tío intervino Ernesto intentando zanjar aquella conversación.

¡Todos en mi contra! exclamó angustiada con la voz a punto de quebrársele. Vale, vale, no quiero ser la mala de la película. Os dejo que vayáis a montar a caballo con el tío Ángel, pero, por favor os lo pido, hacedle mucho caso y no os alejéis, ¿de acuerdo?

¡¡¡Sí, mami!!! chillaron entusiasmados los mellizos a la vez, al saber que al fin podrían montar a *Avispado*.

Si me necesitas en el ayuntamiento, me llamas, ¿vale? Pasaremos un rato en el campo y luego iré al despacho.

No hay nada pendiente, Ángel; prefiero que vayas tranquilo y que te cojas toda la tarde libre.

No te preocupes. Están en buenas manos aseveró.

El alcalde y sus sobrinos se despidieron de la familia y se marcharon juntos hacia sus tierras con una alegría que los niños contagiaron al adulto, que se sentía pletórico por poder enseñar a los críos a cabalgar.

Tío, ¿cuándo tendremos un caballo propio? preguntó el pequeño Ernesto cuando llegaron a sus propiedades, viendo cómo Ángel sacaba a *Avispado* del establo.

Eso tardará un poco más... Lo primero es aprender a montar, luego ya os apañáis con vuestra madre comentó divertido al imaginarse la reacción de su hermana cuando se enterara de que sus hijos querían un caballo propio.

¿Quién va a montar primero? planteó la pequeña María mientras acariciaba con cariño el lomo del animal.

Echadlo a suertes contestó Ángel mientras les guiñaba un ojo; adoraba a sus sobrinos y le encantaba pasar tiempo con ellos sin la

presencia de su hermana, obsesionada por el bienestar de sus retoños, por lo que les impedía ser, simplemente, niños.

Piedra, papel o tijeras, saca lo que quieras se pusieron a cantar sus sobrinos mientras escondían las manos a la espalda.

¡No es justo! Siempre ganas protestó la cría al ver que su hermano había sacado piedra, y ella, tijeras.

No pasa nada. Primero sube Ernesto y después tú terció Ángel, divertido por la reacción de los pequeños.

¿Y qué hago yo mientras tanto? preguntó María cruzando los brazos y haciendo un mohín adorable.

Cuida a *Lana,* ¿de acuerdo? le propuso mientras se agachaba y silbaba para que el perro se acercara a ellos. ¿Ves? apuntó mientras acariciaba la cabeza del perro, que se había acercado corriendo, necesita que lo acaricies, ya sabes que le gustan mucho tus mimos.

Vale aceptó resplandeciente a la vez que se sentaba en el suelo y empezaba a acariciar al can.

Vamos, Ernesto apremió fijando la silla de montar en *Avispado*.

Cógete de las riendas con fuerza, yo te ayudaré a subir a la de tres le explicó cogiendo a su sobrino por la cintura. Una, dos y tres.

El chiquillo se subió con la gracia de un niño que no tenía miedo a nada y que estaba acostumbrado a vivir rodeado de animales; luego miró a su tío, de pie a su lado, y sonrió al verse, al fin, sobre la montura. Bajo las directrices de Ángel, el pequeño Ernesto comenzó a dirigir al alazán, despacio y totalmente concentrado en los consejos que le daba su tío.

Mira, hay una chica al lado de María señaló Ernesto al rato, al buscar con los ojos a su hermana para comprobar que estaba mirando lo bien que lo estaba haciendo.

Ángel se giró para buscar a su sobrina con la mirada, que estaba a unos metros de ellos, y sonrió al identificar a la persona que hablaba con ella, sentada a su lado y otorgando a *Lana* más mimos de lo que estaba acostumbrado a recibir.

Esa chica es Laura, la nueva inquilina de la Albada informó Ángel a su sobrino mientras hacía que *Avispado* girase para dirigirse hacia

allí.

¿La que se tiene que enamorar de Fernando? preguntó con toda la inocencia de un niño.

Sinceramente, espero que no lo haga, Ernesto replicó mientras le sonreía desde la distancia y ésta le devolvía el saludo con un guiño de ojo.

¿Por qué? planteó su sobrino todavía más confundido.

Porque ella se merece a un hombre mejor que Fernando.

¿Como tú, tío? volvió a la carga el chiquillo, ya que para él no había nadie mejor en el pueblo, a excepción de su padre, claro.

No, Ernesto, yo tampoco soy lo que merece... indicó con seriedad, sintiendo en su interior como si se contrajese algo; eso le extrañó y lo asustó a partes iguales.

¡Qué complicados sois los adultos! refunfuñó enfadado, haciendo sonreír a Ángel. Yo no quiero hacerme nunca mayor.

Ya cambiarás de opinión, pequeñajo replicó mientras le daba una palmada cariñosa en la pierna. Vamos a ver qué hace aquí la doctorcita añadió a escasos pasos de ésta.

14

No me mires así, que vengo en son de paz dijo Laura mientras se ponía de pie y le guiñaba un ojo. Tu hermana ha llamado a Pedro para que me acercara a echarte una mano con sus hijos.

Qué poca fe tiene María en mí. Chasqueó la lengua con disgusto mientras ayudaba a su sobrino a desmontar de *Avispado*.

Me ha dicho que se fía de ti, pero que prefiere que esté cerca por si los niños se caen replicó alzando las manos, demostrando su imparcialidad en ese tema.

Vamos, cariño, te toca a ti apremió a su sobrina, quien de un grácil salto se levantó para acercarse donde estaba el caballo.

No hace falta que te quedes; como ves, cuido muy bien de ellos comentó siguiendo un poco con el papel que se habían asignado cuando no estaban solos, aunque el público contara tan sólo con siete años.

Lo sé, pero la verdad es que tu hermana me ha salvado la tarde comunicó con una sonrisa divertida.

¿Y eso? planteó frunciendo un poco el ceño, sorprendido por aquella revelación.

Resulta que Pedro me ha invitado a comer a su casa y la verdad es que no sabía cómo salir de allí sin quedar mal con él.

¿Por qué? inquirió tragando saliva con dificultad al saber que había almorzado también con Fernando.

A ver, cómo te lo puedo decir para que no suene muy mal... dijo sonriendo de una manera que a Ángel le pareció terriblemente encantadora. Su nieto es un poco plomazo confesó con rotundidad.

¿En serio? preguntó, asombrado por aquel adjetivo negativo, algo novedoso para él, acostumbrado a oír únicamente piropos de aquel hombre que le amargó la vida años atrás.

No te lo puedes ni imaginar. Lo he bautizado como el Yoyo soltó, rompiendo a reír después por su ingenio al darle ese mote.

¿Por qué lo llamas así? quiso saber, aguantando las ganas de reírse con ella de aquello.

Porque desde que he llegado a casa de Pedro no ha parado de decir «es que yo... pero yo... y yo...» le aclaró imitándolo. Chico, ¡qué plasta de tío!

Mi abuela dice que te vas a enamorar de él anunció María al lado de ambos, haciendo que su comentario disipara las carcajadas de los adultos.

¿Y por qué dice eso tu abuela? preguntó Laura mientras se secaba las lágrimas causadas por las risas.

Porque Fernando es más guapo que mi tío y tú no te vas a quedar haciendo postres en casa resumió con gracia, haciendo sonreír a Laura.

No hagas caso pidió Ángel cortando lo que iba a responderle Laura a la niña. Vamos, María, coge las riendas y a la de tres subimos sobre *Avispado*.

¡Sí! exclamó entusiasmada la cría, olvidando por completo lo que había dicho.

Laura observó en silencio cómo Ángel enseñaba a su sobrina a montar a caballo y sonrió pensando en que María no se había fijado en cómo trataba éste a sus sobrinos, porque, con el cariño y la dedicación que demostraba, no había dudas de que, con él, los pequeños siempre estarían bien cuidados. Dio la vuelta y se sentó al lado de Ernesto, que jugaba con *Lana* mientras el can le hacía mil fiestas para continuar con el juego.

¿Te gustan los perros? preguntó el chiquillo.

No, pero *Lana* sí me gusta contestó Laura mientras acariciaba al animal por detrás de las orejas.

¿Y por qué te gusta *Lana* y los demás perros no? preguntó con curiosidad el crío, observándola con mayor atención.

No lo sé dijo levantando los hombros, supongo que es porque *Lana* quiso ser mi amigo y no aceptó un no por respuesta comentó mientras sonreía ante la visión del juego entre el niño y el can.

Lana es muy buen perro añadió el pequeño convencido de sus palabras.

Totalmente de acuerdo.

Mi madre dice que *Lana* se parece a mi tío... añadió sin dejar de jugar con el animal; el perro estaba disfrutando de lo lindo.

¿Ah, sí?

Sí, dice que *Lana* es igual de leal y cabezota que mi tío... declaró mientras levantaba los hombros sin saber las verdaderas razones por las cuales decía eso su madre.

Los dos se quedaron callados mientras observaban a *Lana*. Laura nunca había sido muy buena con los niños; desconocía la razón, pero nunca sabía qué decirles y, sobre todo, cómo tratarlos. Sin embargo, los sobrinos de Ángel eran tan naturales, tan divertidos y tan espontáneos que a la doctora le cayeron bien desde el principio; se sentía cómoda con ellos, aunque estuvieran en silencio, observando cómo jugaban con el perro. ¿Era posible que todo lo que vivía en aquel pueblo le resultara mucho más sencillo y natural? Laura se quedó pensativa mientras admiraba el porte de Ángel, que estaba concentrado en enseñar a su sobrina. Ese hombre era un saco de sorpresas y todas buenas algo muy extraño para ella, puesto que estaba acostumbrada a toparse con la parte menos amable de la gente y, sobre todo, de los hombres, y no entendió qué hacía alguien como él, tan trabajador, buena persona, amable, simpático y cariñoso, sin pareja. «¿Tendrá alguna tara escondida?», se preguntó mientras cogía una florecilla que había cerca y comenzaba a deshojarla, a la vez que trataba de hallar los defectos que pudiera tener Ángel que lo habían llevado a estar solo y no casado con alguna deslumbrante mujercita.

Lo habéis hecho muy bien los dos los felicitó Ángel ayudando a desmontar a María. Dentro de poco cabalgareis como yo agregó con orgullo.

Tío, ¿podemos quedarnos un rato más aquí? pidió María.

Pero sólo un poco; le he dicho a vuestra madre que os llevaría en cuanto termináramos de practicar.

Pero mamá no sabe cuándo terminamos de verdad intervino con pillería Ernesto poniéndose de pie. Vamos, María, vamos a jugar con *Lana*. ¡ *Lana,* píllanos! gritó echando a correr por la ladera seguido de su hermana y del perro, que empezó a ladrar, contento ante la perspectiva de más juego.

Vaya dos dijo Ángel con una sonrisa mientras los observaba y quitaba la silla de montar de *Avispado,* para dejarlo suelto por la llanura.

Tienen a quién parecerse sugirió Laura sin dejar de mirar los movimientos del alcalde, que se acercaba a ella para sentarse a su lado.

Yo era peor que ellos, pienso que por eso le cuesta tanto a mi hermana dejármelos comentó mientras cruzaba las piernas y dejaba que el tibio sol de la tarde acariciara sus brazos desnudos.

Es posible dijo ella con una sonrisa. ¿Nunca tienes frío? preguntó rozando sutilmente su antebrazo al descubierto.

Cuando estoy a tu lado, nunca replicó enarcando una ceja y haciendo que Laura negase con la cabeza, divertida.

No vayas por ese camino, que hoy tenemos público le recordó señalando con la cabeza a los críos, que corrían entusiasmados por el campo.

¿Tienes sobrinos? quiso saber Ángel, después de permanecer unos segundos en silencio mientras observaban a María y a Ernesto.

No, no tengo ni siquiera hermanos... susurró sin dejar de mirar a los pequeños.

Aunque a veces María me saque de quicio, no sé cómo sería mi vida sin ella... Debiste de sentirte muy sola sin hermanos, ¿no? insinuó al descubrir su serio perfil.

No me importó mucho no tenerlos... Suspiró bajando la mirada para coger otra flor silvestre. Cuando yo nací, mis padres ya eran bastante mayores; fui una niña muy querida y nunca sentí la necesidad de tener un hermano. Mis padres me lo dieron todo, y no me refiero a cosas materiales, no... Me refiero a momentos con ellos, a vacaciones que recuerdo y recordaré siempre con una sonrisa, a tardes de palomitas y una película, a largas conversaciones sobre cualquier tema que nos preocupase, a carcajadas cuando jugábamos a las imitaciones y a un sinfín de imágenes que siempre albergaré en mi interior.

Por lo que me cuentas, deben de ser geniales; no entiendo qué haces aquí, lejos de ellos apuntó, provocando que las facciones de Laura se endurecieran.

Lo que hago aquí no tiene nada que ver con ellos... Hace ocho años, mi padre murió por una negligencia médica en el hospital donde estaba ingresado por un cólico nefrítico... Como imaginarás, fue un golpe duro tanto para mi madre como para mí, ya que él era nuestro pilar, el eje central de nuestras vidas...

expuso frunciendo el ceño mientras giraba la cabeza para contemplar de nuevo a los niños y que no notase que aquel tema la seguía afectando igual que entonces.

Lo siento mucho, Laura susurró acariciándole el brazo y reprimiendo las ganas que tenía de estrecharla contra su pecho, para borrarle con aquel acto la triste mirada que le había dirigido.

No te preocupes, no lo sabías. Además, tengo la suerte de que mi padre me dejó algo muy importante: sus enseñanzas y un optimismo capaz de contagiar a cualquiera. Imagínate, estudié medicina porque quería parecerme a él... Fue una gran persona, un magnífico médico y un padre ejemplar... Él me enseñó a seguir luchando y a no rendirme jamás. Siempre me decía que debía imaginar que por mis venas corría sangre vikinga, para así nunca sentir miedo por nada, ser capaz de cualquier cosa y poder luchar por lo que deseara con uñas y dientes explicó mirándolo a los ojos y

mostrando una triste sonrisa repleta de melancolía y de algo más a lo que Ángel no supo poner nombre.

Me hubiera caído bien, tu padre comentó captando cómo se le había dulcificado el gesto sólo por hablar de su progenitor.

Seguro reiteró con una tímida sonrisa.

¿Y tu madre?

Mi madre, la pobre, decayó muchísimo al faltar él susurró, y su rostro volvió a oscurecerse. Poco a poco la veía más confusa, más olvidadiza, así que decidí llevarla a los mejores neurólogos de la ciudad... Le diagnosticaron principio de Alzhéimer...

Vaya... musitó Ángel refrenando las ganas que tenía de envolverla entre sus brazos y contarle algo alegre para devolverle de nuevo la sonrisa.

Lo peor es que ha ido avanzando con bastante velocidad. Me han dicho que, en parte, es debido a la pérdida de mi padre, ya que ella dependía mucho de él y, por ello, se adentró en una profunda depresión... Contraté a una mujer especializada en este tipo de enfermedades para que mi madre siempre estuviera acompañada, para que nunca se encontrara sola, ya que debido a mi trabajo no podía ocuparme de ella tanto como me gustaría… explicó frunciendo el ceño, sintiendo que, aun habiendo hecho todo lo que estaba en su mano, sentía que podía haber hecho algo más por su madre, aunque su jornada maratoniana de trabajo no fuera compatible con su deseo de permanecer mucho más tiempo a su lado. Cuando puedo, me acerco a verla y hablamos de nuestras cosas, pero, a veces, me doy cuenta de su falta de memoria a corto plazo y eso me entristece mucho...

Tiene que ser duro...

Sí, lo es, pero sé que está muy bien cuidada. Puri está muy pendiente de ella y la ayuda a trabajar la memoria para ralentizar el avance de la enfermedad.

En parte estoy tranquila, porque sé que ella está bien.

Entonces, ¿qué pasó para que decidieras dejarlo todo y venirte hasta aquí?

preguntó con curiosidad, sin dejar de observar esos ojos tan expresivos que le indicaban que aquel tema todavía la dañaba.

Laura sonrió lánguidamente y buscó con la mirada a *Avispado,* que se había tumbado a escasos metros de ellos.

Algún día me tienes que enseñar a montar a caballo murmuró Laura, cambiando de tema.

No me has contestado a la pregunta.

Lo sé dijo mirándolo de nuevo a la cara, pero creo que ya hemos hablado suficientemente de mí.

Si quieres te hablo de mí, pero mi vida se ha centrado en estar en el campo, rodeado de mi familia, y poca cosa más intervino Ángel echando una mirada a sus sobrinos, que en ese instante le lanzaban un palo a *Lana* para que éste lo recogiera.

No es eso lo que he oído decir... soltó mientras enarcaba una ceja, divertida.

No tienes que hacer caso de las habladurías, Laura.

Y no hago caso de ellas, sólo quiero saber cuánta verdad encierran.

¿Qué dicen de mí? quiso saber, tumbándose sobre la hierba en una actitud relajada, esperando oír una retahíla de mentiras sobre su persona.

Varias cosas, la verdad anunció Laura observando lo esplendoroso que se veía éste en aquella postura. Dicen que Rosa está loca por ti, pero que tú no quieres nada con ella, ni con nadie, por lo que te pasó con una tal Isabel...

¡Joder! soltó levantando la cabeza para mirarla a la cara. Sí que están al tanto de todo. Y yo que pensaba que habrían añadido fantasía a lo que ocurrió… Laura asintió observando cómo éste sonreía divertido al saber que a sus vecinos no se les escapaba ninguna.

Te aseguro que lo de Rosa es verdad. He visto cómo te mira y puedo asegurar que la tienes loquita, lo que no entiendo es por qué no tienes algo serio con ella... La chica es muy mona y a ti te tiene que gustar algo para acostarte con ella, ¿no?

Como te dije, Rosa y yo somos amigos, y la verdad es que nunca he pensado en ella de otra manera... puntualizó mientras se volvía a sentar para poder hablar con Laura cara a cara.

¿Por lo que te pasó con esa tal Isabel?

Sí, es posible que ella sea la culpable de que no me fie de las mujeres.

Yo soy una mujer, ¿no te fías de mí? planteó con una sonrisa juguetona para que Ángel sonriera; el hecho de hablar de esa mujer en particular le había ensombrecido el rostro.

Ya me había dado cuenta de que lo eres dijo guiñándole un ojo, pero, no sé, tú no eres sólo una mujer, tú eres Laura...

Hoy estás sembrado soltó ella entre risas ante aquella aclaración.

Es que no sé cómo explicártelo, contigo todo es más sencillo comentó Ángel observando de nuevo a sus sobrinos, que se divertían a escasos metros de ellos, evitando mirarla a los ojos, ya que no sabía cómo responder a aquello, simplemente porque ni él mismo tenía claras las razones de encontrarse tan a gusto con ella.

Dime, ¿qué te pasó con Isabel? preguntó Laura con interés.

Lo que los vecinos saben es la versión edulcorada que quise que se conociera; en realidad no sé por qué hice eso, ya que ella no se merecía tal miramiento... Creen que yo me cansé de ella, que no quise irme del pueblo y que, por eso, rompimos a los pocos meses de anunciar nuestro compromiso, cuando ya teníamos fecha para la boda e incluso reservado el restaurante..., pero la verdad fue otra... reveló con seriedad. Isabel y yo éramos novios desde siempre; le pedí matrimonio, ella aceptó y comenzaron los cambios. Estuve a punto de abandonar todo esto por amor, ¡qué ridículo!, ¿no es cierto?comentó cínicamente señalando sus tierras. Ahora, al recordarlo, me avergüenzo de mi comportamiento, porque fui un pelele en sus manos; hizo conmigo lo que le dio la gana y yo dejé que lo hiciera... por el simple hecho de que la amaba... Pero la gota que colmó el vaso e hizo que la dejara, y que abriese los ojos de golpe a la realidad que vivía y no al cuento de hadas que yo mismo

me había fabricado, fue encontrarla follando con Fernando en mitad del campo...

¡¿Qué me dices?! exclamó, sorprendida ante aquella revelación.

Sí, ya ves... La que creía que era la mujer perfecta para mí resultó que me engañaba con el nieto del Redondo y, para más inri, le dio exactamente igual que los pillara in fraganti... Con decirte que, incluso, intentó que yo participara en aquel encuentro... desveló con fastidio en la voz.

Joder, qué fuerte me parece bufó mientras negaba con la cabeza. Por eso viniste esta mañana a mi casa afirmó encajando las piezas en su cabeza.

Supongo que no te puedo echar nada en cara, no me conoces lo suficiente como para saber que yo jamás haría tal cosa.

Entiéndeme, yo creía que Isabel me amaba, que me era fiel, y descubrí de la peor manera que no era así.

Piensa que fue mejor enterarte, aunque fuera de esa forma, que seguir viviendo en la inopia susurró convencida de sus palabras, ya que ella tuvo que aprender aquella lección dándose de bruces con la verdad.

Sí, tienes razón... comentó sin darse cuenta de que Laura lo decía con conocimiento de causa.

¿Y desde entonces no has vuelto a salir con nadie?

No de manera oficial. He tenido amigas...

Ya...

¿Y tú? preguntó Ángel para averiguar un poco más de ella.

Uf... Creo que Cupido nos ha tratado mal a los dos anunció entre risas al pensar en su historial amoroso.

¿También te han puesto los cuernos? planteó Ángel con curiosidad.

Peor, mucho peor afirmó mientras negaba con la cabeza, al recordar lo que le había tocado vivir.

¿Peor que eso? inquirió asombrado de que hubiese algo peor que descubrir a tu prometida en plena faena de practicarle una felación a un vecino . Joder, Laura, me lo vas a tener que contar, para así

poder comprender qué puede haber peor que lo que me sucedió a mí.

Otro día, ahora está anocheciendo y tu hermana estará comiéndose las uñas al no tener noticias de sus hijos... Pospuso la conversación mirando al horizonte, que comenzaba a teñirse de tonos rojizos.

Tienes un don para escabullirte de responder ciertas preguntas, doctorcita.

Una tiene sus recursos señaló sonriente mientras se ponía de pie y le tendía la mano para ayudarlo a incorporarse.

Ya veo, ya... protestó al ver que sumaba otra incógnita a todas las que deseaba descubrir a la vez que le cogía la mano para levantarse. ¡María, Ernesto, nos vamos! gritó para que éstos lo oyeran, soltando la mano de Laura con delicadeza, más por obligación que por ganas, ya que anhelaba quedarse más tiempo allí, conociendo cosas sobre ella. ¿Después vas a bajar al pueblo?

Me temo que sí... susurró con pesar, imaginándose que Fernando habría hablado con Pedro para que ella los acompañase más tarde al bar.

Nos veremos allí, entonces afirmó mientras le guiñaba un ojo.

Nos tocará odiarnos un poco ante todos comentó Laura con guasa.

Cada vez me está resultando más difícil representar ese papel susurró con sinceridad, deteniéndose a mirar sus jugosos labios y ansiando darle, aunque sólo fuera, un pequeño beso.

Anda, no seas bobo, si soy una cursi de ciudad que no sabe ni hacer la o con un canuto se burló con una sonrisa en los labios mientras se acercaba a los niños para despedirse de ellos.

Ángel la observó en silencio. Laura era una mujer especial, muy fuerte, y no era para nada lo que él se había imaginado la primera vez que la vio, cuando pensó algo bastante similar a lo que ella acababa de describir. Lo que más lo sorprendía eran las ganas que tenía de repente de saber más de ella. Era como si, a cada paso que

daba, con cada cosa que averiguaba de ella, le surgiera la necesidad de querer saber algo más.

¡Nos vemos! dijo Laura a modo de despedida mientras le guiñaba un ojo y salía caminando hacía la Albada, ya que le era imposible hacerlo como ella deseaba, fundiéndose en los brazos de ese espectacular vaquero y recorriendo sus labios con la lengua. Eso debería esperar hasta que estuvieran solos...

Es muy simpática comentó la pequeña María al darse cuenta de que Ángel no apartaba los ojos de ella, que se alejaba a paso rápido.

Sí, es una gran mujer añadió Ángel mientras la veía desaparecer por el bosque, lo que provocó que sus sobrinos se mirasen extrañados ante aquel comentario que distaba bastante de lo que habían oído decir a los adultos horas antes. Dejo a *Avispado* en la cuadra y nos vamos.

Vale, pero queremos venir otro día, tío Ángel apuntó Ernesto.

Para eso tendréis que convencer a vuestra madre; ya sabéis que, por mí, podéis venir aquí tantas veces como queráis contestó metiendo el caballo en el establo.

¿Vendrá también Laura? planteó María con curiosidad.

No lo sé murmuró Ángel antes de cerrarlo todo y dirigirse a la camioneta.

A mí me gustaría que viniese, así puedo hablar con alguien mientras Ernesto está aprendiendo a montar.

Se lo podemos preguntar, a ver qué le parece susurró Ángel.

Seguro que dice que sí, he visto cómo te mira intervino la niña con una cándida sonrisa.

¿Y cómo me mira? quiso saber, aguantándose la risa al ver que su sobrina cada vez se parecía más a su madre, a la que le encantaba dar su opinión sobre todo.

Así dijo pestañeando con rapidez mientras lo miraba fijamente.

No digas tonterías, María. Laura se va a casar con Fernando, es lo que dijo la abuela se entrometió Ernesto, interrumpiendo la representación de la cría.

No, se casará con el tío y vivirá aquí con nosotros comunicó María mientras alzaba la voz un poco más que la de su mellizo, intentando con ello que pareciera que tenía más razón.

Creo que no pasará ni una cosa ni la otra, chicos concluyó su tío para detener aquella trifulca entre hermanos. Laura se irá de aquí en menos de un año; volverá a la ciudad y no la veremos nunca más.

Ángel abrió el vehículo y observó a sus sobrinos entrar en él, y aquellas palabras que acababa de pronunciar le parecieron, de repente, demasiado agrias como para ser verdad...

15

Sentía cómo caía la cálida agua de la ducha sobre su piel mientras recordaba lo a gusto que se había sentido hablando con el alcalde de su vida la tarde anterior, bajo el cielo anaranjado de aquel pueblito soriano, contemplando a los hijos de María jugar con *Lana* y notando que la presencia de Ángel, sorprendentemente, la apaciguaba y la hacía sentirse tan relajada que podía expresarse con total libertad. ¿Que qué tenía ese hombre para hacerla sentir así? No sabía responder a esa pregunta y, a una parte de ella, de la que no se sentía demasiado orgullosa, ya que distaba bastante de lo que le había enseñado su padre, le aterraba aquella sensación de bienestar que sentía a su lado, puesto que la estancia en ese villorrio tenía fecha de caducidad y un objetivo muy concreto que no podía olvidar... Además, había algo mucho más importante que tener en cuenta, y era que Ángel se cansaría de esa relación, por llamarlo de alguna manera, encontraría a otra mujer más joven que ella y mucho más cabal, y a Laura le tocaría aguantar estoicamente ser testigo de aquel emparejamiento hasta que diese por finalizada su empresa allí y volviese a viajar de nuevo por tierras españolas en busca de otro lugar en el que asentarse... Después de desprender del todo la espuma de su cuerpo, se envolvió en su albornoz y salió de la ducha dispuesta a desenredarse el cabello; se contempló en el espejo mientras realizaba aquella tarea tan cotidiana, anhelando poder tener una ventana que diese directamente donde se encontraba su madre... La echaba de menos, muchísimo, sobre todo a lo que ella siempre había sido para Laura, capaz de curarla con sus

besos, de tranquilizarla con sus palabras y de hacerla sentir bien sólo con su presencia. Tuvo que agarrarse muy fuerte del lavabo para no salir de allí hasta donde estaba, para verla, para darle un beso y poder escuchar su dulce voz...

pero no podía hacerlo. No era miedo lo que había provocado que se escondiese en aquel pueblo soriano; la sensatez era la que le hizo coger las maletas, y la madurez la responsable de que aceptara aquel encargo, si bien no era el más importante y vital para su carrera pero sí sería un escalón más al que ascender a nivel profesional, para poder ganarse la confianza de su superior, y, por qué no, subir un escalafón. Tragó saliva mientras se estudiaba en el gran espejo; tenía buen aspecto, nada que ver con el gesto cansado y nervioso con el que llegó.

Sorprendentemente, el hecho de estar ahí, el haber conocido a Pedro y, sobre todo, a Ángel, la había ayudado muchísimo, pues había hecho que se sintiese como en casa, como una más, incluso olvidándose a veces de las verdaderas razones por las que estaba allí... Sabía que su padre, allá donde estuviera, y su madre se sentirían orgullosos de su pequeña vikinga.

¿Te puedo invitar a un vino? preguntó uno de esos muchachos probando suerte, porque, desde que Laura se había sentado al lado de Pedro en el bar, no había consentido que ninguno de aquellos jóvenes la invitara a nada.

No, gracias rechazó con una encantadora sonrisa, haciendo que éste titubeara, sin saber muy bien qué decir para que la doctora cambiara de opinión y poder marcarse el tanto delante de los vecinos de que había sido él quien había conseguido que la forastera aceptara.

El chico en cuestión, de unos treinta años, alto y muy fuerte, se dio la vuelta y volvió a la mesa que ocupaban sus amigos, quienes también lo habían intentado, aunque Laura había respondido a la misma cuestión con igual determinación.

Pero, monina, ¿por qué hoy no te vas con la gente joven? preguntó el anciano, extrañado de que no se separara de la mesa

que él ocupaba.

No me apetece, Pedro dijo en un susurro mientras se bajaba la manga del jersey rojo en un acto reflejo y se erguía sobre la silla, intentando demostrar que estaba muy bien allí donde se encontraba.

Pero, chica..., esta tarde todos los jóvenes están aquí y se nota que desean conocerte un poco más; podrías hacer un esfuerzo y acercarte a ellos... volvió a la carga su casero.

Más tarde quizá, ahora me apetece veros jugar dijo dedicándoles una sonrisa angelical a todos los amigos de Pedro, que habían estado pendientes de la conversación que estaban manteniendo.

De verdad, qué raras sois las mujeres de ciudad reiteró su casero mientras echaba una carta al centro de la mesa y negaba con la cabeza, haciendo reír con ganas a Laura.

Había sido arrastrada al bar por el anciano, que quería que estuviese esa tarde allí con ellos para que se relacionara más con más gente y así no sentirse mal por dejarla sola en la Albada. El día anterior, Laura declinó acompañarlos al bar fingiendo tener un fortísimo dolor de cabeza; la realidad era que no le apetecía verle la cara a Fernando, después de todo lo que había averiguado ese mismo día de él. Esa tarde tuvo que echar mano de una ingeniosa excusa para no acceder a ir en el deslumbrante coche del nieto de su casero, ya que alegó que prefería conducir, porque, si no, podía marearse y echar a perder la bonita tapicería de su automóvil nuevo, algo que aceptaron los dos hombres sin discutir. Fernando y Pedro llegaron primero al pueblo y al bar; el coche último modelo del nieto del Redondo iba mucho más deprisa que el viejo todoterreno que ella utilizaba, y Laura aprovechó esa circunstancia para tomárselo con calma y poder acercarse al ayuntamiento a darle a María el segundo pedido que le había hecho ya que el día anterior le había sido imposible acercarse hasta allí; tuvo la suerte de que no se cruzó con Ángel, pues acababa de marcharse. Después se dirigió al bar y se sentó al lado de Pedro, del cual no se había separado en más de media hora, aunque Fernando le hubiese pedido que lo acompañara a la barra para hablar con un grupo de amigos y aunque varios de

esos vecinos ya la hubiesen invitado a vino, cerveza e incluso una Coca-Cola. Ella se negó cortésmente en todas las ocasiones, alegando estar bien donde se encontraba. La verdadera razón de estar estática al lado de su casero y amigo no era ésa, por supuesto; el principal motivo era Fernando, que parecía obsesionado en que ella anduviese detrás de él, como si de un perrito faldero se tratara, para oírle hablar de todo lo que poseía en la ciudad, de todo lo que había logrado y de lo bueno que era en todo lo que se proponía... Laura estaba cansada de ese tipo de personas incapaces de mirar más allá de su ombligo y decidió evitarlo; en lugar de eso, prefería observar cómo se divertían en general los lugareños, escuchando las conversaciones y memorizando las partes más suculentas de las mismas. Lo que más le gustaba de aquellas reuniones improvisadas era que se todos mezclaban, sin importar la edad. Los jóvenes interactuaban con los mayores, sin invadir su espacio, conviviendo perfectamente y haciendo de aquellas tardes algo especial. Se reían a carcajadas, hablaban sin parar, brindaban con cualquier excusa y eran felices por poder compartir aquellos buenos momentos con los suyos. A Laura le encantó ser testigo de ello. De repente sintió una tranquilidad que le llenó el alma y supo que Ángel había entrado en el bar sin ni siquiera verlo; al girarse hacia la puerta, lo descubrió, tan guapo como siempre, tan impresionante, llenándolo todo con su manera de ser, saludando a unos y otros, siendo querido por los habitantes de aquel lugar, que le sonreían y lo saludaban con verdadero cariño. Era la primera vez que Laura había sentido la presencia de alguien, transformándola, llenándola... Tragó saliva porque no sabía cómo tomarse aquello, ya que no podía compararlo con nada de lo que hubiese experimentado con anterioridad. Sus miradas se encontraron durante un espacio corto de tiempo, pero bastó para hacerla sonreír tanto por dentro como por fuera. Ángel ejercía ese efecto en ella, no lo podía negar ni tampoco reprimir.

Voy a pedirme algo en la barra, ¿queréis que os traiga alguna bebida? preguntó Laura interrumpiendo la concentración de los compañeros de mesa de Pedro.

No, monina, pero gracias repuso éste con una sonrisa al ver que por fin había decidido mezclarse con los demás.

Laura se levantó y, con paso seguro, se encaminó a la barra, donde se hallaba Ángel, hablando con Luis y con Rosa, quien, al verla aproximarse, se acercó a ella.

Ponme un tercio pidió Laura, intentando no mirar a Ángel, que estaba de cara a ella y, en medio de ellos dos, Luis, con quien hablaba animadamente.

¿Sin alcohol?

No, normal contestó apoyándose sobre la superficie, consciente de que Ángel estaba repasando lo bien que le quedaba la falda vaquera que había elegido para ir esa tarde al bar.

Doctora, tienes que hacerle una revisión a mi amigo y comprobar si está bien soltó Luis de repente, dándose la vuelta para hablar con ella, mientras señalaba a Ángel, que se escudaba tras su caña de cerveza.

¿Qué le pasa a tu amigo? preguntó girándose hacia ambos y tragando saliva al ver cómo la miraba Ángel, con esos ojos llenos de deseo que le dejaron la boca seca al instante y ese temblor de piernas que sólo su presencia era capaz de producir.

Pues, mira, dice que no le pasa nada, pero sé que le ocurre algo porque está demasiado raro... comenzó a explicar Luis, sin darse cuenta de la intensidad de las miradas entre ambos. Me da a mí que se está resfriando...

Sí que está raro intervino Rosa mientras le servía la cerveza a Laura.

No sé yo si el alcalde se fía mucho de mis aptitudes como médica... insinuó Laura, mientras cogía el botellín de cerveza, obviando el vaso, y le daba un largo trago bajo la expectante mirada de Ángel, que se la comía con los ojos.

No es que no me fie de ti, doctorcita, pero ya les he dicho a Luis y a Rosa que me encuentro perfectamente y que no me ocurre nada replicó con tranquilidad, intentando que sus palabras desviaran la atención de sus incontrolables gestos de deseo dirigidos a ella.

Pues si te encuentras bien, lo único que se me ocurre para que estés así de distante y extraño es que te estés viendo con una mujer indicó Luis pensativo, intentando encontrarle lógica al comportamiento atípico de Ángel en los últimos días.

¿Una mujer? soltó Rosa entre temerosa y asombrada por aquella conjetura que ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

Anda, Luis, no digas tonterías negó el alcalde con una sonrisa, mirando de reojo a Laura, que se mordía el filo de la uña mientras daba vueltas al botellín sobre la barra, nerviosa por la suposición de éste y la mirada aterrada de la camarera, temerosa de que fuera cierto.

¿Qué te debo, Rosa? preguntó Laura procurando controlar la voz para que sonara normal y poder salir de allí lo antes posible, ya que aquella conversación se estaba volviendo demasiado peligrosa, y no quería dar muestras de que la culpable del extraño comportamiento del alcalde era precisamente ella.

Ponlo en mi cuenta, Rosita intervino de repente Fernando, apareciendo a su lado, tan atractivo como siempre, hechizando a todo el personal femenino sólo con su voz, exceptuando a la doctora, a la que casi le dio un vuelco el estómago al saber que lo tenía tan cerca. Ven conmigo, guapa, quiero que conozcas a mis amigos propuso mientras apoyaba una mano sutilmente en la espalda de ésta, guiándola hacia la mesa que ocupaba sin darle, siquiera, opción a una negativa cortés, ya que ésta no quería ofender al Redondo al hablarle mal a su nieto.

Fernando no pierde el tiempo opinó Luis al ver cómo se había llevado sin ningún disimulo a Laura de allí.

Ese tío es un desgraciado soltó Ángel de malas maneras mientras apretaba los puños y se obligaba a darles la espalda, ya que no deseaba ser testigo de las carantoñas que le proporcionaría a Laura, porque no estaba seguro de cómo respondería si ocurría tal cosa y quería cumplir la palabra que le había dado a ella de mantener en secreto su relación.

Últimamente estás muy susceptible añadió Luis observando cómo se le había transformado el gesto a su amigo al ver cómo Fernando se había llevado a Laura a una mesa.

No soporto a ese tipo, eso ya lo sabes, no es ninguna novedad declaró todavía más molesto al imaginarse lo que le estaría haciendo o diciendo ese tipo a la doctora.

Ya, ya lo sé... siseó Luis mirando tanto a Ángel como a Laura, que estaba sentada a una de las mesas más próximas a la barra; se le había transformado totalmente el rostro, pasando de una cara risueña a otra arisca en cuestión de segundos.

Ángel intentó comportarse de una manera normal delante de Luis y de Rosa, haciendo un esfuerzo para que no sospecharan lo que de verdad le ocurría, porque su cambio de actitud no era debido a encontrarse de nuevo con Fernando, no, eso ya lo tenía medio asumido. Lo que le pasaba era que le repateaba ver a Laura a su lado y no tenerla al suyo, bien cerquita, para poder verla sonreír, para poder escuchar su melodiosa voz, para poder provocarla con frases con doble sentido y así, cuando nadie mirase, poder hacer realidad todos y cada uno de sus deseos.

¿Te vas a quedar al cierre? le preguntó la camarera aprovechando que Luis se había ido un momento al aseo.

No puedo.

Hace mucho que no te quedas... refunfuñó ésta, haciendo un mohín de disgusto.

Lo sé, Rosa, pero ya sabíamos que esto tendría un fin dijo con suavidad, procurando que nadie más oyese esa conversación.

¿Es éste nuestro fin?inquirió mientras limpiaba la barra con una bayeta; eso hizo que, al repetir aquella acción tan rutinaria, pudiese controlar sus emociones y que, así, él no se diera cuenta de lo que ella sentía al oír esas palabras.

Sí, lo es. Nos lo hemos pasado muy bien, pero creo que ya no podemos estirar más lo que teníamos...

¿Por qué? Antes no te importaba... comentó dolida.

Siempre he sido sincero contigo, ¿no es así? Rosa asintió con la cabeza a la vez que se mordía el labio con pesar, ya que no podía afirmar que Ángel la hubiese engañado, todo lo contrario, siempre había ido con la verdad por delante con ella. Nunca he intentado que creyeses que esto podría ir a más; desde el principio lo hablamos y estuvimos de acuerdo en que sería algo temporal, esporádico, algo ocasional que no afectaría a nuestra amistad, pero que tampoco nos obligaría a nada más, ¿cierto?

Sí, Ángel, me quedó claro desde el principio lo que teníamos, pero no sé..., tal vez albergaba la esperanza de que cambiarías de opinión declaró en voz muy baja, dándose cuenta de que ella había sido la culpable de tejer aquel denso velo repleto de expectativas, creyendo que él cambiaría de parecer a medida que el tiempo avanzara.

Eres una mujer excepcional, Rosa. Te aseguro que encontrarás a alguien que te haga inmensamente feliz...

Pero ¿por qué no puedes ser tú esa persona, Ángel? Hacemos buena pareja, nos comprendemos y nos complementamos... Yo...

No, Rosa... la cortó Ángel, interrumpiendo su declaración de amor.

Somos buenos amigos, sólo eso... Y siempre será así, de verdad; me tendrás aquí para lo que necesites, pero ya no podemos seguir viéndonos de otra manera, ya no...

Entonces es verdad, hay otra farfulló con dolor al imaginarse que aquel cambio de actitud se debía a que otra mujer había irrumpido en su vida.

Eso es lo de menos, Rosa... concluyó con una tímida sonrisa, sin poder negar lo que era cierto, ya que no deseaba ser desleal con ella. Eso es lo de menos...

Dejándose llevar por la necesidad de ver lo que hacía, Ángel buscó a Laura con la mirada y la descubrió seria, a la defensiva, mientras sutilmente se apartaba de Fernando, como si tenerlo cerca la molestara. Suspiró satisfecho al percibir su reacción; aún temía que todas las mujeres que significaban algo para él se vieran

afectadas por la presencia del niño bonito del pueblo, pero parecía que a la doctora no la afectaban los continuos acercamientos de éste.

Laura se aburría de una manera angustiosa, como si estuviera viviendo en un bucle interminable del cual no pudiese escapar; el Yoyo continuaba hablando de sí mismo, cada vez con más ímpetu, haciendo de aquella conversación un monólogo, ya que sólo él participaba.

Pues sí, desde que estoy en ese bufete de abogados, no me puedo quejar...

Cobro más de lo que a muchos les gustaría, trabajo en los casos más interesantes y, además, puedo permitirme la vida que merezco prosiguió con su soliloquio, haciendo que Laura alzara los ojos al techo, desquiciada por todo aquello.

Qué envidia me das, Fer... Ya podrías buscarme un hueco para salir de inmediato de este pueblo pidió uno de sus mejores amigos, que era un calco de él.

Lo intentaré, pero ya sabes que las cosas de palacio van despacio declaró imperturbable y en un tono soberbio.

Me tienes que dar una vuelta en tu coche solicitó una de las chicas, que lo miraba con mucha atención, rozando la admiración. Desde que te vi entrar en la calle principal con él, no he parado de pensar cómo me sentiría yendo de copiloto.

Pero primero quiero darle una vuelta a Laura, se lo he prometido esta tarde dijo mientras la miraba con una sonrisa en los labios, haciendo que todos los que ocupaban esa mesa la observasen con atención.

Le cedo el honor a tu amiga, se nota que lo está deseando y, además, ya sabes que no puedo ir de copiloto... No quiero estropear el interior de tu coche declinó Laura con dulzura mientras se mordía la lengua para no decir lo que pensaba en realidad de su coche y de él. Ahora vuelvo, voy a por otra cerveza.

No te muevas, se la pido a Rosa ordenó con pedantería mientras alzaba la mano para llamar la atención de la camarera.

No te preocupes, así estiro un poco las piernas replicó poniéndose de pie de un salto y apurando el resto de la cerveza que había en el botellín.

Se dirigió con paso tranquilo hacia la barra, haciendo muy lento aquel corto camino para perder más tiempo del necesario, porque lo último que deseaba era volver a la mesa que ocupaba Fernando y necesitaba pensar en una buena excusa que darle si éste se atrevía a volver a por ella. En el trayecto, se dio cuenta de que Ángel ya no se hallaba en la barra y no quiso buscarlo con la mirada por todo el bar para no levantar sospechas.

Ponme otra, Rosa pidió Laura desganada a la vez que se apoyaba en un taburete alto para esperar a que le diese la bebida.

Debes de estar contenta soltó su interlocutora mientras cogía un botellín de cerveza y se lo dejaba de malas maneras sobre la barra.

Mujer, llorando por las esquinas no estoy comentó sin entender a qué venía eso.

Debe de ser la bomba eso de llegar nueva a un pueblo, que todo el mundo te abra los brazos, que te llamen para que los atiendas y que, además, te lo agradezcan en el alma, como si hubieses inventado la cura del cáncer o algo por el estilo... Haces que crean que eres buena persona, aunque no sea así... Sonrió con inquina. Vamos, casi te nombran hija predilecta del pueblo; todos te adoran y los hombres babean tras de ti, mendigando una mirada tuya o una palabra... Lo peor, lo que más me repatea, es que a ninguno le importa lo más mínimo que seas una tía rara, egocéntrica y absurda señaló con resentimiento.

No sé a qué viene esto, Rosa, y te aseguro que me encantaría saberlo, así podría responderte como mereces replicó Laura con seriedad, observando cómo Rosa la miraba con hostilidad, como si hubiese hecho algo gravísimo sin ni siquiera darse cuenta...

No te hagas la tonta conmigo, sabes a qué me refiero, y quiero que sepas que no me gustas ni un pelo. Joder, ¡que eres mayor que él! ¡Que es un yogurín a tu lado! exclamó apretando los dientes con rabia y estrujando la bayeta que sujetaba en la mano, ya que algo

en su interior le decía que la doctora era la culpable de que Ángel no quisiese nada con ella.

Desde el momento en el que Ángel le comentó que ya no podían verse de manera íntima, Rosa se percató de cómo la miraba mientras creía que nadie lo observaba, cómo la buscaba por el bar y cómo se le cambiaba la cara cuando estaba cerca de ella. No le fue complicado deducir que la forastera estaba detrás del cambio de opinión y actitud del alcalde.

No sabía que una mujer más joven pudiera ser tan arcaica... le espetó Laura mientras se llevaba el botellín a los labios con calma, como retándola con aquellos movimientos pausados, pero en realidad estaba barajando las posibilidades que tenía de responderle como se merecía, sin decir mucho, pero zanjando el tema para siempre. Ni tú ni nadie puede decirme lo que tengo o no que hacer; por eso, y porque me importa muy poco lo que tú puedas pensar o deducir, seguiré haciendo lo que me apetezca, ya que no hago ningún daño a nadie soltó mientras la desafiaba con los ojos y antes de beber otro trago de su cerveza, como si sellase aquella frase con esa acción.

Espero que espabile de una vez y se dé cuenta de la clase de persona que eres escupió con disgusto la camarera al constatar que sus suposiciones eran ciertas y que tenía delante a la causante de que Ángel ya no quisiera nada con ella.

No soy tan mala como crees; por si lo has olvidado, te curé cuando te accidentaste... y tranquilamente podría haberme hecho la loca y no haberte ayudado le recordó.

Eres médica, no tiene mayor valor lo que hiciste respondió la chica, enfadada.

Tú eres camarera y dudo mucho de que, cuando estás de vacaciones y entras en un bar que no es el tuyo, te pongas a servir mesas porque están desbordados, ¿no?

No es lo mismo...

Piensa lo que quieras, Rosa, pero te aseguro que no soy el ogro que crees que soy comentó con tranquilidad.

No, eres peor, mucho peor susurró con rabia, aceptando la provocación de la doctora con la mirada.

En ese mismo instante la puerta del local se abrió y apareció una mujer de baja estatura, morena y con curvas pronunciadas que llevaba un vestido corto que dejaba poco a la imaginación; su rostro parecía de porcelana, era bellísima.

Rosa, al verla, comenzó a reírse a carcajadas, descargando la tensión que había ido acumulando debido a la conversación que estaba manteniendo con Laura.

Me da a mí que al yogurín se le va a agriar la leche soltó entre risas mientras se acercaba a la mujer. ¡Isabel, cuánto tiempo sin verte!

A Laura se le congeló la sonrisa y se le paralizó el corazón; esa preciosa mujer era la ex de Ángel, su única novia, la causante de que no se fiara de nadie, y había vuelto al pueblo. No sabía cuánto tiempo llevaba fuera, pero, por el saludo que acababa de darle Rosa, podía deducir que había sido mucho... La doctora comenzó a buscarlo con la mirada por el bar; al verlo maldijo por dentro su osadía, porque descubrió que Ángel contemplaba fijamente a Isabel, casi sin pestañear, con el rostro desencajado hasta tal punto que resultaba difícil saber lo que estaba pensando en esos momentos, y Laura, simplemente, se mordió la lengua. No podía decir ni hacer nada, ya que ellos dos no eran nada, no tenían nada; en cambio, Isabel y Ángel tenían un pasado en común...

16

«No alabes el día hasta que haya llegado la tarde; no alabes a una mujer hasta su pira; no alabes una espada hasta haberla probado; no alabes a una doncella hasta que se haya casado; no alabes el hielo hasta haberlo cruzado; no alabes la cerveza hasta haberla bebido.»

Aquel proverbio vikingo se le vino a la cabeza al ser testigo de aquel encuentro; por supuesto que no iba a posicionarse ni a favor ni en contra de Isabel o Ángel por algo que había sucedido en el pasado, sobre todo porque a ella la conocía sólo de oídas y a Ángel lo estaba empezando a conocer de verdad desde hacía muy poco tiempo, pero era cierto que sentía curiosidad por descubrir qué harían el alcalde y Fernando al verla, averiguar cómo se enfrentarían a esa situación que ninguno esperaba, para así saber un poco más de él y de aquel pasado que le había relatado... Laura se quedó ahí, en la barra, mientras bebía a pequeños sorbos la fría cerveza y observaba la primera reacción de todos los presentes en aquel bar; era como si, de golpe, hubiesen quitado el volumen a todas las conversaciones que se estaban manteniendo, a la vez que miraban con sorpresa a la recién llegada, para después buscar con los ojos a Ángel, para ver su reacción en vivo y en directo. Éste se había quedado congelado a escasos pasos de esa chica que había significado tanto para él años atrás. De repente, como si alguien accionase un botón, todos los vecinos que había allí reunidos se levantaron para saludarla con efusividad... A la hija de la farmacéutica, a la novia de toda la vida del alcalde, a la muchacha

que se alejó de allí porque éste cambió de idea y no quiso casarse con ella; aunque la verdad parecía ser otra bien distinta y Laura tenía el privilegio de conocerla y poder valorar aún mejor aquella situación que había hecho palidecer de súbito a Ángel.

Hombre, Isabelita, ¡cuánto tiempo sin saber de ti! exclamó en voz alta Fernando mientras se acercaba a ella a grandes pasos.

Eso es porque tú quieres, Fernandito, ya que vivimos cerca y siempre andas demasiado ocupado como para tomarte unos vinitos conmigo contestó ella antes de darle dos besos, de una forma excesivamente sensual y provocadora, como si supiera que todos sus movimientos eran supervisados por aquel hombre que seguía petrificado a escasas mesas de donde se hallaban.

Ya sabes que siempre es un placer encontrarme contigo, pero he estado bastante liado estos meses con un caso muy importante dijo con una sonrisa egocéntrica, provocando que a Laura se le revolviese el estómago pensando que solía atraer a ese tipo de espécimen de hombre y, por consiguiente, había tenido que lidiar con ellos más veces de lo que realmente le hubiese gustado...

Siempre hablando de trabajo, Fer... susurró Isabel a modo de regañina mientras hacía una mueca casi infantil, que el otro respondió con un seductor guiño de ojo.

No lo puedo evitar replicó mientras levantaba las manos en señal de disculpa por su comportamiento, aunque en realidad no pensara que aquello era algo por lo que debía justificarse. ¿Te vas a quedar mucho por el pueblo?

Unos días... respondió mientras se aseguraba, con una mirada, de que todo volvía a la normalidad tras su saludo a los antiguos vecinos y amigos que se encontraban allí esa tarde. Volvió a buscar con la mirada al único que no se había acercado a saludarla; éste seguía de pie, con el rostro pálido y los puños apretados. Veo caras nuevas... declaró fijando su atención en Laura, ya que Ángel había bajado la mirada para no cruzarla con ésta.

Ven, te la presento se ofreció Fernando, complacido al actuar como si del maestro de ceremonias se tratase mientras se acercaban

a Laura, que le dio un buen trago a la cerveza al ver lo que se le avecinaba. Isabel, ella es Laura, la nueva inquilina de la Albada y, además, es doctora... presentó con una sonrisa insolente, encantado de ser el protagonista de aquello. Laura, ella es Isabel, la hija de la farmacéutica y una espléndida relaciones públicas.

Encantada pronunció Isabel, tendiéndole la mano a modo de saludo.

Mucho gusto respondió Laura estrechándosela; se dio cuenta de que, en la distancia corta, Isabel resultaba todavía mucho más guapa, tenía una belleza casi hechizante, y comprendió por qué Ángel había elegido a la chica más bonita del pueblo como novia, aunque después aquello le hubiese roto el corazón.

¿Llevas mucho por aquí? quiso saber Isabel mirándola con interés, estudiando su cabello suelto, sus grandes ojos oscuros, su postura relajada y su abierta sonrisa.

Unas pocas semanas contestó con indiferencia a la vez que posaba el botellín en la barra. Y tú, ¿llevas mucho tiempo sin vivir en el pueblo?

¡Uf, sí, y doy gracias al cielo de que sea así! exclamó con énfasis, observando que la forastera era mucho más alta que ella y jactándose de poseer la estatura que la mayoría de los hombres consideraba ideal en una mujer, mientras miraba de reojo a Ángel, quien ya no se encontraba donde había permanecido todo ese tiempo. Vivir en un sitio tan apartado y tan pequeño es muy aburrido declaró en voz baja, guiñándole un ojo con complicidad.

Depende de para quién soltó Laura mientras cogía de nuevo la cerveza y se daba cuenta de que Rosa no se apartaba de donde estaban, para poder escuchar mejor la conversación y, si tenía ocasión, meter baza en su contra.

Eso lo dices ahora que llevas poco tiempo; cuando lleves años, me darás la razón, ¿a que sí, Fer? preguntó mientras le tocaba el brazo a éste y Fernando se hinchaba como si fuera un pavo real, rodeado de tres mujeres y las tres pendientes de él; el interpelado por fin asintió con petulancia.

Vaya, vaya... intervino Ángel acercándose donde charlaban Laura, Isabel y Fernando, atrayendo con esas palabras las miradas curiosas de todos los presentes, que enmudecieron de golpe para no perderse aquel esperado encuentro entre el alcalde y la hija de la farmacéutica; eso provocó que Rosa se alejara un poco de la primera línea de la barra, para poder mantenerse en un segundo plano, pero lo suficientemente cerca como para no perderse nada de lo que ocurría. ¡La hija pródiga ha vuelto!

Hola, Ángel, ya creía que no me ibas a saludar soltó con una engreída sonrisa posando sus ojos en el alcalde. Pues sí, ya me tocaba hacer una visita a mi gente.

Después de cuatro años, ya tocaba, sí... susurró con indiferencia, posicionándose al lado de Laura para poder tenerlos enfrente y, además, sentir la presencia de la doctora, que lo apaciguaba.

¿Me has echado de menos, Ángel? preguntó mientras le guiñaba un ojo con picardía y le recorría con la mirada el esplendoroso cuerpo, que se hallaba demasiado cerca del de la forastera, algo que no le gustó especialmente.

Lo siento mucho por tu ego, pero no, no te he echado nada de menos sentenció con dureza, mirándola con frialdad y rencor.

Qué pena, porque yo sí... dijo mientras entornaba los ojos, haciendo que sus pestañas, perfectamente maquilladas, acariciasen sutilmente sus rosadas mejillas.

No digas tonterías, Isabel replico él de malas maneras sin que le afectasen lo más mínimo aquellas artes de seducción que siempre había utilizado con él y que en el pasado le habían funcionado invariablemente.Tú nunca me has echado de menos, ni ahora ni antes, cuando estábamos juntos. Tú siempre has pensado en ti y después también en ti...

Pero, Ángel, recuerda que fuiste tú quien me dejó; yo sigo teniendo el corazón partido declaró teatralmente atusándose con coquetería el cabello perfectamente peinado.

Isabel, tienes muy poca vergüenza le susurró en voz baja, retándola con la mirada mientras apretaba la mandíbula para frenar

su rabia. Tú y él, los dos, sois tal para cual.

Ay, Ángel, con lo bueno que estás ahora y no me acuerdo de las razones por las que me dejaste comentó con lascivia mientras deslizaba el dedo por el fuerte bíceps de su brazo derecho.

¿Quieres que las diga aquí, delante de todos? Porque ahora no tengo veintitrés años, Isabel, ahora me da igual lo que puedan decir de mí gruñó apartando el brazo de un brusco movimiento para que no lo tocase, a la vez que la desafiaba con la mirada, con seriedad y determinación.

Vamos, Isa, parece que a Ángel se le ha subido mucho el caché de alcalde a la cabeza objetó Fernando nervioso, intuyendo que, si seguían así, se desvelaría la verdad ante la mirada curiosa de los vecinos y, por tanto, su imagen se vería afectada.

Sí, es lo mejor... masculló ésta con coraje, al comprender que sus tácticas ya no funcionaban con Ángel.

Fernando acompañó a Isabel hasta su casa y los vecinos que se habían quedado fisgando aquella conversación comenzaron a cuchichear acerca de las razones por las cuales Ángel le había dicho esas cosas a la dulce Isabel y al niño bonito del pueblo.

¿Estás bien? le preguntó Laura en voz muy baja para que únicamente lo oyese él.

No te preocupes por mí, doctorcita farfulló enfadado antes de coger la chaqueta y salir del bar sin decir nada más.

Laura se quedó quieta, contemplando cómo salía de allí, malhumorado, frustrado por un pasado que había vuelto con más fuerza si cabía y ante el cual no sabía muy bien cómo debía comportarse...

Uy, creo que al yogurín ya no le hace efecto tu presencia. Es que Isabel siempre lo ha hechizado insinuó Rosa con resquemor, haciendo que la doctora se irguiera en el taburete.

Aunque a ti te moleste, el yogurín es libre de hacer lo que le plazca replicó con tranquilidad mientras se levantaba del asiento, incluso de volver con Isabel si le apetece, en eso no nos podemos meter ni tú ni yo sentenció con determinación, haciéndole creer que

a ella no le afectaría aquella circunstancia, aunque la realidad fuese otra bien distinta.

Buscó con la mirada a su casero y le hizo un gesto para salir de allí y volver a casa, mientras agradecía la idea que había tenido esa tarde de haber ido al bar en su propio coche, ese que le había prestado el Redondo, y no en el Lamborghini amarillo de Fernando... La vuelta a la Albada resultó tensa. Pedro valía más por lo que callaba que por lo que hablaba, eso ya lo había notado en multitud de ocasiones, y aquélla fue otra muestra más.

Monina, nunca hagas caso de las habladurías. Los vecinos a veces se meten en cosas que no les atañen; incluso, sin querer, distorsionan la realidad. Lo que tienes que hacer es seguir tu instinto comentó mientras bajaban del todoterreno y Laura lo acompañaba hasta la puerta de la cabaña.

¿Por qué me dices esto, Pedro? preguntó, extrañada por aquella revelación que no venía al caso.

Porque mi nieto siempre será mi nieto, y lo querré haga lo que haga, pero también sé cómo es en realidad... susurró visiblemente angustiado. Y sé de lo que es capaz, y me da rabia, no sabes cuánta, que a veces haga daño a personas que son buenas de verdad.

¿Estás hablando de alguien en particular? inquirió intuyendo por dónde iba el buen hombre mientras éste asentía con la cabeza. ¿De Ángel?

Sí, monina... musitó con pesar. No sé por qué, pero desde la adolescencia mi nieto le ha tenido una rabia enfermiza. Cuando venía a pasar el verano, se pasaba los días intentando fastidiarlo, procurando que todos pensaran de él algo que no era... Gracias a Dios que los vecinos saben cómo es nuestro alcalde en realidad; si no, no me hubiera perdonado la intromisión de mi nieto...

Y sé, aunque no te pueda decir de qué manera, que él tuvo algo que ver en la ruptura de Ángel con Isabel. No creo que fuera casualidad que rompiesen justo en las mismas semanas en las que Fernando pasaba sus vacaciones aquí...

¿Fernando sabe que tú eres consciente de lo que hace? planteó, asombrada por el sexto sentido que poseía el anciano.

No, Laurita. Él cree que soy un viejo tonto que se conforma con que venga de vez en cuando, que no tengo ni idea de lo que hace cuando está por aquí y que vivo en la inopia... Pero no me chupo el dedo y veo más allá de las palabras; observo las acciones y, sobre todo, las reacciones... declaró con gran sabiduría, haciendo sonreír con ternura a Laura.

Fernando debería aprender a ser tan buena persona como lo eres tú comentó con sinceridad, ya que para ella Pedro era un buen hombre al que le había cogido mucho cariño.

Ay, monina, a mi nieto le encanta ser un tiburón... confesó mientras negaba con la cabeza, desaprobando aquella conducta tan alejada de los valores que había intentado inculcarle... y me temo que lo será hasta el fin de sus días.

Él piensa que todo el mundo debería estar agradecido por su mera existencia, que deberían besar el suelo por donde pisa, cuando en realidad sólo es uno más en este mundo que vivimos, alguien insignificante, alguien que lo está haciendo mal, muy mal...

¿Por qué me hablas de esto ahora, Pedro? preguntó con curiosidad.

Como te he dicho, no me chupo el dedo... repitió mientras le guiñaba un ojo. Mi nieto se ha fijado en ti. Supongo que no te sorprende, porque se nota que no quieres darle pie a nada agregó con una sonrisa divertida al haber sido testigo de los continuos desplantes que le hacía ésta a Fernando, y también sé que no os odiáis tanto el alcalde y tú. No te angusties, que nadie más del pueblo lo sabe, sino te lo diría, pero he visto cómo os miráis cuando creéis que nadie os ve y, eso, no es odio, monina... declaró mientras le guiñaba por segunda vez el ojo.

Ángel y yo no tenemos nada, Pedro... susurró mientras se levantaba el cuello de la chaqueta, ya que el frío se había instalado con más fuerza en aquellas tierras.

Eso es lo que quieres que yo piense, pero se nota que no es así... Ya te dije que los que se odian están más cerca de quererse que de otra cosa soltó entre risas, al presentir que estaba en lo cierto.

Nunca he odiado a Ángel... afirmó Laura con sinceridad.

Eso ya lo sé, es imposible hacerlo, aunque haya dos personas en el pueblo que así lo sientan. Pero no es porque él haya hecho algo malo, sino por ser cómo es, un buen hombre, un maravilloso vecino, un alcalde ejemplar y una persona que, realmente, vale la pena.

¿De verdad es tan bueno, Pedro? preguntó con interés, fiándose de la palabra de su casero y amigo, el cual le había demostrado en varias ocasiones la perspicacia que poseía.

Sí, es un hombre íntegro, una persona que jamás dudaría en echar una mano a algún vecino, un joven de fiar...

Me temo que es demasiado bueno... murmuró la joven mientras le daba una patada a una piedra, pensando más en ella misma que en otras cosas...

Nunca sé es demasiado bueno, Laurita sentenció el hombre observando cómo se le había entristecido el gesto.

Para mí, sí; no estoy acostumbrada a encontrarme personas así le explicó con vergüenza, al admitir que había conocido a gente que carecía de los valores que poseía Ángel, de los cuales había sido testigo en más de una ocasión.

Eso es porque te has movido por círculos malos y no has mirado más allá de las apariencias afirmó Pedro.

Es posible... susurró Laura con melancolía, deteniéndose al lado de la puerta de la cabaña de éste.

¿Qué vas a hacer ahora? preguntó el anciano sacando las llaves del bolsillo de la chaqueta para abrir la puerta de su hogar.

Irme a casa... respondió ella señalando la cabaña que se encontraba oculta en la oscuridad de la noche.

No me refería a eso... murmuró su casero mientras le sonreía con cariño.

No lo sé, Pedro confesó mientras levantaba los hombros para reafirmar sus palabras.

Escúchame, monina: el tiempo pasa demasiado rápido; no dejes las cosas para más adelante, porque, quizá, ese tiempo nunca llegará. Coge el toro por los cuernos, sal a torear y haz lo que tengas que hacer para sentirte bien contigo misma, ése es el truco para ser feliz.

Gracias, Pedro dijo con una tímida sonrisa mientras se acercaba a él para darle un afectuoso abrazo, que le reconfortó el alma.

Hasta mañana, Laurita; piensa en lo que te he dicho y no repares en las consecuencias recordó acariciándole la cara en un gesto paternal, haciéndole sonreír por el cariño que sentía por su vecino.

Laura se encaminó hacia la casa rememorando las palabras de Pedro, sintiendo que ese buen hombre la conocía más de lo que ella creía, y sonrió al no sentirse sola...

«Lo mejor de la vida es la vida misma. Asegúrate de que disfrutas cada momento y dejas un buen nombre tras de ti. No hay nada mejor que estar vivo y contento.»

Y por segunda vez en esta tarde, un proverbio vikingo afloró en su mente, condicionando sus decisiones y llevándola por el camino que siempre había deseado su padre, aunque estuviera en ese lugar por motivos profesionales, a la espera de recibir el aviso que la devolviese de nuevo a la capital para pasar a la segunda fase en aquella causa; mientras tanto, intentaría disfrutar al máximo cada momento que tuviera que vivir en aquel pueblo. Se dirigió al coche, arrancó el motor y encendió las luces para emprender el camino de regreso a Alcubilla de Avellaneda. Las calles estaban tranquilas, la oscuridad se había instalado hacía horas y los lugareños estaban en el bar o ya en sus respectivas casas.

Aminoró la velocidad al llegar a la casa de Ángel, de la cual sabía su ubicación gracias a las indicaciones que Pedro le había dado durante sus charlas mientras conducían por allí. Laura sonrió al saber que el Redondo era listo como ninguno, ya que sabía que esa información le vendría bien algún día. Dejó el vehículo estacionado

cerca de la casa; le importaba bien poco si alguien lo reconocía, ya que había visto que su tapadera comenzaba a hacer aguas por todas partes.

Oprimió el timbre sintiendo cómo los latidos de su corazón la ensordecían, nerviosa por la reacción que pudiera tener él al verla ante su puerta, sin ocultarse tras ningún disfraz o excusa, siendo simplemente Laura. Los segundos pasaban, angustiosos al no percibir ningún sonido procedente del interior; volvió a pulsar el timbre, esa vez con mayor insistencia, pero el resultado fue el mismo: el silencio. Se mordió el filo de la uña, inquieta al desconocer dónde podría encontrar a Ángel y sin saber muy bien qué le diría cuando lo tuviera enfrente, sólo dejándose llevar por aquel alocado impulso de volver a verlo, de comprobar si se encontraba bien... Regresó sobre sus pasos, complacida de que nadie la hubiese visto delante de la puerta de la casa del alcalde, y se subió al todoterreno. Si no estaba allí, quizá se había ido a sus tierras; a veces se quedaba allí... a lo mejor aquel día sus pies lo llevaron a aquel lugar que tanto amaba.

Puso de nuevo el vehículo en marcha y volvió a recorrer el trayecto que llevaba a las afueras del pueblo, deseando dar con él allí, ya que no se le ocurría otro sitio al que recurrir...

Apagó las luces y el motor; el silencio sólo era roto por los sonidos de algún animal nocturno. Laura metió las manos en los bolsillos de su chaqueta mientras se acercaba a la gran edificación de madera con cuidado, ya que la oscuridad de la noche le hacía más difícil avanzar por aquel camino repleto de piedras y baches. Buscó con la mirada la camioneta de Ángel y luego algún tipo de luz que le diese una pista de dónde hallarlo, pero nada, ni rastro de ese alcalde que se le había metido bajo la piel. Probó suerte picando todas las puertas de la edificación, pero lo único que consiguió como respuesta fueron unos balidos y un relinchar nervioso... Frustrada y decepcionada, se dirigió de nuevo al todoterreno para emprender el regreso a casa, sin saber dónde estaba y qué estaba haciendo Ángel en esos momentos.

Suspiró decaída a la vez que detenía el coche delante de la cabaña que había alquilado, se bajó sin ánimos de nada, sólo pensando en cuál sería el estado de ánimo del alcalde después de enfrentarse con un pasado que lo había marcado para siempre.

Buenas noches oyó a sus espaldas. Laura se giró para devolverle el saludo.

Buenas noches... dijo desganada al comprobar de quién se trataba; sin duda no era la persona que deseaba encontrarse en aquellos momentos.

¿Qué haces por aquí tan tarde? preguntó Fernando acercándose más a ella.

Irme a casa... Señaló con la mano la obviedad de hallarse allí y no en otro lugar.

Eso ya lo sé, mujer soltó entre carcajadas, haciendo que Laura arqueara una ceja al no darle sentido a aquella conversación que le pareció insustancial.

Lo que me gustaría saber es qué haces fuera tan tarde; sé que mi abuelo está en casa desde hace un buen rato y que lo has traído tú.

He ido a dar un paseo... improvisó sin ganas de mantener una conversación con ese tipo que tanto daño le había hecho a Ángel.

Un buen paseo es lo que me gustaría darte a ti anunció con voz suave pero cargada de intenciones a escasos centímetros de ella.

Buf... resopló alzando la mirada al cielo estrellado, armándose de valor para zanjar aquel embarazoso asunto. Mira, Fernando, he intentado que te dieses cuenta tú solo, más por respeto a tu abuelo que por otra cosa, pero, visto lo visto, creo que debo ser algo más directa contigo comentó con seriedad, enfrentándose al fin a ese galán de tercera que la desquiciaba con tan sólo abrir la boca. Ahórrate conmigo tus frases con segundas intenciones, olvídate de que soy una mujer soltera, ignora que soy carne fresca y nueva por aquí...

porque, para ti, no estoy en el mercado. Fernando, no me gustas, para nada, y quiero que sepas que, aunque utilices todos los

recursos que conozcas, toda la palabrería, los gestos románticos y lo que tú quieras, conmigo no te van a funcionar.

Eso es lo que crees ahora, pero te aseguro que muchas mujeres me han dicho eso mismo y han acabado sucumbiendo a mis encantos.

Puede ser, pero yo no soy una de ellas. A mí no me van los hombres como tú y te aseguro que he conocido a peores... dijo con una sonrisa ladeada. De verdad, no te esfuerces conmigo, porque sólo perderás el tiempo.

Aún no sabes cómo soy, Laura. Puedo ser encantador cuando quiero.

Tú lo has dicho: cuando quieres. Por eso, no quieras serlo conmigo, porque no te va a funcionar, repito.

Ahora tengo todavía más ganas de seducirte, Laura... susurró dando otro paso más hacia ella, que ésta contrarrestó retrocediendo un par de pasos.

Pues espero que se te quiten de golpe, majete lo advirtió con dureza, tras comprobar que la suavidad en sus palabras no había hecho efecto en él, porque no me gustaría dejarte mal delante de los vecinos, y te puedo asegurar que no me ando con tonterías y, si para que ceses de molestarme tengo que dejarte de pena delante de ellos, te aseguro que lo haré... y sin titubear informó con decisión.

Menuda gatita peleona estás hecha... replicó con insolencia.

Más que gatita, soy una pantera cuando alguien me joroba, y tú, ahora mismo, lo estás haciendo sentenció con rotundidad encarándose a él, dejándole claro que no se andaba con remilgos y que era capaz de hacer eso y más.

De acuerdo dijo sonriente a la vez que alzaba ambas manos como muestra de su rendición. No te molestaré más.

Más te vale soltó reafirmando su postura. Buenas noches añadió secamente.

Buenas noches, doctora... susurró Fernando mientras observaba cómo se daba la vuelta para dirigirse a la cabaña y escondía tras la oscuridad una astuta sonrisa.

Laura abrió la puerta y entró sintiendo que la sangre le herviría de un momento a otro. No le gustaba nada ese tipejo; ya desde el primer contacto le había parecido alguien del que debía estar alejada, y más aún desde que sabía que él fue el elemento conductor de la desconfianza de Ángel. Se quitó la chaqueta y encendió las luces del salón; de repente, unos golpes en la puerta provocaron que se le helase la sangre. Como Fernando se atreviera a llamar a su casa y proponerle cualquier trato sexual, aquello acabaría como en Troya; aunque viese peligrar su verdadera identidad, no iba a permitir que un prepotente y mimado abogado la violentara cada dos por tres.

¿Quién es? preguntó cerca de la puerta de malas maneras, ya que no se fiaba del letrado y de su poca palabra.

Soy yo... susurraron desde el otro lado, provocando que se le erizara el vello del cuerpo y su respiración se entrecortara.

17

Oyó cómo le daba vueltas a las llaves para abrirle la puerta y sonrió tímidamente cuando la vio. Laura mostraba una mirada preocupada y extrañada al verlo ahí, delante de su casa, despeinado y confundido.

¿Puedo pasar? planteó Ángel con timidez.

Claro, claro susurró dejándole entrar y volviendo a cerrar la puerta.

¿Dónde estabas? ¡Te he estado buscando! soltó nerviosa al verlo como si nada en su casa, después de haber ido en su busca.

Ángel la miró y sonrió a la vez que se sentaba en el mullido sofá.

Te estaba esperando.

¿Aquí? preguntó Laura señalando aquel lugar.

Sí... Estaba ya cuando has acompañado a Pedro hasta el quicio de la puerta de su cabaña; he visto cómo te volvías a subir al coche para marcharte, para al cabo de un buen rato volver. También he sido testigo del encuentro que has tenido hace un segundo con Fernando...

¡Había ido a buscarte! exclamó sentándose a su lado, observando su palidez y el aturdimiento en sus preciosos ojos. Al no encontrarte ni en tu casa ni en tus tierras, he regresado...

Creía que te habías ido con él... farfulló con dolor mientras fruncía el ceño al recordar aquella sensación amarga al pensar en esa opción.

No, Ángel, yo no soy como Isabel.

Ahora no tengo dudas, he visto cómo le has hablado a ese gusano declaró con orgullo, posando su sincera mirada en ella.

Tiene suerte de que su abuelo sea una grandísima persona, porque se merecía que le hubiese dicho mucho más sentenció con rabia mientras apretaba los puños para frenar su carácter. Dime, ¿por qué no me has avisado de que estabas aquí antes de que cogiera de nuevo el coche?

No lo sé... Estaba escondido detrás del gran árbol que hay aquí al lado, aguardando a que estuvieses sola para poder hablar contigo, pero, al ver que te ibas, no sé por qué no he hecho nada para detenerte... murmuró mientras se despeinaba, nervioso, el cabello, descargando así la frustración que sentía por no haberla avisado de que estaba esperándola.

¿Cómo estás? preguntó acariciándole la espalda con cariño.

Raro susurró, agradecido por aquella muestra de afecto por su parte.

Hacía muchos años que no veía a Isabel, que no oía su voz y no volvía a mirar esos ojos que me cautivaron años atrás...

Me fijé en tu reacción cuando apareció en el bar confesó en voz baja.

Parecías perdido, como si lo que estuvieras viendo no fuera real.

Así es exactamente cómo me sentí... Imagínate, Laura, después de tantos años, que vuelva mi ex, que entre allí como si no hubiera pasado nada, como si nunca se hubiera ido...

¿En serio? ¿No había regresado desde aquel día en que decidió irse a vivir a la ciudad? preguntó extrañada.

No lo había hecho. Aunque su madre viva aquí, Isabel jamás ha venido a visitarla, es su madre la que va de vez en cuando a verla... No sé muy bien por qué ha regresado ahora; supongo que era cuestión de tiempo que, al final, diese el paso y decidiera pisar de nuevo el pueblo del que huyó aseveró echándose para atrás para apoyar la espalda en el respaldo del sofá.

Vaya tela... Laura chasqueó la lengua con desaprobación.

Me ha costado reaccionar... Joder, ¡qué imbécil soy! exclamó exasperado a la vez que se frotaba la cara con ambas manos. No sabía cómo actuar cuando la he visto entrar, ¿qué podía hacer en una situación así? Cuando Fernando se ha acercado a hablar con ella, me ha faltado poco para que la repulsión que me ha provocado se reflejara en una arcada de asco, y eso hubiera alertado a los vecinos. Con todo, lo que ha hecho que me acercara a ellos no ha sido verlos juntos, ni ver cómo se reían aunque estuviera a poca distancia de ambos. No, lo que me ha hecho dar un paso y ponerme frente a ellos has sido tú...

¿Yo? preguntó, extrañada ante aquella revelación.

Sí... ¡Joder, Laura, no sé cómo explicártelo! He salido del bar hecho un mar de dudas porque no he entendido ese impulso que me ha provocado ponerme delante de ella, mirarla de nuevo a los ojos y decirle lo que siento de verdad..., pero, después de dar un largo paseo por mis tierras, he comprendido lo que ha ocurrido... susurró mientras buscaba la mirada confundida de Laura.

No quería que estuvieran cerca de ti, ni siquiera que te hablaran, y no te exagero cuando te digo que tampoco quería que te miraran, porque tú no eres como ellos, tú eres Laura frunció el ceño, consciente de que aquello no explicaba nada e incluso lo liaba todavía un poco más si cabe, tú eres especial y no podía mirar hacia otro lado cuando los he visto tan cerca de ti... Por eso he decidido hablar con ella; no por gusto, ni para cerrar un capítulo de mi vida ni nada de eso. He intervenido porque necesitaba asegurarme de que no pudieran decirte algo que te pudiese herir...

Eres una gran persona, Ángel anunció Laura con una sonrisa al reafirmar lo que sabía desde hacía tiempo.

No te creas, le hubiera pateado el culo a Fernando cuando te ha cogido por la cintura para llevarte a su mesa confesó con una mueca de disgusto, al no sentirse orgulloso de aquel pensamiento.

Y yo te lo hubiera agradecido... ¡Menudo tostón de tío! soltó entre risas.

Nunca me había pasado eso... El querer patear el culo de alguien que se acercara a una amiga especial reflexionó en voz alta, arrugando el ceño, todavía más preocupado si eso era posible.

Es comprensible... Ese alguien te faltó al respeto liándose con tu novia y, además, fue quien te hizo descubrir cómo era ella de verdad... repuso dándole la explicación que necesitaba para entender aquella reacción.

Sí... susurró el alcalde concentrado, sopesando aquella posibilidad y no otra mucho más peligrosa para él, aquella que temía pensar y, mucho más, pronunciar.

Creo que Rosa sabe que estamos enrollados informó Laura cambiando un poco el tono de la conversación, ya que veía a Ángel demasiado serio y meditabundo.

¿Por qué lo dices? preguntó con curiosidad.

Básicamente porque me espetó que le parecía mal que me fijara en alguien más joven que yo explicó mientras cruzaba las piernas.

Qué exagerada, como si nos lleváramos veinte años replicó mostrando una media sonrisa, un poco más animado al abordar ese tema, más ligero que el anterior.

Bueno, es un pensamiento común, Ángel, y más en un pueblo tan pequeño como éste... Aunque nos llevemos poco, siempre seré mayor que tú y eso nadie lo puede cambiar... Ellos me verán como una madurita a la que le gustan los yogurines concluyó categóricamente.

¿Madurita a la que le gustan los yogurines? reiteró enarcando una ceja y aguantándose las ganas de reír ante aquella descripción de ambos. A mí eso me da igual, Laura... Me gusta estar contigo, y me importa un bledo que seas unos años mayor que yo. La verdad es que ni siquiera lo noto, no noto esa diferencia cuando estamos así hablando o cuando estamos gimiendo... Laura entendía a lo que se refería; ella tampoco percibía la diferencia de edad.

La gente comenzará a hablar de lo que tenemos; es sólo cuestión de tiempo que se enteren todos los lugareños susurró fijándose en que a Ángel le había cambiado el tono de voz cuando había

pronunciado la última palabra, casi de una manera ilegal y tan tentadora que tuvo que hacer un esfuerzo para no devorarlo entero sobre el sofá de aquella casa.

Que hablen soltó sin importarle lo más mínimo que la gente lo supiera y que fueran la comidilla de todos los habitantes de aquel lugar.

Pero, Ángel, sabes que este pueblo no se contentará sólo con saber que no nos odiamos, querrán ponerle etiqueta a lo que tenemos y lo nuestro no tiene nombre... comentó Laura con serenidad, consciente de que debían abordar esa cuestión tarde o temprano, sobre todo desde que Rosa le había dejado ver que intuía que estaban liados.

Me da igual cómo lo llamen, Laura... No quiero esconderme más, quiero que la gente sepa que tú y yo somos algo, aunque no se sepa muy bien aún el qué confesó Ángel girándose hacia ella para poder tenerla cara a cara.

Pero eso sería romper el acuerdo que hicimos le recordó, procurando que no notara cómo le afectaba a la voz su mirada clara y sincera.

Sólo sería modificarlo, todo lo demás no se vería alterado... masculló mientras encogía ligeramente el ceño, percibiendo el peligro que corría ante aquel tentador acuerdo, el cual no quería rescindir.

No sé, Ángel, yo no lo veo tan sencillo... En un principio dijimos que esto sería efímero, sólo sexo y diversión, pero, al enterarse la gente, sin duda se complica más acotó Laura con temor de que, al ser su relación con Ángel de dominio público, ella se viese afectada negativamente si llegara a oídos de sus superiores.

¿Por qué? No te tiene que importar que crean que somos algo más, lo importante es saber lo que tú y yo sentimos... Y, esto, es sólo sexo... aseveró con una rotundidad que no sentía, pero que quiso aparentar.

Ya... murmuró Laura mirándose las manos, sin comprender muy bien cómo habían llegado a tocar ese tema tan delicado y del que no

podía hablar tan francamente como deseaba. Ángel, ¿por qué te contentas sólo con una relación sexual? A ver, no me malinterpretes.. .añadió al ver confusión en su rostro debido a sus palabras. Eres un hombre muy atractivo, simpático, agradable y una muy buena persona... ¿Por qué no buscas una pareja formal, alguien con quien pasar el resto de tu vida?

Porque no quiero eso, Laura sentenció mirando hacia la ventana para no tener que enfrentarse a los elocuentes ojos de Laura. Ya sé lo que es tener una pareja, sé lo que es sentirse en manos de otro, y no quiero volver a pasar por ello jamás. No quiero sentirme atado a nadie, me niego a volver a cometer el mismo error; no puedo volver a convertirme en un pelele manejado por una mujer... aclaró avergonzado.

Pero no todas las mujeres son como Isabel, Ángel. Ahí fuera debe de haber una buena chica capaz de darte la felicidad que mereces, sin temores y sin mentiras... Es una pena que malgastes tu vida en rollos de poco más de una noche comentó Laura sintiendo que él se merecía algo mejor que lo que estaban viviendo, aunque eso significase que ella pudiera quedar fuera de esa ecuación tan tentadora.

No soy el único que quiere una relación meramente sexual... Dime, ¿por qué te contentas tú con eso? preguntó mientras examinaba con la mirada sus nerviosos gestos.

Porque no puedo optar a algo más serio, Ángel... En un año, te diría que quizá incluso en mucho menos, me marcharé de aquí y volveré a mi vida...

¿Por qué tienes que esperar ese tiempo? ¿Qué tiene que cambiar para que te vayas y regreses a tu antigua vida? planteó con curiosidad, haciendo que ésta se moviera, incómoda, en el asiento, pues no podía eludir aquello por más tiempo y debía dar una respuesta que, a pesar de no ser del todo sincera, ya que no podía decir claramente por qué estaba allí, debería echar mano de una vivencia de su pasado que pudiese calmar su sed de información Porque espero que en esos meses se olviden de mí... susurró

mientras fruncía el ceño al recordar el duro pasado que había vivido y que la había cambiado por completo, tanto como para dar un giro tan brusco a su vida.

¿Quién, Laura?

Un hombre... declaró con la voz quebrada por el dolor al rememorar aquella parte de su vida que la avergonzaba y que le hacía sentirse vulnerable, aunque ya estuviese superado.

¿Era tu pareja?

Sí; bueno, no... ¡Es bastante complicado! exclamó con una risa inquieta al no poder ponerle etiqueta a ese hombre que había sido el causante de que experimentara un dolor indescriptible. Resulta difícil de explicar, pero necesito esconderme de esa persona para que se olvide de mí, para que no recuerde ni que existo... susurró mirándose las manos. Aquello le estaba resultando más difícil de lo que creía.

¿Por qué? ¿Te hizo algo? exclamó apretando los puños, rabioso sólo de pensar que alguien hubiese sido capaz de lastimar a esa chica que tenía delante.

Me engañó de una forma vil y rastrera, dejándome claro que no valía para nada si él quería... confesó con la voz rota al rememorar aquellos días.

¡Eso no es cierto! Tú vales mucho, Laura. Yo he visto lo buena que eres como doctora, como vecina y como amiga...

Gracias, Ángel murmuró con una tímida sonrisa. Esa persona me hizo creer todo lo contrario, mintiéndome y utilizándome de una manera cruel, arrebatándome todo lo que yo creía y pensaba, haciendo que me olvidase de mis fieles valores…

¡Qué hijo de puta! soltó, enfadado con la persona que había lastimado a Laura. Escúchame dijo alzándole el rostro con cuidado para que ella lo mirase a los ojos: No estás sola y nunca lo estarás. Me tienes aquí contigo, a tu lado, y jamás permitiré que nadie te haga daño. ¡Jamás!

Laura sonrió tímidamente mientras se dejaba abrazar por él, sintiendo tranquilidad al saber que esas palabras que acababa de

pronunciar eran totalmente sinceras, porque Ángel era así: verdadero. Una sensación de plenitud la invadió por dentro al percibir el calor del cuerpo de él; su agradable olor la reconfortaba, aquel olor fresco y suave a naturaleza hacía que él se convirtiese en su refugio. A su lado se había olvidado de tantísimas cosas que le angustiaban que sabía que, teniéndolo al lado, todo iría bien; incluso le hacía olvidarse de la verdadera razón por la que se encontraba allí, pero eso era otro tema, algo de lo que de momento no podía contar más; aunque se sintiera como en casa entre sus brazos, sabía que jamás podría ser franca con él, que nunca podría hablarle con sinceridad de aquel triste suceso que la cambió ni tampoco qué hacía ella allí, deambulando como una turista que desea alejarse de todos, cuando en realidad está al acecho... Notó que éste le daba un tierno beso en la cabeza y cerró los ojos para impregnarse de aquel maravilloso recuerdo, el de un buen hombre, una persona extraordinaria, dándole lo que más ansiaba en aquellos instantes: cariño de verdad.

Ven, quiero mostrarte algo dijo Ángel de repente, rompiendo aquel vínculo íntimo que habían creado y poniéndose de pie mientras le tendía la mano para que ella la cogiera.

¿A dónde vamos? preguntó extrañada al descubrir que se dirigían al exterior de la casa.

Quiero que conozcas uno de mis lugares preferidos comentó con una preciosa sonrisa que hizo estremecer a Laura de la cabeza a los pies, consciente de que, cualquier cosa que él le pidiera, la aceptaría encantada, sin poner objeciones, sólo dejándose llevar por aquella sensación de plenitud cuando lo tenía cerca...

Anduvieron cogidos de la mano por los bosques que delimitaban aquel paraje; la noche era cerrada y sólo los iluminaba la tenue luz de la luna y una pequeña linterna que Ángel guardaba siempre en la chaqueta. Laura lo siguió sin preguntar nada más; sabía que con él podía estar tranquila y aquello la hizo reflexionar mientras lo miraba de reojo, sin apreciar muy bien sus rasgos, ya que la casi oscuridad le dificultaba aquella maravillosa tarea de admirarlo, aunque se los

sabía de memoria y, de pronto, sintió un cosquilleo latente en su estómago que le hizo cerrar los ojos con temor... No podía dejar que los sentimientos estropearan lo que tenía con Ángel; él no quería nada serio con ella, se lo había repetido en multitud de ocasiones, y ella le había dejado claro aunque en aquellos instantes no lo sintiese así que tampoco deseaba nada a largo plazo, ya que su estancia tenía fecha de caducidad y no anhelaba tener nada serio que estropeara su vida en la ciudad.

Ya hemos llegado susurró Ángel con voz suave, haciendo que Laura se detuviese a su lado para contemplar aquel lugar.

Lo que vio allí la dejó con la boca abierta. Un hermoso claro del bosque en forma circular se abría ante sus ojos; los frondosos árboles creaban una intimidad hechizante; las estrellas se podían ver sin problemas desde aquel sitio; el agradable aroma de la vegetación la embriagaba y la mágica música de los animales nocturnos hacía aquel espacio mucho más especial. Sonrió al distinguir la camioneta de Ángel, que se hallaba estacionada en mitad de aquel claro, esperando a que éste volviera de su caminata, que finalmente lo había llevado a casa de la doctora.

Ven, siéntate aquí propuso llevándola a la parte de atrás de su vehículo y abriendo el maletero para poder sentarse ahí. Cuando estoy preocupado o necesito reencontrarme, vengo aquí, admiro las estrellas y pienso que mis problemas son diminutos si los comparo con ellas... explicó acomodándose en el maletero de su camioneta.

Hay muchísimas... susurró Laura mientras admiraba, embelesada, el cielo estrellado sentada al lado de Ángel.

Sí, y nosotros sólo somos del tamaño de una molécula en relación con ellas expuso en tono filosófico, haciendo que Laura lo mirase con una sonrisa en los labios, disfrutando al descubrir cada aspecto de su personalidad y deseando saber más, mucho más de Ángel.

Acepto ser la médica del pueblo soltó sin venir a cuento, consiguiendo que Ángel la mirase sorprendido por tal afirmación.

¿En serio?inquirió asombrado.

Sí sentenció con decisión, sintiendo que aquel paso dado la reconfortaba como jamás había creído que lo hiciera.

¿Por qué? indagó, extrañado por aquel cambio de idea.

Porque no es justo que los vecinos paguen por algo que tengo que superar y sé que, si acepto ser vuestra doctora, me ayudará a dominar este temor que experimento... contestó dejando de admirar las estrellas para mirar a los ojos de Ángel.

Me lo dijo el Redondo... ¡Qué listo que es ese hombre! exclamó el alcalde sonriendo mientras negaba con la cabeza al constatar que aquel anciano había acertado una vez más en sus conjeturas sobre la forastera.

¿Qué te dijo? preguntó contagiándose de su risa.

Que sólo era cuestión de tiempo que aceptases ser nuestra doctora... Ésta encogió los hombros al descubrir que Pedro ya lo sabía, a aquel hombre no se le pasaba ni una.

Dime, Laura, ¿por qué tenías miedo de ser nuestra médica? Prácticamente has ejercido desde que llegaste...

Lo sé, y lo he hecho porque no me ha quedado otra alterativa... Mira, Ángel, desde que murió mi padre a causa de la negligencia médica que te comenté, sentí aversión por mi profesión; era como si no pudiera volver a ejercer, como si algo me lo impidiera, como si me hubieran borrado todos los conocimientos que había adquirido... Pero, desde que estoy aquí, me he dado cuenta de que mi instinto es mucho más fuerte que ese bloqueo que me imposibilitaba trabajar en lo que siempre he deseado explicó con sinceridad, sintiéndose cómoda al hablarle de su vida.

Mi madre siempre me ha dicho que el miedo se combate haciendo aquello que temes... susurró pensativo a la vez que admiraba de nuevo las estrellas.

Laura cogió la linterna que descansaba al lado de Ángel y la encendió para luego mover el haz de luz por los árboles de alrededor y la vegetación que reinaba en aquel lugar, asegurándose de que no había ningún animal al acecho.

¿Qué haces? inquirió divertido al comprobar que no paraba de mover el haz de luz de un sitio a otro.

¿Quieres que te cuente una historia de miedo? preguntó juguetona mientras se ponía de rodillas y dirigía la luz de la linterna hacia el borde de su barbilla, iluminando su rostro de una manera terrorífica y dando carpetazo, de golpe, a la conversación tan seria que estaban manteniendo, para poder animar un poco al alcalde, que se había quedado serio y reflexivo.

Prefiero otro tipo de historias... murmuró él acariciando los muslos de Laura con delicadeza.

¿Qué historias? planteó acercándose un poco más a él e iluminando el esplendoroso cuerpo de Ángel con la linterna como si de una caricia se tratase.

De sexo... dijo, haciendo que esa pequeña frase la encendiera como jamás imaginó que haría.

Había una vez una chica un poco singular comenzó a narrar Laura apretando los muslos para apaciguar en lo posible la excitación que de repente la atravesó como un rayo que se marchó a un pueblecito recóndito en busca de la soledad y, lejos de encontrarla, halló allí a un vaquero que le hacía ver las estrellas con cada relación íntima que mantenían.

Hummm, me gusta... Sigue, sigue... ¿Qué le hacía el vaquero a esa chica?

susurró llevando una mano hacia el interior de su jersey, buscando los turgentes pezones de ella, aprisionados bajo la tela del sujetador y duros como guijarros.

Ese vaquero la volvía aún más loca de lo que ya estaba, haciendo cosas que jamás pensó que haría, como echar un polvo en un almacén o en el despacho del alcalde de la localidad o incluso en medio del bosque... contó mientras el placer la recorría por completo sólo con sentir el cálido roce de Ángel sobre su piel. El caso es que ella no podía decirle que no a ese hombre, porque, cuando la tocaba o cuando la miraba de esa manera tan indecente, dejaba de pensar y sólo deseaba que la hiciera suya de todas las maneras posibles, sin

importarle nada más que aquel preciso momento. Prosiguió el relato para luego dejar la linterna de nuevo en el maletero, apagándola en ese instante, y sentarse encima de él, a horcajadas.

Menudo canalla era ese vaquero, ¿no? replicó él agarrándola del trasero para acomodarla mejor sobre su regazo.

Ya te digo... susurró ella buscando sus labios para fundirse en un apasionado beso.

Ángel aprovechó aquel acercamiento para poderle quitar el sujetador y así liberar sus pechos. En un rápido movimiento, la tumbó de espaldas y se colocó encima, le levantó el jersey y lamió con gusto aquel delicioso pezón que se erguía orgulloso. Laura no sintió el aire frío de aquella noche, sólo las cálidas manos de Ángel que la recorrían de arriba abajo y la sagaz boca que la hacía gemir excitada. No le importó tampoco percibir cómo el pantalón que llevaba desaparecía en dos hábiles movimientos de él, y le dio igual estar en mitad del campo, dentro de un maletero con la puerta abierta, expuesta a cualquier mirada de algún curioso que se hallara por las proximidades, pudiendo ser testigo de aquel deseo que sentían el uno por el otro...

Joder, Laura, me vuelves loco gruñó Ángel bajándose el pantalón y el calzoncillo de un tirón, para que ella sintiera en su muslo la tremenda erección que cargaba.

Hazme tuya, vaquero jadeó mientras le lamía el labio inferior y sentía los expertos dedos de Ángel apartarle el fino tanga para poder entrar en ella.

Sentirlo, notar su pene en el interior, se estaba convirtiendo en lo que más le gustaba de este mundo. Ese sutil roce cuando entraba, cuando salía, sus manos aprisionando sus glúteos, su respiración entrecortada, su cálido aliento sobre la boca... le hacían rozar el séptimo cielo. Le encantaba estar así con él, sentir que eran uno, capaces de llegar tan lejos como quisieran, saber que podían confiar el uno en el otro, dejarse llevar por aquella sensación de plenitud que los embriagaba; él le hacía olvidarse de todo lo malo que había vivido, de las razones por las que se hallaba allí e incluso, cuando

estaban así, gozando de sus cuerpos, sintiéndose unidos y completos, agradecía que el azar, o lo que fuese, la hubiese llevado a aquel pueblecito soriano en el que estaba descubriendo lo maravilloso que era el sexo cuando se practicaba con alguien como Ángel.

¿Has oído ese ruido? preguntó él de pronto, deteniendo sus movimientos para poder agudizar más el oído.

¿Qué ruido? inquirió Laura, inquieta por si había alguien observándolos.

En mitad de la romántica melodía nocturna que ofrecían las lechuzas y los búhos, captaron con mayor nitidez una especie de gruñido o bufido que le heló la sangre a Laura.

Ángel, ¿qué es eso? demandó asustada mientras levantaba la cabeza para poder descubrir de dónde procedía aquel sonido que no reconocía.

Creo que es un jabalí aclaró volviendo a moverse en su interior y dándole besos en el cuello para proseguir con lo que estaban haciendo, mucho más tranquilo al adivinar el origen de aquel sonido que le había alertado antes.

¡Un jabalí! gritó atemorizada para luego alcanzar la linterna y buscar con el haz de luz a aquel animal salvaje que de repente se le antojó muy peligroso.

No te preocupes, debe de andar buscando comida o refugio para dormir...

informó sin dejar de entrar y salir y de darle sensuales besos en el cuello.

¿Cómo que no me preocupe? preguntó con los ojos abiertos como platos. Ay, Ángel, que a mí los animales no me hacen mucha gracia... y éste está ahí parado mirándonos señaló dirigiendo la luz hacia el curioso animal, que los miraba sin titubear.

Con lo valiente que eres para algunas cosas y lo miedosa que te vuelves cuando hay animales de por medio comentó sin detener sus embistes y sus besos, a la vez que se giraba un poco para ver al jabalí, que no suponía ningún peligro.

De verdad, Ángel, vámonos a otro sitio más recogidito... susurró angustiada cogiéndolo de la cara para que viese lo asustada que estaba.

¿Y qué hago con esto? preguntó embistiéndola con fuerza para que notase lo empalmado que lo tenía.

Lo guardas para luego... replicó entre espantada y excitada por los movimientos acompasados de éste.

Confía en mí, Laura, y no te preocupes por ese bicho... Cuando vea que no somos comida, se irá por donde ha venido y nosotros podremos terminar lo que hemos empezado comentó con voz suave para tranquilizarla, pero Laura mantenía la mirada fija en el animal, que no apartaba la atención de ellos. A lo mejor no se va porque le gusta mirar cómo follan las parejitas añadió con guasa, provocando que Laura lo mirase enarcando una ceja.

Ángel, me estás pidiendo demasiado... farfulló dubitativa. ¡Es que no nos deja de mirar! exclamó nerviosa al presenciar aquella escena tan surrealista, pues aquel animal salvaje no se movía ni un centímetro de allí sin parar de observarlos.

Yo te protegeré siempre, Laura... aseveró con voz profunda, acelerando sus movimientos. Incluso de los jabalís *voyeurs* soltó con seriedad, arrancándole a Laura una risotada.

Ay, Ángel, ¿cómo lo haces para que no me pueda resistir a tus encantos?

preguntó mientras se mordía el labio inferior, sintiendo cómo la recorría un placer y una excitación sin igual, apagando la linterna y dejándose llevar por el placer sin límites que siempre le ofrecía el alcalde.

Estoy perdido, no puedo dejar de pensar en ti susurró en su oído, provocando que Laura se aferrase a su ancha espalda y abriese más las piernas para recibirlo con mayor profundidad.

A Laura se le grabaron esas palabras en la mente mientras sentía cómo Ángel comenzaba a acariciarle el clítoris con mimo, incapaz de dejar de pensar que la que estaba perdida era ella, ya que temía que los sentimientos que creía controlados empezasen a desbocarse a

una velocidad demasiado rápida para su gusto, pero no podía ni siquiera imaginar la posibilidad de no volver a verlo, aunque fuera su perdición a largo plazo, porque lo quería todo con él, aunque Ángel ya le hubiese dejado claro que no quería nada serio... ¿Sería capaz de aparentar tener una relación puramente sexual con un hombre que comenzaba a gustarle cada día más? Sí, claro que podía, pero sabía que, cuando se marchara de Alcubilla de Avellaneda, dejaría mucho más que unos buenos recuerdos; dejaría su corazón atado a ese magnífico vaquero... Y con esa sospecha, alcanzó el clímax, firmando con cada gemido que aquella no relación la tatuaría en el futuro a fuego.

18

La mañana siguiente se levantó con una sonrisa en los labios; siguió su rutina y, por suerte, no tuvo que lidiar con el nieto del Redondo. Parecía haber asimilado que a ella no iban a afectarle sus estudiados encantos y que había hablado muy en serio cuando lo amenazó con dejarlo en evidencia delante de todos los vecinos. Después de salir a correr por caminos que no eran propiedad de cierto alcalde que la volvía loca, se dedicó a arreglar la casa y preparar la comida, ya que Pedro le había comentado, antes de recorrer los bosques que delimitaban la Albada, que ese día Fernando almorzaría con su pandilla de amigos, porque en unos días, regresaría a la ciudad y quería aprovechar el tiempo al máximo. Para Laura fue una maravillosa noticia, porque pudo disfrutar de la compañía del anciano sin tener que aguantar el aburrido monólogo de Fernando de por medio, quien siempre interrumpía las fabulosas anécdotas del Redondo. Antes de que su casero se marchara de nuevo a su cabaña para echarse su acostumbrada siestecita después de la copiosa comida que le había preparado, quedaron para la tarde.

Laura lo acompañaría al bar; eso era algo que semanas atrás no le agradaba, pero que poco a poco se había convertido en una parte importante de la jornada.

Hay que ver, monina, que me tenga que enterar por los vecinos y no por ti soltó Pedro cuando iban de camino dentro del todoterreno.

¿De qué hablas? preguntó Laura aguantándose las ganas de reír, ya que en aquel villorrio las noticias viajaban más deprisa que los

datos a través de la fibra óptica de Internet.

Que vas a ser nuestra doctora declaró sonriente, feliz de saber que por fin había aceptado aquella propuesta.

Sí... Supongo que pronto comenzaremos a limpiar la consulta y en unos días ya podré ir a trabajar dijo un poco más tranquila al constatar que su relación con Ángel seguía siendo secreta.

¿Cómo que supones? Anda, anda... Tú no te preocupes, que ahora, cuando vea al alcalde, le diré que mañana mande a alguien para que empiecen a adecentarla. Sólo faltaría que ahora te echases atrás, con lo que ha costado que aceptaras... comentó Pedro con rotundidad.

No me echaré atrás, Pedro. Ya está decidido, ayer mismo se lo dije a Ángel confesó sin desviar la mirada de la calzada.

¿Al final fuiste a verlo? preguntó alzando una ceja, expectante.

Más o menos susurró mostrándole una sonrisa nerviosa, ya que no deseaba revelar todo lo que ocurrió a escasos metros de la Albada.

Ay, monina, si es que no lo puedes negar, se te nota en los ojillos comentó el anciano mientras se recolocaba la boina.

¿El qué se me nota, Pedro?

Que te importa el alcalde, pero tú tranquila, que el secreto está a salvo conmigo apuntó guiñándole un ojo.

Laura negó con la cabeza a la vez que sonreía; había averiguado que el Redondo era muy observador y, por tanto, no podía discutir con él de algo que, en realidad, era incapaz de rebatir. Por eso prefirió ni aceptar ni negar aquella suposición, porque no quería expresar en voz alta lo que ya sentía, y se concentró en conducir, aunque percibiera que sus gestos eran examinados por la sabia mirada de aquel hombre que tanto apreciaba.

Estacionó el coche casi en la puerta del bar y se bajaron. Pedro se dirigió directamente hacia la mesa que ocupaban sus amigos y se sentó en el sitio que solía usar. Aquel día Laura prefirió acercarse al grupo de jóvenes, le pidió a Rosa una cerveza y se acomodó en una silla libre, rogando que el nieto del Redondo, que se encontraba a un

par de mesas de donde ella se había instalado, no le dijera nada aquella tarde, ya que no le apetecía tenerle que cantar las cuarenta con público delante, más por el cariño que le tenía a su abuelo que por lo que le importara lo que pensara su nieto.

Vaya, Laurita, qué callado te lo tenías intervino Fernando en cuanto la vio, acercándose donde estaba e interrumpiendo la perorata de Mamen, que hablaba de su prima y del novio de ésta.

¿El qué, Fernando? preguntó ella, maldiciendo por tener que hablar otra vez con él.

Que vas a ser la doctora de pueblo... Joder, eso ha sido llegar y besar el santo protestó con chulería, provocando que Laura se irguiera en su asiento.

Tanto como eso, no. Te recuerdo que llevo ya unas cuantas semanas viviendo aquí replicó con voz pausada, pero alerta ante lo que pretendía Fernando con aquella conversación.

Yo lo veo como una auténtica hazaña: te has hecho un hueco en el pueblo en un suspiro y vas a ser la doctora de la localidad... y todo esto gracias a lo que es ya un secreto a voces entre los vecinos insinuó levantando un poco más el tono de voz, para que todos los presentes en el local prestaran atención a lo que estaba diciendo.

¿Y cuál es ese secreto que todos conocéis ya? preguntó a la defensiva, estudiando de reojo a los demás integrantes de la mesa, que miraban hacia el suelo para que aquella conversación no los salpicara.

No te enfades, Laurita, pero el caso es que... sabemos que no te cuesta abrirte de piernas masculló reprimiendo una maliciosa sonrisa que a ella le produjo una arcada de repulsión.

¿Perdona? soltó mientras se levantaba del asiento para poder tenerlo de cara y haciendo que todos se callasen al oír su tono de voz, muy serio. Mira, Fernando, que tú seas un gigoló venido a menos no significa que todos utilicemos el sexo para conseguir las cosas. Primero de todo, he aceptado ser la doctora de este pueblo para poder ayudar a sus habitantes; segundo, no voy a cobrar ni un solo céntimo por realizar esa tarea, y tercero, te recuerdo, por si lo

has olvidado, que no me abrí de piernas delante de ti porque no me dio la real gana; por tanto, con quien lo haga sólo me atañe a mí y a esa persona, y te puedo asegurar que lo hago por placer y no por cualquiera de tus sucias y rastreras invenciones.

Vaya, vaya... Entonces es cierto que el alcalde y tú sois amantes comunicó en voz alta y clara para que todos los presentes no tuvieran dudas sobre de quiénes hablaba.

Ya te dije que le gustaban los hombres más jóvenes que ella intervino Rosa desde la barra sin darse cuenta de que en aquellos momentos se abría la puerta del local.

¿Qué pasa aquí? preguntó Ángel, pues, tras entrar en el bar, vio cómo de repente se hacía el más absoluto silencio, a la vez que las miradas de todos apuntaban, inquisidoras, a Fernando y a Laura, que estaban de pie, demasiado cerca uno del otro para el gusto del alcalde.

¡Si ha aparecido nuestro salvador! exclamó Fernando con sorna, gesticulando con los brazos desmedidamente. Ven, ven, estábamos hablando de ti y de nuestra futura médica.

Ángel se percató de que ésta estaba callada, con los puños cerrados y a la defensiva, e intuyó lo que ocurría.

Antes de nada, quiero saludar a mi chica soltó esbozando una sonrisa tentadora dirigida a Laura; ésta lo miró sorprendida por aquella nueva manera de dirigirse a ella. Te he echado de menos añadió mientras le cogía la mano para arrastrarla hasta él y darle un apasionado beso en los labios delante de todos los presentes.

El silencio reinó en el local con aquella muestra de afecto entre el alcalde y la doctora. Pedro se dejó llevar por la alegría que sintió al presenciar aquel desenlace que haría que nadie recordase las hirientes palabras de su nieto dedicadas a su inquilina y comenzó a aplaudir, contagiando a los demás vecinos, que lo imitaron rápidamente. Esto provocó que los protagonistas sonrieran avergonzados, ya que aquello parecía la típica escena de una película romántica, algo muy alejado de lo que ellos estaban viviendo. Por tanto, con las manos entrelazadas, ya que Ángel no

quería dejarla sola, recibieron el beneplácito de los lugareños, que ya no tenían dudas de que ambos mantenían una relación. Mientras tanto, al lado de éstos, Fernando los miraba con rencor y dolor, por no ser el centro de atención y por no haber podido culminar lo que había comenzado antes de que apareciera el alcalde, que con aquella muestra de afecto a la doctora había desbaratado sus planes de dejar mal a Laura y, ya de paso, también a Ángel...

¡No sabíamos que estabais juntos! exclamó alguien.

Anda, qué calladito lo teníais intervino otro, haciéndoles sonreír.

Eso significa que tendremos doctora para rato añadió una vecina, arrancando las risas de un buen grupo de personas.

¡ *Ósperas*, Pedrín, el alcalde y la doctora! soltó un amigo de Pedro, provocando que todos se rieran al soltar aquella exclamación de sorpresa tan soriana.

¿Cuándo será la boda? preguntaron al fondo.

Anda, exagerado, ¡¿ya quieres que se casen?! Déjalos que disfruten, que son muy jóvenes le contestó otro vecino.

Y yo pensando que nuestro alcalde se quedaría para vestir santos comentó una anciana.

Vamos, hombre, y desaprovechar ese cuerpo serrano que tiene... Anda, anda, no digas tonterías, mujer le contestó su amiga, haciendo sonreír a Ángel por las ocurrencias de todas ellas.

Es que, desde Isabelita, a éste no se le ha conocido hembra añadió una tercera.

Pero, que no las haya presentado, no significa que no haya tenido sus cosas... Que es bueno, pero no tonto insinuó la cuarta amiga.

¡Pues eso mismo digo yo! Con lo bueno que es y con lo bueno que está, ya estaba tardado en presentarnos a alguna chica... saltó otra que se encontraba sentada al lado.

Pues a mí la doctora me gusta para nuestro alcalde. Se la ve resabiada.

Sí, y buena gente, que a mí me curó el resfriado que tenía.

¡Anda, y a mi hijo lo ayudó cuando se cayó del tractor!

¡Y a mi marido le salvó la vida! recordó otra lugareña con emoción.

Mientras los vecinos discutían y comentaban la buena nueva, Laura sonreía al escucharlos mientras Ángel le apretaba la mano para darle ánimos y, aprovechando el intercambio de opiniones y el alboroto, se alejaron y buscaron una mesa donde poder estar a solas. Laura nunca hubiese imaginado que su relación con Ángel acabaría descubriéndose de esa manera, aunque ya intuía que se iba a destapar en breve. Aquel beso de película confirmaba que aquello comenzaba a gustarle más de lo que estaba dispuesta a admitir.

¡Rosa, ponles una ronda a todos, que invito yo! anunció Ángel en voz alta, haciendo que todos los vecinos lo vitoreasen y que aquella tarde se convirtiera en una fiesta improvisada.

Anda, que la que has liado susurró Laura viendo que los vecinos estaban más pendientes en esos momentos de pedir en la barra que de ellos.

Era necesario, Laura... ¿Qué te ha dicho ese malnacido? preguntó en voz baja sin dejar de sonreír para que nadie intuyese de lo que estaban hablando.

Mejor no recordarlo, Ángel... Creo que se ha dado cuenta de que no iba a sacar nada de esto...

Espero que no te vuelva a molestar, porque en caso contrario... no respondo de mis actos intervino apretando los puños y observando desde lejos al protagonista de aquella conversación, con aspecto pensativo mientras apuraba el contenido de su jarra de cerveza.

No creo que sea tan imbécil... susurró Laura percatándose del alterado estado de Ángel. Y, ahora, ¿qué se supone que tenemos que hacer?

¿En qué sentido? inquirió mirándola y regalándole una deliciosa sonrisa.

Me refiero a esto murmuró señalando a los vecinos, ya no es ningún secreto.

No.

Yo no pretendía que sucediese esto, Ángel... murmuró angustiada por las posibles consecuencias de aquel paso que había dado él en contra de su petición.

Lo sé, Laura, pero no iba a permitir que ese gilipollas dijese cualquier barbaridad sobre ti. No podíamos hacer otra cosa, sólo darles lo que ellos estaban deseando: una respuesta, la confirmación de que los rumores eran ciertos.

Pero no lo son del todo... ¿Cómo se supone que tendremos que comportarnos cuando estemos en público? planteó, nerviosa al no tener ni idea de cómo afrontar aquella circunstancia.

Como una pareja normal contestó sonriente.

No sé cómo se comportan las parejas normales, Ángel... Chasqueó la lengua con disgusto al llevar demasiado tiempo sin novio.

Yo tampoco me acuerdo de cómo era, pero supongo que no será tan difícil.

Ven, dame un beso, que nos están mirando le pidió acariciándole el rostro para juntar así sus labios y deleitarse, por fin, del sabor de Laura. ¿Ves? No es tan complicado susurró con voz ronca, haciendo que ésta sonriera por el significado de ese matiz en su voz.

Ya sabía yo que detrás de tu comportamiento de estos últimos tiempos había una mujer intervino Luis tras acercarse a su mesa y sentarse al lado de Ángel. Lo que no sabía era que esa chica era nuestra doctora... ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

Unas semanas... contestó el alcalde cogiéndole la mano a Laura, que parecía bastante aturdida ante tantos acontecimientos inesperados.

Preparaos, porque esto dijo señalándolos traerá cola durante meses.

Lo sé, pero no podíamos ocultarlo más... He visto que Fernando iba a por Laura.

Ese tío es un imbécil profundo... Pero aquí, tu chica, los tiene bien puestos, ¿eh? Joder, se lo ha dicho clarito y sin titubear.

No esperaba menos de ella susurró mirándola de una manera que a Laura le agrandó el corazón y provocó que le temblaran las piernas. Agradeció estar sentada, porque, si no, Ángel se hubiera dado cuenta de algo que no podía controlar, de algo que le daba miedo asimilar...

Debéis andaros con ojo con los comentarios de Rosa. He oído lo que va diciendo por ahí, sobre todo de ti, y la verdad es que la muchacha estaría más guapa calladita dijo señalando a Laura.

¿Qué dice de ella, Luis? preguntó Ángel apretando la mandíbula, ya que, sin saber por qué, no le gustaba que nadie hablara mal de Laura.

Por lo que me ha dicho Fernando, me lo puedo imaginar, pero es mejor no darle mayor importancia terció Laura, apaciguando un poco los ánimos de ambos hombres. De verdad, Luis, es mejor que no se lo cuentes, porque todo esto se solucionará con el tiempo y no con enfrentamientos que no llevan a ninguna parte. Yo la entiendo... Está dolida porque siente algo por ti, Ángel; no se lo tengas en cuenta.

Aunque esté dolida, no mereces que te critique sentenció él con rotundidad.

No te angusties por eso; mira a los vecinos, están contentos y eso es lo único que importa ahora comentó señalando el bar, donde los lugareños seguían hablando de su relación mientras sonreían y especulaban sobre el tiempo que llevaban juntos, a escondidas de todos ellos.

No quiero que te hagan daño, Laura declaró con entereza mirándola a los ojos para demostrarle que hablaba muy en serio.

No me lo harán susurró ella apretándole la mano para darle más énfasis a la frase.

Y aquí está la que faltaba... avisó Luis, haciendo que ambos levantaran la mirada y contemplaran cómo Isabel entraba con paso seguro en el local.

Como Ángel temía, no tardó en enterarse de lo que allí se cocía esa tarde y, cómo no, el encargado de hacerlo no había sido otro

que Fernando, quien le explicó con pelos y señales todo lo que se había perdido ésta. Isabel, como una gata encelada, se giró para buscarlo con la mirada y poder comprobar con sus propios ojos que Ángel había rehecho su vida con esa forastera que no le caía especialmente bien, algo normal para Isabel, a la que no le agradaba la gente que disfrutaba viviendo en aquel lugar del que huyó y mucho menos si esa mujer se fijaba en el único hombre del que había estado enamorada alguna vez. Sí, era cierto que de eso hacía muchísimos años, pero una cosa no quitaba la otra para Isabel, ya que para ella Ángel siempre sería suyo y de nadie más. Estuvieron hablando entre susurros bajo la atenta mirada del alcalde, que no se fiaba de ninguno de los dos; sabía que estaban tramando algo, sabía que irían en su contra y, sobre todo, en contra de la doctora.

Podrías enseñarme dónde está la consulta propuso Laura intentando que Ángel centrara su atención en ella y no en esas dos personas que cuchicheaban alejados de todos, al lado de la barra.

Está sucia.

No soy una finolis, Ángel replicó sonriente, haciendo que a Ángel se le curvaran los labios por aquel adjetivo que creyó en un principio que la definía perfectamente, cuando se acababan de conocer.

Vamos aceptó mientras se ponía de pie y le daba la mano. Nos vemos, Luis le dijo a éste mientras avanzaban hacia la salida del local.

Rosa, apúntamelo en la cuenta; luego paso y lo pago todo.

La camarera asintió con la cabeza y luego observó cómo éstos se ponían sus chaquetas para salir de allí, de la mano, bajo las miradas de aceptación de los habitantes de aquel pueblo que se reunía ahí todas las tardes y que los despedían felices de saber que el alcalde había encontrado una chica digna de él.

Ángel y Laura caminaron juntos, cogidos de la mano, hasta llegar al pequeño dispensario, muy cercano el bar. El alcalde sacó de su bolsillo un llavero con un montón de llaves, buscó la apropiada y abrió la puerta de madera maciza que pedía a gritos ser lijada y una

mano de barniz. El olor a cerrado los recibió a medida que él daba la luz a los diferentes espacios para que Laura viese dónde iba a trabajar a partir de entonces.

Mañana iniciaremos la limpieza; luego le daremos una mano de pintura y quedará como nueva explicó moviéndose de aquí para allá para quitar las sábanas que cubrían los muebles para que éstos no se estropeasen.

Ángel, tranquilo murmuró Laura dando un paso hacia él.

Sí, sí, estoy tranquilo. Esto, con un par de hombres, lo tendremos listo en un santiamén.

No me refiero a eso... No quiero que estés a la defensiva por mí... comentó acariciándole el torso con delicadeza.

Laura, no puedo evitarlo... Por separado son malos, pero, juntos, son aún peores y debemos estar preparados le aclaró, nervioso al imaginarse cualquier fechoría que les pudieran hacer.

Preparados, ¿para qué? planteó con una divertida sonrisa. No pueden separarnos porque no somos nada. Todo esto es un paripé, ¿no? ¿Por qué preocuparse de algo que es imposible romper?

Porque, aunque no seamos pareja de verdad, no quiero que te hagan daño afirmó con severidad.

No te preocupes, porque no me lo harán, Ángel indicó con seguridad mientras le regalaba una dulce sonrisa.

De eso ya me encargaré yo susurró a la vez que la cogía para darle un abrazo, para así apaciguar su desazón, aquello que le hacía estar intranquilo y expectante por lo que sucedería a partir de entonces. ¿Te gusta la consulta?

Sí; es amplia y, por los grandes ventanales que la bordean, debe de ser muy luminosa. Mañana vendré a echar una mano y así me aseguraré de que no faltará nada cuando empiece a trabajar dijo controlando su voz al sentirse tan a gusto entre los brazos de Ángel, que siempre la reconfortaban.

Gracias por hacerlo expresó enmarcándole la cara para mirarla a los ojos.

Anda, bobo, lo hago encantada. Ya estaba empezando a aburrirme de contar hormigas y de cambiar las piedras del camino de aquí para allá bromeó mostrando una sonrisa al recordar lo que él mismo le dijo cuando se enteró de a qué se dedicaba.

Vamos, contadora de hormigas y movedora de piedras, te invito a cenar anunció Ángel entre risas; luego lo cerraron todo y la arrastró hacia la calle.

Pero a un sitio íntimo, ¿eh? Hoy ya he llenado el cupo de miradas y murmuraciones pidió divertida.

No habrá sitio más íntimo que al que te voy a llevar declaró pasándole un brazo por la espalda y agarrándola de la cintura; vistos desde fuera, parecían una pareja normal y corriente.

19

¡Tienes una casa preciosa! exclamó Laura mientras Ángel la acompañaba de nuevo a la cocina, tras enseñarle su hogar.

Muchas gracias dijo con una sonrisa mientras abría la nevera para sacar un poco de fiambre con el que preparar unos sándwiches. Sé que parece más un piso de soltero, pero quería que fuera cómodo y práctico.

Yo no lo veo como un pisito de hombre replicó Laura observando las fotografías que había por las estanterías del salón, que le imprimían un toque personal a aquella estancia. Tu casa tiene personalidad, la tuya propia...

Ángel sonrió mientras sacaba el pan de molde de un mueble y asimilaba la reacción de ésta al ver su casa. Era la primera vez que dejaba entrar a una mujer en ella, sin contar a su familia, por supuesto. La razón era que siempre había pensado que sus conquistas debían ir en un plano diferente al de su vida cotidiana, ya que no deseaba mezclar ambos mundos. Sin embargo, cuando la abrazó en la consulta en la que ella iba a trabajar, algo lo empujó a llevarla hasta ahí. Le encantó poder mostrarle su hogar: el salón minimalista y amplio con cocina estilo americano; el despacho situado al lado; el cuarto de baño que María le había ayudado a decorar, de manera que todo era muy práctico y lucía en tonos alegres; los dos dormitorios ubicados en la parte superior, el suyo totalmente equipado y de tonos claros, como él quería, con el cuarto de baño completo al lado de ambas habitaciones, con una impresionante ducha donde era una delicia quedarse más minutos

de los necesarios bajo el agua. Todo estaba a su gusto, sin que ninguna novia o amante hubiera puesto su granito de arena, sólo su madre y su hermana, que le habían echado una mano para que todo quedara como él deseaba. Aquella casa era, junto con sus tierras, su mayor tesoro; los lugares donde podía sentirse bien, en paz, y podía ser simplemente él.

Me encanta esta foto comentó Laura cogiendo un gran marco; en la imagen se podía ver a Ángel abrazado por sus dos sobrinos, los tres riendo con naturalidad.

A mí también me gusta dijo antes de empezar a tostar el pan y colocar los vasos sobre la barra que separaba la cocina del salón y que hacía las veces de mesa.

Tienes una familia maravillosa, Ángel.

Sí que la tengo afirmó con una sonrisa. Una de las razones por las que nunca me he querido ir de este pueblo, sin contar aquel pequeño desliz de hace unos años, son ellos... No sé qué haría sin tener cerca a mis padres, a mis sobrinos y a la pesada de mi hermana.

María es un amor la defendió ella, sonriendo, mientras se acercaba a él.

Lo sé, pero no se lo cuentes, que luego se pone muy ñoña y me toca aguantarla comentó guiñándole un ojo y haciéndola reír.

¿Te ayudo en algo? preguntó poniéndose a su lado.

No, lo tengo todo controlado dijo para luego darle un afectuoso beso en la mejilla que hizo titubear a Laura por aquella muestra de cariño.

¿Sabes? Es la primera vez que un hombre cocina para mí confesó mientras se apoyaba sobre la encimera de Silestone negra y estudiaba los movimientos de éste.

Yo no diría que, técnicamente, esto sea cocinar replicó divertido, poniendo el jamón york y el queso sobre las rebanadas calientes, para calentarlas en la plancha y fundir así un poco el queso.

Lo máximo que han hecho por mí es invitarme a un café en una de esas maquinitas expendedoras comentó, con una mueca de

desagrado al recordar el pasado.

Pero ¿con qué clase de tipos te juntabas, Laura? preguntó chistoso.

Con lo peorcito, eso ya te lo confirmo yo... anunció con disgusto negando con la cabeza. Siempre me he fijado en los malotes y mayores que yo... susurró pensativa, dándose cuenta de su error. Supongo que yo misma me buscaba tener siempre un final tan desastroso...

Eres un poco masoquista, ¿no?

Parece que sí admitió mientras sonreía y levantaba los hombros con resignación. Menos mal que he abierto al fin los ojos, creía que me tropezaría eternamente con la misma piedra...

Supongo que te hizo abrir los ojos la persona por la que decidiste venir aquí, ¿no?

Sí... Ahora lo pienso y me siento como una imbécil. ¡Yo que creía ser una mujer sensata y me la dieron con queso! exclamó mientras negaba con la cabeza de nuevo, al percatarse de lo equivocada que había estado.

¿Lo querías? inquirió antes de apretar la mandíbula en un intento por detener la furia que lo carcomía sólo de pensar que Laura había amado a otra persona; resultaba absurdo, lo sabía, pero no podía controlar aquella sensación de desasosiego que procuraba que ella no captara...

Sí, aunque no tanto como creía en un principio. Ahora, al recordarlo, tengo claro que era más bien un enganche, más que amor, ya que para que lo hubiese habido debería haber sido recíproco y nunca lo fue... explicó observando cómo Ángel colocaba los platos sobre la barra y procedía a servir el vino tinto en las copas que había puesto anteriormente.

¿Qué era?, ¿como un rollete? insistió, cogiendo la copa con fuerza para vaciar su contenido en la garganta, ya que escuchar aquello no le estaba sentando tan bien como había creído en un principio.

Más o menos... Trabajábamos en el mismo hospital privado; él era el director y yo su adjunta susurró sentándose a su lado en uno de los dos taburetes altos que flanqueaban la barra y recordando aquel episodio de su vida del cual no se sentía especialmente orgullosa. A mí me trasladaron a aquella planta y me ofrecieron aquel cargo después de permanecer un tiempo en Urgencias; era mi gran oportunidad, ¡casi ni me lo podía creer! Me iban a ascender a un puesto muy importante y estaba pletórica porque, si todo salía como estaba previsto, supondría un gran paso en mi corta carrera...

»A lo que iba, que me voy por las ramas... Yo lo conocía lo justo y necesario, pero nunca habíamos cruzado una palabra hasta que ascendí. A partir de ese momento tenía que estar reuniéndome con él continuamente para llevar a cabo mis tareas como adjunta… susurró cogiendo la copa y dándole luego un buen trago al vino para paliar un poco los nervios al rememorar el pasado. Desde el minuto uno surgió una chispa entre ambos, algo que nos hizo saltarnos un poco las normas y dejarnos llevar por la pasión que sentíamos... Al principio todo iba bien; sólo coincidíamos en el trabajo, pues no queríamos arriesgarnos a que alguien nos viera juntos fuera de allí, para no tentar a la suerte, ya que la política del hospital prohibía las relaciones entre compañeros y no hubiese quedado bien que el director y la adjunta fuesen la excepción y la comidilla de todos...

Después comencé a comprender por qué no quería verme fuera del hospital...

¿Estaba casado? preguntó Ángel en voz baja.

Sí... balbució, avergonzada al no sentirse especialmente orgullosa de haber mantenido una relación con un casado. Yo no tenía ni idea, te lo juro; si lo hubiera sabido, no hubiese empezado a verme con él. El caso es que un día, cuando llevaba dos meses desempeñando mi cargo y los mismos viéndome con él, me enteré de la verdad de la peor manera posible: su mujer y su hija fueron a visitarlo contó a la vez que negaba con la cabeza al recordar aquel agrio episodio. Imagínate la cara que se me quedó. ¡No sé cómo pude ser tan imbécil de creerme que era soltero! Y más lo fui después...

Puedo imaginar lo que te dijo al haber descubierto que estaba casado... siseó, disgustado por aquel comportamiento tan desleal por parte de aquel tipo que ni conocía.

Seguro que aciertas... dijo bajando la cabeza para observar el sándwich, intacto, que descansaba sobre el plato blanco. Me creí todas sus palabras, Ángel. Pensé que era sincero conmigo cuando afirmó que su matrimonio estaba roto, que se iba a separar de ella... Te juro que lo creí, o quise creerlo, ¡no lo sé!, porque yo pensaba que lo quería, aunque, como te he dicho, con el tiempo me he dado cuenta de que no era así, era un encaprichamiento...

¿Seguiste liada con él aun sabiendo que tenía mujer e hija? inquirió en voz baja, intentando que no percibiese lo alterado que estaba al hablar de esa relación que había mantenido Laura.

Sí... musitó terriblemente abochornada. Me siento fatal, en serio, pero, cada vez que nos veíamos en su despacho, me prometía que ya había hablado con el abogado, que ella ya sabía que se quería divorciar y yo, simplemente, me lo tragué, porque imaginaba lo felices que seríamos juntos cuando su situación se normalizase...

Pero ese día nunca llegó... afirmó Ángel antes de pegarle otro trago a la copa de vino.

Exacto... Y, mientras tanto, al margen de nuestra relación entre bambalinas, que me hacía estar más en las nubes que pisando el suelo, hacía cualquier cosa que él me pidiera en el ámbito laboral; lo hacía sin preguntar, sin ni siquiera cuestionármelo... confesó con desaprobación.

Pero ¿te refieres a tu trabajo en el hospital?

Sí... Como te he dicho, él era el director y yo tenía mis funciones muy marcadas, como, por ejemplo, proveer al hospital de todo el material necesario…

Teníamos nuestros roles muy definidos y todo marchaba bien, hasta que, poco a poco, casi sin darme cuenta de ello, las cosas empezaron a cambiar. Primero fue algo sutil, como sugerir que cambiara de proveedor de las gasas que utilizábamos para curar a los pacientes por otra marca que él me aseguraba era mejor, pero

poco a poco los cambios fueron a más: los antisépticos, los sueros, los medicamentos... Él me decía que eran mejores, Ángel, y yo no sospeché que me estuviera engañando. Simplemente los pedía y cuando alguien me preguntaba las razones del cambio, les explicaba que ésos eran de mayor calidad que los anteriores… explicó mientras apretaba los puños debido a la impotencia y rabia por ser, en el pasado, tan crédula.

Él era tu jefe, no podías pensar que te estuviera mintiendo... susurró al sospechar de qué iba todo aquello.

Perdona por la palabra tan soez que voy a utilizar, pero la verdad es que ¡estaba encoñada! Nunca me había pasado algo así; yo era una profesional que me desvivía por mis pacientes, y siempre me lo había cuestionado todo hasta que él apareció en mi vida... Ni siquiera se me pasó por la cabeza que, por culpa de mi conducta, por obviar lo que tenía delante de mis ojos, por acatar sin cuestionarme nada, estuviera perjudicando a nuestros pacientes...

¿Cómo te diste cuenta? preguntó con interés.

Uf... Gracias a las enfermeras de la planta y a otros médicos, comencé a abrir los ojos a la realidad y lo que vi no me gustó nada: productos de mala calidad e incluso caducados campaban libremente por el hospital... comentó cabizbaja al recordarlo. Era una marioneta en sus manos, Ángel, alguien incapaz de negarle nada, aunque fuera lo más rastrero del mundo. Sin embargo, finalmente decidí plantarle cara, pero todo se vino abajo...

¿Qué pasó? inquirió tragando saliva con dificultad al ver que Laura sufría al repasar esa parte de su pasado.

Me fui directamente a su despacho a preguntarle si era cierto lo que ya temía , que, por sus recomendaciones, estaba introduciendo en el hospital fármacos y productos en mal estado... Por supuesto intentó convencerme de que no era así, incluso, ante aquella dura acusación, su respuesta fue intentar tocarme lascivamente para que me olvidara del asunto, como si el sexo me amansara. Fue algo tan asqueroso que me revolvió las tripas y me hizo ver cómo era en realidad... ¿Qué se creía?, ¿pensaba que un polvo haría que mirara

hacia otro lado? bramó nerviosa. ¡Lo que estaba haciendo era ilegal, joder! soltó cabreada y todavía afectada por aquella época tan desagradable de su vida.

Por eso lo empujé y le prohibí que volviese a tocarme jamás, le espeté que me daba asco por estar poniendo en peligro las vidas de las personas que acudían a nosotros para ser curadas... Y, ¿sabes lo que me dijo? planteó con una sonrisa sarcástica.

No musitó serio, atento a sus palabras y comprendiendo cómo se había sentido ella.

Que, si tenía ovarios, fuera a denunciarlo, pero que si él caía, caeríamos los dos; porque la responsable de pedir todo el material, al fin y al cabo, era yo y que declararía que él había dejado esa responsabilidad en mis manos, como adjunta de dirección que era. Además diría que lo seduje para conseguir un trato especial y que por eso, en tan poco tiempo, había logrado un puesto de tanta responsabilidad para utilizarlo para llenarme los bolsillos con aquel fraude farfulló con dolor. El muy cabrón lo había hecho de fábula, me ascendió al poco de empezar a trabajar en el hospital, haciéndome creer que lo había logrado por mis aptitudes médicas, cuando simplemente lo hizo para así poder manejarme a su antojo, adivinando en mí un carácter moldeable al ser joven e inexperta, y así conseguir a una persona a quien inculpar llegado el caso. Lo único que deseaba de mí eran unos cuantos revolcones y una cabeza de turco, nada más. Me utilizó de todas las maneras que se puede utilizar a una persona, dejándome con cara de idiota al darme cuenta de la realidad y sintiéndome la peor persona del mundo y la más crédula sobre la faz de la Tierra.

La madre que lo parió gruñó Ángel al imaginarse por todo lo que había pasado Laura. Entonces, ¿qué hiciste?

Me puse hecha una furia, te lo puedes imaginar... Le dije que lo nuestro había acabado y que no quería volver a verlo en el plano personal, y que para él pasaba a ser una empleada más... Él, simplemente, se rio y me espetó que ya había sacado de nuestra relación lo que quería y que, en unos días, se marcharía de

vacaciones con su mujer y su hija... Sí, lo has oído bien... Sólo estaba conmigo para tener a alguien a quien culpar, ya que nuestra relación coincidió en el tiempo con aquel trato que había hecho con una empresa farmacéutica...

Nunca me quiso, no significué nada para él, sólo era alguien insignificante a quien utilizaba para poder lucrarse susurró con dolor y arrepentimiento.

¡Ese tío es un sinvergüenza y un malnacido! vociferó Ángel de malas maneras. ¿Qué hiciste luego?

Después de esa conversación, tracé un plan para poder desenmascararlo, pero era muy listo y había gente poderosa muy interesada en que aquellos productos siguieran en circulación, consumiéndose en el hospital... Fueron días, semanas, meses, luchando por una causa perdida, por algo que una persona sola no podía frenar... susurró Laura con pesar.

Entonces, ¿qué ocurrió para que tomaras la decisión de abandonarlo todo?

preguntó con curiosidad. Ante esa pregunta, Laura le mostró una tímida sonrisa, casi irónica, al pensar en cómo se enredó aún más su historia.

Me manché las manos de sangre por su culpa... farfulló con tristeza y dolor, frunciendo el ceño al recordarlo. Fue el último turno que realicé allí, el último paciente que traté en ese hospital, el que hizo que lo dejara todo, incluido mi sueño... murmuró todavía muy afectada por aquello. Respecto al enfermo, todo iba como quería: tenía al paciente estable y controlado, pero, cuando pauté que le administraran un fármaco a través del gotero, murió delante de mis narices... Cuando vi que algo iba mal intenté salvarlo por todos los medios, Ángel. Puse todos mis conocimientos en práctica, pero no pude hacer nada por ese hombre... y me siento, y me sentiré el resto de mi vida, culpable; aquello me perseguirá para siempre, es algo que sé que nunca podré olvidar... añadió terriblemente afligida. No sabes lo duro que fue decirles a los familiares de ese enfermo que había fallecido, que no había podido hacer nada para

reanimarlo, que por culpa de un fármaco se había ido todo al traste. Por eso, aun sabiendo que me podía perjudicar a mí misma, les pedí en voz baja que denunciaran ese caso al hospital, al defensor del paciente e incluso, si era preciso, a las autoridades y a la televisión, porque no estábamos haciendo bien las cosas y era preciso que alguien denunciara de una vez esa situación que estábamos viviendo... Antes de despedirme de ellos, les entregué la bolsa semivacía del gotero para que la guardaran y la entregaran como prueba incriminatoria, porque, aun desconociendo qué leches había en aquella bolsa, tenía claro que aquello estaba directamente relacionado con la muerte de aquel pobre hombre, de mi paciente... explicó mientras se secaba una lágrima que había brotado involuntariamente de sus ojos.

Fuiste muy valiente, Laura intervino sin dejar de observarla.

No, no lo fui, Ángel. Fui una cobarde, ahora lo sé... susurró decaída secándose las lágrimas que humedecían sus mejillas. Después de eso, me fui al cuarto de baño a llorar por toda la rabia que sentía hacia mí misma, por no haber sido suficientemente valiente como para haberlo detenido desde el primer momento y permitir que ocurriera algo tan grave ante mis ojos... Hice mal, Ángel; tendría que haber salido del despacho de ese malnacido y haberme ido directamente a la Guardia Civil, a los juzgados o a la prensa, y denunciar todo lo que se estaba cociendo en aquel centro médico, y acatar sin rechistar las posibles consecuencias tras contar la verdad. Pero no fui capaz... Tenía miedo de que aquello me impidiera volver a ejercer mi profesión, que de verdad amaba, y por eso esperé una señal o algo divino que hiciera que todo se arreglara por sí solo.

Pero las cosas no se arreglan porque sí y me tocó ser testigo de aquella muerte para percatarme de que debía hacer algo de inmediato, y por eso ayudé a esa familia a desenmascarar aquel fraude médico...

»No volví a trabajar más allí, firmé mi renuncia y ese mismo día me marché del hospital, sin volver a ver a ese hombre que se había

reído de mis sentimientos, sin querer hablar con nadie de lo que me había llevado a tomar aquella decisión que hizo tambalear mi vida tanto en lo profesional como en lo personal. Pero tenía que hacerlo, no podía continuar mirando hacia otro lado...

Después de aquello, transcurrieron días angustiosos, de idas y venidas, de hablar con la policía, con jueces y con abogados, pero logramos que ese cabrón saliera del hospital con las manos esposadas.

¿Lo conseguisteis? ¡Pero eso es genial, Laura! exclamó Ángel, orgulloso de aquel desenlace.

No, no lo fue tanto, Ángel... Abandonó el hospital con las esposas puestas, pero duró bien poco en el calabozo... Pagó la fianza y salió de allí a esperar el juicio que debería llevarlo a la sombra por muchos años.

El dinero todo lo puede, ¿no? Chasqueó la lengua con disgusto.

Sí, y también el poder que había ido amasando poco a poco. Justo después de salir del calabozo, me localizó y me amenazó con arrastrarme por el mismo camino, costara lo que costase. Me aseguró que había tenido suerte de salir airosa esa vez, pero que no me iría con las manos limpias de todo aquello, porque, por mi culpa, su buen nombre se estaba viendo ensuciado...

Pero ¿por qué, si fue él mismo quien se metió en aquel asunto porque le dio la real gana...? planteó el alcalde, sintiendo mucho rencor por aquel hombre.

Pero fui yo quien destapó sus chanchullos, sus negocios fraudulentos... aclaró con desgana. Sabía que hablaba en serio y también era consciente de que conocía a mucha gente, así que presentí que me impediría volver a trabajar...

Tuve miedo, mucho; no quería que todo eso se hiciera todavía más grande y destrozara irremediablemente mi reputación dijo mientras se mordía el filo de la uña. Después de aquella amenaza, fui a hablar con mi madre y ésta me dio el empujón que necesitaba, cuando me dijo que una buena vikinga también sabía cuándo dejar pasar las batallas que no interesaban y que haría bien en irme, para

que a ese hombre se le apaciguaran las ganas de arrastrarme con él... replicó más serena, mientras le daba vueltas a la copa de vino. Sé que suena a cobardía, pero no sabía qué hacer. «¿Me quedo a ver cómo este hombre anula todas las posibilidades que tengo de volver a trabajar? ¿Espero sentada en casa a ver en la prensa que suelta cualquier barbaridad sobre mí?», me decía. ¡Estaba pérdida, Ángel! Te juro que la única escapatoria que vi fue largarme, dejarlo todo, sin llevarme nada que me atara a esa ciudad, a ese hombre, y cruzar los dedos para que, en unos meses, en un año, dos o lo que haga falta, se olvide de mí y pueda volver a empezar...

Pero no puedes huir toda la vida, Laura... Entiendo que lo hiciste para no ensuciar tu nombre, en un intento de ganar tiempo para calmar así su sed de venganza, pero no es justo que la que salga perdiendo seas tú...

No soy una mujer que se asuste fácilmente, si no hay animales de por medio añadió con una ligera sonrisa que enterneció a Ángel, pero él se volvió loco... Decía cosas incoherentes, insultándome, afirmando que por mi culpa iría a la cárcel y que, llegado el caso, podía estar segura de que jamás encontraría un trabajo decente, que tenía grandes amigos repartidos por España y que hablaría mal de mí, que nadie me contrataría, y que me hundiría en la desesperación y la miseria, porque me tenía en sus manos... Él es capaz de eso y mucho más, Ángel, y era consciente de que yo lo sabía...

Es un malnacido... Dime ¿ahora dónde está?

Supongo que ya se estarán celebrando las primeras vistas orales del juicio... musitó alzando los hombros. No me quedé a ver qué ocurría con él; justo después de hablar con mi madre, que me ayudó a tomar esta decisión, busqué un locutorio a las afueras de la ciudad para poder navegar por Internet de una manera anónima, pues tenía miedo de que me estuviera investigando, encontré la Albada por casualidad, reservé el alquiler y a la mañana siguiente cogí el coche y me vine hacia aquí.

Y te encontré a mitad camino, con ese vestido y unos zapatos inútiles para andar por el campo... susurró al pensar en lo tonto que fue al pensar que ella era la típica chica finolis, sin imaginarse por todo lo que había pasado hasta llegar al pueblo. Le pareció que habían transcurrido meses desde aquel día, aunque la realidad era que sólo habían pasado unas pocas semanas, unas maravillosas semanas en las que había descubierto el mejor sexo de su vida y una mujer que lo atraía cada vez más.

Sí, y me caí de rodillas ante tu esplendoroso torso desnudo comentó en broma, sintiéndose un poco más animada al rememorar su primer encuentro.

Aún me río cuando recuerdo cómo te subiste a *Avispado*... ¡Por poco te caes por el otro lado! soltó entre risas.

Si es lo que te digo, los animales y yo no hacemos buenas migas susurró cogiendo el sándwich para darle el primer mordisco, ya que la tensión se había evaporado al hablar de cómo se conocieron.

Pero me ayudaste con uno de ellos... dijo con una sonrisa al acordarse de aquel día.

Y no veas lo mal que lo pasé soltó entre risas.

¿Por qué lo hiciste? preguntó con curiosidad.

¿Ayudarte? inquirió haciendo que Ángel asintiera con la cabeza. No tenía mucha escapatoria; además, vi que estabas preocupado y que habías venido adrede a por mí... Fui incapaz de decirte que no.

Ahí me di cuenta de la gran persona que eres confesó con seriedad.

No fue nada... Tuve suerte de que mi instinto no me fallara comentó con una sonrisa nerviosa, pues Ángel la miraba intensamente, casi sin pestañear.

Los dos se quedaron callados, concentrados en sus sándwiches y en algo más... Laura temía que Ángel intuyera que no había sido del todo sincera con él, que había alterado la historia, cambiando fechas y añadiendo cosas que no habían sucedido en realidad, producto de su desbordante imaginación. Mientras tanto, Ángel acababa de

comprender algo que llevaba tiempo pretendiendo ignorar, algo que lo asustaba y que tenía la esperanza de que no fuera real.

20

Después de la cena, todo fue relativamente normal, aunque en el interior de ambos era muy diferente. Se sentaron en el sofá y charlaron sobre lo que querían hacer en el dispensario antes de que Laura comenzara a pasar visita y de lo que Ángel iba a comprar para que ella estuviese cómoda trabajando allí.

Es tarde, debería irme a casa... anunció en voz baja mientras se levantaba del sofá, dando por finalizada aquella velada tan especial.

¿No te quedas? planteó Ángel, extrañado de aquella decisión, levantándose para ponerse a su lado.

No... negó cogiendo la chaqueta. Mañana quiero madrugar para ayudar en la consulta informó mostrándole una nerviosa sonrisa mientras se ponía la prenda.

Claro... murmuró Ángel sin saber qué decir para que ella no se marchara. Mañana nos vemos.

¡Por supuesto! exclamó, haciéndolo sonreír por la rotundidad de aquella frase.

Ángel la vio salir de su casa y apoyó la frente sobre la puerta, arrepintiéndose de no haber hecho algo más por retenerla, para que se quedara con él esa noche, pero no por el sexo, no..., sino porque deseaba disfrutar más de su compañía, conversar más con ella, percibir los diferentes matices de su voz dependiendo de lo que contaba, sin poder apartar su mirada de esos ojos que lo perseguían allá donde iba... Suspiró angustiado al recordar aquella desazón que le cruzó el cuerpo cuando escuchó la historia de Laura. Comprendió el temor que ella había sentido de explicarle la verdad y, al hacerlo,

supo que confiaba en él y eso le hizo cerciorarse de algo que llevaba intentando ignorar desde hacía varios días. Se restregó la cara con ambas manos, para desprenderse de aquella sensación amarga de verse perdido de nuevo, de ver que no tenía remedio y que había caído una vez más, casi sin darse cuenta de ello, creyendo que todo lo tenía controlado y que no volvería a pasar por lo mismo jamás... ¡Qué iluso había sido! Laura nunca había sido como sus otras conquistas; ella comenzó a llenarlo todo poco a poco, gota a gota, tan sutilmente que no se percató de ello hasta que fue demasiado tarde.

Joder, ¡¡la quiero!! exclamó con voz rota mientras se despeinaba nervioso y se dejaba caer en el sofá, angustiado por darle nombre a lo que sentía por ella, temeroso por haber caído sin remedio en los brazos del amor, de los cuales había salido muy dañado hacía un tiempo...

Se había ido enamorando lentamente, día tras día, de una manera tan delicada que no se había percatado hasta darse de bruces con la realidad, pero sus ansias de protegerla, su malestar al escuchar que ella había mantenido relaciones con otro hombre, la necesidad de abrazarla a cada segundo y de verla sonreír, le hicieron abrir los ojos por fin. Sonrió al ser consciente de los diferentes matices del amor que sentía por Laura y del amor que sintió por Isabel. Lo que sentía por la doctora era algo más pausado, más sereno, más maduro, mucho más fuerte que el amor desbocado, juvenil y frágil que le profirió a Isabel; lo que sentía por Laura era algo tan inmenso que era imposible de medir... ¿Cómo había sido tan ingenuo al creer que podría mantener una relación basada en el sexo durante un año con una persona como Laura sin mezclar los sentimientos? Apoyó la espalda en el respaldo del sofá y observó el techo sintiéndose un completo idiota. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Las señales estaban claras, desde el principio se había sentido atraído por ella..., incluso cuando la vio salir de aquel diminuto coche, con ese vestido y esos tacones tan poco adecuados para aquel lugar, ya le pareció una mujer atractiva, un poco finolis

para su gusto, pero era lo que aparentaba a simple vista... Aún recordaba sus manos tocándole con vergüenza el torso, sus piernas desnudas rodeándolo con fuerza mientras *Avispado* los llevaba hasta la Albada, y el deseo que le recorrió el cuerpo al tenerla abrazada a él... Al principio fue atracción sexual, no podía decir que fuera amor a primera vista porque mentiría, pero, a medida que la había ido conociendo, cómo ayudaba a los demás, cómo miraba con cariño a Pedro, cómo había comenzado a abrirse a él, mostrándole cómo era en realidad..., todo eso hizo que creciera en su interior aquel sentimiento que lo abarcaba todo. Todavía se estremecía al rememorar aquel día que fue en su busca, cuando necesitaba que le echara una mano con su oveja, y vio cómo esa mujer que tenía un miedo atroz a los animales hizo todo lo preciso para salvar a la madre y a la cría, a pesar de tener que controlar ese temor irracional. Justo ahí cambió todo, ahora lo sabía, aunque en aquellos momentos lo achacó al deseo carnal que se despertaba siempre que la tenía cerca... Cerró los ojos y revivió aquel instante en el que Laura salió del establo, después de realizarle la intervención a la oveja; recordó su rostro alterado, sus mejillas sonrojadas, su respiración entrecortada y las gotas de lluvia, que le oscurecieron el cabello pero que no llegaron a apaciguar aquella desazón que la había hecho salir corriendo hasta allí, sin importarle que la lluvia cayera con fuerza, como anhelando que el agua la devolviera a la realidad. En aquellos instantes le pareció la mujer más maravillosa del universo. Y, cuando sus bocas se encontraron, firmó su perdición, aunque él, entonces, aún no lo supiera, pues pensó que Laura sería como las demás. Pero no, tras tantos años evitándolo, escudándose en unas estúpidas reglas, había encontrado el amor de la manera más sencilla y bonita del mundo, entre gemidos y risas con esa chica que había irrumpido en el pueblo y en su vida. ¡Ahora encajaba todo! Ángel comenzó a reírse mientras negaba con la cabeza al darse cuenta de lo obvio... Por eso le daba rabia verla con Fernando, por eso la quería proteger de todo y de todos, por eso le afectaba tanto oírla hablar de su pasado, pero no por lo que había

hecho, pues él consideraba que había sido una mujer muy valiente al enfrentarse a su jefe y ayudar a denunciar aquel caso que podía perjudicarla, sino porque, al saber lo que ese tipo le había hecho, deseaba fervientemente tenerlo delante para tomarse la justicia por su mano. ¿Acaso eso no era una muestra de amor verdadero? Para Ángel lo era, sin duda; él era un hombre pacífico que odiaba los enfrentamientos, pero con Laura todo eso carecía de valor. La quería proteger de cualquier cosa y verla feliz, a su lado, en su pueblo, y haría todo lo preciso para que ella se enamorara de él...

Ángel era así de contundente, o todo o nada; o no quería saber nada del amor o deseaba ardientemente enamorar a esa mujer con la que creía estar manteniendo una relación meramente sexual. Por fin se había dado cuenta de que lo quería todo con ella e intentaría por todos los medios que ella también lo amara.

¿Cómo? Bueno, eso era otra historia. Llevaba demasiado tiempo huyendo del amor, como si le produjera algún tipo de alergia, y ahora que lo sentía con tal fuerza sabía que era imposible echarse atrás. Debía seducir a una mujer que lo había pasado mal, que tenía billete de vuelta a su pasado y que no deseaba mantener una relación seria con nadie... No resultaría nada fácil, eso ya comenzaba a intuirlo, pero merecería la pena intentarlo, aunque tuviera miedo a pasarlo mal de nuevo, aunque no supiera muy bien cómo enamorarla... Lo que tenía muy claro era que, si no hacía algo, se arrepentiría toda la vida, porque para él Laura ya se había instalado irremediablemente en su mente y en su corazón; no podía hacer otra cosa que luchar por ella, aunque le diese miedo aquella determinación y no supiese cuál sería el final. Con esa decisión tomada, se fue a dormir, pensando en ella y en lo maravilloso que sería tenerla allí para siempre.

Buenos días, Ángel. ¿Qué haces por aquí tan temprano? le preguntó un vecino al verlo caminando por el centro del pueblo a esas horas del día en las que normalmente se encontraba trabajando en sus tierras.

Vengo a ver si han empezado a limpiar la consulta médica explicó con una sonrisa.

Sí, en eso andan, y también está Laura. ¡Menuda mujer es nuestra doctora!

exclamó el paisano con fascinación. Ha tenido que parar de arreglar el local para atender a Matilde y a Faustino; nada grave, no te preocupes... El caso es que, al ver que estaba ahí, han aprovechado para que les hiciese un chequeo, para ver cómo llevan el resfriado. Es un trozo de pan, esta mujer...

Sí que lo es. Voy a ver si pongo un poco de orden por allí comentó el alcalde mientras negaba con la cabeza, divertido al constatar que Laura era incapaz de negarse a ayudar a alguien.

Eso es bueno añadió el hombre con una sonrisa. Oye, me alegro mucho de que le hayas echado el ojo a la doctora; tú átala en corto para que no se nos vaya y trátala de maravilla... Con lo que nos ha costado que aceptase el puesto, como para que al final nos deje tras la primera discusión de enamorados que tengáis agregó metiéndose las manos en los bolsillos de su chaqueta.

No se preocupe, que es imposible discutir con ella.

Uy, eso es al principio, hijo replicó con guasa. Cuando lleves el mismo tiempo que llevo yo con mi Encarna, ya verás cómo no es tan imposible.

Tras decir esto, el buen hombre comenzó a andar y se despidió de él alzando una mano.

Ángel sonrió y prosiguió su camino. Esa mañana había salido muy temprano de su casa para poder empezar a trabajar lo antes posible en el campo y, cuando vio que, más o menos, lo tenía todo controlado, cogió su camioneta y se dirigió a la Albada, para ver a Laura, pero halló la casa vacía y se topó con un sonriente Pedro que le dijo que la doctora se había marchado muy temprano hacia el pueblo. Sin dudarlo ni un segundo, montó en el vehículo y se fue para allá.

Entró en el dispensario, pero ella no se percató de su presencia, ya que estaba de espaldas, subida a una escalera para poder limpiar

las repisas de la estantería situada justo detrás del mostrador de recepción. Llevaba puestos unos vaqueros claros, estrechos, que se ceñían a la perfección a sus curvas; los había combinado con una sudadera roja y se había recogido el pelo en una altísima coleta que se balanceaba a medida que limpiaba. Ángel tragó saliva al verla, ¿cómo no se había dado cuenta antes de que no sólo era atracción física?

Buenas, señor alcalde lo saludó el joven operario destinado allí para acondicionar la consulta.

En aquel momento Laura se giró para buscarlo con la mirada y le sonrió, ensanchándole toda el alma con sólo esa pequeña acción.

Hola, Toni. ¿Cómo va la cosa? preguntó Ángel, intentando recomponerse para que ella no advirtiera nada extraño en él.

Bien, bien contestó tocándose distraídamente la nuca. Llevamos aquí unas cuantas horas, trabajando sin parar, y ya va pareciendo otra cosa.

Sí, se nota que habéis avanzado mucho. Anda, vete para el bar y repón fuerzas, que hoy te lo has ganado lo apremió Ángel mientras sacaba un billete de diez euros para invitar al muchacho a un almuerzo.

¡Gracias, señor alcalde! exclamó Toni aceptando el billete y sonriendo a Laura, a modo de despedida, para después salir casi a la carrera de allí y dejarlos solos.

Se te ha visto el plumero, vaquero intervino con guasa Laura, observando cómo Ángel cerraba la puerta del local para tener un poco de privacidad. Sólo te ha faltado empujarlo para que saliese de aquí.

Era la mejor manera de que nos dejara solos. Ángel rio. Oye, realmente habéis adelantado mucho.

Sí, Toni es un gran chico dijo con una sonrisa mientras terminaba de limpiar la última repisa.

¿Quieres que te eche una mano? preguntó apoyando su brazo en la escalera y deleitándose con las vistas que tenía de Laura desde allí.

No, ya he terminado anunció a la vez que se disponía a bajar con cuidado los escalones. ¿Qué haces por el pueblo tan pronto?

Quería ver cómo iba la cosa...

Ángel aprovechó que Laura descendía despacio los peldaños para acariciarle las piernas y el trasero, regocijándose por tenerla así y percibiendo cómo su respiración se agitaba con tan sólo aquel roce, mientras bajaba poco a poco, como si quisiese que aquello durase eternamente.

Te he echado de menos... susurró el alcalde mientras le acariciaba el cuerpo con anhelo, a escasos pasos del suelo, y la apretaba contra él.

Estamos solos, no hace falta que digas esas cosas susurró ella agarrándose a la realidad y sin dejarse llevar por lo que él decía.

Hummmm... ronroneó mientras hundía la nariz en su cuello para darle suaves besos, sin dejar de acariciarla, maravillándose por tenerla así para él.Ya lo sé... Laura, debiste quedarte anoche en mi casa.

Era tarde... susurró excitada por sus palabras y por sus continuas caricias, mientras se mordía el labio inferior y se agarraba con fuerza a la escalera, temiendo que, si no lo hacía, acabaría saltando encima de él, ansiosa por fundirse entre sus brazos. Quería venir temprano a la consulta, para ayudar... musitó como pudo.

¿Habéis hecho algo en el despacho? inquirió con voz ronca a la vez que señalaba hacia el interior de aquella estancia, dividida en la recepción y la sala de espera.

Hemos quitado los trastos susurró notando que éste le dejaba un poco de espacio para que terminase de bajar la escalera.

A ver cómo ha quedado... propuso Ángel tirando de ella hacia allí.

Laura se dejó arrastrar mostrando una sonrisa nerviosa en los labios, diciéndose que todo aquello comenzaba a complicarse cada día más y temiendo que en algún momento le iba a explotar irremediablemente ante sus narices, pero, nada más traspasar la puerta del que sería su despacho, todas sus preocupaciones se

desvanecieron cuando la besó con tanto ardor y desesperación que Laura sólo pudo agarrarse a sus hombros para recibirlo con gusto y entrelazar sus lenguas en un baile maravillosamente excitante.

Puede entrar alguien, Ángel... murmuró entre beso y beso.

No te preocupes por eso ahora, Laura... musitó él introduciendo sus manos en el interior del pantalón de ella y acariciando sus glúteos.

La temperatura empezó a caldear aquel reducido espacio, siendo imposible frenar el impulso de sentir al otro con cada terminación nerviosa de su piel.

Ángel la fue desvistiendo de una manera tan tortuosamente lenta que Laura tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no arrancarse ella misma la ropa y mostrarse tal y como era frente a él, dejándole claro que lo deseaba con tanto ahínco que no le importaba que viese su desesperación e, incluso, que estuviesen en el despacho que ella ocuparía en breve. El caso es que parecía que Ángel hubiese venido con tiempo de sobra, o que no le importase que alguien pudiera pillarlos en mitad de aquellos juegos eróticos tan tentadores, porque, a medida que la ropa fue desapareciendo, comenzó a recorrer su cuerpo con la boca, dejándola al borde del éxtasis en multitud de ocasiones, cuando se recreaba en sus erguidos pezones o cuando la tentaba con sus caricias en su latente clítoris, pero sin llegar a culminar aquel deseo que crecía más a cada segundo.

Espero que Toni tarde en volver gimió desesperada al ver que el orgasmo le era privado otra vez, cuando Ángel volvió a ascender su mano desde su clítoris hasta sus pechos.

No te preocupes por él... A Toni le gusta almorzar con tranquilidad murmuró besándola con desesperación mientras la hacía retroceder hasta la pared donde se encontraba ubicada la puerta del despacho.

Laura introdujo una de las manos por dentro del estrecho pantalón vaquero de Ángel y se maravilló al notar la tremenda erección que tenía.

Dios mío, Laura... suplicó al verla arrodillarse ante él con aquella mirada tan felina que le hacía perder el juicio.

Entonces le bajó los pantalones y los bóxers y recorrió con la lengua la base del pene, mientras miraba cómo gesticulaba debido al placer, mordiéndose incluso la lengua al sentir lo que ella le estaba haciendo, con todo el descaro del mundo y con un erotismo capaz de incendiar a cualquiera. Poco a poco, se introdujo el miembro en la boca, moviéndolo con la mano, sintiéndose tan poderosa de ver cómo se volvía loco que ella misma comenzó a acariciar su clítoris con la mano que tenía libre.

Si sigues así, me correré en tu boca, y no quiero; hoy no, hoy deseo hacerlo dentro de ti susurró tan fuera de sí que tuvo que apretar los puños y apoyarse en la pared para frenar su orgasmo.

Me encanta verte así, Ángel susurró con descaro, tocándose con mimo el hinchado clítoris y sin dejar de lamer el endurecido pene del alcalde.

Uf... gruñó excitadísimo.

Laura se levantó del suelo y lo miró con picardía mientras se acariciaba los pechos delante de él, tentándolo, desquiciándolo tanto que lo único que deseaba era hundirse en ella y hacerla suya con cada arremetida. Bajo la hechizante mirada de Ángel, Laura se cogió de los hombros de éste y, de un salto, entrelazó sus piernas en su cintura, con una soltura que lo sorprendió y lo encendió todavía más.

Me vas a volver tarumba gimió al notar cómo ella llevaba su erección hacia su húmedo sexo.

Laura sonrió cerrando los ojos al sentir cómo la llenaba, primero poco a poco, hasta notar que encajaban a la perfección; después, cuando notó las manos de Ángel aprisionando su trasero, apoyó la espalda en la pared y esperó ansiosa las fuertes embestidas de éste, que no se hicieron de rogar, y suplicó en su fuero interno que nadie los interrumpiese en aquellos momentos, porque era capaz de sacar al mismísimo papa de Roma de aquella consulta para poder culminar lo que habían iniciado.

No me cansaré nunca de esto, Laura jadeó en su oreja mientras la empotraba con tanto ardor y desesperación que más parecía su primera vez que otro encuentro dentro de su atípica relación.

Oh, ¡madre mía!, más fuerte, Ángel rogó cachonda, sin prestar demasiada atención a las palabras de él, ya que eran cosas que se solían decir en aquellos casos; sólo sentía aquel deseo que la recorría de arriba abajo, que no dejaba de aumentar, de tentarla y de volverla loca.

Jo...der... balbuceó como pudo, intentando frenar su eyaculación para poder hacerlo cuando ella llegara al orgasmo; al percibirla tan abierta, tan expuesta a él, aquella tarea se le hacía algo complicado de realizar.

Laura rebotaba contra la pared con cada embestida, con cada arremetida profunda y con cada movimiento. Se sentía cada vez más deseada, más excitada por tenerlo en su interior y, sobre todo, tan completa que bastaron cuatro empellones más de Ángel para alcanzar un esplendoroso clímax que incluso le nubló la visión. Cuando él se cercioró de que Laura había llegado, se vació en ella con tal gusto que pensó que debía de haber sido muy bueno en otra vida para tener entre los brazos a una mujer como Laura.

Doctora, ¡ya he vuelto! oyeron a Toni, que acababa de entrar en el dispensario, así que procuraron controlar su respiración, agitada debido a aquel encuentro tan tórrido.

Salgo ya contestó Laura mientras le guiñaba un ojo con complicidad a Ángel.

Éste comenzó a moverse despacio, para ayudarla a bajar de su cintura; antes de soltarla del todo, le enmarcó la cara y la besó con devoción, deseando que con aquel beso ella se diese cuenta de todo lo que sentía por ella. Laura carraspeó aturdida y comenzó a limpiarse y a ponerse la ropa, bajo la atenta mirada del alcalde, que no se atrevía a pronunciar las palabras que lo cambiarían todo, por miedo a que su declaración de amor la asustase y pudiese, con ello, perderla para siempre. «Debo ser listo», pensó mientras se ponía la ropa y no dejaba de observar los rápidos movimientos de la chica;

quería que se enamorase de él, quería que lo amara, y eso sólo se podía lograr con el transcurso del tiempo...

Espera pidió Ángel cogiéndola de la mano para atraerla hacia él y darle un beso en los labios antes de que saliera de la estancia. Esta noche me gustaría que cenaras conmigo.

Vale susurró con una sonrisa bobalicona.

En casa de mis padres aclaró, algo que hizo cambiar súbitamente la expresión del rostro de Laura por una más seria y confusa.

Eh... titubeó nerviosa al verse sorprendida por aquella invitación.

Claro, cuenta conmigo. Casi se me había olvidado que debemos actuar así, pues eso forma parte de nuestra tapadera... murmuró frunciendo el ceño y saliendo de allí a la carrera para hablar con Toni, muy alegre, como si no hubiese pasado nada durante el rato que éste había estado ausente.

Ángel se despeinó el cabello, angustiado al reproducir mentalmente las últimas palabras de Laura. Para él ya no se trataba de tal tapadera, porque todo lo que estaba viviendo era real... todo lo que decía, todo lo que hacía... Pero, claro, ella no lo sabía, Laura pensaba que aún estaban manteniendo aquella absurda relación puramente sexual... pero, poco a poco, lograría enamorarla y, cuando estuviera preparada, le confesaría de la manera más romántica del mundo que la amaba como jamás había amado a nadie. Era un plan perfecto, ¿qué podía salir mal?

21

Laura hizo un esfuerzo por centrarse en seguir acomodando y limpiando la consulta sin darle mayor importancia a que esa misma noche cenaría con la familia de Ángel, porque, tal como ella lo veía, era algo que entraba dentro de lo normal, aunque en un principio se asustó e ilusionó a partes iguales al escuchar aquella propuesta. Aquel pueblo era muy pequeño; seguramente su familia lo habría forzado a realizar dicha invitación al enterarse de que eran formalmente pareja, y ella, siguiendo el juego en el que se había metido, intentaría que aquella velada transcurriera lo mejor posible.

Laura, ya he comprobado los aparatos que me has pedido dijo Ángel saliendo del despacho donde minutos antes habían sucumbido al placer y en el que lo había dejado, casi a la carrera, para poder serenar sus emociones. Esta tarde te recogeré en la Albada, ¿de acuerdo?

Claro contestó con una sonrisa, consciente de que Toni estaba al quite de todo lo que estaban hablando.

Luego se acercó a ella con decisión, la cogió de la cintura para pegarla a su fuerte cuerpo y la besó con deseo ante la avergonzada mirada del muchacho, que no sabía dónde esconderse para no presenciar aquel acto tan íntimo entre la doctora y el alcalde.

Toni, cuídamela bien añadió mientras acariciaba con mimo la barbilla de Laura y le guiñaba un ojo de una manera tan deliciosa que ésta tuvo que estrujar el paño que sujetaba para no caerse redonda allí mismo.

Laura se quedó observando cómo se iba y tragó saliva al verse envuelta en una vorágine de sensaciones de las que después, cuando se marchara de allí, se arrepentiría. Pero no podía hacer nada por evitarlo. Ángel se había metido en su piel, en su mente y en su corazón, y lo único que podía hacer era intentar que no se percatara de que ella ya sentía algo por él, porque, si flaqueaba y lo demostraba, sabía que perdería lo poco que tenía con el alcalde... y, aunque fuera exclusivamente sexo y un poco de paripé delante de los vecinos, con eso a Laura le bastaba... «¡Con qué poco me contento!», pensó mientras volvía de nuevo a sus quehaceres, dejando el trapo sobre una mesa y cogiendo una bolsa de basura nueva, de tamaño industrial. Era la primera vez en su vida que conocía a un hombre que de verdad merecía la pena, alguien que en un principio había desechado por culpa de la edad, ya que siempre se había fijado en tipos mayores que ella... Había descubierto, gracias a él, que había hombres buenos, capaces de ayudar al prójimo sin tener que pisar a nadie. Había visto con sus propios ojos el gran corazón que tenía, pues no dudaba en darlo todo por las personas que quería, y ella deseó, con todas sus fuerzas, que un poco de ese sentimiento fuera dirigido a ella... Suspiró con frustración al percatarse de que eso nunca ocurriría; Ángel era un buen hombre, pero también lo había pasado mal y, por culpa de lo que le había hecho su ex, había tirado la toalla en ese terreno y no quería saber nada del amor. ¿Cómo iba ella a enamorar a una persona que se negaba esa posibilidad? ¿Cómo iba a plantearle algo más serio si tenía los días contados en aquel lugar? Era imposible, se decía mientras tiraba los papeles a la gran bolsa de basura, casi a golpetazos, descargando en esa tarea parte de su malestar. Laura se consideraba una mujer normalita, con sus más y sus menos, con un pasado agrio y un presente caótico repleto de mentiras, y pensaba que había tenido mucha suerte de que un hombre como Ángel se fijara en ella. No podía pedirle mucho más, pues no quería ahuyentarlo; por lo menos, durante un tiempo seguramente más corto de lo que en un principio había creído, ya que eso no dependía

de ella, sino de sus superiores, podría engañarse a sí misma y creerse la pantomima creada para todos los lugareños de que ellos dos eran pareja...

Después, cuando volviese a la vida real, ya lidiaría con sus emociones frustradas y su corazón malherido; de momento, exprimiría cada segundo compartido con Ángel, ocultando sus verdaderos sentimientos y haciéndole ver que seguía al pie de la letra aquel pacto que, cada día que transcurría, aborrecía un poco más.

¿Cómo fue capaz de creer que un trato así sería bueno para ella? ¿Tan desesperada por el sexo estaba como para aceptar aquel acuerdo que le había hecho enamorarse de alguien que jamás podría tener? Laura apretó los dientes para frenar las irrefrenables ganas de gritar su desacierto, mientras se afanaba en su tarea, ya que por lo menos eso la mantendría ocupada hasta la tarde...

¡Hola, Pedro! saludó Laura cuando fue a ver quién tocaba a la puerta de la cabaña; al abrir, se encontró al otro lado a su querido casero y amigo.

Hola, monina. ¿Puedo pasar?

Laura se echó a un lado para que su vecino entrara, cerró la puerta y lo acompañó al salón, para sentarse los dos en el sofá. Llevaba en casa una hora; después de haber estado todo el día en la consulta trabajando mano a mano con Toni, tuvo que dar por finalizada la jornada, casi a regañadientes, para volver a la Albada y prepararse para su velada. Se duchó rápidamente y se vistió para estar lista cuando llegase Ángel a recogerla. También le dio tiempo de preparar un rico postre para agradecer la invitación y, además, realizó una llamada de teléfono, rápida y concisa, que la dejó más inquieta de lo que ya estaba en un principio, pero no podía hacer otra cosa que acatar las órdenes, aunque eso significase dar un paso en dirección contraria de donde se encontraba Ángel...

Vengo de despedirme de mi nieto, que se acaba de marchar a la ciudad.

Vaya... susurró sabedora de lo que significaba Fernando para él.

¿Estás bien?

Sí, Laurita... Le mostró una amplia sonrisa. Se ha ido contento porque me ha contado que tiene un nuevo caso entre manos; ya ves que mi nieto piensa más en el trabajo que en otra cosa comentó mientras negaba con la cabeza, desaprobando esa conducta. Pero, mírate, ¡qué guapa te has puesto!

Oh, muchas gracias, Pedro dijo con una tímida sonrisa, alisándose una minúscula arruga del vestido de manga larga que había elegido, en color marrón chocolate y con un dibujo hecho a base de círculos en diversos tonos de colores más claros y alegres, que le daban a la prenda un toque elegante y moderno.

Ahora vendrá Ángel a por mí; vamos a cenar a casa de sus padres le explicó haciendo una mueca nerviosa.

Vaya, vaya... ¡Vamos, que lo vuestro va viento en popa y a toda vela! exclamó Pedro haciéndola sonreír.

Sí, eso parece convino en voz baja.

¿Qué te pasa, monina?

Nada, estoy un poco inquieta... susurró cruzando las piernas para observarse distraídamente las botas de caña alta de color marrón.

Eso es normal, pero ya te digo yo que los vas a enamorar como nos has enamorado a todos comentó con cariño. Además, ya los conoces, mujer.

Sí, sí, y son muy majos... bufó dándole a entender que sólo estaba intranquila debido a aquella cita y no por algo más importante... algo que no podía eludir, ya que formaba parte de ella, de esa parte que todos desconocían.

No te lo he dicho antes porque estaba mi nieto y ya sabes cómo es..., pero quiero que sepas que pienso que el alcalde y tú estáis hechos el uno para el otro.

Hacéis una maravillosa pareja, aunque me temo que, dentro de poco, te me irás de aquí... dijo señalando la casa.

Y eso, ¿por qué? preguntó extrañada mientras se le congelaba la sonrisa en el rostro, pensando que su vecino intuía las cosas de una manera formidable.

Ay, Laurita, que sea viejo no significa que sea tonto... Poco a poco empezarás a pasar más tiempo en su casa y, un día, te pedirá que te vayas a vivir con él... aclaró, con lo que a ella se le quitó un peso de encima, pues por un momento había sopesado la posibilidad de que hubiese descubierto lo que hacía allí verdaderamente. Es algo muy normal, sobre todo hoy en día.

Antiguamente había que pasar por muchas etapas para llegar a vivir con la persona que amabas, pero, ahora, basta sólo con su voluntad.

Bueno, es demasiado pronto para hablar de eso, Pedro. Ángel y yo llevamos poquísimo tiempo juntos susurró, angustiada al ser consciente de que aquello no ocurriría jamás. De momento, no te vas a librar tan rápidamente de mí añadió guiñándole un ojo.

En menos tiempo del que tú crees, te irás de la Albada; ya lo verás, monina... y yo me alegraré por ti. Veo cómo te mira Ángel y eso me tranquiliza.

¡Tienes al alcalde enamorado!

Bueno, bueno... Rio nerviosa al no saber qué decir ante aquella afirmación que ella sabía que era falsa.

Mira, ahí lo tenemos la avisó al oír cómo se acercaba un vehículo.

Anda, Laurita, sé tú misma y verás como todo sale bien comentó mientras se ponía de pie para salir de la casa con ella.

Eso espero musitó. Luego cogió el abrigo, el bolso y el postre que había preparado, apagó las luces y se acercó a la puerta principal mientras pensaba que no podía comportarse del todo como era, porque una parte de su vida seguía oculta...

Buenas, Ángel saludó Pedro saliendo el primero de la cabaña. Mira, si es que tenemos un alcalde que es un auténtico caballero.

Laura salió y vio a Ángel. Llevaba una gruesa chaqueta por la que se entreveía, debajo, una camisa blanca, conjuntada con unos vaqueros azul oscuro; en la mano derecha portaba una sencilla pero preciosa flor. Ella tragó saliva con dificultad al ver lo atractivo que estaba, y agradeció mentalmente la fresca brisa porque pensó que la ayudaría a calmar un poco sus emociones, desbocadas por tenerlo

delante, de aquella guisa y con aquel detalle que le pareció terriblemente encantador.

Estás preciosa susurró Ángel acercándose a ella y ofreciéndole la elegante rosa.

Muchas gracias titubeó cogiéndola para luego oler su fragante aroma.

Tú también estás muy guapo.

¿Qué llevas ahí? preguntó señalando el plato, que estaba tapado con papel de aluminio.

He hecho un postre para tu familia. Algo rápido, porque hoy he estado todo el día en la consulta...

No hacía falta que llevaras nada comentó con una sonrisa, dichoso de que Laura fuera tan detallista, pero seguro que les encantará.

¡Seguro, Laura es una magnífica cocinera! Anda, monina, dame la florecilla y te la pongo en un jarrón. Marchaos ya, y a disfrutar mucho de la juventud apremió Pedro cogiendo la rosa y empujándolos a ambos para que se movieran y se fueran de allí.

Gracias, Redondo dijo Ángel con una sonrisa mientras abría la puerta del copiloto para que la doctora entrara en su camioneta.

Laura, nada acostumbrada a aquellas muestras de caballerosidad, esbozó una nerviosa sonrisa a la vez que se metía en el vehículo, sintiendo que temblaba de pies a cabeza. No sentía frío en absoluto, gracias al calor que le otorgaba su abrigo, sus escalofríos eran debidos a tener cerca a Ángel y, además, a todas aquellas atenciones recibidas a las que no estaba habituada y de las que no se sentía merecedora.

¿Estás preparada? preguntó sentándose en el asiento del conductor y poniendo la llave en el contacto.

Laura lo miró y sonrió con timidez, rogando para que aquella acción bastase como contestación, ya que no podía pronunciar palabra alguna, por no poder dar nombre a lo que sentía en esos instantes; era algo que ansiaba que fuera verdad, pero que sabía que no lo era. Maldijo internamente al pensar en la mala cabeza que

tuvo cuando aceptó la proposición de Ángel, algo que le costaría más de una larga explicación a sus superiores, algo que le iba a costar su corazón...

No te preocupes; están deseando cenar contigo susurró él ante su falta de respuesta verbal, poniendo el motor en marcha para salir de la Albada.

Laura se concentró en actuar de forma normal, como si no pasara nada, pero estaba más que aterrorizada de que aquella cena fuese el detonante de su final como atípica pareja; temía hacer algo que desvelara ante Ángel que estaba enamorada de él de verdad, y le daba miedo que alguien sospechase lo que en realidad hacía en aquel pueblo...

¿Y si se dan cuenta de que no somos pareja, si nos calan y huelen que todo esto es un engaño? preguntó inquieta al ver que se acercaban rápido al pueblo.

No se darán cuenta porque somos unos magníficos actores comentó con seriedad, prestando atención a la calzada y sintiendo que las palabras pronunciadas por Laura se le clavaban en el alma, como afiladas navajas.

Ya, pero no es lo mismo disimular delante de los vecinos que ante tu propia familia. Chasqueó la lengua, cada vez más intranquila y temerosa de que todo aquello saliese mal.

No te preocupes por eso ahora. A mi familia ya le gustabas y, cuando se enteraron de que estábamos juntos, poco les faltó para hacer una fiesta soltó con guasa. Además, no los engañamos del todo... susurró colocando su mano sobre la rodilla femenina, notando la suavidad de los pantis color carne que llevaba puestos.

Pero yo voy a tu casa en calidad de novia y no de *follamiga* siseó con pesar al dar definición a lo que ellos dos eran, mientras ojeaba a través del cristal de su ventanilla para no tener que enfrentarse a su mirada y que adivinara que aquella aclaración le dolía.

El silencio se instaló en el interior del vehículo; sólo se oía el ronroneo del motor y el zumbido del viento.

Somos algo más que *follamigos*, Laura... farfulló él, apretando la mandíbula para no pronunciar más de lo que ella podía saber aún, ya que necesitaba un poco más de tiempo para no espantarla con los sentimientos que tenía por ella.

Bueno, como quieras llamarlo aseveró sin darse cuenta del rostro compungido de Ángel y centrada en el sabor amargo que le trepaba por la garganta al saber que iba a continuar con aquella pantomima que cada vez se hacía más grande y cada vez le causaba más dolor. Bueno, no pasa nada...

Debe de ser el cansancio, que me hace estar más nerviosa explicó para darle sentido a lo que le ocurría y que no sospechara lo que realmente le sucedía.

Vamos a ello añadió al ver que estacionaba la camioneta.

Ángel salió veloz del interior para abrirle la puerta a Laura, pero ésta ya estaba saliendo cuando él llegó; sonrió al verla tan perdida, como si fuera a hablar delante de miles de personas y no se supiera el discurso. La cogió de la mano para infundirle ánimos y, sobre todo, para sentirla a su lado, y abrió la puerta de la casa de sus padres.

Todo va a salir bien le dijo en voz muy baja mientras cerraba tras ellos.

Laura sonrió tímidamente a la vez que sujetaba cada vez con más fuerza el plato con el postre a medida que se iban acercando al gran salón donde la familia los estaba esperando. Los primeros en recibirlos fueron los mellizos, quienes, al verlos, se abrazaron a ellos con cariño.

¿Ves? le dijo con insolencia la pequeña María a su hermano, que le sacaba la lengua al constatar que ella había ganado.

¡Mamá, María se está burlando de mí! protestó el pequeño Ernesto corriendo hacia su madre.

Laura sonrió sin poder evitar que se le instalara un gran nudo en el estómago, presagiando que aquello se les estaba yendo de las manos al engañar a tantísima gente buena.

Anda, anda, id a lavaros las manos, que la abuela va a poner ya la cena en la mesa apremió María a sus hijos. Anda, ¡qué calladito lo teníais! exclamó con retintín, acercándose a ellos para darles un par de besos.

Hacéis bien, que aquí no hay que dar puntada sin hilo soltó Ernesto haciendo que su esposa le diese una cariñosa palmada en la espalda que lo hizo sonreír. Por cierto, Laura, ya tengo tu coche arreglado. Mañana te lo acercaré a la Albada.

Oh, genial, ¡muchas gracias, Ernesto! exclamó, y luego le dio un par de besos al cuñado de Ángel.

Querido hermano, esta vez sí: tengo que decirte que has tenido muy buen gusto confesó María dándole en esa ocasión una palmada a Ángel en la espalda. Y, Laura, ¿qué te voy a decir yo a ti? preguntó mientras le guiñaba un ojo con complicidad, a lo que ésta le respondió con una sonrisa.

Bienvenida a la familia.

Muchas gracias, María dijo Laura tragándose las emociones al oír aquella frase.

No sabes, hija mía, la alegría que me llevé cuando me enteré de lo vuestro comentó la madre de Ángel acercándose a ella y cogiéndola de la mano, para después darle un par de besos de bienvenida. Mi hijo no habría podido elegir una mujer mejor.

Vaya... Muchas gracias, Marieta susurró, asombrada por aquel piropo.

He traído una tarta casera de tres chocolates para el postre informó tendiéndole el plato.

Oh, no hacía falta, cariño dijo Marieta cogiéndole el plato, aunque ya estoy deseando probarla.

Mamá, ella tampoco podría haber encontrado un hombre mejor intervino Ángel, juguetón, provocando que su madre le propinase un cariñoso puñetazo en el hombro como respuesta.

Anda, anda, Angelito, que estás el primero de la lista negra por mentirle a tu madre replicó con guasa, haciendo que éste la agarrase en brazos para darle un fuerte abrazo y un beso a su

madre, que reía complacida por aquella muestra de cariño de su hijo. María cogió veloz el plato de la tarta para que no se cayese al suelo.

No te lo tomes a mal, mamá. Aún no sabía que iríamos en serio se justificó Ángel mientras la dejaba en el suelo, recibiendo una mirada de adoración por parte de Laura, a quien le encantaba ver a Ángel tan divertido y amoroso con su familia.

¡Hombre, ya ha llegado la doctora! exclamó el patriarca, acercándose donde se encontraban todos de pie, recibiendo a Laura. No seas tímida y dame dos besos, que para nosotros ya eres de la familia pidió el hombre cogiéndola de los hombros para saludarla. Anda, vamos a la mesa, que ya estábamos deseando tenerte aquí para poder sonsacarte todo lo que podamos y más confesó mientras le guiñaba un ojo, divertido.

No hagas caso, mi padre es muy bromista explicó Ángel cogiéndola de la mano y mostrándole una fabulosa sonrisa.

De bromista, nada: queremos saber más cosas de la mujer que ha conseguido, al fin, cazar al revoltoso de nuestro hijo comunicó el cabeza de familia haciendo reír a los demás.

Ángel sonrió orgulloso a la vez que apretó la mano de Laura para infundirle ánimos y acercarla a la mesa; a su familia le encantaba la doctora, y no era para menos...

Bueno, bueno, parejita... ¿desde cuándo estáis juntos? preguntó María mientras servía agua a sus hijos, una vez que todos se habían acomodado alrededor de la gran mesa ovalada.

Desde que me ayudó a que la oveja alumbrase contestó rápidamente Ángel, que andaba en la tarea de verter el vino tinto en las copas de los adultos.

Vaya... ¿Y cómo habéis logrado que, en todo este tiempo, nadie os haya visto? preguntó Ernesto, asombrado de aquella gran hazaña.

El campo es muy grande, cuñado soltó mientras le guiñaba un ojo.

Eso es lo de menos intervino Marieta a la vez que iba sirviendo los suculentos solomillos de ternera con una exquisita crema de

champiñones y setas que, sólo con olerla, alimentaba, lo importante es que ya lo han formalizado...

Ay, hijo mío, ¡ya era hora de que entraras con una chica en esta casa! declaró emocionada su madre, dichosa de tener a la feliz parejita sentada a su mesa.

Las vecinas siempre me decían lo extraño que era que no te hubieses fijado en otra chica...

Estaba esperando a que llegara la mujer perfecta alegó mirando con adoración a Laura, quien sonrió mientras bajaba los ojos hacia sus manos con timidez tras oír aquella afirmación que la abrumó.

Mamá ya estaba asustada, temía que te quedabas para vestir santos anunció con sorna María, provocando que su madre la mirase con mala cara.

Pues sí, ¡para qué mentir! Pero lo que dices, Ángel, es muy bonito murmuró Marieta, emocionada. Eso es lo que tenéis que hacer, conoceros y quereros mucho agregó. Por fin se sentó en su silla, lo que dio pie a que todos comenzaran a cenar.

Laura, ¿te podemos llamar tía? le preguntó la pequeña María, haciendo que ésta se quedara petrificada ante aquella petición.

Claro que sí, cariño susurró tras notar que Ángel la tocaba en el muslo para que se arrancase a contestar. Todo aquello se estaba complicando cada vez más para la doctora y sospechaba que terminaría explotándole en la cara de alguna u otra forma.

Lo que no entiendo es por qué estás con el tío Ángel... intervino el pequeño Ernesto, para luego pinchar con el tenedor un trozo de carne. La abuela dijo que te casarías con Fernando y no con el tío.

¡Pero chico! lo amonestó Marieta, azorada, mientras se llevaba las manos a la cara como ocultando su vergüenza. Ay, Laura, perdona a mi nieto...

Hace unos días estuvimos hablando de ti en esta casa y el crío se quedó con la parte que quiso...

¡No pasa nada! replicó ella con una sonrisa, pues le encantaba la espontaneidad de los mellizos.

Yo le dije que eso no pasaría y que el tío se quedaría con Laura presumió con altivez la pequeña María.

¿Y cómo sabías tú eso? le planteó su madre.

Porque, el día que el tío nos enseñó a cabalgar, Laura estuvo con nosotros y vi cómo se miraban contestó con soberbia, haciendo sonreír a los protagonistas de esa historia.

Aunque sean niños, no son tontos sentenció Marieta con rotundidad.

Yo también vi ese brillo en la mirada de mi hijo cuando me habló de la doctora anunció mientras le guiñaba un ojo al susodicho, dándole por fin la respuesta a aquella incógnita.

Vaya, ¡si al final resultará que no voy a saber guardar un secreto! soltó, haciendo reír a su familia.

La cena avanzó entre risas y Laura disfrutó como hacía tiempo que no lo hacía, aunque en su interior estuviese frenando aquellas emociones que cada vez crecían con mayor celeridad. La familia de Ángel era maravillosa; se querían mucho, eso se apreciaba en las miradas, en cómo se hablaban y en cómo reían ante cualquier gracia y anécdota que contaban. Ella se sintió demasiado a gusto, como en casa, algo que la aterrorizó.

Estaba todo delicioso, Marieta la felicitó Laura cuando ayudaba a recoger la mesa antes de servir el postre y el café.

Muchas gracias, pero, siéntate, hoy eres nuestra invitada la regañó la mujer con una sonrisa, cogiéndole de las manos los platos que llevaba para que volviese a la mesa.

¡Aprovecha!, que luego la confianza dará asco y te tendrá de aquí para allá haciendo cosas comentó María en broma, haciendo que Laura sonriese.

Anda, anda, tú a recoger, y no me hagas hablar apremió Marieta a su hija. Ahora vamos a sacar esa tarta tan rica que has hecho. Le guiñó un ojo con cariño a Laura, quien sonreía divertida al ver la magnífica relación que tenían.

¿Qué planes tenéis para el futuro? preguntó, de sopetón, el patriarca, haciendo que la doctora se sentara a cámara lenta al lado

de Ángel.

De momento, seguir conociéndonos, papá contestó éste esbozando una sonrisa.

Ya, claro... Supongo que ya no te irás de aquí, ¿no? le preguntó directamente a ella.

Eh... no... Sólo puntualmente, para hacerle alguna visita a mi madre y cosas así... susurró, nerviosa al no saber qué contestar para no quedar mal con esa adorable familia.

Dile a tu madre que se venga. Seguro que le encantará todo esto. ¡Aquí se vive muy bien! exclamó el buen hombre señalando a su alrededor.

Me consta que así es aceptó ella con un hilo de voz, sin poder responder sinceramente a aquella proposición.

¡Pues decidido! Le dices a tu madre que coja las maletas y se venga para acá sentenció él, efectuando una palmada en el aire como dando por finalizada aquella discusión que él mismo había iniciado.

No le hagas caso a mi marido avisó Marieta, tras dejar la tarta en la mesa y empezar a partirla en trozos. Cuando mi Ángel se prometió con Isabelita y estuvo a punto de marcharse del pueblo, mi marido lo pasó francamente mal. Él es un hombre tradicional, de campo, y no deseaba que su hijo pequeño, el único varón, se fuera de aquí. Ahora tiene el mismo temor al saber que tú eres de ciudad...

Yo nunca obligaría a Ángel a abandonar todo esto. Sé lo que significan para él sus tierras, sus animales, los vecinos y, sobre todo, su familia declaró Laura con total sinceridad, pues era consciente de lo que representaba para él aquel lugar.

Ella no es como Isabel, papá garantizó Ángel con seriedad, percatándose del gran dolor que le habría causado su decisión si la hubiera llevado a cabo.

Venga, venga, vamos a cambiar de tema y a probar el delicioso postre que nos ha preparado Laura intervino Marieta al detectar que la conversación se estaba tornando más sería.

Laura comió lentamente la tarta, escuchando los cumplidos que le hacían al probar el postre y sintiendo cómo una pesadez se le instalaba en el pecho. Eso era lo que siempre había anhelado: una pareja, una familia y cariño. Sonreía sin parar mientras los familiares de Ángel hablaban de un tema menos doloroso que la antigua relación del hijo pequeño, riendo a carcajadas con las divertidas y siempre sorprendentes contestaciones de los mellizos, atendiendo a las palabras serias y concisas del patriarca, sintiendo el amor que transmitía Marieta con sus frases y disfrutando de las bromas entre María y Ernesto. Tragó saliva al sentir la mano de Ángel sobre su muslo; lo miró de reojo y envidió a la mujer que fuera capaz de enamorarlo, porque se iba a llevar a un hombre excepcional en todos los sentidos, un hombre bueno de verdad, un hombre capaz de enamorar a cualquiera, incluso a ella, que había creído que jamás hallaría a alguien que mereciese la pena.

22

Les has encantado anunció Ángel saliendo de la calle de sus padres con la camioneta.

Y ellos a mí susurró jugando distraídamente con el borde de su vestido.

¿Qué te pasa? preguntó al sentir en su voz algo que no supo identificar.

Nada, estoy un poco cansada comentó mostrándole una fugaz sonrisa para que no supiera que lo que le ocurría era otra cosa.

Ahora mismo llegamos dijo concentrándose en la calzada.

La noche había ido mejor que bien; Laura se había ganado a su familia, tanto que, aprovechando que ella se ausentó un rato del comedor para ir al baño, le rogaron que no la dejara escapar jamás, que les había chiflado y que hacían una pareja maravillosa, y ésa era la intención que tenía Ángel, enamorarla poco a poco para que se quedara allí con él para siempre. Detuvo el vehículo en la puerta de su casa y esperó a ver la reacción de ésta, que no tardó mucho en aparecer.

¿Qué hacemos aquí?

Relájate, ya no nos tenemos que esconder le recordó Ángel, aguantándose las ganas de reír al ver la cara de preocupación de su acompañante.

Salió del automóvil y fue a abrirle la puerta; ella le sonrió nerviosa y aceptó la mano que le tendía. Caminaron juntos hacia la entrada de su casa para que él abriese y pasar al interior.

¿Te apetece tomar una copa? preguntó Ángel ayudándola a quitarse el abrigo para que estuviera más cómoda.

Vale aceptó sin saber muy bien por qué no la había llevado a la Albada; en cambio, estaban en su casa, en un hogar en el que se sentía demasiado a gusto...

Laura se sentó en el sofá y aguardó mientras Ángel preparaba las dos copas en la cocina y después ponía una música lenta y muy sensual que automáticamente le erizó la piel.

Toma dijo tendiéndole la copa y sentándose a su lado. Me he tomado la libertad de prepararte un Baileys.

Nunca lo he probado, pero seguro que me gusta dijo antes de llevarse la copa a los labios y sentir el sabor fuerte de aquel cremoso licor.

Me encanta tenerte en mi casa declaró con voz ronca mientras le acariciaba la pierna con la mano que tenía libre.

Laura sonrió sin saber muy bien qué decir, ya que los acontecimientos que había vivido en esa casa la habían hecho flaquear más de lo que deseaba.

Mientras tanto, Ángel no sabía qué hacer para que ella se relajara en su presencia; era como si no quisiera compartir esa intimidad con él, esa que tanto le estaba empezando a gustar.

He comprado una cosa para los dos... anunció Ángel mirándola con intensidad. He tenido que ir a la ciudad, pero creo que el esfuerzo habrá merecido la pena...

¿Una cosa? preguntó alzando una ceja con curiosidad, desplazando un poco la preocupación que sentía desde bien entrada la tarde.

Ángel dejó su copa sobre la mesita de centro y se fue a buscar lo que había comprado esa mañana, después de salir de la consulta, para sorprender a esa doctora que lo tenía loco de deseo y de amor. Volvió enseguida, cargado con una caja que dejó sobre la mesita.

¿Qué es eso? inquirió al ver en la caja el sensual dibujo de una diablesa delante de un fuego candente.

Un juego de mesa; se llama Diabolicus y es para que juguemos un rato...

¿Te apetece? planteó sentándose de nuevo a su lado.

Claro aceptó con una sonrisa, propiciada por aquel juego erótico, el cual se dijo que desplazaría momentáneamente sus pensamientos.

Ángel abrió la caja para sacar el tablero, el dado, el mazo con las preguntas divididas en tres niveles, unas tarjetas de deseo para él y otras para ella y las dos fichas, una con forma de pene y otra, de pechos. Laura sonrió y se sentó sobre la mullida alfombra, para estar más cerca del tablero; luego dejó la copa en un lado libre de la mesa; Ángel la imitó hasta ponerse a su lado.

Antes de empezar, tenemos que escribir nuestro mayor deseo sexual le explicó Ángel, tendiéndole un trozo de papel y un bolígrafo. Quien gane, verá cumplido su deseo.

Vaya, parece que has jugado más veces a esto comentó Laura guiñándole un ojo.

La verdad es que no he jugado nunca, pero me he pasado toda la tarde leyéndome las instrucciones le aclaró, a la vez que le regalaba una sonrisa encantadora.

Anda, y yo toda la tarde limpiando la consulta soltó con guasa, haciéndolo reír.

Bueno, tengo que aprovechar, de vez en cuando, mi condición de alcalde añadió en broma guiñándole un ojo.

Laura se dispuso a escribir, mirando a Ángel de reojo de vez en cuando para comprobar que hacía lo mismo. Se sentía nerviosa por empezar ese excitante y divertido juego, mucho más animada al dejar aparcados sus sentimientos, sus frustraciones y sus preocupaciones y poder compartir aquello tan tentador con él.

Vamos a ver quién saca el número más alto dijo Ángel dejando los dos papeles doblados en el centro del tablero y tirando el dado para elegir el orden de jugada. Un dos... Tira tú.

Un cinco exclamó con alegría.

Laura volvió a tirar el dado y movió la ficha con forma de pechos hasta la casilla apropiada, cogió una tarjeta del nivel uno y la leyó.

¡Empezamos bien! soltó entre risas al leerlo primero en su mente.

Hazle un estriptís a tu pareja, pero prohibido que te toque.

Me da a mí que este juego va a pasar a ser uno de mis preferidos comentó Ángel observando cómo Laura se levantaba; luego ésta empezó a desvestirse de una manera tan sensual y provocativa que tuvo que moverse varias veces para acomodar el bulto que comenzaba a crecer dentro de sus pantalones. Aunque esto va a ser también un suplicio... al tenerte desnuda delante de mí y no poder hacerte nada... añadió con voz profunda sin ni siquiera parpadear, tras ver cómo se había desprendido del vestido, las medias y la ropa interior con una sensualidad que le secó la boca.

Sólo se mira, Ángel... Hay que seguir las normas del juego soltó burlona al descubrir cómo éste tragaba con dificultad al verla sentarse de nuevo a su lado, totalmente desnuda. Agradeció mentalmente tener la casa calentita gracias a la calefacción de gasoil que había dejado en marcha antes de salir a por ella.

Bueno, a ver si tengo suerte susurró sin apartar la mirada de los pechos de ella, que se erguían con orgullo, y tiró el dado para proseguir la partida. Un tres... ¡Vamos a ver qué me dice la tarjetita! dijo moviendo la ficha con forma de pene y cogiendo una tarjeta del nivel uno: «¿Cuál es el sitio más extraño en el que ha hecho el amor tu pareja?». Hummmm... No lo sé, ¿cuál?

El almacén de un bar... susurró Laura consciente de que él estaba deseoso de tocarla. ¿Y el tuyo?

El maletero de mi camioneta... respondió, guiñándole un ojo al darse cuenta de que ambos habían sido protagonistas de esos dos encuentros.

Vale, me toca dijo Laura centrándose en el juego. Tiró el dado y movió la ficha, para después coger otra tarjeta: «Quítale con los dientes alguna prenda de ropa a tu pareja». ¡Me da a mí que has puestos las tarjetitas más picaronas para que las coja yo!

No, te juro que no, pero si hubiera caído en eso, seguramente lo hubiese hecho susurró mientras le guiñaba de nuevo un ojo, picarón.

Ángel levantó los brazos para que supiera que no la iba a tocar y Laura gateó de una manera muy sensual hacia él, cogió con los dientes el borde de la camisa y, ayudándose de los dedos para desabrochar los botones de una manera más rápida, la abrió; después, con una lentitud torturadora para él, pasó la boca por el maravilloso torso de éste. Ángel cerró los ojos al notarla tan cerca y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no cogerla y tumbarla debajo de él, para saciar el hambre que sentía, que sólo se vería aliviada cuando sus dos cuerpos encajaran en aquel baile sensual que lo enloquecía.

Bueno, a ver cómo sigue el juego susurró con voz ronca antes de coger el dado y comenzar a presentir que sería imposible acabar la partida. Un seis y la tarjetita me dice... ¡Joder! murmuró mirándola a la cara y mordiéndose el labio. «Os tenéis que masturbar durante un minuto.»

Me da a mí que esos pantalones sobran señaló divertida, abriendo las piernas para comenzar a acariciarse el clítoris con mimo, sintiendo la mirada de Ángel clavada en ella.

Se levantó de golpe y se quitó el pantalón y los calzoncillos de un movimiento, para luego volverse a sentar en el suelo y mover con suavidad el durísimo pene sin dejar de observar a Laura, que seguía tocándose.

Espera, tenemos que poner el cronómetro comentó excitada antes de coger el teléfono móvil de Ángel para ponerlo en marcha.

Durante sesenta segundos, se masturbaron uno delante del otro, sintiendo que la tensión sexual crecía de una manera alarmante, percibiendo cómo sus respiraciones se tornaban pesadas, lujuriosas, y sus miradas se oscurecían por el deseo, sin dejar de tocarse a sí mismos, sin dejar de acariciarse, sin poder apartar la mirada de lo que hacía el otro, perturbados por la pasión, inmersos en una vorágine de sensualidad y erotismo, como si no existiera nada más

que ese momento, sólo ellos dos juntos, dándose placer, sintiendo cómo el otro se excitaba al ver cómo se masturbaba el contrario, conscientes de cómo aquello comenzaba a ser una deliciosa tortura, unos preliminares tan estimulantes y tan enloquecedores que resultaban el principio perfecto para una sesión de sexo insuperable.

Me toca a mí gimió Laura totalmente estimulada mientras detenía el cronómetro y tragaba saliva al ver el esplendoroso miembro de Ángel alzarse con orgullo. Un tres... y dice la tarjetita: «Elige una parte del cuerpo de tu pareja y pasa la lengua por ella...».

Jo...der... balbuceó Ángel al ver cómo ella gateaba en dirección a él, leyendo en aquella felina mirada que no se contentaría con lamerle únicamente un pecho, por ejemplo.

Sin decir nada, Laura pasó la lengua por todo el rígido miembro de Ángel como si de un helado se tratase, haciendo que éste se echara para atrás, provocado por aquel contacto, excitado por sentir la lengua de ella recorrerle toda la longitud de su sexo, creyendo que estallaría de excitación en segundos.

Después le sonrió con una picardía que hizo que él carraspeara, en un intento de frenar esos locos impulsos que lo llevaban a ella, y volvió a su sitio, dejándolo con ganas de más. Ángel gruñó al verla de nuevo tan lejos y percibió el morbo que ella sentía por haberlo excitado con aquella pequeña acción; de su pene resbaló, casi a cámara lenta, un gotita de placer.

Uf... A ver qué me sale ahora susurró Ángel procurando recuperar un poco la compostura y concentrándose en proseguir el juego, aunque su miembro ya estaba tan duro que no sabía cómo lograría aquella tarea. Un uno y la tarjeta dice: «Estimula a tu pareja con un vibrador...». Hummmm... No nos hemos traído tu aparatito, pero creo que podemos sustituirlo por otra cosa apuntó con una sonrisa ladeada mientras se acercaba como un león que acechase a un antílope, despacio, acorralando a su presa para que no huyera. Laura lo miraba expectante y cachonda, mientras se mordía el labio inferior, ansiosa porque la tocara, por sentir su tacto, su calidez.

Ángel se arrodilló delante de ella, le guiñó un ojo, se pasó la lengua por los labios y ésta, al intuir sus intenciones, se abrió para él; poco a poco, descendió hacia su clítoris y comenzó a tentarlo con la lengua, haciendo que Laura gimiese con cada roce que le proporcionaba, volviéndola loca por lo que le estaba haciendo. Sin poder evitarlo, ella empezó a abrirse más para él, para que pudiera llegar con más facilidad, recostó la espalda en el suelo y le acarició la cabeza; él no detenía su juego, excitado como jamás creyó que llegaría a estar, y Laura anhelaba con cada poro de su piel sentirlo cada vez más, deseando a cada segundo que aquella noche durase eternamente, ansiando que el tiempo se detuviera en aquel instante para poder rememorar cada sensación, cada mirada, cada roce que éste le había dado.

Oh... madre mía gimió al sentir que el orgasmo estaba muy próximo.

No pares, Ángel...

Pero te toca a ti tirar el dado... replicó juguetón para luego volver a lamer con mayor ferocidad, consciente de que ella estaba fuera de sí, sintiendo con su lengua lo tremendamente excitada que estaba.

¡¡A la mierda el dado!! soltó en un alarido, sin querer que pusiera fin a lo que le estaba haciendo. Ven, ponte del revés, quiero lamerte también.

Ángel la miró asombrado ante su petición; nunca había hecho un sesenta y nueve con nadie y, sin demorarse mucho, se puso como ella quiso, para notar poco después cómo encajaba la boca sobre su descomunal pene mientras él la lamía y chupaba con adoración, pensando en lo afortunado que era por haberla conocido.

Jo...der... masculló como pudo al ver que Laura se la lamía con tanta ferocidad que debía pensar, rápido, en cualquier otra cosa para no eyacular en su preciosa boca. Despacio, Laura..., despacito, que me correré en dos lametazos más.

¿Tanto te pongo? preguntó sensual y terriblemente excitada, mientras pasaba su lengua por el glande.

Muchísimo gruñó mordiéndose los labios para controlarse y después proseguir con los mimos a su clítoris.

Me encanta dijo antes de meterse entero el miembro en la boca, para sentir a continuación que él la devoraba con frenesí.

Al poco, Ángel salió de Laura casi de un salto, la cogió con destreza y la sentó sobre el sofá para mirarla a los ojos; él estaba de rodillas, entre sus piernas.

Ambos estaban fuera de sí, totalmente calientes, jadeando, anhelando más, mucho más. Poco a poco la acercó al borde del sofá, tentándola con el pene, acercándolo a la entrada de su vagina para después alejarse, haciendo que ella ansiara con mayor fuerza tenerlo en su interior. Se tumbó hacia atrás, quedándose totalmente expuesta, para poder absorber el placer que le daba con aquel morboso juego que la estaba volviendo loca de placer. Con una embestida rápida y profunda, se hundió en ella, provocando que los dos gimieran al unísono al sentirse, al fin, juntos, piel con piel. Ángel comenzó a moverse despacio, haciendo de aquel baile algo tortuoso pero terriblemente placentero, mientras la cogía del trasero para acercarla más a él, para poder profundizar más en cada movimiento. Se inclinó sobre ella para llevarse un pecho a la boca y poder lamerle y mordisquearle los pezones, volviéndola todavía más loca si eso era posible. Laura estaba a punto de alcanzar un clímax tan bestial que ya empezaba a intuirlo, sabiendo que con ese hombre el sexo siempre era espectacular, novedoso y una delicia para los sentidos. Eso lo echaría terriblemente de menos cuando tuviera que marcharse de allí...

Creo que no me voy a cansar nunca de tenerte así, Laura gimió Ángel profundizando todavía más sus embestidas y acelerando el ritmo.

Oh, Ángel, me encanta... Sigue, sigue susurró ella con deleite.

Él le cogió las piernas y se las colocó sobre sus hombros, con el fin de entrar con mayor profundidad, para que notase lo excitado que lo ponía tenerla así, para que sintiese todo lo que le provocaba verla de esa manera, ansiando que ella supiera que, para él, el sexo

con ella era algo más, mucho más... Laura cerró los ojos y gritó cuando el clímax le cruzó el cuerpo, creyendo que moriría por el placer que le provocaba Ángel, creyendo que jamás podría sentir el sexo como lo hacía con él...

Sí, cariño, córrete para mí susurró tentador a la vez que le pellizcaba los pezones.

Laura tuvo el orgasmo más largo y potente de su historia, sintiendo que con él todo siempre sería así: excepcional. Ángel no tardó en seguirla; cinco profundas embestidas bastaron para lograrlo y dejarse caer sobre los labios entreabiertos de Laura, que lo besó con dulzura y amor, sellando aquella unión que ansiaba que fuera eterna.

Al final no hemos podido acabar la partida susurró Laura acariciándole el cabello a Ángel, quien había apoyado la cabeza sobre sus pechos, todavía unidos por sus sexos.

Ya la acabaremos, tenemos toda una vida para hacerlo... susurró en voz baja, vencido por el cansancio y el placentero bienestar después de una fantástica sesión de sexo.

Laura sonrió deseando que fuera verdad lo que acababa de decir, pero intuyó que eran cosas que se decían después de practicar un sexo sublime, palabras que se pronunciaban pero que no se pensaban, cosas que se verbalizaban sin pensar, sólo por decir...

Quédate conmigo esta noche pidió medio dormido mientras le daba tiernos besos en los pechos.

¿En serio? preguntó, extrañada ante su petición.

Claro susurró levantando la cabeza para mirarla a los ojos y darle un tierno beso en los labios. Vamos a la cama.

Ángel salió con cuidado del interior de Laura para poder levantarse del suelo y le tendió la mano para ayudarla a ponerse de pie; ésta, sonriendo, la cogió... No podía negarse, le encantaba estar con él...

Caminaron los dos juntos y desnudos por la vivienda, apagando luces, y luego subieron al piso superior, donde estaban los dormitorios. Antes de entrar en el de Ángel, Laura se fue un

segundo al baño para asearse; no tardó en salir y, acto seguido, se metieron en la cama, sin ropa que cubriese sus cuerpos, casi sin hablar porque estaban exhaustos y relajados. Se acurrucaron, uno junto al otro, piel contra piel, sintiendo esa conexión tan especial que se creaba cuando estaban a solas, esa unión a la que temían dar nombre, por si el otro se asustaba...

Poco a poco el sueño venció a Ángel, que comenzó a respirar de una manera más pausada y profunda. Laura sonrió al percibir que la abrazaba con más fuerza, como si tuviera miedo de que se le escapara, y, con una lágrima a punto de desbordarle, sintió en su pecho cómo crecía ese amor que había ido invadiéndola paso a paso, despacio, haciéndole casi imposible respirar, anhelando poder gritar a los cuatro vientos lo que sentía por él.

¿Ángel? susurró, pero no le contestó. Te quiero... le confesó en voz muy baja, segura de que no podía oírla, pero deseando, en un lugar recóndito de su corazón, poder tener el suficiente coraje como para decirle esas mismas palabras a la cara algún día...

Despacio, el sueño la fue venciendo. Se sentía maravillosamente bien entre los brazos protectores de Ángel, soñando que algún día podría hacerse realidad aquella pantomima creada para calmar la sed de información de los vecinos de ese adorable pueblo, imaginándose una vida junto a la persona que amaba, sin problemas, sin fantasmas del pasado, sin peticiones del presente... Sólo ellos dos, viviendo en ese villorrio, uno como alcalde y el otro como doctora, pudiendo ser simplemente dichosos. Era un bonito sueño, aunque una parte de Laura sabía que resultaría difícil de alcanzar...

23

Abrió los ojos y la vio profundamente dormida a su lado. Sonrió al sentirse privilegiado por tenerla en su cama, por compartir esa intimidad tan valiosa y excepcional con una mujer como Laura. Le acarició con delicadeza el rostro, haciendo que ella gesticulase inconscientemente al notar algo sobre su piel.

Ángel, simplemente, se dio cuenta de que aquel tímido amor iba aumentando y se consolidaba en su corazón. Miró la hora en el reloj de su mesilla; en breve sonaría el despertador para que iniciaran un nuevo día, y él ansió poder tenerla así para siempre, sin pensar en las posibles complicaciones que habría cuando ella se enterara de que, para él, ya no era un juego, pues ella se había adentrado en la dura coraza que se había puesto tras la ruptura con Isabel, y le había enseñado que podía volver a amar, incluso de una manera mucho más profunda y tranquila...

Sonrió a la vez que se levantaba despacio de la cama; quería sorprenderla, hacer algo por ella que la dejara boquiabierta y que, así, pensara en él durante todo el día. Se encaminó hacia la cocina, dispuesto a prepararle un delicioso desayuno; aunque lo suyo no fuera cocinar, podía defenderse con esa parte de la comida tan fundamental. Exprimió naranjas, tostó pan, preparó café con leche y lo colocó todo en una bandeja de madera que encontró por casualidad dentro de uno de los armarios; seguramente había sido idea de su hermana, de cuando lo ayudó a decorar la casa. Encima de ésta también dispuso algo de mantequilla, mermelada y azúcar.

Buenos días canturreó acercándose a la cama, haciendo que Laura se despertase.

Hummmm... Buenos días susurró esbozando una sonrisa al verlo vestido sólo con un diminuto delantal. ¡Qué bueno! exclamó cuando colocó la bandeja sobre las sábanas, aunque no perdió detalle del tentador cuerpo del alcalde, al que le sentaba de fábula aquel escueto delantal...

He pensado que tendrías hambre comentó sentándose cerca; ella se irguió para ponerse a su lado.

Sí dijo maravillada por el desayuno que le había preparado y, sobre todo, por su proximidad. Eres un experto en esto, ¿eh? inquirió, procurando controlar las emociones por aquel detalle tan especial, pero pensando que debía de ser algo habitual en él.

¡Qué va! Es la primera vez que le preparo el desayuno a una mujer replicó antes de darle un tierno beso en la frente.

Vaya... murmuró frunciendo el ceño, sin entender por qué a ella se lo había hecho. Gracias.

Anda, no me agradezcas nada... Tengo que tener bien alimentada a la doctora de mi pueblo, ¿no? soltó intentando que la expresión preocupada de ella desapareciera, ya que lo que no deseaba era que se asustara; quería enamorarla día a día y no alejarla de él con su modo de proceder.

Claro contestó con una tímida sonrisa al percatarse de aquella obviedad, en la cual no había caído en un principio.

El silencio se instaló unos segundos en aquel dormitorio. Después Ángel comenzó a hablar del nuevo equipo médico que había encargado para la consulta y esa conversación se alargó durante todo el desayuno; su intención era que esa tensión se esfumase. Lo tenía complicado para enamorar a esa mujer, pues, cualquier cosa que hacía fuera de lo estipulado, parecía que le sentase mal, como si se pusiera a la defensiva... Debía ser más listo e ir con pies de plomo, ya que no deseaba, por nada del mundo, que ella saliese huyendo.

¿Puedo utilizar tu ducha? preguntó al acabar de desayunar.

Por supuesto; ahora te saco unas toallas dijo poniéndose de pie y regalándole una perfecta panorámica de su desnudo trasero.

Laura sonrió mientras lo acompañaba al cuarto de baño sin dejar de admirar esa dura y bien formada retaguardia que se movía ágilmente delante de ella. Él abrió el armario donde tenía las toallas y Laura, antes de que se diera la vuelta, aprovechó para propinarle un juguetón cachete.

Estás muy sexy con ese delantal lo piropeó, sin dejar de acariciar esos glúteos tan masculinos.

Sabía que te gustaría murmuró mientras colocaba las toallas sobre el mueble del lavabo y se giraba hacia ella.

Aunque deja muy poco a la imaginación objetó Laura, señalando cómo se le subía el delantal por la parte delantera, como si de una tienda de campaña se tratase.

Es el efecto que tienes sobre mí. No lo puedo evitar.

Me encanta... anunció ella mordiéndose el labio inferior e introduciendo la mano bajo el delantal para llegar al compacto pene de Ángel.

No me canso de esto, Laura... susurró con voz ronca mientras la aproximaba a él y comenzaba a acariciar su cuerpo deliciosamente desnudo.

Me chifla poder tocarte, saborearte y hacerte gemir en cualquier momento del día.

La doctora se puso un poco de puntillas y lo besó con pasión a la vez que se estrechaba contra su fuerte torso. A ella también le pasaba eso, además de no poder dejar de pensar en él y darse cuenta de que se enamoraba un poquito más cada día que pasaba entre sus brazos... Se separó unos centímetros para memorizar sus rasgos, aquellos que deseaba no olvidar nunca, le guiñó un ojo y se adentró en la ducha tendiéndole la mano para que la acompañara. Ángel sonrió de esa manera tan pecaminosa que tenía de hacerlo y se desprendió del delantal, maravillándola con su desnudez. Cerraron la mampara de la amplia ducha. Laura abrió el grifo del agua caliente y sintió, rápidamente, sobre sus pechos las manos

cálidas y fuertes de Ángel, que se dedicaron a masajearlos de una manera tan sensual que tuvo que reprimir un gemido al sentirse tan deseada.

Éste no le dio tregua y siguió esparciendo el agua caliente sobre su cuerpo, como si él le tejiese un traje a medida. Notaba su respiración agitada por lo que le estaba haciendo y cómo se encendía cada vez más con esas caricias tan sensuales. Laura percibió cómo le apartaba el cabello hacia un lado y le imprimía suaves besos en el cuello sin dejar de amasar sus pechos, aproximando su erección a su espalda, por lo que notó que la temperatura subía paulatinamente con esos pequeños roces y que la ducha comenzaba a condensar el vapor del agua caliente y el de sus cuerpos. Ángel cogió el teléfono de la ducha y comprobó que la temperatura fuera adecuada.

Ábrete para mí musitó con voz ronca, poniéndole el vello de punta.

Laura hizo lo que le pidió, colocando una pierna sobre la pierna de Ángel, abriéndose totalmente para él. Éste se mordió el labio al verla así, tan expuesta, tan cachonda como él, y dirigió lentamente la alcachofa de la ducha hacia su sexo. Laura gimió al sentir cómo el agua rozaba su sexo, cómo él jugaba con ella apartándosela, acercándose, aproximándosela para que notara más los cientos de chorritos de agua, para excitarla más y más, enloqueciéndola de placer. Ésta cerró los ojos mientras se cogía con fuerza a los hombros de Ángel, consciente de que su excitación crecía velozmente con lo que él le estaba haciendo.

Eres única declaró totalmente duro al ver cómo ella gemía con lo que él le hacía. Te haría gemir todos los días de mi vida, no me cansaría de acariciar tu cuerpo de esta manera que sé que tanto te gusta susurró mientras dejaba el cabezal de la ducha asido a su soporte y comenzaba a acariciarle el clítoris, con suavidad, haciendo que a ésta se le cerrasen los ojos por el placer experimentado . Me chifla ver cómo disfrutas con lo que te hago, saber que soy yo quien te hace llegar al orgasmo, que soy yo a quien miras cuando hago

esto susurró cogiéndola en brazos e introduciendo su rígido pene en su vagina, lenta y tortuosamente, llenándola por completo, haciendo que su respiración se tornase pesada y acelerada, que soy yo a quien abrazas y a quien besas...

El agua caía sobre sus cuerpos, mientras Ángel la embestía despacio, de una manera sinuosa, haciendo que ella se agarrara con fuerza de los hombros y lo abrazara con sus piernas para sentirlo con más profundidad. Laura gemía excitada por todo lo que él le había dicho, porque deseaba que fuera así, que, además del fabuloso sexo que siempre tenían, hubiese al menos un ápice de esperanza para que su relación fuera algo más. Pero también gemía por tenerlo allí con ella, sentirlo, piel con piel, notar su sincera y excitada mirada, sentir sus manos, que no paraban de acariciarla, de tentarla, de enloquecerla. Laura se relamió el agua de los labios a la vez que, con cuidado, se llevó una mano a su hinchado clítoris. Ángel descubrió lo que iba a hacer y se mordió el labio inferior para controlar su propia excitación, pues avecinaba con culminar antes de lo previsto sólo con ver aquella parte de ella que tanto lo maravillaba; le encantaba saber que Laura disfrutaba del sexo como él, lo desquiciaba ver cómo se acariciaba mientras él la penetraba cada vez más hondo, a más velocidad, haciendo de aquello algo frenético, fabuloso y perfecto. Sólo se oía, en aquella ducha, el sonido del agua chocando contra sus cuerpos, el sonido de aquel morboso baile entre ellos y las respiraciones agitadas de esas dos personas que evitaban hablar con sinceridad, poner nombre a lo que de verdad sentían, por temor a lo que el otro pensase. Laura gimió al advertir cerca el orgasmo, aumentó las caricias en su clítoris y sintió cómo Ángel le agarraba con fuerza el trasero para introducirse más en ella; deseó que el tiempo se detuviera en ese instante previo al clímax, ese nanosegundo tan excitante cuando sabía que lo iba a alcanzar, de una manera bestial y única, porque con él todo era de esa manera.

Ángelllllllllllllll gimió alcanzándolo al fin.

Éste, al oír su nombre en aquel momento tan erótico, se dejó ir en ocho empellones más, besándola con ardor, bebiéndose sus jadeos y gemidos y haciéndole notar que para él era especial, que para él era única, que lo era todo...

Se ducharon entre risas, entre besos y caricias, pero no hablaron de lo que cada uno pensaba; no podían, el miedo les hacía tragar sus verdaderos sentimientos...

Salieron de la casa desfogados. Ángel se dirigió hacia sus tierras y Laura se pasó primero por la Albada para cambiarse de ropa y después se fue a la consulta; aquel encuentro sexual tempranero hizo que los dos se presentaran a sus labores más tarde de lo normal.

Buenos días, Toni. Perdona por el retraso... saludó Laura cuando entró en la consulta.

Buenos días, doctora. No se preocupe, acaban de irse ahora mismo los instaladores y ya tenemos línea de teléfono e Internet anunció con alegría el muchacho.

¿Ah, sí? comentó sorprendida. ¡Eso es genial! añadió mientras se desprendía de la chaqueta y se disponía a continuar ordenando su dispensario.

Las horas pasaron veloces para Laura, organizando su pequeño pero confortable despacho sin poder evitar mirar, de reojo, el teléfono fijo que se hallaba sobre la gran mesa de madera que reinaba en aquella habitación.

Toni, vete a almorzar; debes de estar hambriento propuso Laura al cabo del rato, tras salir a la recepción y sala de espera para hablar con el chico.

Sí, sí que tengo hambre aceptó sonriente. Enseguida vuelvo, doctora.

No te preocupes, tú come tranquilo comentó con una sonrisa al ver las ganas con las que trabajaba ese joven.

Laura se quedó observando cómo se iba y se mordió el filo de la uña mientras entraba de nuevo en su despacho. Pasó al lado del teléfono varias veces, mirándolo, acariciándolo, descolgando para

comprobar que hubiese línea y volviendo a colgar, hasta que, al final, descolgó de nuevo en un brusco movimiento y presionó los dígitos que tenía grabados en la memoria.

Sintiéndose como si tuviese el corazón en la boca, escuchó con atención los tonos que significaban que la llamada se estaba realizado; incluso, cuando oyó el característico «clic» que avisa de que la otra persona ha descolgado, se sobresaltó y a punto estuvo de que se le cayera el aparato al suelo.

¿Sí, dígame? sonó al otro lado de la línea, provocando que en su rostro se dibujara una sonrisa melancólica.

Hola, mamá... susurró sintiendo que las emociones se le agolpaban en la garganta. Hacía semanas que no había podido hablar con ella, aunque le hubiese gustado hacerlo.

¡¡Ay, mi vida!! exclamó la mujer con alegría. ¿Cómo estás?

Muy bien, muy bien... respondió sentándose en la esquina de la mesa, jugando con el cable de gusanito de aquel teléfono. Sólo llamo para saber cómo te encuentras...

Bien, hija... Ya sabes, con mi memoria un poco loca, pero bien... dijo con voz pausada.

Me imagino susurró con una sonrisa al pensar en lo desorientada que estaba su madre últimamente.

Hace mucho que no te veo... ¿Dónde estás?

Ya te comenté que estaría fuera un tiempo... le recordó con cariño.

Ay, cielo... Ya sabes que la memoria a veces me juega malas pasadas comentó con tristeza la mujer.

Estoy en un pueblecito encantador que sé que te encantaría le contó con añoranza.

¡Qué bien, hija! Dime, ¿te vas a quedar mucho por ahí? Tengo ganas de verte declaró, haciendo sonreír a Laura, que también estaba deseando abrazarla.

No tardaré mucho, a lo mejor unos días más... Al final no hará falta que me quede tanto tiempo como tenía previsto en un

principio... murmuró con angustia al saber que sus superiores habían acortado su estancia en aquel lugar de una manera drástica.

Cuando vuelvas, ven a verme, cariño... Te echo mucho de menos confesó con melancolía.

Yo también, mamá. En cuanto pueda, pasaré a verte... musitó con pesar . ¿Sabes una cosa? He conocido a alguien... añadió de repente, ansiando poder contarle a alguien la vorágine de sentimientos entrecruzados en la que se hallaba sumida... y quién mejor que su madre para hacerlo.

Anda, hija, ¡pero eso es genial! exclamó ésta con alegría. ¿Se trata de algún doctor del hospital?

No, mamá... Hace mucho que no trabajo en el hospital... susurró intentando que lo recordara. La verdad es que no sé si es tan genial como dices, más bien creo que es todo lo contrario... comentó con dolor. Es muy buen hombre, mamá... Creo que es demasiado bueno para mí...

Anda, no digas tonterías, tesoro. Ya te toca encontrar a un buen muchacho que te haga feliz y dejar de tropezarte con mostrencos que lo único que hacen es abusar de ti en todos los aspectos posibles. Ya sabes lo que siempre te decía tu padre, que en paz descanse: persigue lo que te dicte el corazón, no temas por nada más, porque las cosas que se hacen con cariño, siempre están bien hechas...

aseveró con lucidez, haciendo sonreír a Laura, ya que sabía que su enfermedad era así; a veces se le olvidaban las cosas más recientes, pero, en cambio, se acordaba perfectamente de los acontecimientos vividos años atrás.

Sí... Uf, mamá, lo echo muchísimo de menos balbuceó a punto de llorar . Sé que si él estuviera aquí con nosotras, si nada de lo que le sucedió hubiera pasado, yo no habría cambiado de oficio y seguiría ahí cerca de vosotros...

¿Ya no eres doctora? inquirió haciendo que Laura negase con la cabeza con una cariñosa sonrisa. Bueno, cielo, piensa que, si no te

hubiera pasado eso, nunca hubieses conocido a ese chico del que me acabas de hablar.

Sí, eso es verdad... Pero me lo tengo que quitar de la mente ya, mamá... Sé que lo voy a pasar mal cuando me tenga que ir...

Hija, vive el momento, no pienses en cómo te sentirás, porque aún no te toca vivirlo replicó su madre con gran sabiduría.

Ya...

Cuéntame, ¿cómo es? preguntó curiosa.

Es más joven que yo, mamá. ¡Tu hija es una *asaltacunas*! bromeó con una sonrisa en los labios, haciendo reír a su madre. Es muy guapo, amable, trabajador, cariñoso, familiar... En fin, es una grandísima persona.

¡Ya estoy deseando conocerlo! agregó, haciendo que a Laura se le contrajera el estómago al saber que aquello resultaba inviable.

No creo que eso ocurra, mamá. Tenemos una relación especial y sé que él no piensa en mí como yo en él...

Pero ¿se lo has dicho? preguntó su madre con ternura.

¿El qué?

Pues, hija, qué loquita estás, empiezas a parecerte a mí... ¡¿Qué va a ser?!

Que sientes algo por él.

No... No le he dicho nada. Tengo miedo de que, al confesarle lo que siento, se aleje de mí y, además, mamá, en breve me tocará irme de aquí. No puedo abrirle mi corazón cuando sé que me quedan pocos días para dejar todo esto.

¿Y si él te quiere también, tesoro?

No, mamá. Sé que no es así... Es complicado, ¡todo! soltó con frustración.

A veces nos complicamos las cosas nosotros mismos, hija mía. A menudo son más sencillas de lo que parecen intervino su madre en un susurro.

Es posible... Bueno, mamá, te tengo que dejar ya... ¡Te quiero mucho!

Y yo a ti, hija... Cuídate y recuerda que tu sangre es vikinga. Laura sonrió por aquella frase que siempre le decía su padre.

Gracias, mamá. Hasta pronto y cuídate mucho...

Sí, no tengo más remedio, aquí mi Puri no me deja ni a sol ni a sombra remarcó la mujer, haciendo sonreír de nuevo a su hija.

Laura colgó después de despedirse y, consciente de que no podía relegarlo más, encendió el ordenador para empezar a investigar lo que le habían pedido, ya que ese ordenador estaba conectado por Intranet con el del ayuntamiento y había conseguido las claves para acceder a él de forma remota. Pasó un buen rato leyendo archivos, copiándolos y enviándolos de manera efectiva a sus superiores. Sonrió al constatar lo que ella ya había averiguado nada más pisar ese pueblo; ahora sólo faltaba que ellos se dieran cuenta de que tenía razón... Lo peor era que su pantomima tenía fecha de caducidad, una demasiado próxima para su gusto. Apagó el ordenador y salió del despacho para volver a sus quehaceres. Toni ya había vuelto de almorzar y ella tenía que simular que no había pasado nada en su ausencia, aunque en su interior no parase de repetir las frases reveladoras que le había dicho su madre y las órdenes explícitas de sus superiores. Con aquel quebradero de cabeza en mente, la doctora prosiguió su tarea; ya quedaba menos para terminar y poder instalarse en el que sería su efímero puesto de trabajo, un trabajo que no podría llevar a cabo por mucho tiempo... «Ojalá la vida fuera más sencilla», se dijo mientras ordenaba la recepción; ojalá pudiera quedarse siempre allí, entre los brazos de Ángel, con las entrañables anécdotas de Pedro, con los divertidos comentarios de los vecinos...

Ojalá pudiera ser simplemente Laura y ojalá Ángel sintiera algo por ella.

La tarde llegó mientras ultimaba la limpieza de la recepción, y Ángel apareció por la consulta.

Hola, doctorcita saludó sonriente, acercándose para darle un apasionado beso en los labios.

Hola. ¿Vas al ayuntamiento? preguntó dejando el trapo sobre el mostrador de la recepción.

No, acabo de salir de él, ya he hecho mis deberes contestó con una resplandeciente sonrisa en los labios.Vengo a por ti; he pensado que hace una tarde estupenda para enseñarte a montar a caballo.

¿En serio? inquirió, emocionada por el plan.

Por supuesto. ¿Toni ya se ha marchado? preguntó al ver que no se oía a nadie más por allí.

Sí, hace un rato le he dicho que se podía ir. Ha trabajado mucho y se merecía un descanso.

Anda, menuda jefa estás hecha se burló mientras la ayudaba a colocarse la chaqueta. Vámonos, bonachona.

Mira quién habla, el rígido alcalde comentó entre risas mientras salían del dispensario. Pero ¿te has traído a *Avispado?* alucinó al ver el precioso alazán, que se encontraba esperando en la calle.

Claro respondió sonriente.Venga, coge las riendas, que te ayudo a montar indicó a la vez que se colocaba detrás de ella para poder darle el impulso necesario para subirse encima del caballo.

Ay, madre mía, Ángel, con lo patosa que soy con estas cosas y más aún delante de los vecinos susurró observando que había varios lugareños que no les quitaban el ojo de encima.

Anda, no me seas tímida, Laura replicó de buen humor. Voy a hacer de ti una perfecta amazona.

Ésta se cogió de las riendas, puso el pie en el estribo y notó cómo Ángel la ayudaba para que no se cayese hacia el otro lado, sentándose a la perfección sobre el lomo de *Avispado*. En un grácil movimiento, Ángel se colocó justo detrás de ella.

Muy bien; ahora coge las riendas y, suavemente, aprieta los estribos para que el animal note que queremos que se mueva.

Laura hizo lo que éste acababa de susurrarle al oído, notando cómo su cálido aliento le acariciaba el cuello y un hormigueo ascendía por todo su cuerpo al sentirlo tan pegado a ella. *Avispado* empezó a avanzar, haciendo que Laura sonriese al haber conseguido esa gran hazaña para ella.

Alcalde, ¿ya le estás enseñando a montar a caballo a la doctora? preguntó un paisano cuando pasaron cerca de él.

Claro, debe conocer las buenas costumbres de por aquí contestó el aludido, sonriente.

Menuda suerte tienes, doctora. No todas pueden decir que les ha enseñado a montar nuestro guapo alcalde soltó con guasa una de las pueblerinas.

Sí que la tengo, sí intervino Laura mientras le guiñaba un ojo a la mujer, divertida.

Poco a poco fueron saliendo del pueblo, a trote medio, para que Laura se acostumbrase a los movimientos precisos que había que hacer para que el alazán obedeciese.

Dale más fuerte, Laura la animó Ángel cuando llegaron al camino que llevaba a sus tierras.

Me da miedo.

No temas, estoy contigo susurró haciéndole cosquillas en el oído y sintiendo cómo le posaba las manos a ambos lados de los muslos, provocando que ésta tragara saliva al notar aquel contacto tan íntimo, tan próximo.

Avispado empezó a correr y Laura sintió cómo su cuerpo saltaba al compás de los movimientos del animal, a la vez que percibía cómo el cuerpo de Ángel se aproximaba más y más, excitándose al advertirlo tan cerca, notando cómo éste comenzaba a acariciarla más arriba de los muslos, despacio, sutilmente, hasta alcanzar su sexo, lo que provocó que Laura se mordiera el labio inferior al apreciar aquellos roces acompasados con los movimientos del caballo y deseando llegar lo antes posible a la propiedad del alcalde para enlazarse a su cuerpo y fundirse en uno solo, y gozar sin límites durante toda la tarde noche.

Qué sencilla sería la vida si pudiera ser simplemente Laura, en brazos de Ángel, a solas, con la banda sonora de sus gemidos y sus respiraciones. Sintió cómo le besaba el cuello, sin dejar de acariciarla por encima de la ropa, y deseó con toda su alma tener una diminuta

oportunidad de poder enamorar a ese alcalde que la volvía loca como nunca nadie lo había hecho hasta entonces.

24

Una densa niebla lo obligaba a forzar la vista; no podía verla, aunque sabía que se encontraba a escasos pasos de él, pues oía su risa, sentía la calidez de su cuerpo... Ángel estiró un brazo, para poder cogerla, para poder sentirla cerca y poder protegerla en aquel lugar tan inhóspito, pero no logró alcanzarla; era como si ella se moviera sin apenas levantar un pie, algo que le extrañó y lo asustó a partes iguales. Gritó su nombre con todas sus fuerzas para avisarla de que se estaba alejando demasiado, pero Laura ni siquiera se inmutó, simplemente se fue separando más de él, a pasos agigantados, dejándolo solo en mitad del bosque, con el corazón de nuevo roto en mil pedazos...

Se despertó de repente y se sentó en la cama, sudoroso y con la respiración agitada, buscándola con la mirada a su lado, pero ella, aquella noche, no se había quedado a dormir, ya que Pedro se había resfriado y tenía fiebre alta, y la doctora había preferido estar cerca por si la necesitaba. Se dejó caer de nuevo sobre el colchón, pensando en la razón de aquel sueño tan angustioso... Habían transcurrido dos semanas desde que hicieron oficial su relación, catorce días en los cuales Ángel había disfrutado de no tener que esconderse para verla, para besarla ni para hablar de ella, en los cuales había disfrutado de su compañía todas las noches, pues o bien se quedaban en la Albada o bien en su casa, siempre juntos, retozando como amantes y abrazados como enamorados. Sin embargo, aunque se sentía dichoso de que todos los vecinos estuvieran contentos por su relación, algo le impedía sincerarse con

ella. A veces le daba la impresión de que Laura también sentía algo por él y en aquellos momentos era tan feliz que le parecía que soñaba, pero, de repente, cuando él decía algo o intentaba un acercamiento más íntimo, ella se cerraba en banda y parecía que ponía una especie de barrera entre ellos, como si no quisiese que él diese ese esencial paso, como si algo le impidiera relajarse en su presencia... Observó el techo mientras le daba vueltas a qué podía hacer para que ella se diese cuenta de que para él aquello había dejado de ser un juego morboso, que estaba dispuesto a dejar de lado aquel miedo absurdo a las relaciones por tener algo serio, realmente, con ella. No quería que se alejara nunca de él... Cerró los ojos un segundo al percatarse de la razón de aquella pesadilla: no era más que su miedo a que ella volviese a su vida, a que se cumpliera el tiempo estipulado por Laura y se marchara de regreso a la ciudad sin que él se hubiera atrevido a confesarle lo que sentía. La verdad era que cada día que pasaba estaba más cerca de aquel temido día de su partida y él seguía divagando, intentando sin éxito que ella se fijara de otro modo en él, procurando enamorarla con detalles que parecía que a Laura le pasaban por alto continuamente...

Se levantó de un salto sin importarle la hora que era y se dirigió directo a la ducha para desvelarse por completo y poder pensar con claridad. ¿La quería?, se preguntó mientras el agua cálida le caía sobre la cabeza y observaba cómo la multitud de gotas impactaban contra su cuerpo y la mampara, aquella que había sido testigo de más de un tórrido encuentro con la doctora. Sí, no tenía dudas sobre ello, la quería como creía que jamás volvería a amar. Laura era una mujer excepcional, con un buen corazón, una picardía y una chispa que lo encendían en décimas de segundo, una manera de ser tan atrayente que le hacía querer más y más, sin cansarse de estar a su lado, sino todo lo contrario, pues ansiaba tenerla cerca para siempre. ¿La amaba tanto como para dejar de lado aquel ridículo miedo al compromiso?, se planteó enjabonándose con brío el cabello, un poco más largo de lo normal, que había dejado crecer así porque sabía

que a ella le encantaba aquel aspecto rebelde, tipo vaquero de rodeo, como lo llamaba. Sí, por supuesto que podía dejar aparcado aquel tonto temor. Ansiaba tenerla con él todos los días de su vida... Le chiflaba su rotundidad, su descaro y su osadía cuando de temas sexuales se trataba, le volvía loco que se le notase tanto cuando disimulaba, aquella manera que tenía de morderse el filo de la uña cuando algo la ponía nerviosa, aquella fuerza que sacaba ante las adversidades, aquella risa contagiosa que lo enamoraba más si eso era posible. Estaba perdido, lo sabía, y por eso, esa fría mañana, decidió enterrar sus miedos y confesarle la verdad a Laura, sin importarle nada más que estar juntos de verdad, no sólo de puertas para fuera, sino poder decirle que la amaba cada segundo de cada día, demostrarle todo lo que significaba para él, hacer que se sintiera la mujer más especial del mundo, porque para él lo era, ya que le había hecho volver a confiar en una mujer... Después de ducharse y de vestirse, se fue directamente al campo, aunque ni siquiera había amanecido; quería dejarlo todo listo antes de marcharse al pueblo en su busca. Ya lo tenía todo pensado: entraría en la consulta que llevaba abierta más de una semana y en la que siempre se podía encontrar a Laura dispuesta a visitar a cualquier vecino, ella se sorprendería de verlo allí tan temprano y entonces, cuando estuvieran a solas, le confesaría que la amaba...

y ella, entonces, le respondería que también y luego podrían fundirse en un apasionado beso que sellaría su relación, o por lo menos eso era lo que Ángel ansiaba que sucediera.

Era mediodía cuando Ángel salió de sus propiedades para dirigirse al pueblo.

Se sentía nervioso y esperanzado, casi como un adolescente a punto de declararle a la chica más bonita del instituto que le gustaba, y no era para menos, pues llevaba mucho tiempo negándose esa posibilidad, creyendo que estaba mejor solo, sin complicaciones, sin mujeres que pudieran destrozar su corazón, pero no contaba con que la doctora se abriría paso tan fuertemente en su corazón y en su ser.

Detuvo la camioneta al lado del ayuntamiento y vio a Laura al lado de la cristalera, donde se encontraba la recepción, mirándolo, pues se encontraba allí porque no tenía ningún paciente a esa hora del día. Ángel hizo como si tuviera prisa, levantando una mano a modo de saludo, porque quería que creyese que había ido hasta allí para realizar alguna gestión administrativa del consistorio y no expresamente a hablar con ella; quería que pareciese algo casual, aunque llevaba toda la mañana meditando en lo que le diría, en cómo lo haría y de qué manera la miraría mientras le declaraba todo lo que sentía por ella. Lo tenía estudiado al detalle, incluso había ensayado su reacción ante una posible negativa por parte de ella; estaba preparado para afrontar cualquier situación, pero anhelaba poder salirse con la suya, para poder salir del dispensario con novia, una novia formal de verdad, no sólo de cara a los vecinos. Entró en el ayuntamiento y habló un poco con su hermana, en un intento por calmar las ansias de llegar hasta donde estaba Laura para poner en práctica todo lo que llevaba pensando aquella mañana. María lo entretuvo con asuntos personales y municipales, y eso supuso que se demorase más de lo que pretendía, pero no podía decirle a su interlocutora que le iba a declarar su amor a la doctora; en teoría, eso ya lo había hecho...

Tengo prisa, María la cortó al cabo de un rato, al ver que su hermana empezaba a contarle el último chisme que circulaba por el pueblo, del cual, por suerte, ellos no eran los protagonistas.

Vale, vale, vete... ¡Ah! Esta mañana, a primera hora, ha venido Laura. Me ha dicho que quería mirar una cosa en tu ordenador porque el suyo se había quedado colgado informó levantando los hombros. Le he dado permiso, ¿he hecho bien, verdad?

Claro, María contestó con una sonrisa, nervioso por salir de allí a su encuentro. Bueno, me voy a verla. Luego hablamos.

Anda, corre, que pareces un adolescente enamorado. Ay, quién te ha visto y quién te ve, Angelito soltó María haciéndole sonreír al dar en el clavo sobre cómo se sentía desde que estaba con la doctora.

Por fin salió del edificio, después de veinte minutos que a él le parecieron eternos. A medida que iba acercándose a la consulta, supo que algo había cambiado. Laura ya no estaba mirando a través de la cristalera, pero eso no era algo tan extraño, ya que seguramente estaría en su despacho atendiendo a alguien. Descubrió a varios vecinos parados justo en la entrada del dispensario, hablando entre susurros, mirando hacia dentro y después señalando hacia las afueras del pueblo.

Buenos días saludó Ángel cuando estuvo cerca de los allí reunidos.

Buenas, Ángel... ¿Vienes a ver a la doctora? preguntó uno de ellos.

Sí. ¿Qué hacéis aquí fuera? quiso saber el alcalde al ver cómo se miraban entre ellos, como si con esa acción dedujeran algo que a él se le escapaba.

Laura no está, se ha ido corriendo hace unos diez minutos... lo informó una de las dos mujeres que había en aquel corrillo de cinco.

¿Se ha ido? ¿Y ha dicho a dónde? inquirió Ángel, planteándose que a lo mejor la habían llamado para que fuera a atender alguna emergencia.

No. Lo único que sabemos es que ha venido un repartidor y le ha entregado un precioso ramo de flores. Al parecer, no le ha gustado, porque lo ha tirado antes de marcharse... contó otro vecino, señalando el contenedor donde lo había lanzado, ha cogido el coche del Redondo y se ha ido.

¿Un ramo de flores? susurró extrañado ante la explicación, ya que no entendía por qué había tirado un ramo y, sobre todo, desconocía quién se lo había enviado.

Anda, Angelito, antes de enviarle algo a tu chica, asegúrate de que le guste. En este caso, quizá la doctora es alérgica y por eso lo ha tirado intervino otra de las presentes, con cariño.

¿O es que ya os habéis peleado? ¡Ay, la primera pelea de enamorados! exclamó la primera mujer con emoción, como si tal posibilidad fuera algo bonito.

No les hagas caso a estas cotorras cortó el único hombre que se había quedado callado todo el rato hasta entonces. Me da a mí que la doctora tiene un admirador secreto.

Anda, normal, con lo maja y buena gente que es. Seguro que algún vecino del pueblo de al lado nos la quiere quitar apuntó la segunda mujer, dándole la razón al tipo que acababa de hablar. Ten cuidado, Angelito, que a la doctora la queremos nosotros aquí. Con que, ya sabes, te coges la camioneta y te vas a por ella, que ya estás tardando en arreglar la peleíta que habéis tenido.

No nos hemos peleado, doña Enriqueta replicó Ángel, aturdido por aquella información atropellada que le habían facilitado y que lo había dejado aún más intrigado por saber qué había sucedido mientras él perdía el tiempo en el ayuntamiento, conversando con su hermana. ¿Por dónde se ha ido Laura?

Ha cogido la pista que lleva a la Albada señaló el hombre que le había hablado en primer lugar.

Gracias dijo mientras se alejaba de ellos a grandes pasos.

Angelito, no la cagues soltó doña Enriqueta, haciendo reír a los demás . Ponte de rodillas si hace falta, pero a la doctora la queremos en el pueblo.

¡Ni se te ocurra venir sin ella!

Ángel asintió con la cabeza a la vez que corría hacia donde había dejado el vehículo, pensando en qué le habría pasado para abandonar así su puesto de trabajo, quién le habría enviado aquellas flores que había tirado y por qué no había ido en su busca... Ella sabía que él estaba en el ayuntamiento, ¿por qué no había ido a verlo antes de largarse sin avisar? ¿Por qué tuvo que ir al ayuntamiento a perder el tiempo cuando podría haber estado con ella en la consulta en el momento en que llegó el repartidor? Ángel maldijo por dentro mientras ponía en marcha la camioneta y salía como un rayo del pueblo.

Condujo rápidamente por el camino que separaba el pueblo de las afueras, sin dejar de pensar en ella y en todo lo que habían presenciado los vecinos cuando él estaba perdiendo el tiempo de

cháchara con María. Llegó a la Albada y no vio el todoterreno del Redondo donde normalmente lo estacionaba Laura, aunque sí divisó el pequeño coche de la doctora, estacionado donde lo dejó su cuñado cuando lo arregló. Detuvo su camioneta al lado de la pequeña cabaña de Pedro; a lo mejor él sabía dónde se encontraba...

Redondo, ¿dónde está Laura? preguntó cuando éste le abrió la puerta, sin saludar previamente, sólo deseando que él supiera algo para calmar aquella desazón que sentía en el cuerpo.

Se acaba de ir, Ángel... susurró con pesar mientras se acariciaba la cabeza con tristeza y frustración.

¿Cómo que se acaba de ir? ¡¿Adónde?! vociferó fuera de sus casillas, sin entender nada de lo que estaba sucediendo.

No lo sé. Ha venido hará unos diez minutos, nerviosa, llorando, y me ha dicho que tenía que marcharse, que no podía quedarse más tiempo aquí. Ha cogido su equipaje deprisa y corriendo y se ha ido.

Pero ¿por qué?

No lo sé... Sólo repetía que no podía quedarse más tiempo aquí, que ya no podía... susurró con pesar, sin poder darle las razones de aquella partida tan repentina.

Joder maldijo mientras se movía nervioso.

No entiendo nada, Ángel reconoció el anciano, apesadumbrado por las circunstancias y por el hecho de que Laura hubiese abandonado la Albada en aquellas condiciones.

Ni yo tampoco, pero lo primero que tengo que hacer es encontrarla. ¿Por dónde se ha ido? Por el camino que va al pueblo no, vengo de allí.

No, ha cogido mi coche y se ha adentrado en el bosque... Me ha dicho que no volvería más, que me haría llegar el resto del dinero y el vehículo, y que ya enviaría a alguien a por el suyo... Ángel, corre, ¡búscala! exclamó Pedro, angustiado.

Éste asintió con la cabeza y se subió a la camioneta para adentrarse en el bosque; jugaba con ventaja, pues había crecido en esas tierras y conocía todos los rincones diseminados por aquellos

parajes. No podía estar muy lejos, debía dar con ella, tenía que saber qué había ocurrido para que se marchara así, sin ninguna explicación, sin ningún motivo aparente.

Estuvo conduciendo sin parar, deteniéndose en las cuevas, buscando en los frondosos bosques donde podría haber escondido el coche del Redondo, deteniéndose en todas las fuentes que le mencionó en aquel encuentro en el que la llevó subida a caballo..., pero nada, ni rastro de Laura. Las horas avanzaban veloces y su desazón aumentaba al no dar con ella. Pero ¡¿dónde se había metido?! Se recorrió todas aquellas llanuras, se detuvo en todos los lugares perfectos para esconderse, incluso en su lugar favorito, donde hicieron el amor en la parte posterior de aquella misma camioneta, pero Laura no estaba. Con el ánimo por los suelos, regresó a la Albada. No la había encontrado, ni siquiera una pista de que el todoterreno hubiese pasado por ahí, ni siquiera una huella fresca de las ruedas del coche de Pedro, ¡nada! Su pesadilla se había hecho realidad y Laura se había esfumado sin saber que él la amaba como jamás había amado a nadie, sin que ella supiera que él daría su vida por verla feliz, sin que Laura se diese cuenta de que él estaría dispuesto a cruzar un mar helado y un desierto infernal sólo por verla sonreír... y Laura no sabía todo eso porque él había sido incapaz de decirle la verdad, por miedo a que se alejara, por temor a que lo dejara, y por ello se encontraba solo, sintiéndose terriblemente mal consigo mismo por no haber tenido el coraje suficiente como para confesarle sus sentimientos y frustrado por no saber las razones por las que había abandonado aquel pueblo que la había acogido con los brazos abiertos.

¿Has dado con ella? preguntó Pedro, esperanzado, cuando abrió la puerta de la cabaña nada más oír el ruido de la camioneta en el exterior.

No... susurró con disgusto y con los ánimos por los suelos.

Pasa; quizá vuelva y, si lo hace, será mejor que estés cerca.

Dudo que lo haga, Pedro... masculló con desaliento mientras entraba en la cabaña.

A ver, explícame qué ha pasado lo apremió el anciano con seriedad al cabo de un rato, mientras le ponía delante una taza de café, sentados a la pequeña mesa de madera del comedor.

Y el alcalde se sinceró con el Redondo. Le explicó su atípica relación, le contó que ella se sinceró con él y le habló de su pasado, las razones por las que había abandonado su ciudad... pero no pudo darle ningún argumento válido que explicase por qué se había marchado de Alcubilla de Avellaneda, porque ni él mismo lo sabía. ¡Estaban bien! ¿Qué habría pasado para que Laura se hubiera ido con lágrimas en los ojos de allí?

¿Y no se te ocurrió preguntarle de dónde era? Dudo incluso que sea de Cartagena, como me dijo al poco de llegar... Esa muchacha ha escondido demasiadas cosas de ella misma inquirió Pedro tras escuchar con atención el relato de Ángel.

No quería agobiarla con mil preguntas, Redondo... Laura lo pasaba mal cuando hablaba de su pasado, se podía ver el dolor que había sentido para llegar a la decisión de abandonarlo todo para venirse aquí; no quise que pensara que la estaba presionando.

Entonces, ese hombre la engañó, la utilizó y, además, la acosó hasta el punto de que la única solución que vio fue dejarlo todo, ¿no? resumió.

¿Crees que su huida puede tener alguna relación con eso?

No tengo ni idea, pero no se me ocurre otra opción... murmuró angustiado.

Encima, además de todo lo que ella ya llevaba a sus espaldas, os inventasteis una relación que no era tal... dijo intentando comprender los motivos de todo aquello.

Bueno, algo había; no era una relación amorosa desde el principio, era...

bueno, era otra cosa.

Anda, anda, alcalde, que sea mayor no significa que esté pasado de moda.

Os acostabais juntos y no queríais nada serio, ¿es así? replicó haciendo que a Ángel se le curvaran sutilmente los labios en una

fugaz sonrisa.

Sí, eso fue al inicio, pero después todo se complicó.

Vamos, que uno de los dos se enamoró del otro... Esas cosas pasan.

Sí, en este caso fui yo el que caí confesó con una lánguida sonrisa.

Redondo, yo creía que jamás volvería a enamorarme, que no volvería a gustarme tanto una mujer como para darlo todo y... cuando por fin iba a decirle todo lo que siento...

Ay, Ángel, ¿desde cuándo sabes que amas a Laura?

Desde hace bastantes días... susurró con pesar.

¿Y por qué no se lo dijiste entonces?

Porque me daba miedo que ella no sintiera lo mismo... susurró sintiéndose de golpe un bobo por no haberlo hecho antes.

¿Y si lo sentía?

¿Y si no? murmuró con tristeza alzando los hombros con resignación.

No quería perderla. Aunque nuestra relación fuera extraña, aunque no pudiera decirle todo lo que sentía por ella, por lo menos la tenía a mi lado...

Ay, Ángel, pero ahora sí que las has perdido y Laura no sabe todo lo que sientes por ella. Eso es mil veces peor objetó Pedro mientras negaba con la cabeza. Con los años uno aprende a no esperar a mañana para decir las cosas.

A veces el después no existe, se ha evaporado por las circunstancias de la vida.

Si la amabas, deberías habérselo dicho en ese mismo instante en que lo tuviste claro, sin temor a ser rechazado; hubiese sido mil veces mejor que lo hiciera a perder la oportunidad de oír una respuesta afirmativa.

Eso ahora ya da igual...

No digas eso. Laura se ha ido, es verdad, pero puedes encontrarla. Sólo tienes que querer dar con ella.

¿Y cómo lo hago? He intentado llamarla a su teléfono móvil pero no me da ni siquiera línea, no sé de dónde es exactamente y aunque hubiese dicho la verdad sobre su procedencia, Cartagena es muy grande para poder encontrar a una mujer sólo sabiendo su nombre… ¿Cómo localizo a una mujer que no quiere ser encontrada?

Primero, cambiando esa actitud derrotista y, segundo, ya se nos ocurrirá algo. No te preocupes, que aquí está el Redondo para ayudarte a conseguir que Laura vuelva al pueblo sentenció dándole una afectuosa palmada en la espalda.

Ángel lo miró y sonrió. Ojalá tuviera razón y pudiera dar con ella...

Por cierto, ¿cómo vas del constipado? ¿Ya no tienes fiebre? preguntó recordando que la noche anterior la doctora se quedó en la Albada para estar cerca de su casero y amigo.

¿Fiebre? inquirió, extrañado ante aquellas cuestiones. No estoy resfriado.

¿No? Laura, anoche, me dijo que quería quedarse a dormir en su casa por si la necesitabas, pues estabas enfermo susurró.

Lo siento mucho, Ángel, pero yo no vi a Laura en toda la noche... La he visto esta mañana, cuando ha venido a despedirse de mí... le aclaró con seriedad.

El alcalde cerró los ojos maldiciendo por dentro. Le había mentido, pero ¿por qué?

¿Quieres que nos acerquemos a la cabaña? A lo mejor ha dejado algo que nos dé una pista de dónde está propuso Pedro al ver que el semblante de Ángel se había endurecido.

Vale... No perdemos nada.

Dicho esto, los dos hombres fueron a la que había sido la casa de Laura y, al lado de unas botas de agua rojas, esas que siempre había llevado puestas en los días de lluvia, encontraron una nota doblada, donde se podía leer el nombre del alcalde en la parte exterior. Ángel la cogió con manos temblorosas, temiendo algún desenlace peor todavía, y la abrió para leerla.

Siento mucho no poder despedirme de ti personalmente, pero me es imposible hacerlo... Quería darte las gracias por todo lo que me has dado sin darte cuenta, por tanto vivido y por todo lo que he sentido entre tus brazos.

Espero que algún día seas capaz de curar esas heridas que hay en tu corazón y que encuentres el amor de tu vida, porque, de verdad, te mereces ser inmensamente feliz.

Adiós, Ángel.

LAURA

Arrugó la hoja de papel y miró a Pedro, que lo miraba expectante. Laura se había marchado para siempre.

25

Los días pasaban lentos y tortuosos para Ángel, mientras barajaba las mil y una posibilidades por las que Laura se había ido tan de repente e improviso de allí, dejándole escritas cuatro líneas que le supieron a bien poco, ya que en su nota de despedida no explicaba las razones por las que huía del pueblo, sino que lo animaba a buscar a otra mujer. ¿Cómo pretendía que se fijara en otra, si la dueña de su corazón era ella? Su carácter se agrió de una manera alarmante; incluso los vecinos hablaban a sus espaldas, porque el alcalde ya no era el mismo sin su doctora. Él se quedaba trabajando en el campo, sin pasar apenas por la localidad, para no tener que ver la consulta rehabilitada y cerrada, para no tener que enfrentarse con la certeza de que Laura no regresaría jamás, para no tener que entrar en el ayuntamiento y rememorar lo que sucedió allí al poco de empezar aquel morboso juego que hizo que se enamorara de ella irremediablemente.

No me apetece hablar protestó cuando vio a María acercarse hasta él, que peinaba con mimo a *Avispado*.

Eso ya lo sabía yo, no hace falta que me lo digas soltó su hermana mientras se ponía a su lado.

¿Qué quieres, María?

Quiero que, de una puñetera vez, reacciones, Ángel. ¡No puedes evadirte en el campo para no hablar con la gente!

Ahora no me apetece oír las lindezas que se cuentan de mí por el pueblo...

masculló con seriedad; ella se fijó en su aspecto, estaba muy desmejorado.

Hoy ha venido la factura del teléfono del dispensario... dijo mientras sacaba el papel del bolso.

Pues muy bien, María. La pagas y punto; para eso no hacía falta que vinieras hasta aquí gruñó de malas maneras al pensar de nuevo en ella, en la consulta que había preparado para Laura, en todo lo que había encargado para que trabajara allí...

Ángel, creo que tengo una pista anunció con una sonrisa en los labios a la vez que le tendía el papel donde había un número de teléfono marcado con un círculo hecho con un bolígrafo de color rojo.

¿Qué es esto? preguntó al ver el papel y el círculo.

Creo que Laura llamó a alguien de su confianza cuando estuvo trabajando en la consulta; me he informado y este número pertenece a Granada.

Granada... repitió dejando el cepillo de *Avispado* y abstraído por completo en ese papel que le acababa de quitar de un movimiento a su hermana para poder estudiarlo con atención. Es del mismo día que se puso la línea... susurró recordando las fechas que salían reflejadas en la factura.

Llama lo apremió María con una sonrisa.

¿Y si...?

¡Y si nada! Llama, Ángel, pregunta por Laura, haz algo para salir de ese bucle de autocompasión que te has fabricado. ¡Haz algo para encontrarla y traerla hasta aquí! exclamó María envalentonada.

Vale... susurró buscando su teléfono móvil en el bolsillo trasero del pantalón vaquero.

Comenzó a teclear los dígitos y escuchó pacientemente los tonos que daban el aviso de que la llamada se había establecido.

¿Quién es? preguntó una voz melodiosa al descolgar.

Hola... Eh... murmuró, sonriendo al darse cuenta de que había cogido la misma coletilla que Laura cuando estaba nerviosa. ¿Está Laura?

El silencio fue angustioso, incluso Ángel tuvo que cerciorarse de que la llamada seguía activa, porque la mujer no respondía nada.

¿Sigue ahí? inquirió él.

Sí, sí... Lo siento... carraspeó la mujer. No... Laura no está.

¿Es usted su madre? preguntó a la desesperada. Mire, la estoy buscando; se fue del pueblo sin decir nada, sólo dejó escrita una escueta nota, y necesito hablar con ella. Quiero saber si está bien, si se encuentra bien...

¿Quién eres, un compañero del hospital?

No, soy Ángel, el alcalde de Alcubilla de Avellaneda.

Ay, me suena tu nombre, pero no recuerdo de qué... farfulló más bien para sí misma. Ahora no está aquí; llevo días sin verla, creo que ha salido de la ciudad, pero no te sabría decir a dónde... Cuando venga, le diré que has llamado. ¿Ella tiene tu número de teléfono?

No, pero es con el que le estoy hablando comentó mientras se apoyaba en el lomo de *Avispado*.

De acuerdo, ahora le digo a Puri que lo anote y, cuando venga, le diré que te llame.

Vale, muchas gracias... siseó Ángel con pesadez. Yo... comenzó a decir, pero después se percató de que no merecía la pena añadir nada más. No importa; por favor, dígale que necesito hablar con ella.

Claro, no te preocupes, lo haré dijo antes de cortar la comunicación sin darle tiempo a despedirse como era debido.

Ángel se quedó con el teléfono en una mano y con la factura en la otra, y estrujó el papel con rabia.

¿Qué? preguntó María, que había estado al lado de él en todo momento.

Su madre me ha dicho que hace días que no la ve, que ha salido de la ciudad...

¿No te ha dicho nada más?

Sólo que le dirá que me llame...

Ángel negó con la cabeza y tiró de malas maneras la factura al interior de su camioneta. Luego se volvió a dedicar a sus quehaceres, dejando de lado a una María preocupada tanto por él

como por la doctora, de la que no sabían nada desde hacía semanas...

¿Quieres que hablemos?

No me apetece zanjó cogiendo de nuevo el cepillo para seguir peinando a *Avispado*.

De acuerdo... susurró con desazón su hermana, consciente de que, cuando se cerraba en banda, era imposible hacerlo hablar.

Ángel vio cómo María se subía a su coche y lo dejaba de nuevo solo. Miró el cielo azul y bramó desesperado por no saber qué hacer en una situación como ésa. Continuó con su trabajo sin parar de darle vueltas a lo que estaría haciendo Laura y dónde...

Hola... susurró una voz femenina a sus espaldas. Ángel se giró y descubrió allí a la última mujer que deseaba ver en sus tierras.

¿Qué haces aquí, Isabel? le espetó de malos modos.

Vengo a despedirme de ti... Me marcho hoy a Soria comentó mientras se acercaba a él, despacio, puesto que sus tacones le impedían andar más deprisa por aquel terreno irregular.

Muchas molestias te has tomado en esta ocasión; la última vez te fuiste sin decirme nada soltó molesto.

Lo sé... musitó arrepentida. Mira, Ángel, sé que te fallé, sé que lo hice mal, pero nunca quisiste ver cómo era yo de verdad, lo que necesitaba para sentirme bien conmigo misma... No te estoy diciendo que lo que hice fue por tu culpa... Siempre te recordaré como el mejor novio que he tenido explicó con voz pausada, pero comprende que no éramos el uno para el otro. Yo ansiaba salir de este agujero y tu vida siempre ha girado en torno a él. Éramos incompatibles, totalmente opuestos, y Fernando fue sólo una vía de escape, una ayuda para poder tener alguna razón para romper nuestra relación, alguien en quien me apoyé para poder cumplir mis sueños.

Podrías habérmelo dicho antes, podrías haberme comentado que ya no sentías lo mismo por mí, que necesitabas algo más; en cambio, aceptaste casarte conmigo... apuntó con resentimiento.

Lo sé... Sé que lo hice fatal, pero era lo que se suponía que tenía que decir.

¡Éramos novios desde siempre! No podía contestarte que no, porque, quererte, te quería, aunque no de la misma forma que antes, todo se había ido transformando con los años...

Te cansaste de mí, ¡dilo! Sé valiente una vez en tu vida y dime las cosas como son le exigió sin dejar de mirar a esos ojos de los que una vez estuvo prendado.

Te quise muchísimo durante todos los años que estuvimos juntos, no quiero que te quede la duda respecto a eso, pero es verdad que, al final, ese fuego que sentía por ti se fue apagando, poco a poco, casi sin darme cuenta...

Quería más, Ángel. Ansiaba sentirme realizada y aquí eso resultaba imposible confesó con la voz quebrada.

¡Estuve a punto de dejar todo esto por ti, Isabel! gruñó, desesperado por sus vanas excusas.

Lo sé, y también sé que, si lo hubieras hecho, hubieses sido infeliz viviendo conmigo... afirmó mientras negaba con la cabeza al imaginarse aquel final.

¿Por qué me engañaste con Fernando? preguntó apretando los puños al recordar aquella fatídica tarde en que todo su mundo se desmoronó.

Porque él me daba lo que necesitaba en esos momentos; como te he dicho antes, era mi vía de escape... Él me dio la oportunidad de empezar de cero en la ciudad, me ayudó a abrirme un camino allí, aunque al poco de estar viviendo sola desapareció de mi vida con la misma rapidez con la que había entrado.

Supongo que se cansó de mí o que encontró a otra que le dio lo que necesitaba dijo levantando los hombros con resignación al desconocer cómo era en el fondo Fernando.

¿Y lo has conseguido? ¿Eres más feliz ahora?

Me siento más realizada, Ángel, eso no te lo puedo negar... susurró mirando a su alrededor. ¿Sabes? No vine aquí a hacer una visita a mi gente casualmente... Cuando mi madre me contó que

parecía que te gustaba la doctora que había llegado hacía unas semanas al pueblo, no pude evitar acercarme a comprobar con mis propios ojos que al final me habías olvidado, que al final habías encontrado a otra mujer a la que amar...

Pero ¿qué querías, Isabel? ¿Que me pasara toda la vida recordándote? ¡Tú me engañaste, te acostaste con Fernando cuando faltaban pocos meses para casarnos y provocaste que nuestra relación se rompiera! exclamó molesto.

Lo sé, lo sé... Pero, aun así, sentí envidia de esa mujer que te había llamado la atención.

No me vengas con tonterías ahora aseveró con rotundidad.

Sí, sí que lo son, no te lo puedo negar..., pero tenía que verla, saber cómo era, ver cómo te comportabas con ella, y lo que vi me gustó tanto, tanto... que me arrepentí de haberte dejado escapar confesó con timidez.

¡Basta! chilló Ángel haciendo que ésta abriese los ojos desmesuradamente, sorprendida por aquel comportamiento tan inusual en él.

Ya basta, Isabel. Después de cuatro años no puedes venir hasta aquí para decirme eso, porque lo único que siento por ti en estos momentos es asco. Vete a la ciudad, corre con tu amigo Fernando y dejadme en paz de una puta vez soltó enfadado mientras gesticulaba con los brazos.

Sé que me merezco tus reproches, sólo espero que algún día podamos hablar como amigos.

Dudo que eso pase algún día... murmuró con severidad.

Siento lo de Laura; parecía que estaba enamorada de ti, lo vi en sus ojos...

comentó mientras daba un paso hacia atrás.

Parecía... farfulló como pudo.

Adiós, Ángel... ¡Ah! Ten cuidado con Fernando; a él no le gustas y hará todo lo necesario para joderte informó, en un vano intento de hacer las cosas bien, a la vez que daba un paso hacia atrás.

Él no dijo nada más, sólo observó en silencio cómo se iba, sintiendo desesperación y rabia por todo lo que le había hecho esa mujer que se alejaba de él, por su burda explicación, por su aviso de que tenía que tener cuidado con el nieto del Redondo y por pensar que Laura estaba enamorada de él. Si así fuera, ¿por qué no estaba allí con él?

Aquella tarde no se quedó en el campo, se fue directamente al bar, más por las ganas que tenía de saciar su malestar con alguna copa de un licor fuerte que por entablar conversación con sus vecinos. Al entrar en el local, todos se quedaron callados de repente. Sabía que su historia había dado para muchas sobremesas, que era la comidilla de todos los corrillos... Le pidió a Rosa de malas maneras una copa y ésta se la sirvió con frialdad. Al poco, el Redondo se acercó donde él estaba bebiendo a grandes sorbos su copa.

¿Cómo estás, hijo? preguntó Pedro.

He tenido épocas mejores... masculló con dolor.

Esta mañana han venido a por el coche de Laura y me han traído mi camioneta le comunicó en voz muy baja, para que sólo él pudiera oírlo.

¿Quién? inquirió con gesto cansado, ya que todo aquel tema se le hacía cuesta arriba.

Una compañía de transportes. He intentado conseguir el teléfono de Laura, pero no he podido obtener nada; esas personas no sabían de quién les hablaba...

Ya... Bueno, muchas gracias, Redondo susurró abatido.

Pedro le dio unas palmaditas en la espalda y lo dejó de nuevo solo.

Ponme otra, Rosa pidió mientras se encorvaba sobre la barra, sintiendo que todo aquello comenzaba a pesarle sobre los hombros.

Te veo bien soltó la camarera con sarcasmo, mostrando sus pechos con aquel escote de vértigo que solía lucir, pero él ni se inmutó; no tenía el cuerpo para nada, sólo para beber y olvidar que Laura se había marchado.

Estoy de lujo replicó en tono mordaz antes de apurar el contenido de la copa y apremiarla para que se la volviera a llenar.

Ya sabía yo que la doctorcita no era de fiar... objetó con disgusto, y Ángel le dedicó una mirada llena de furia... pero, claro, nadie me escuchaba.

Ni se te ocurra hablar mal de ella, Rosa. No tienes ni idea de por todo lo que ha tenido que pasar, no puedes ni imaginarte las razones que la trajeron hasta aquí y de verdad que no voy a permitirte que le faltes al respeto en mi presencia le espetó Ángel en voz alta, para que todos los que se encontraban en el bar pudieran oírlo sin problemas y que no osasen calumniar a la doctora.

Si tan fantástica es, ¿por qué no está aquí? planteó la camarera enarcando una ceja y moviendo la cabeza, divertida ante su propia pregunta.

Yo te lo diré: Fernando me ha llamado hoy y me ha contado que lleva hablando por teléfono con Laura desde hace días y que hace unas cuantas noches estuvo en su casa, tomándose una copa con él... añadió con una maliciosa sonrisa.

Ay, Angelito, que te la han vuelto a colar. soltó mientras sonreía, complacida por aquel final.

Y sí, ésa era la sensación que tenía Ángel en esos momentos, que se la habían vuelto a jugar, que había vuelto a confiar en una mujer y que ésta lo había dejado destrozado, sin explicaciones ni nada similar, y que había ido a parar a los brazos de Fernando, otra vez ese tipejo que se había propuesto destrozar su vida...

¿Eso te dijo Fernando? inquirió apretando la mandíbula para frenar la rabia que lo dominaba en esos instantes.

Sí; también me contó que se había marchado de aquí porque ya no te soportaba, que habías sido un capricho momentáneo del cual se había cansado.

Claro... Chasqueó la lengua con disgusto a la vez que le daba vueltas a la copa.

Como ves, la doctora no es tan buena como pensabas... opinó con insolencia antes de dejarlo solo para atender a otro cliente.

Terminó de beber la copa y se marchó andando a su casa. Estaba mal, lo sabía, pero ¿cómo podía recuperarse de un segundo batacazo? Se dejó caer en la cama sin cambiarse de ropa, pero no se quedó dormido como esperaba, sino que, para su disgusto, su mente comenzó a recordar todos los fantásticos momentos que había vivido con ella, maldiciendo por dentro no haber sido capaz de cumplir su propia palabra, pues había creído que nunca más volvería a enamorarse de otra mujer y había vuelto a caer en la misma trampa tejida por Fernando... Llevaba sin verla tres semanas, veintiún días que le habían parecido un infierno, quinientas cuatro horas en las que no había dejado de pensar en ella... para que después Rosa le soltara aquello que le había roto todavía más el corazón y había hecho flaquear las pocas esperanzas que aún albergaba. Laura había estado en casa de Fernando, con él, a solas, y le había dicho que se había cansado de él, de lo que tenían... Ángel maldijo con toda la rabia del mundo, sintiéndose como un tonto que siempre tropezaba con la misma piedra. Él que pensaba que Laura era distinta, que era única, que era incapaz de hacerle daño...

Poco a poco comenzaron a pesarle los párpados y agradeció poder dormir al fin; así, por lo menos, podría dejar de pensar en todo lo que había vivido con ella y, sobre todo, en todo lo que había anhelado compartir con esa mujer que también le había fallado... Al rato, el sonido de su teléfono móvil lo despertó; lo buscó a tientas, sin plantearse siquiera quién podía ser la persona que perturbaba su necesario descanso.

¿Quién? susurró Ángel con la voz pastosa.

Nada.

¿Quién es? volvió a preguntar, esta vez un poco más atento.

Y la respuesta fue la misma: silencio.

¿Laura? murmuró, probando suerte por si era ella la encargada de esa llamada.

Percibió un leve suspiro, casi imperceptible, pero lo suficiente como para darle pie a considerar que había dado en el clavo, que

era ella quien se hallaba al otro lado de la línea.

Laura, si eres tú, por favor, habla conmigo...Yo... yo te quiero, Laura, te quiero tanto... murmuró mientras cerraba los ojos para controlar sus emociones, que estaban a punto de desbordarse. No sé por qué no te lo dije antes; aunque ahora no sirva para nada, pues ya que sé que estás con Fernando, hoy me lo ha dicho Rosa... comentó con dolor y rencor. Quiero que vuelvas, Laura. A ver cómo te lo explico, porque sé que suena a locura y a lo mejor es a causa de las copas que me he tomado, pero quiero que regreses, aunque sea consciente de que estás con ese tipejo y ya te hayas cansado de mí. Sin embargo, quiero verte otra vez, necesito que me digas a la cara que lo nuestro no significó nada, que fue un error, aunque para mí fue lo más maravilloso que he tenido en mi vida. Sólo quiero que vuelvas, para verte una última vez, decirte todo lo que me he callado por miedo y escuchar todo lo que me has ocultado durante todo este tiempo confesó en voz baja, sintiendo que liberaba aquella pesadez que tenía instalada en la boca del estómago, pues por fin podía serle sincero, aunque no supiera al ciento por ciento que era ella quien escuchaba.

En aquel instante la llamada se cortó, dejando a Ángel con un nudo instalado en la garganta, seguro de que la persona que había estado al otro lado de la línea era ella; lo sabía, algo dentro de él se lo decía... Cerró los ojos, buscando en su interior las últimas fuerzas que tenía para poder volver a retomar su vida, volver a empezar, aunque fuera sin Laura, sin esa mujer que lo había llenado todo con su sonrisa y su manera de ser.

Transcurrieron tres días más, que fueron todavía más agónicos para Ángel, en los cuales había intentado no hablar con nadie, ya que los rumores de que Laura se estaba viendo con Fernando invadieron todo el pueblo, haciendo que el chico se sintiese aún peor de lo que estaba, al no parar de oír la multitud de versiones que circulaban por el lugar, de Laura, de Fernando e incluso de él mismo.

Las primeras nieves llegaron para mediados de noviembre; el frío y la falta de trabajo hicieron que Ángel se volcase más en su labor

de alcalde, pasando horas encerrado en su despacho, revisando papeles e informes, llenando el vacío que le había dejado Laura.

¡No pueden llevárselo así! oyó que decían fuera del despacho.

¡Ángel, sal ahora mismo! gritó María fuera de sí.

Éste se levantó, alertado por el guirigay que había montado en el vestíbulo del ayuntamiento, y se dirigió hacia la puerta de su despacho a grandes zancadas, para después abrirla. Lo que descubrió lo dejó perplejo y sin saber muy bien cómo actuar: ¡cuatro agentes de la policía judicial estaban en el recibidor!

¿Qué ocurre aquí? preguntó acercándose raudo a María, sin dejar de observar la escena que discurría delante de ellos.

No lo sé. Dicen que se llevan a Julián, ¡que está arrestado! explicó su hermana con gran congoja mientras observaba cómo los policías esposaban al conserje del ayuntamiento.

Oigan intervino Ángel dirigiéndose a los uniformados, creo que cometen un error. Julián es un buen hombre, un maravilloso vecino. ¿A qué se debe su detención?

Lo siento, señor, pero no estamos autorizados a dar ninguna información comentó con rotundidad uno de los policías.

Julián, ¿tú sabes por qué te arrestan? preguntó en un vano intento de descubrir qué sucedía.

Julián no respondió, simplemente fijó la mirada en el suelo, avergonzado, y comenzó a andar, sin oponer ninguna resistencia, cuando los agentes dieron por finalizada la detención. El alcalde contempló con impotencia cómo los policías se llevaban arrestado al conserje ese hombre que lo había visto crecer, amigo de su padre de la infancia, hijo del pueblo; Ángel incluso había jugado con sus hijos sin poder hacer nada por evitarlo, sólo observar cómo se lo llevaban bajo la mirada de todos los vecinos que se arremolinaban a la entrada del ayuntamiento, alertados por los coches de la Guardia Civil estacionados en la puerta del edificio, sin saber qué había pasado para que ese buen vecino saliese esposado de allí.

No entiendo nada gimió María, entristecida, cuando se marcharon todos los policías. ¿Por qué se han llevado a Julián?

preguntó desesperada.

Ángel negó con la cabeza, ya que tampoco conocía los motivos por los que habían arrestado al conserje, sin oposición de éste, como si supiera por qué un grupo de uniformados había irrumpido en el ayuntamiento sin más explicaciones.

Estaré en mi despacho, María... Cualquier cosa, me llamas susurró contrariado mientras se dirigía hacia la puerta.

Se sentó delante de su mesa y se despeinó, frustrado, su corto cabello, mientras centraba la vista en un punto fijo de su despacho, sin ver nada en concreto, sólo intentando encontrarle lógica a lo que acababa de presenciar...

Julián arrestado... ¡Era absurdo! ¿Qué habría hecho para que lo detuviera la policía judicial? El sonido de su teléfono móvil lo sobresaltó; observó el número que reflejaba la pantalla y aceptó la llamada.

Dime, Redondo contestó con un hilo de voz; lo sucedido lo había dejado aturdido.

Ángel, necesito hablar contigo. ¿Puedes venir a la Albada?

Redondo, ahora mismo estoy bastante liado...

Por favor, es muy importante; si no fuera así no te molestaría... susurró con seriedad, haciendo que Ángel se preocupara por Pedro.

Ahora mismo estoy allí concluyó mientras daba por terminada la llamada.

Se levantó, cogió su cálida chaqueta y salió del despacho.

Voy un momento a la Albada, enseguida regreso. Cualquier cosa, me llamas pidió éste.

Sí, sí... aceptó María, todavía confundida por los recientes acontecimientos. Aún estoy conmocionada, Ángel.

Lo sé, María; yo tampoco entiendo lo que ha ocurrido... susurró colocándose un gorro de lana para salir a la calle. Luego hablamos; ahora le pediré a Toni que se acerque hasta aquí para que no te quedes sola.

Vale... musitó su hermana antes de ver cómo salía del edificio.

Nada más pisar la calle, llamó por teléfono a Toni para que se acercara al ayuntamiento; sabía que su hermana necesitaba tener a alguien allí, sobre todo ese día. Luego entró en la camioneta y condujo con cuidado hasta la Albada.

Aquella noche había caído una importante nevada y el camino estaba peligroso.

Durante el trayecto, no dejó de pensar en lo acontecido esa mañana, y se preguntó qué le sucedía a Pedro para que lo hubiese llamado con tanta urgencia.

Bordeó sus tierras, donde sus animales se encontraban resguardados en el establo, y se adentró por el estrecho camino que llevaba a la propiedad del Redondo. Al entrar en la enorme explanada, algo le llamó la atención... Era una figura esbelta que se encontraba en mitad de aquella llanura, observando cómo éste aminoraba la velocidad y se detenía a escasos metros. Ángel tragó saliva sin dejar de mirar a esa persona, que llevaba un chaquetón negro y un gorro rojo que cubría su rubia melena...

¿De verdad era ella o era producto de su imaginación?

26

Se quedó quieto dentro de la camioneta, para cerciorarse de que Laura se encontraba allí de nuevo, observándolo con detenimiento, intentando imaginarse todo lo que a él se le estaba pasando en ese instante por la cabeza. Un nudo en el estómago se le instaló al ser consciente de que la tenía a pocos pasos de él. Por fin salió del vehículo y vio cómo ella se aproximaba a él, con determinación y una fuerza arrolladora capaz de hacer cualquier cosa, como desaparecer y volver a aparecer, sin motivos aparentes, sin avisar... Intentó controlar sus emociones en su presencia; tenía tantas cosas que decirle y tantas que preguntarle que no sabía ni por dónde empezar.

Laura... murmuró sintiendo que su corazón latía veloz al tenerla otra vez delante... pero...

Ángel, te debo una explicación dijo, interrumpiéndolo.

Él la estudió en silencio. Su mente no lo había engañado, era todavía más atractiva de lo que recordaba. Llevaba un bonito gorro rojo sobre la rubia melena, que le dulcificaba las facciones; calzaba sus apreciadas botas rojas, que la habían acompañado todo el tiempo que había vivido allí, esas botas que se había dejado en la cabaña, justo al lado de su nota de despedida, y sus piernas estaban enfundadas en unos vaqueros negros. Su rostro reflejaba cansancio, valentía y algo más a lo que no supo dar nombre. Ángel esperó a que ella encontrara las palabras, sólo contemplándola, intentando encontrarle lógica a que volviera de repente a su vida. Ella comenzó a andar hacia la cabaña que había tenido alquilada, sin emitir

palabra alguna. Ángel la siguió mientras se metía las manos en los bolsillos de su cálido chaquetón, ansioso por saber las razones de su huida y de su retorno.

Ahora sí que puedo ser completamente sincera contigo, ahora puedo contarte todas las cosas que me ha tocado callarme, que me ha tocado disfrazar, pero no porque desconfiara de ti, sino porque era preciso que tú no las supieras empezó a explicar Laura casi en un susurro, mientras se sentaban en el sofá, justo después de dejar sus chaquetones en la entrada, mirándolo a los ojos para que se diese cuenta de por todo lo que había pasado. Ahora ya está todo arreglado, ya me he desvinculado de eso y, por fin, se ha puesto a cada uno en su lugar, aunque no ha sido fácil, te lo puedo asegurar comentó con una sonrisa nerviosa, sintiendo cómo comenzaba a calentarse gracias a la chimenea que había encendido nada más llegar allí.

¿Por qué te fuiste sin despedirte, Laura? preguntó sin dejar de analizar sus inquietos movimientos, interesado por conocer la verdad de su huida y descubrir si eran verdad los rumores de que había visto a Fernando...

La pregunta adecuada es por qué vine hasta aquí replicó colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja, en un acto reflejo, dándose tiempo para hallar las palabras precisas para desvelar lo que había guardado en su interior durante todo ese tiempo. No vine, como tú crees, a Alcubilla de Avellaneda escapando de un pasado desastroso, sino que llegué a este pueblo para averiguar... o más bien para corroborar las sospechas de nuestros compañeros en Soria. Les debíamos un favor y por esa razón me desplacé hasta aquí para saber, de primera mano, qué ocurría, pues no dejaban de llegar continuos anónimos que acusaban directamente al alcalde de malversación de fondos... explicó con seriedad, provocando que Ángel frunciese el ceño al sorprenderse ante su revelación.

Soy Guardia Civil desde hace cinco años y estoy especializada en el área judicial en Madrid. Ayudo a detener a esas personas que

quieren lucrarse con dinero que no les pertenece; me dedico a desenmascarar a esa gente sin escrúpulos que no duda en quitarle al pueblo lo que es suyo, a esos seres egoístas que por desgracia conviven con nosotros creyendo que tienen total impunidad, pensando que lo que hacen, que lo que sustraen, se lo merecen porque sí...

Pero, entonces, ¿no eres doctora? preguntó sin entender nada de lo que decía.

Sí, claro que lo soy. Terminé la carrera con veinticuatro años; trabajé en un hospital durante dos años, en los cuales me ocurrió lo que te expliqué aquel día...

añadió mientras hacía una mueca de disgusto. No todo lo que te he contado es mentira; eso es verdad, pero ocurrió hace más tiempo del que te dije y no como te hice creer para calmar un poco tu sed de información... Es cierto que mantuve una relación con el director del hospital privado donde trabajaba y también lo es que me engañó para llenarse los bolsillos con dinero de una empresa farmacéutica, a expensas de causar daños irreparables a los pacientes de aquel hospital, sin importarle que los productos que adquiría el centro médico bajo sus recomendaciones estuvieran caducados y en mal estado. Pero te mentí al decirte quién murió en aquella habitación de hospital a causa de un gotero en mal estado... susurró frunciendo el ceño con dolor. La persona que perdió la vida por mi culpa, por no haber parado esa mierda antes, no fue un paciente anónimo, no... Aquella desgracia le ocurrió a mi padre declaró con la voz rota . Imagina cómo me sentí, cómo cambió mi vida al ser consciente de que podría haber evitado su muerte, que podría haber frenado todo aquello, que todavía podría tenerlo en mi vida, que, si no hubiese sido una cobarde, todavía podría abrazarlo y decirle cuánto lo quería... Ángel, fui yo la que denunció a ese malnacido, fui yo quien peleó para que lo metieran en la cárcel, haciendo todo lo que pude sin importarme que yo misma me viese afectada, para así, dejar su nombre marcado para siempre con la muerte de mi padre. Es verdad que intentó hundirme, que intentó arrastrarme con él, pero no pudo,

Ángel, porque yo colaboré en todo momento con la policía; desnudé mi alma ante ellos para que supieran la verdad y me volqué al ciento por ciento en ese caso porque deseaba que el responsable pagara por lo que había hecho. Cuando pasó todo eso, me di cuenta de que mi carrera en la medicina había terminado. ¡Había estudiado esa carrera por mi padre! Yo quería salvar a la gente y no pude hacer nada por él; me sentí incapaz de volver a ejercer, me era imposible... comentó todavía visiblemente afectada. Por eso di un giro radical a mi vida y me concentré en las oposiciones para la Guardia Civil. Deseaba hacer algo más, quería ayudar a otras personas para que no les sucediese lo que me ocurrió a mí, combatir toda esa lacra desde dentro, poder hacer algo de verdad. Fue duro entrar, no te lo voy a negar, pero mi padre siempre me decía que lo que merecía la pena, lo que uno deseaba realmente, costaba mucho más conseguirlo, lo que hace que lo valoremos más a posteriori; por eso me concentré al máximo en lograr mi objetivo y, la verdad sea dicha, me sirvió para luchar contra aquel dolor que lo invadía todo...

Joder... musitó Ángel sin saber muy bien qué decir ante aquella declaración que lo había descolado por completo.

Cuando al fin obtuve la plaza, me dediqué en cuerpo y alma a mi profesión; quería llegar a ser la mejor, quería hacerlo bien. He estado tres años y medio combatiendo fraudes, desfalcos, tramas y un largo etcétera; he ayudado a investigar complejos casos y me he sentido tremendamente útil, por lo que consideraba que había merecido la pena el cambio que había dado mi vida, aunque toda ella girase en torno al trabajo... Nada de relaciones, amor o diversión. Vivía para y por la Guardia Civil hasta que me mudé aquí, mi primer caso en solitario, es cierto que no era muy complejo, pero me lo otorgaron para cerciorarse de cómo trabajaba sola (era como una especie de prueba que tenía que pasar), y dependiendo de cómo resultara, poder darme otros casos más importantes, con los que lograr ascender profesionalmente. Me trasladé hasta aquí de incógnito porque queríamos saber si, primero de todo eran ciertos los anónimos que recibían nuestros compañeros de Soria, y también

averiguar las razones por las que, aunque las cuentas del ayuntamiento parecían correctas, se habían encontrado indicios de que se retiraban cantidades muy grandes de dinero sin motivo alguno. Esta operación no la podíamos realizar desde Madrid metiéndonos en los ordenadores, necesitábamos saber por qué razón el alcalde era tan querido por todos sus habitantes, pero a la vez, era odiado por alguien que lo acusaba incansablemente de no estar realizando legalmente sus funciones.

Por eso era preciso mi presencia aquí, poner cámaras por el ayuntamiento y trabajar sobre el terreno para esclarecer todo este tema explicó enfrentándose a la mirada sincera de Ángel. Los primeros días de mi llegada me mantuve expectante, para saber qué debía hacer; sólo me comunicaba con mis superiores a través del teléfono móvil y, mientras tanto, comencé a indagar, preguntando a los vecinos, que todo sea dicho, me hicieron fácil la labor por su capacidad de chismorreo agregó con una sonrisa, divertida al acordarse de todos ellos.

Cuando me dieron luz verde, empecé a visitar el pueblo a altas horas de la madrugada, cuando sabía que todos dormíais, para poder poner micrófonos e incluso microcámaras en los lugares comunes, para saber de qué se hablaba, para tener alguna pista de por dónde tirar, por si se nos escapaba algo y teníamos al culpable en nuestra cara. La primera noche que bajé al pueblo para indagar si había mucho movimiento de personas a esas horas fue aquella en la que os vi a ti y a Rosa... retozar en el bar... confesó enarcando una ceja al darle la explicación de que estuviese por allí de madrugada. Además de todo lo que te acabo de contar, instalé un programa en tu ordenador que nos permitiese ver todo lo que había en su interior, así como en cualquier ordenador que estuviera conectado a esa red; lo hice aquel día que me encontraste sentada en tu despacho... explicó con una sonrisa al recordar lo que ocurrió después allí.

Tengo que confesar que, en un principio antes de que tú y yo empezáramos a vernos a escondidas, mi atención estaba sobre ti, ya que los anónimos te nombraban como único culpable, pero a mí no

me cuadraba nada cuando comencé a conocerte... ¡Si te digo que no te reconocí cuando me encontraste a mitad de camino de la Albada, ¿me creerías?! Ya había visto tu foto antes de desplazarme hasta aquí pero jamás pensé, al verte subido sobre *Avispado*, que eras tú la persona a la que venía a investigar, hasta que me dijiste cómo te llamabas… Poco a poco vi que eras un buen hombre, alguien que no cobraba por desempeñar su labor de alcalde, alguien que daba todo lo que tenía a sus vecinos, que cortaba leña de más para abastecer a los habitantes de ese precioso pueblo, que ayudaba a los que lo necesitaban, que era querido por todos y cada uno de los lugareños; era absurdo pensar siquiera que tú fueras el culpable de esa sustracción de dinero... Supe que era imposible y les propuse a mis superiores abrir más el círculo, sin centrarnos sólo en ti. Necesitaba saber quién era el responsable de que ese dinero desapareciera anunció con determinación mientras cruzaba las piernas. Cuando conocí a Fernando, me temí lo peor.

Advertí a mi jefe para que lo vigilaran, para que descubrieran si él podía tener algo que ver con esos anónimos porque vi ese rencor que te tenía, esa maldad y esa envidia que sentía hacia ti, porque pensé que era capaz de cualquier cosa para lastimarte y me temía que todo hubiese sido urdido por él...

Entonces, ¿gracias a que tú confiabas en mí, habéis encontrado al verdadero culpable? preguntó Ángel, asombrado de todo lo que había hecho por él a sus espaldas.

Sí, ha sido relativamente fácil, por eso no me ha hecho falta estar tanto tiempo como en un principio pensábamos... dijo frunciendo el ceño al revisar mentalmente todo lo que le había tocado hacer para recabar las pruebas necesarias. Teníamos bastante claro que era Julián quien se metía en el ordenador para hacer los desvíos de partidas; la cámara que instalé en la entrada del ayuntamiento lo grabó en plena acción, una noche justo después de echar el cierre en el ayuntamiento, cuando María se marchaba. Pero no vimos lógico que una persona como él tuviera unas nociones tan altas de informática como para tapar de esa manera tan sutil sus retiradas

monetarias y que vosotros, ni tu hermana ni tú, os dieseis cuenta de esa falta de dinero, ya que disfrazaban los presupuestos haciéndoos creer que no recibías tanto dinero como antaño. Lo habían hecho realmente bien para que ni tú ni María sospecharais que alguien se estaba llevando un dinero que debería haber ido directamente al pueblo. Por eso, aquella noche que te dije que me quedaba en la Albada porque Pedro estaba enfermo, la utilicé para acercarme a Soria. Necesitaba que intervinieran el teléfono móvil de Fernando, ya que algo en mi interior me decía que él era el culpable de todo y debía hacer algo para demostrarlo. Gracias a eso y al obtener las copias de las facturas de la compañía telefónica de Fernando, la Guardia Civil pudo atestiguar las llamadas que le hacía a Julián de una manera periódica y desde hacía un par de años. ¡Habíamos encontrado las pruebas necesarias para señalarlo como conspirador de ese robo!

Joder... masculló Ángel, impresionado por todo lo que había hecho Laura y sin que él se diera cuenta.

Al día siguiente, tras verte entrar en el ayuntamiento, me llegó un ramo de flores; ésa era la señal que habíamos pactado para dar por finalizada la misión, nada más, y tuve que marcharme, ya que el teléfono para comunicarme con mi enlace estaba en mi cabaña. Debía irme sin falta, pues mi trabajo aquí ya había concluido, aunque aún me quedaba lo más difícil: zanjarlo todo y lograr que los culpables pagaran por sus crímenes... Pero no pude despedirme de ti, Ángel, porque no quería mentirte más; por eso me fui, cogí mis cosas, te escribí esa pequeña nota y esperé escondida en tus tierras hasta que te vi pasar con la camioneta por el camino hasta la Albada. Supuse que vendrías en mi busca, porque albergaba la tonta esperanza de que me hubieses cogido algo de cariño...

comentó con una sonrisa. Los primeros días después de mi marcha, se inició la segunda fase de la operación. Fui a visitar a Fernando y le hice creer que habíamos acabado mal, que tenía cierto resentimiento hacia ti, para de esa forma tener una excusa para poder acercarme a él y conseguir lo último que nos faltaba: acceso

directo a su ordenador. Estuvimos tentados en pedir una orden judicial para realizar aquella parte del operativo, pero la verdad era que no deseábamos que él sospechara que estaba siendo investigado y que aprovechara que estábamos recopilando pruebas para desaparecer de España... Debo reconocerte que no resultó difícil, es un hombre bastante primitivo y enseguida me llevó a su casa para invitarme a una copa y, en un descuido por su parte, mientras desaparecía hacia otra estancia, aproveché para hackear su portátil de tal manera que mis compañeros tuvieran acceso total a todos sus contenidos, con el fin de cazarlo tras recopilar las pruebas necesarias para señalarlo a él como el artífice de todo aquel entramado.

Rosa me comentó que habías estado en casa de Fernando, que él la había llamado para contárselo... Dime, ¿él y tú...? balbució con dolor.

No, no pasó nada entre nosotros. No soy de ese tipo de mujeres, Ángel, ya te lo dije cuando nos conocimos. Aunque no te puedo culpar por haberlo pensado, incluso si has creído que yo era capaz de hacer esas cosas... aclaró con una sonrisa. Cuando llegó con la copa, me la tomé para que no sospechara nada y me marché de allí al poco rato, sin darle opción a nada más. Justo después de aquella noche, me puse a trabajar con mis compañeros para recabar información y recoger las pruebas que demostraron que tú eras inocente, Fernando, culpable, y Julián, cooperador necesario.

¿No lo volviste a ver? inquirió apretando los puños, todavía dolido por lo que le hizo éste en el pasado.

No, y ni ganas de hacerlo comentó con sinceridad.

Llamé a tu madre declaró Ángel en un susurro.

Lo sé… murmuró Laura posando sus ojos en él, recorriendo su gesto preocupado, observando su mirada única, que estaba centrada en ella.

¿Fuiste tú quien me llamó unos días después?

Sí... susurró ella con una tímida sonrisa. Cuando mi madre me contó que me habías llamado, que estabas preocupado por mí,

bueno, no sé, necesité oír de nuevo tu voz...

¿Por qué no hablaste?

Porque no podía decirte nada aún y, además, me acusaste de verme con Fernando y no quería volver a mentirte. Comprende que debía zanjar este caso, no quería que se fuera al garete por la vinculación que teníamos. No quería lastimarte, no quería que te culparan de algo que sabía que jamás serías capaz de hacer y, además, sólo quedaban los últimos flecos para poder venir hasta aquí y llevarnos a Julián, y poder hacer lo mismo con Fernando, aunque a este último sólo podamos condenarlo por extorsión y falsificación de documentos, poca cosa si tenemos en cuenta todo lo que había hecho para centrar la atención de la Guardia Civil en ti, pero lo suficiente para que pase por la cárcel. ...

Entonces, ¿todo ha sido una mentira? Lo que teníamos, tú... preguntó con resquemor al darse cuenta de que ella, en todo ese tiempo, no había sido sincera con él.

No todo... susurró Laura. Lo que he vivido junto a ti ha sido verdadero, maravilloso, algo único que pensé que sería efímero. Creía que sería algo puntual que recordaría en mis noches solitarias cuando volviera a mi vida cotidiana... Quiero que te quede claro que no te he utilizado para este caso; al contrario, lo nuestro, lo que tuvimos, fue tan real que me dio miedo pararlo, porque hacía muchísimo tiempo que no me sentía tan libre, que no me sentía tan yo..., pero cuando te oí diciéndome que me querías, que deseabas que volviera...

añadió mordiéndose el labio inferior para frenar sus emociones. Yo creía que eso nunca pasaría, que tú sólo estabas conmigo por el sexo, que no te importaba en otro aspecto, que todo lo que teníamos era una mentira, una tapadera para poder retozar por las noches sin tener miedo de las miradas curiosas de los vecinos, que tú jamás me amarías porque te habían hecho daño, tanto que ya no confiabas en las mujeres en ese aspecto...

Al principio fue así, Laura, no te lo puedo negar... pero, a medida que te iba conociendo, o creyendo conocerte susurró frunciendo el

ceño, preocupado por no haber conocido a la verdadera Laura, comencé a sentir cosas por ti. Fue lento, casi sin darme cuenta, hasta que un día lo supe: te amaba. Entonces procuré que te enamoraras de mí, para que no huyeras cuando te confesara lo que sentía, pero, siempre que intentaba algo diferente contigo, cuando deseaba acercarme a ti, te ponías a la defensiva, como si te sintieras incómoda por las muestras de afecto que te proporcionaba, como si te molestara que fuera así contigo, como si tú, de verdad, sintieras que lo nuestro era meramente físico...

Ángel replicó con una sonrisa, yo pensaba que esas muestras de afecto no eran verdaderas. Creía que no me amabas, que nunca serías capaz de enamorarte y que lo que hacías era para que nadie sospechara de nuestro acuerdo previo... Quiero que sepas que he sido Laura al ciento por ciento contigo. Ángel, no te he engañado en nada más, he sido más yo que nunca, he disfrutado a tu lado como jamás pensé que lo haría, me he mostrado tal y como soy, o por lo menos como era antes de que mi padre muriera. Tú me has enseñado tantísimas cosas que jamás tendré tiempo suficiente como para agradecértelo. Lo único que te he ocultado, sobre todo por temor a tu reacción, miedo a que lo poco que teníamos se evaporara, es que yo ya estaba profundamente enamorada de ti declaró mientras lo cogía de la mano y lo miraba fijamente a los ojos para que viese la sinceridad de sus palabras, lo que ella sentía realmente por él, desnudando su ser con cada palabra. Te amo tanto que, cuando me marché, se me quedó clavado un puñal en el corazón, y tuve claro que jamás podría volver a sentir en otro lugar lo mismo que sentí aquí contigo. Con mi marcha sentí que dejaba en este pueblo mucho más que un puñado de recuerdos, dejaba una parte de mi ser a tu lado...

¿Me estás diciendo que tú también me quieres? preguntó con una adorable sonrisa al darse cuenta de que habían estado jugando al gato y al ratón.

Sí, Ángel confesó con una mirada divertida al constatar que, por miedo a lo que el otro pensaría, no habían sido sinceros ni uno ni

otro, y habían estado a punto de perderse de verdad, por temor a enfrentarse a los sentimientos.

Desde hace tiempo sé que estoy enamorada de ti y, aunque creía que tú nunca sentirías nada por mí, acepté todo este juego porque esos pequeños momentos que me dabas me sabían a gloria. Tú me has hecho comprender que la vida hay que vivirla siempre rodeada de las personas que uno quiere, que hay que disfrutar cada segundo que tenemos, porque es un regalo maravilloso, y que no podemos olvidarnos de cómo somos de verdad.

Ángel sonrió mientras le acariciaba el rostro con la mano que tenía libre, con ternura, comprobando que era real, que todas esas palabras eran ciertas y no producto de su desbordante imaginación. Lo amaba y no había tenido nada con Fernando; más aún, ella lo había ayudado de forma encubierta, salvaguardando su reputación, ayudándolo como jamás había hecho nadie, peleando por la verdad, investigando para dar con la persona que había ideado la trama. Nadie, nunca, había hecho algo así por él y sonrió emocionado al saber que Laura era capaz de tantísimas cosas buenas, incluida ésa...

No más mentiras, Laura susurró con voz ronca.

Nunca más, Ángel contestó con una sonrisa resplandeciente.

¿Qué has hecho para que únicamente piense en ti y que, a pesar de todo lo que ha pasado, te siga amando, aún más si cabe?

No lo sé, pero supongo que será lo mismo que tú me has hecho a mí repuso guiñándole un ojo.

Dios mío, todavía me parece mentira que estés aquí, a mi lado... declaró apretándole la mano con cariño, sin dejar de mirarla un segundo, por si se desvanecía. He pasado unos días horribles sin saber nada de ti, barajando los motivos que podías haber tenido para marcharte sin decir nada, pero jamás podría haberme imaginado todo lo que has hecho a mis espaldas... Gracias por todo, sobre todo, gracias por volver comentó acariciándole la barbilla con ternura. Laura, ¿qué vas a hacer ahora?

¿A qué te refieres? preguntó, extrañada ante aquella cuestión.

Pues a tu trabajo, a nosotros... Supongo que vivirás en Granada o en otra gran ciudad y yo... Bueno, ya sabes que, aunque te ame con todo mi ser, no puedo irme de aquí, no puedo marcharme de estas tierras susurró señalando la ventana, a través de la cual se podía observar la llanura de la Albada.

Soy de Granada, pero llevo tres años y medio viviendo en un estudio de cuarenta metros cuadrados en Madrid le aclaró con una tímida sonrisa; como te he dicho antes, mi vida se limitaba al trabajo; nada de fiestas, ligues... y mucho menos amor.

Podemos intentar mantener una relación a distancia. Madrid tampoco está tan lejos... susurró Ángel tratando de encontrar una solución a aquel contratiempo, consciente de que nunca se atrevería a pedirle que abandonara su vida por él...

Las relaciones a distancia no son lo mío... masculló Laura mostrando una mueca de disgusto.

No quiero perderte, Laura. Ya lo he hecho una vez, y no quiero volver a pasar por lo mismo afirmó Ángel con decisión. Ahora que sé que me quieres, debemos hallar el modo de estar juntos, para poder continuar donde lo dejamos, pero todavía mejor, porque ya no habrá mentiras ni medias verdades.

Me alegra oírte decir esas palabras, porque me temo que no me vas a perder de vista por un tiempo, vaquero; más bien te diría que vas a tener que aguantarme durante una larga, larguísima, temporada anunció mientras sonreía, complacida al ver la cara de sorpresa de éste. He pedido una excedencia voluntaria en mi puesto de trabajo en la Guardia Civil , he dejado el micropiso que tenía alquilado y he decidido venirme a vivir aquí, contigo... si tú quieres, claro.

¿De verdad? preguntó con una sonrisa de oreja a oreja.

Sí; sí tú quieres, no me iré de este pueblo jamás. Esto es como mi casa comentó con alegría.

¡Claro que quiero, Laura! exclamó mientras la estrechaba entre sus brazos y cerraba los ojos, agradeciendo su decisión y sintiendo,

de nuevo, el cuerpo de ella pegado al suyo, su respiración y la calidez que emanaba.

¿Ángel? susurró sintiendo una inmensa felicidad en los brazos de él, que había añorado desde el día que había salido atropelladamente de aquel lugar.

Dime ronroneó dándole tiernos besos en el cuello, maravillándose con su aroma, volviendo a recorrer la suavidad de esa piel que lo había encandilado y que había añorado durante todo ese tiempo que pasaron separados.

¿Sigues queriendo que sea la médica del pueblo?

Por supuesto, doctorcita contestó Ángel, haciendo sonreír a Laura, sin dejar de acariciarla para cerciorarse, así, de que todo aquello era verdad.

¡Ah! Se me olvidaba dijo de repente separándose de él de un salto, dejándolo quieto en el sofá sin dejar de observar sus movimientos, que la dirigían, casi a la carrera, hacia donde se encontraba la mesa del salón, para coger allí una gran caja blanca que había encima de la mesa. Te he traído una cosa...

¿Una cosa? demandó, extrañado, al verla acercarse a él con aquel regalo.

Es una sorpresa. ¡Ábrela! pidió tendiéndole el paquete mientras se sentaba a su lado.

Ángel lo cogió y bajó la mirada para ver qué escondía la gran caja que le había entregado Laura. Ésta estaba expectante por saber si le gustaría el presente; no había podido resistirse a comprarlo desde el primer instante en que lo vio en el escaparate. Fue justo después de aquella llamada que ella le hizo, sin anunciar que era ella, en la que él le confesó lo que llevaba anhelando todo ese tiempo: su amor. Aquella declaración amorosa era lo que Laura llevaba ansiando todo ese tiempo sin haberse percatado de ello, una señal que le abriera un futuro con él, la posibilidad de una nueva vida, esa vez sin mentiras, sin esconderse de nada ni de nadie, después de cerrar aquel caso.

Ángel se rio a carcajadas cuando vio el contenido de la caja. A Laura se le agrandaron el alma y el corazón al verlo tan feliz, tan relajado. Cogió el precioso sombrero de cowboy de color negro, se desprendió del gorro de lana que llevaba puesto y se lo colocó bajo su atenta mirada.

¿Qué tal me queda?

Uf... respondió Laura, embobada por lo bien que le sentaba aquel accesorio. Sabía que estarías impresionante con él, vaquero.

Me encanta, cariño dijo tocándose el ala del sombrero con una mano, pensando en lo que significaba aquello. Yo no tengo nada que darte... No sabía que vendrías.

¿Como que no tienes nada que darme? preguntó juguetona mientras se acercaba a él con coquetería y se sentaba a horcajadas encima de él. Tú me das la alegría, la pasión y el amor que siempre he necesitado. Tú me das la vida.

Y tú, a mí, no sabes cuánto. Sin ti me he sentido perdido, como si nada mereciese la pena, como si te hubieses llevado una parte de mí contigo... No tienes ni idea de cuánto te he echado de menos, Laura confesó Ángel acariciándole el rostro sin dejar de mirarla, desprendiéndose, al fin, de aquel temor, para confiar plenamente en esa mujer que lo había ayudado tantísimo, en más aspectos de los que ella podía imaginarse.

Y yo a ti, vaquero susurró acercando sus labios a los de él para fundirse en un beso apasionado, sellando así el gran amor que sentían el uno por el otro.

Bajo el techo de aquella cabaña, la doctora y el alcalde se prometieron, con ese beso de amor eterno, que se querrían cada segundo de sus vidas, dejando claro que ni la diferencia de edad, ni los contratiempos vividos, ni las mentiras o las medias verdades, ni, sobre todo, el temor por sufrir de nuevo, destruirían lo que tan maravillosamente había crecido entre ellos, apenas sin darse cuenta, de una manera tan natural y única que resultaba imposible de frenar. Fueron partícipes, así, de esa preciosa historia de amor que les había

enseñado a confiar el uno en el otro y que les había hecho comprender que, juntos, podían alcanzar la felicidad.

EPÍLOGO

Sintió un suave roce en el interior de los muslos, una caricia que le hizo abrirse, aunque estuviese adormilada. Notó cómo las braguitas desaparecían y abrió los ojos para encontrarse con la salvaje mirada salpicada de virutas de oro de su vaquero.

Buenos días susurró Ángel en su oído mientras le acariciaba sutilmente el sexo con uno de los dedos.

Hummmm... Así sí que son buenos días gimió para luego morderse el labio inferior, abriéndose más para él.

A pesar de los años, aún no me acostumbro a tenerte en mi cama declaró él con voz ronca mientras la besaba delicadamente en el cuello y se colocaba entre sus piernas. Y, cuando me despierto y te siento, mi cuerpo me lleva al tuyo, como si fueras un imán...

Me encanta... murmuró Laura acariciándole la espléndida espalda totalmente desnuda, como todo su cuerpo; no había perdido tiempo y se había desprendido de la poca ropa que llevaban para dormir.

Dios, Laura, qué bien se está aquí siseó al introducir su pene erecto en el sexo húmedo de ella. Nunca pensé que se podría estar tan bien con una mujer, amándola dijo sacando su miembro para volver a introducirlo con más profundidad, provocando que Laura gimiese por aquel roce que le sabía a gloria , cuidándola, queriéndola de tal forma que se convirtiera en el eje principal de mi vida, pero manteniendo siempre mi personalidad, pudiendo ser yo...

Tu personalidad fue lo que me enamoró de ti, Ángel jadeó cruzando las piernas por detrás de su cintura para sentirlo con mayor profundidad.

Joder, cómo me gusta que te pongas así comentó moviéndose acompasadamente, convirtiendo sus embestidas en un baile insuperable, en el que sus cuerpos se asemejaban a dos bailarines profesionales. Hoy es nuestro aniversario...

Oh, sí gimió arqueando la espalda, extasiada por sus penetraciones.

Cinco años ya, vaquero.

Cinco años de pura felicidad a tu lado dijo antes de morderle con sutileza el cuello.

Cinco maravillosos años contigo y todos los que vendrán gimió entrecortadamente, sintiendo cómo su sexo estaba más estimulado por las continuas arremetidas.

Para toda la vida, mi amor susurró él en su oído.

Dios mío, Ángel, más rápido pidió Laura sintiendo cómo el placer aumentaba paulatinamente con las embestidas de éste.

Dime que no pare.

¡No pares, nunca! jadeó encendida, agarrándose bien de su espalda.

Te amo tanto, Laura, que sería capaz de cruzar un infierno por ti.

Crucemos juntos el cielo, mi vida declaró mirándolo a los ojos, bebiéndose su mirada de amor y lujuria. Cada día, contigo, juntos, somos capaces de todo, mi amor.

Sí, Laura, sí dijo antes de darle multitud de besos por el cuello, los labios y las mejillas, sin detener sus embistes, sin detener aquella relación que comenzó como una vía de escape y que los unió para siempre.

Sus cuerpos entrechocaban cada vez más rápido, y los jadeos y los gemidos llenaban la estancia.

Oh, cariñooooooo gimió Laura cuando la cruzaba un maravilloso orgasmo.

Sí, mi amor, córrete para mí susurró Ángel sin dejar de mirar su rostro, en el que se reflejaba el placer que sentía. No voy a poder aguantar más, me vuelves loco, Laura...

Ella comenzó a lamerle el cuello y a acariciarle los glúteos, y sintió cómo Ángel alcanzaba el clímax en tres movimientos más.

Esto no puede ser, doctorcita murmuró dejándose caer a su derecha.

¿El qué? preguntó poniéndose de lado para poder acariciar su perfecto torso desnudo.

Que no aguante nada farfulló preocupado, haciendo reír a Laura a carcajadas.

Lo bueno de estar viviendo juntos es que podemos jugar pronto la revancha comentó mientras le guiñaba un ojo y le daba un tentador beso en los labios.

Dame cinco minutos y te prometo un segundo asalto aseguró tras darle un suave beso en los labios.

Uy exclamó Laura al oír el sonido del timbre de la puerta, me da a mí que el segundo asalto tendrá que esperar añadió levantándose de la cama; cogió una bata de estar por casa para bajar a ver quién era.

Diles que no estamos aún de servicio gritó Ángel, haciendo sonreír a Laura, que salía del dormitorio casi a la carrera.

Pero ¿qué haces todavía así? refunfuñó María cuando Laura abrió la puerta de la calle, irrumpiendo de golpe con una preciosa niñita que se abrazó a la doctora.

Dormir contestó mientras negaba con la cabeza, divertida por el tono de voz de su cuñada. ¿Qué tal te lo has pasado con los primos, mi vida? ¿Has dormido bien? le preguntó a la pequeña.

Zí, mami... El *pimo* y la *pima* me han *enceñado* a *haced zombas* con las manos. ¡Ha *cido* muy chulo! anunció con la gracia de una cría de tres años a la que le costaba pronunciar bien la erre y la ese, mientras la miraba con sus preciosos ojos heredados de su padre. ¿Y papi?

Está arriba dijo mientras se agachaba para darle un gran beso.

Papiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii... La chiquilla, sin pensarlo mucho, subió a la carrera la escalera mientras gritaba de júbilo por ver a su papá.

Menos mal que se me ha ocurrido venir a ver cómo ibas; ya sabía yo que mi hermano te liaría... soltó su cuñada entrando en la casa, haciendo que Laura se apartara para que pudiera pasar. Venga, dúchate, que tenemos muchas cosas pendientes por hacer hoy.

Pero si vamos bien de tiempo, María protestó Laura, poniendo una mueca de disgusto al pensar en la tentación que tenía entre las sábanas de la cama, que en ese momento estaría deshaciéndose en mimos al ver a su hija.

No me vengas con ésas, Laurita replicó mientras le señalaba la escalera con el dedo. Ducha rápida, y dile a mi hermano que tenga las manos quietas, que nos conocemos y en quince minutos tenemos a la peluquera en la Albada.

¡María, lárgate! llegó la voz de Ángel desde arriba, mientras Laura subía los primeros peldaños; ésta se dio la vuelta para ver la cara de María al oír a su hermano.

No me hagas subir a por ti, hermanito gritó ésta amenazante, provocando que Laura tuviera que controlar las ganas de reírse a carcajadas y comenzara a subir la escalera más deprisa para no recibir otro rapapolvo de su querida cuñada. En veinte minutos estarán aquí papá y mamá. Cuando Laura salga de la ducha, te duchas tú. No quiero que os retraséis. ¡Ya está todo preparado! gritó desde el hueco de la escalera para que su hermano la oyese . Ya sabía yo que no era una buena idea que ella se quedara esta noche a dormir aquí... susurró para sí misma.

Laura entró en el dormitorio riendo sin parar y vio la escena más tierna y más bonita capaz de presenciar una mujer tan enamorada como lo estaba ella.

Ángel estaba al lado de su preciosa hija, hablando con la pequeña entre susurros, sin dejar de sonreír por las graciosas contestaciones de la niña y sin parar de darle besos por las mejillas. A Laura se le agrandó el alma al presenciar la maravillosa relación que tenía con Angy, demostrándole en multitud de ocasiones que Ángel era un maravilloso padre al que le encantaba jugar con su

hija, enseñarle a montar a caballo y mostrarle lo que era la vida en el campo.

Tienes una tía que es un plomazo le confesó a la cría, que no paraba de reírse a carcajadas. Laura les dio un rápido beso a los dos y se marchó corriendo hacia el cuarto de baño.

Ángel se levantó de la cama, cogió a la chiquilla en brazos y salió al encuentro de su hermana, quien, al verlo despeinado y con sólo un pantalón corto, negó con la cabeza.

De verdad que lo sabía; menos mal que no le he hecho caso a Ernesto, que me decía que os dejara dormir un poco más comentó haciendo una mueca de disgusto.

Ernesto tiene el cielo ganado contigo dijo de malas maneras, sin llegar a inmutar el rostro serio de su hermana mayor.

Sí, lo que tú digas, pero a Laura me la llevo y, cuando vuelvas a verla, te vas a quedar con la boca desencajada replicó sonriente.

No sé cómo nos hemos dejado liar por ti. Con lo bien que estábamos, ¿a qué sí, Angy? le preguntó a su hija, haciéndole cosquillas en la cintura.

Ay, hermanito, el que algo quiere, algo le cuesta le recordó divertida guiñándole un ojo y observando la complicidad que tenía con Angy, con quien, en más de una ocasión, se le caía la baba.

Al poco rato bajó Laura, con un vestido veraniego, el cabello todavía mojado y una sonrisa resplandeciente en el rostro. Ángel se quedó mirándola y le pareció que todo ocurría a cámara lenta... Sus gestos, sus gráciles movimientos, su abierta sonrisa. Aquella mujer que tenía delante de él, que hablaba con alegría con su hermana, que le acariciaba el hombro, que cogía a la pequeña para llevársela con ella y le daba un dulce beso en los labios para despedirse, ella, la madre de su querida hija... sería en breve su esposa. La vio marchar con María pegada a sus talones y Angy diciendo adiós efusivamente con la mano mientras lanzaba multitud de besos al aire, y pensó que era el hombre con más suerte del mundo: había encontrado a una mujer excepcional sin ni siquiera buscarla, habían mantenido una relación liberal apasionada y, poco a poco, se había

enamorado de ella, de una manera tan grandiosa que a él mismo le sorprendió cuando se dio cuenta de cómo habían variado sus sentimientos. Y como regalo a unos primeros maravillosos años juntos, tuvieron a Angy, una niña muy querida desde el primer momento, que les hizo ser todavía más dichosos de lo que ya eran. Cerró la puerta de su casa cuando el coche de María había desaparecido de su calle y subió en dirección al cuarto de baño. En pocas horas, Laura se convertiría en su mujer, en la esposa que siempre había anhelado tener: buena, graciosa, divertida, pasional y, sobre todo, sincera. Una mujer diez, alguien que le había demostrado en todo ese tiempo que el amor podía ser algo excepcional cuando se encontraba a la persona adecuada, además de ser una madre ejemplar que se desvivía por su querida niña y por él.

¡Estás preciosa! exclamó María a punto del llanto sin dejar de mirar a la novia.

Laura se miró de nuevo en el gran espejo que había en el dormitorio principal de la cabaña de la Albada. Se había recogido su precioso cabello de una manera muy femenina, dejando que cayeran con gracia bastantes mechones de pelo del moño despeinado que presidía su cabeza, lo que le daba un *look* moderno a la par que informal. Llevaba un vestido sencillo, y la parte delantera dejaba ver el calzado, mientras que por detrás acababa en una discreta cola, sin bordados ni encajes, con caída que se ceñía a la cintura pero que acababa con soltura gracias a la tela ligeramente vaporosa con amplios volantes. Calzaba unas sandalias de tacón del mismo color blanco que el vestido. Se veía guapa, pero lo más importante para ella era la felicidad que sentía desde que Ángel había entrado en su vida. Había pasado por mucho hasta llegar hasta donde estaba, pero había valido la pena cada lágrima, cada preocupación, cada batalla ganada, por haber encontrado a un hombre tan especial como era su futuro marido.

Uf... bufó Laura al darse cuenta de que había llegado el día en que se casaría con el amor de su vida.

¿Estás nerviosa?

Estoy ansiosa por verlo. Debe de estar guapísimo declaró con emoción al imaginárselo vestido de novio.

Y cuando él te vea, va a decir lo mismo, Laura susurró su cuñada visiblemente emocionada. Vamos, ponte los pendientes de tu madre la apremió entregándole la cajita con los pendientes que le había prestado su madre para el enlace, los mismos que ella había utilizado para casarse con su padre.

Vale, ahora sí que estoy nerviosa confesó mientras se colocaba los finísimos pendientes de perlas y se acordaba de su padre.

¡Ni se te ocurra llorar! soltó María amenazante al verle los ojos vidriosos debido a la emoción. Ya lloraré yo por las dos añadió mientras la estrechaba en un afectuoso abrazo y se le caía una lagrimita por el camino.

Por si no me da tiempo de decírtelo cuando te conviertas oficialmente en mi cuñada agregó cogiéndola de las manos y abriéndolas para observar lo hermosa que estaba en aquel día tan especial, quiero agradecerte lo feliz que haces a mi hermano. Desde que llegaste, Ángel se transformó; se lo veía relajado, divertido, y al fin pudo superar el pasado que llevó a cuestas durante muchos años. También quiero agradecerte que seas como eres: una gran doctora, una maravillosa amiga y una espléndida persona. Algo muy bueno hemos tenido que hacer para que llegaras a nuestras vidas como caída del cielo.

Ay, María, no me digas esas cosas hoy, que el ángel aquí es tu hermano y no yo replicó aguantando las ganas que tenía de llorar y de reír a partes iguales. La que tiene que estar agradecida soy yo, por todo lo que me habéis dado y por enseñarme de nuevo el camino. Gracias a todos vosotros he podido retomar mi sueño y mi vocación, y estoy encantada de ser vuestra doctora susurró emocionada.

Bueno, bueno, vamos a salir para que te vean, pues, si no, nos pondremos las dos a llorar como Magdalenas y a ver quién consigue pararnos soltó con énfasis haciendo que Laura se riese. Mi hermano

no podría haber encontrado mejor mujer concluyó apretándole una mano con cariño antes de salir del dormitorio.

Ni yo a un hombre mejor susurró con una sonrisa.

Ambas salieron hacia el salón, donde las esperaban la madre de Laura, Fiona, su asistente, Puri, Pedro y su querida hija, que llevaba puesto un vestido muy similar al suyo y que no cesaba de bailar por el salón para observar cómo se movía la vaporosa tela de la prenda.

Oh, madre mía, estás preciosa exclamó Fiona nada más ver aparecer a su hija. Mira, Puri, mira...

Tienes razón, tu hija está resplandeciente comentó la asistente.

Hija, ¿por qué vas vestida así? preguntó, de repente, extrañada.

Mamá, hoy me caso con Ángel.

Ay, ¡es verdad! No me hagas caso, cariño, esta cabeza mía va a ralentí comentó con una sonrisa sin dejar de mirar a Laura.

Mira, mamá, llevo tus pendientes señaló ella reclinándose para que su madre la viese.

Te quedan divinos, cielo comentó Fiona mientras le cogía con delicadeza una mano y la miraba fijamente a los ojos, dándose cuenta del gran parecido que tenía ésta con su difunto marido. Ay, cariño, ojalá hubiese estado tu padre aquí, para que se hubiese maravillado ante la gran mujer en la que te has convertido y poder conocer al extraordinario hombre con el que te vas a casar.

Uf, mamá sollozó Laura intentando reprimir el llanto. A mí también me hubiese gustado que estuviera papá aquí con nosotras.

Laura se abrazó a Fiona, quien con el transcurso de los años había visto cómo su movilidad se reducía cada vez más, a la vez que se le había hecho más costoso mantenerse mucho rato en pie; todo ello se sumaba a sus continuos despistes. Su madre era una mujer delgada, con el cabello rubio casi platino por culpa de las canas y el rostro repleto de arrugas que atestiguaban todo lo que había vivido, pero su sonrisa seguía llenando de paz a Laura. Fiona y Puri llevaban viviendo en la Albada desde hacía casi cinco años, justo cuando ella pidió la excedencia para buscar su dicha en brazos de Ángel. La vida en el campo, la tranquilidad de ese lugar, los pequeños paseos que

se daban por los alrededores, la compañía de Pedro y de los vecinos de ese encantador pueblo y, sobre todo, la alegría desbordante de su nieta habían ralentizado bastante la enfermedad de Fiona, que con ayuda de Puri y de Laura seguía combatiendo día tras día.

No me llores, mi niña; hoy es un día para estar muy felices, el amor ha triunfado y sólo te deseo que os queráis tanto, tanto, como nos quisimos tu padre y yo comentó Fiona antes de darle un beso en la mejilla a su hija. Anda, anda, no nos pongamos ñoñas, que somos unas expertas en esa materia sentenció haciendo reír a todos los presentes.

Monina, estás guapísima intervino Pedro acariciándose la cabeza, visiblemente nervioso y emocionado por aquel bonito desenlace.

Tú también estás muy guapo respondió al cumplido mientras se ponía en pie para acercarse al que sería su padrino, la persona encargada de llevarla al lado de Ángel, el único que se merecía ese puesto después de todo lo que había hecho por ella.

Anda, dame un abrazo, que hoy voy a estar todavía más orgulloso de ti declaró mientras la cogía para estrecharla en sus brazos. Vale, vale, que nos animamos y al final no llegaremos... añadió intentando no llorar en presencia de tantas mujeres.

Laura lo miró con cariño; sabía que Pedro lo había pasado muy mal al enterarse de la verdad de su nieto, al cual no había vuelto a ver desde que Laura se instaló definitivamente en el pueblo, ya que Fernando, después del juicio, tuvo que pasar una temporada en la cárcel. Los vecinos al saber todo lo que había intentado hacer éste en contra del alcalde, se sentían dolidos por su proceder, quitándoles de golpe la venda que tenían sobre los ojos y viendo cómo era en realidad el niño bonito del pueblo: una persona envidiosa que deseaba ver hundido a Ángel, porque pensaba que era una amenaza para él, ya que éste deseaba ser el vecino más reconocido y querido del pueblo. Sólo se acercaba a visitarlo su hijo, que intentaba calmar un poco los ánimos en contra de Fernando, aunque poco podía hacer para defender la conducta deplorable de éste.

A Julián sí que lo veían de vez en cuando, cuando salía de permiso de la cárcel para ver a su familia, a la cual no le faltó de nada gracias a la buena voluntad de los vecinos, del alcalde y de la doctora, que estaban pendientes de todos ellos, porque sabían que, al fin y al cabo, había sido Fernando quien se había aprovechado de la necesidad de éste y que Julián jamás quiso hacerle daño directamente a Ángel...

Laura sonrió con ternura a Pedro, quien se había convertido en una parte importantísima de su vida para ella, como si fuera de la familia. Sabía que el Redondo siempre velaría por ella y Laura siempre estaría pendiente de que Pedro se encontrara bien, porque para ella era el abuelo que nunca conoció y Laura, la nieta que siempre quiso tener Pedro...

Es la hora susurró Laura, emocionada, contemplando a todas esas personas tan especiales para ella.

Sí, es la hora le dijeron sin dejar de mirarla con emoción.

Mami, *¿vamoz* ya a *ved* a papi? preguntó Angy con desparpajo.

Sí, cariño contestó Laura con ternura mientras le acariciaba la cabecita.

Se volvió a recolocar el nudo de la corbata sin dejar de mirar el camino que debía recorrer Laura; todos los vecinos lo miraban expectantes, deseando ver la boda del alcalde elegido por segunda vez en las últimas elecciones y la doctora. Se encontraban en la plaza principal del pueblo, justo al lado del ayuntamiento; los alcubillenses habían ayudado a decorar la pérgola nupcial para que todo fuese especial y único, ya que los novios habían querido que todos los habitantes de aquella localidad estuviesen presentes en su enlace. Se habían cerrado todas las calles, por si algún despistado no se hubiera enterado del acontecimiento del año, y todos, sin excepción, se encontraban sentados de cara a la pérgola, con un saquito de arroz en una mano y otro saquito de pétalos de rosa en la otra. De repente se oyó un trueno que provocó que todos miraran al cielo, negando con la cabeza para luego comprobar la hora en sus relojes de muñeca.

Parece que quiere llover le dijo Marieta a su hijo.

Esperemos que aguante, mamá susurró Ángel volviéndose a tocar la corbata.

No estés nervioso, Laura vendrá.

Lo sé, pero estoy deseando verla le confesó en voz baja.

Al final has conseguido a una mujer maravillosa, que te quiere como eres, que te adora y que, además, nos ayuda a todos muchísimo.

Sí, no hubiera podido encontrar a una mujer mejor ni en mil años; además, me ha dado el mejor regalo que me podían hacer: a Angy dijo con una tierna sonrisa al pensar en su querida hija. De pronto notó que una gota de lluvia caía sobre su mejilla. Está empezando a llover...

Vaya por Dios... murmuró Marieta al constatar que comenzaban a caer las gotas cada vez con más fuerza y percatándose de que los vecinos empezaban a abrir sus paraguas. Bueno, cariño, ya sabes lo que dicen: boda mojada, novia afortunada comentó al recordar aquel refrán.

Ángel miró al cielo y se dijo que las pocas nubes que había esa misma mañana habían pasado a ser densos nubarrones grises que presagiaban un buen chaparrón. Se dio cuenta de que varios de los presentes se marchaban a sus casas para no mojarse y unos pocos, los más previsores, se quedaban con el paraguas abierto, porque no querían perderse aquel enlace tan importante para el pueblo.

Entre ellos se encontraba Rosa, la camarera, que se resguardaba de la lluvia al lado de Luis, el encargado de sujetar el gran paraguas mientras la miraba con ojos de enamorado. Ángel sonrió al ver que ésta había encontrado al fin el amor y se alegró muchísimo de aquel bonito desenlace. La lluvia seguía aumentando, mojando la decoración, al novio y a la madrina, y Laura seguía sin llegar...

A malas podemos ir dentro del ayuntamiento comentó un juez amigo de Laura que iba a oficiar el enlace.

No, nos casaremos aquí afirmó con decisión éste. Mira, por ahí viene señaló Ángel al ver cómo un coche se detenía al lado de donde

estaban y bajaban del interior Pedro, Fiona y Puri.

Ángel buscó con la mirada a Laura, pero no había rastro de ella ni de su querida hija. De repente se oyó una vocecilla que le agrandó el alma al saber de quién procedía. Al poco, subidas a lomos de *Avispado,* vio a su preciosa niña con un vestido de princesa y un gracioso sombrero de cowboy en color blanco que lo saludaba con la mano, y, detrás de ella, a Laura; ésta detuvo el caballo a escasos pasos de ellos. Su espectacular Laura, con una sonrisa deslumbrante capaz de iluminar ese día gris, bajó con soltura del alazán y ayudó a la pequeña a desmontar. Pedro se colocó al lado de ella mientras abría un paraguas y comenzaron a avanzar hacia donde estaban ellos; mientras, desde los altavoces dispuestos en la plaza, sonaba la marcha nupcial. Angy caminaba delante de su madre, dejando esparcidos a su paso pétalos de rosa para que la novia los pisara.

Todos los presentes, que se habían visto reducidos a la mitad por culpa de la climatología, se giraron para ver llegar a la novia y a la graciosa damita de honor que, con su desparpajo, hizo que todos sonrieran cuando se tocaba el ala del sombrero a modo de saludo vaquero. Laura avanzaba por el pasillo entre las sillas hacia la pérgola, recibiendo los piropos de toda esa gente que se había convertido casi en familia. Guiñó un ojo, a su paso, a los mellizos que estaban pendientes de que la pequeña Angy siguiera el camino hasta llegar a su padre y sin correr demasiado. Laura sonrió con dicha al pensar que sus sobrinos, que ya contaban con doce años, se habían convertido en los perfectos compañeros de juegos para su hija. Ángel se fijó en que, de los bajos del vestido, asomaba algo que desentonaba con aquella idílica imagen; la novia, a pocos pasos de él, le guiñó un ojo al percatarse de que él la miraba extrañado y le mostró con gracia lo que le había llamado la atención: Laura había sustituido sus preciosas sandalias por sus apreciadas botas de agua de color rojo. Ángel comenzó a reír a carcajadas y Laura se contagió, haciendo que todos los presentes rieran por el buen humor de los novios, a los que no les importaba mojarse en su enlace.

Estás preciosa, mi princesa vaquera dijo Ángel mientras se agachaba para darle un gran beso a su hija, a lo que ella respondió con un fortísimo abrazo que hizo sonreír a todos los presentes. Y tú, doctorcita, estás loquita añadió cuando Pedro la dejó a su lado y se marchó a su sitio.

Por ti, alcaldito susurró mientras le guiñaba un ojo, sintiéndose feliz y completa a su lado.

Y allí, bajo la lluvia de aquel pueblo soriano, rodeados de todas esas personas que habían sido testigos de su amor, Laura y Ángel se dieron el «sí, quiero» mientras se mojaban dichosos, pensando en que nada podía salir mal si se tenían el uno al otro, ni siquiera en un día de lluvia, un día igual al que se conocieron años atrás, haciendo que se unieran para siempre y que descubrieran lo maravilloso que era el amor con la persona adecuada.

El amor es mucho mejor sin miedos, sin impedimentos, siendo libre, sincero y, sobre todo, uno mismo. ¡Qué mejor que enamorarse de cómo es en realidad la persona que está a nuestro lado! No hay que intentar cambiarla, sino aceptar sus partes buenas y las que no lo son tanto, aprendiendo a ser mejor junto a ella, ya que el amor nos hace crecer como personas, y no ocultar o impedir que se desarrolle la verdadera naturaleza del otro. Ese mismo sentimiento se profesaban el alcalde y la doctora, mientras se casaban ante los habitantes de ese adorable pueblo, bajo la lluvia de aquella tarde de verano, sellando así su amor ante aquellas personas que estaban vinculadas a su vida, sin importar que ella fuera un poco mayor que él, y él, un yogurín capaz de cambiar los gustos de su esposa, porque, cuando el amor es de verdad, nada de eso importa, ya que ese par de locos enamorados habían elegido ser felices para siempre.

AGRADECIMIENTOS

¿Cómo voy a empezar unos agradecimientos sin nombrarte a ti primero? Sin ti nada de esto sería posible, estaría aún guardado en un lugar recóndito de mi mente, a la espera de que surgiera por sí solo. Gracias por creer en mí antes de que yo misma lo hiciera. Gracias por soportar mis conjeturas previas, mis ideas locas, mis elecciones de títulos y por ser el mejor lector cero que puede tener una escritora. Gracias por ser así de maravilloso, gracias por enamorarme todos los días, con tus pequeños gestos, con tus risas, con tu manera de ser, por nuestras noches de televisión y manta, por los findes con nuestros peques y por muchísimas cosas más que no cabrían ni en una trilogía de quinientas páginas.

Gracias por todo lo que me das. ¡Te amo!

A mis peques, a los amores de mi vida, mis hijos. Gracias por vuestro amor incondicional, gracias por saberos de memoria (¡sois unos cracks!) los títulos de mis novelas e incluso las portadas. Os quiero como el ocho tumbado, como dices tú, cariño. ¡Os quiero hasta el infinito más un millón!

A mi familia, a toda ella, que son muchos pero a todos los quiero un montón.

¡Gracias por tanto!

A mis amigas, por sus risas y sus conversaciones, por venir a verme a las presentaciones aunque se las sepan de memoria. ¡Gracias, chicas! Sois la repera.

A mis lectores cero, gracias por la gran ayuda que me ofrecen con cada novela, por sus recomendaciones, por su sinceridad.

Gracias por todo lo que me dais. ¡Os quiero un montón!

A mis lectoras del grupo de Facebook, a las administradoras de los grupos de lectura, a mis Cococalas, a todas esas personas que, aun sin conocerlas personalmente, es como si las conociera de toda la vida. Gracias por vuestros comentarios tras leeros mis novelas. No sabéis lo que significa para mí saber que os ha gustado tal historia o conocer que os ha durado un suspiro. Gracias por compartir mis novedades en vuestras redes sociales, por recomendar mis historias a vuestras amigas, gracias por todo vuestro cariño. Gracias también a las mamis del cole, a los profes, a mis vecinos, a los amigos de mi familia…

¡Gracias por todo, gracias por tanto!

A mi súper editora Esther Escoriza, ¿qué te voy a decir que ya no sepas?

GRACIAS, así en mayúsculas y con letrero luminoso. Gracias por todo. Gracias por nuestras conversaciones telefónicas, por tu gran apoyo, por tus ánimos, por tus palabras, por tus consejos, por tantísimas cosas que me das y que me ayudan a ir creciendo como autora. ¡Gracias por ser como eres, guapa!

Al maravilloso equipo de Zafiro, Grupo Planeta. ¡Sois un EQUIPAZO!

Gracias por vuestra profesionalidad y vuestros consejos. Gracias por ayudarme a que queden perfectas mis historias.

A ti, lector, gracias por haber leído esta novela, gracias por llegar hasta estas líneas y gracias por haber hecho que vivieran en ti estos personajes. Espero que hayas disfrutado con su lectura, que te hayas divertido con las ocurrencias de María y de todos los vecinos Alcubilla de Avellaneda, que hayas cogido cariño al Redondo, que estuvieras intrigado con lo que escondía Laura, que te haya enamorado la bondad innata de Ángel y que te haya sorprendido el desenlace.

Para mí, conseguir todo lo anteriormente descrito ya es un sueño. Gracias.



BIOGRAFÍA

Loles López nació un día primaveral de 1981 en Valencia. Pasó su infancia y juventud en un pequeño pueblo cercano a la capital del Turia. Su actividad laboral ha estado relacionada con el sector de la óptica, en el que encontró al amor de su vida. Actualmente reside en un pueblo costero al sur de Alicante, con su marido y sus dos hijos.

Desde muy pequeña, su pasión ha sido la escritura, pero hasta el año 2013 no se publicó su primera novela romántica, *En medio de nada*, a la que siguieron *Ámame sin más*, *No te enamores de mí, Perdiendo el control*, *Me lo enseñó una bruja*, *Destruyendo mis sombras*, *Campanilla olvidó volar* y *Saque directo al corazón*.

Encontrarás más información sobre la autora y sus obras en: < www.loleslopez.wordpress.com> .